
Lady Susan
y el
ERROR
VERÓNICA MENGUAL

Lady Susan y el error
Sello: Independently published

Primera edición, julio de 2023.
Impreso en España.
Corrección y edición: José Pedro Baeza Piera.
Diseño de portada: Verónica Mengual.

Lady Susan

y el error

Serie amor, deber y amistad

Verónica Mengual

A veces las cosas no son lo que parecen.
Para todos los que siempre miran dos veces,
no juzgan y perdonan.
Dedicado a mi hermano, Vicente,
quien durante tanto tiempo fue
mi único puntal masculino.

Sinopsis

¿Cómo podrían la ternura y el perdón imponerse a todo lo demás?

La hija de los condes de Somerset, lady Susan, tan solo conoce el afecto a través de la sana amistad que le ofrecen lady Amelia y su hermano el duque de Ashton. Sin embargo, la llama de la pasión prende con fuerza e inconmensurable cuando el señor Leonel Jones, el administrador del duque, se presenta ante ella justamente para echarla de la casa de su amiga.

El descarado señor Jones, quien se asemeja a un gladiador romano, quedará tan impactado por la belleza de la joven, que por más que sepa que no debe ni mirarla, se verá postrado a sus pies y subyugado por la devoción que le inspirará.

No obstante, el tiempo del amor es efímero y se abrirá entre ambos una brecha de tal magnitud que los separará, sumiéndolos en una desesperación que parecerá eterna.

Índice

Prefacio

Todo tiene un principio

Era una mañana soleada. El clima lluvioso de los últimos días había dado paso a un sol cálido que daba al paisaje un aspecto de ensueño. Sí, los pájaros también cantaban y contribuían a ofrecer a la finca del duque de Ashton un aspecto renovado.

Lady Susan caminaba alegre por el sendero que tan bien conocía. Sus padres, los condes de Somerset, eran vecinos de los duques y ambas familias tenían unos fuertes vínculos. Pero la mayor conexión que la joven Susan sentía era la que venía hacia ella a toda carrera, sonriendo y cantando. La hermana pequeña del duque tenía un aspecto gracioso. Era más joven que ella, pero ya presentaba unos rasgos que señalaban que sería encantadora. Su cabellera rubia colgaba por los hombros y, desde la distancia en la que se encontraba, ya divisaba ese azul tan profundo que caracterizaba tanto a lady Amelia, como a su hermano.

Susan no se consideraba una belleza y se alegraba mucho de compartir casi la misma tonalidad de cabello que la pequeña que se acercaba a un ritmo cada vez más trepidante, pues en ocasiones se imaginaba que era su propia hermana. Diferían en la tonalidad del iris, el de la hija de los condes era de un verde muy intenso.

Cuando estuvo a pocos metros de su buena amiga, Susan frenó el paso porque se avecinaba un gran abrazo y la última vez las dos acabaron en el suelo. El vestido de paseo que se había puesto era nuevo y no deseaba que su madre… Bien, no era bueno contrariar a la matriarca.

Efectivamente, Amelia no frenó su carrera. Se tiró sobre ella efusivamente en una gran muestra de cariño y hermandad.

—Buenos días, Amelia. Veo que el encierro te ha dado incluso más energía de la acostumbrada. —Las dos siguieron un poco más abrazadas. Susan le acarició la cabeza. La pequeña era tan amorosa que resultaba imposible no amarla.

—Te he echado mucho de menos. Por favor, vayamos a jugar, Susan.

—¿Tu hermano no ha puesto impedimentos?

—Oliver sigue enfadado por nuestra última fechoría, no creas que lo olvida. Ha dicho que, si volvemos a entrar los cerditos en casa, nos cortará la cabeza a ambas. Gritó mucho. —La niña se separó para analizar la expresión de su amiga. No tendría que haber sugerido tal travesura, el duque se enfadó mucho y el servicio también. ¡Pero es que estaba lloviendo! Necesitaban un lugar cálido en el que refugiarse.

—Vamos, Melly —usó el apelativo cariñoso que ella le había puesto—. Ya sabes cómo es Oliver. Nunca nos haría daño, solo estaba enfadado por todo aquel barro. —Pese a que Susan sabía que no debía, comenzó a reír—. Debes reconocer que fue divertido entrarlos. Cierto que volvimos la casa patas arriba, pero tampoco es como si me hubieses dejado opción de negarme ante tu súplica. Pagamos el castigo, ayudamos a limpiar todo el estropicio. Además, como bien dijiste, los pequeños animales estaban pasando frío porque llovía a mares.

Habían comenzado a pasear mientras entablaban la conversación y llegaron hasta un árbol. El sol había salido fuerte después de la tormenta y, puesto que Melly no había cogido su sombrero, Susan no quería que aparecieran más pecas de las necesarias en su rostro. Se cobijaron bajo la sombra de ese ejemplar milenario.

La joven vio que la pequeña se retorcía las manos de un modo extraño. Susan frunció el ceño con preocupación.

—Sue… —A Amelia también le gustaba acortar el nombre de su mejor amiga—. Yo…

—¿Sucede algo malo?

—¿Puedo preguntarte algo delicado? —inquirió completamente seria. Susan se preocupó más.

—Siempre, cariño. —Su corazón se estremeció al ver la preocupación en sus ojos y trató de tranquilizarla—: Hemos sido las mejores amigas desde que puedo recordar y algún día seremos hermanas. No quiero que haya secretos entre nosotras, ¿de acuerdo?

—Oliver dice que somos muy pequeñas para hablar de casamientos. Considera que una niña de siete años no debe pensar en eso aún. —Amelia sentía devoción por el duque, más que por su título por su persona. Su hermano y Susan eran las dos personas que más quería en este mundo.

—Pues mi madre explica justo lo contrario. Ya sabes que a todas horas habla de matrimonios y enlaces. La condesa dice que una mujer, tenga la edad que tenga, exclusivamente debe pensar en pescar un marido.

—¿En el río, Sue? ¿Se pescan en el río? —Melly puso los ojos como platos al oír la última expresión.

—¡Oh, Melly! —Una sonrisa asomó en sus labios—. Se me olvida lo

ingenua que eres. No, en el río no. Lady Somerset dice que debemos usar nuestras armas femeninas para poder cazar un buen partido. —En casa no se hablaba de otra cosa que no fuera este tema. El único lugar donde la muchacha podía ser ella misma era cuando atravesaba la propiedad de Ashton.

—¿Con un arco? —preguntó con ansiedad—. Yo no sé apuntar con una flecha, Sue, y encima podría herirlo en el intento… Y no quiero no tener un marido. ¿Cómo lo haré si no sé ni pescar ni tirar con el arco? —La pequeña lady Amelia Worth comenzó a derramar algunas lágrimas pensando en que ella no tendría una familia nunca si todo dependía de estas dos hazañas, pues no sabía ni pescar ni cazar. ¡Era peor de lo que pensaba!

Susan trató de no reírse para no herir la sensibilidad de la pequeña. Esa inocencia era una parte esencial de su encanto. No había ni una pizca de maldad en Melly.

—¡No, cariño! Por favor, no hagas más pucheros. La condesa dice que eso hace arrugas feas en la cara, y los hombres no soportan las arrugas. —La niña dejó de fruncir el ceño y sus labios volvieron a su posición natural—. Cálmate y te lo explicaré con tranquilidad. Verás, para hacer que un hombre te tome por esposa, debes ser la perfecta dama. Los hombres se casan con mujeres exquisitas, refinadas, que pintan, bordan, obedecen… y mil cosas más que me explica lady Somerset todos los días. —Susan estaba harta de esa canción que oía desde que se levantaba hasta que se acostaba. Su madre nunca estaba contenta con ninguno de sus comportamientos. Pese a que se esforzaba en ser lo que la condesa quería, nunca conseguía arrancar una nota de aceptación.

—¡Ah! Bueno, entonces sí podré casarme —señaló con una sonrisa angelical—. Oliver dice que yo soy una dama sin igual, no hay nadie mejor que yo, ni más bonita, ni más buena, ni más inteligente, ni más estupenda. Mi hermano dice que soy inigualable.

—Sí, sí, Melly. Ya sé que para él eres perfecta. Lo sé muy bien —señaló con un deje de celos. El hermano mayor de su amiga no vería un fallo en la persona a quien él más quería. Se alegraba por ello, pero al mismo tiempo temía no poder llegar a conquistarlo. A Susan no le iría nada bien si sucediese algo malo con el duque, porque lady Somerset… Bien, mejor no averiguar la reacción de la condesa.

—Cierto que Oliver comienza a decir todo lo contrario cuando me regaña por correr, gritar, o cuando me ensucio comiendo o me revuelco con los cachorros en la cuadra, o cuando… —La niña paró su retahíla al ver el gesto de preocupación de su amiga. Temió que Sue interpretase que su hermano le achacaba a ella la culpa de sus travesuras—. Bueno, tú también le gustas. —Melly esperaba que esta afirmación la animase.

—¿Le gusto? ¿A Oliver le gusto? ¿A tu hermano? —preguntó esperanzada lady Susan Dawson. La condesa insistía como diez o quince veces al día en la necesidad de pulir sus malas costumbres. Ella debía ser la futura duquesa de Ashton, pues así lo habían pactado los condes y los duques, antes de que estos últimos falleciesen en un triste accidente de carruaje.

—Claro, mucho, pero… Bueno… Oliver siempre se está quejando de que lo atosigas, dice que se siente perseguido y agobiado. Señala que eres demasiado impulsiva y que…

—De acuerdo, Melly —la cortó disgustada. Por lo visto, los consejos de madre para atrapar al duque y que no anulase el contrato, no estaban funcionando demasiado bien—. De acuerdo, me queda claro cuánto le gusto. —Sue dio un suspiro de frustración. Estaba cristalino que tenía mucho camino por recorrer si quería llegar a ser la duquesa de Ashton. Un sudor frío le recorrió la espalda. Lady Somerset no estaría contenta con lo que Melly le había acabado de revelar sin ninguna maldad.

Lady Susan se esforzaba cada día en ser una dama digna, más que digna sobresaliente, para llegar a ser duquesa. Había renunciado prácticamente a la diversión. Su madre tenía un programa en el que se estipulaba incluso qué tipo de novelas debía o no leer, cómo debía toser, cómo era necesario reír, parpadear y un sin fin más de cuestiones. La muchacha disponía de unas pocas horas al día para estar con su mejor amiga. El resto era obligación: canto, baile, piano, costura, clases de etiqueta, idiomas, equitación…

—Bueno, ¿me vas a dejar hacerte una pregunta o no, Sue? —retomó con interés el asunto que aún no habían aclarado y que la mantenía con el corazón en un puño.

—Sí, Melly, tú y yo siempre podremos preguntar todo lo que queramos. Juramos ser mejores amigas, ¿recuerdas? —Entrelazaron sus dedos meñiques en señal de eternidad y promesa. La pequeña asintió.

—Tú eres más grande que yo, Sue, así que tal vez sepas qué es una bastarda.

—Solo te llevo tres años —puntualizó porque su madre aducía que una mujer no debería envejecer nunca y, aunque contaba con diez primaveras, se sentía mucho mayor que eso gracias a la condesa—. Además, esa palabra no deberías decirla nunca. Tu hermano se enfadaría mucho contigo si te la oyese pronunciar. ¿Dónde la has oído?

—Mi institutriz me lo dice cuando se enfada conmigo, y yo no sé qué significa, aunque sospecho que no es algo bueno.

El rictus severo que Melly vio en su amiga confirmó la sospecha de que lo que le decía la institutriz era una cosa mala.

—¡Oh, cielos, pequeña! Tú no eres nada de eso. —Sentada como estaba en la hierba se acercó para abrazar a la niña—. Melly, eres la persona más buena, bondadosa, amable, caritativa, preciosa y magnífica que jamás he conocido. Eres una hermosa princesa, no importa lo que te digan los demás. Haz caso a tu hermano, hazme caso a mí también. Lo que los demás digan no es verdad.

—Eso que dices lo haces porque me quieres. Igual que Oliver.

—Te adoro.

—Entonces explícame lo que es ser bastarda. —Melly hizo un puchero. Eso de que la adulase para que se olvidase del tema no iba a servirle a su amiga esta vez.

—Está bien, está bien. No te molestes, cielo. —Sue se separó un poco para mirarla a los ojos. Se tomó un momento para elegir bien sus palabras. Melly se impacientó.

—¿Me lo vas a explicar? —Susan se dio cuenta de que ciertamente Oliver y Amelia era hermanos, aunque no compartieran la totalidad de la sangre. Eran muy parecidos. La niña podía ser tan autoritaria como él mismo.

—Melly, porque te quiero y juramos contarnos siempre todo, te lo explicaré. Mas no quiero que le digas nunca nada a nadie sobre esta conversación. Vas a desterrar esa palabra de tu vocabulario cuando te lo explique. ¿De acuerdo?

—Lo prometo. —Levantó la mano derecha en señal de juramento.

—Verás, Melly. Tu papá estaba casado con la mamá de Oliver, ¿sí?

—Sí. —La niña sabía eso.

—Tu papá se enamoró de una mujer cuando estaba casado con la mamá de Oliver, pero ya sabes que el corazón no entiende más que de amor, como en los cuentos de princesas que tanto nos gustan, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces tu papá estuvo tan enamorado de tu mamá que de ese amor llegaste tú al mundo. Aunque tu papá no estaba casado con tu mamá porque no podía contraer matrimonio con ella. Solo se puede tener una esposa y tú naciste fruto de ese amor entre los dos. Quien no conoce el amor dice que los hijos que nacen fuera del matrimonio son bastardos, y que eso es algo malo, pero no es verdad. —Asaltar la biblioteca de su padre cuando la condesa no estaba en casa le había dado sabiduría. Se alegraba de haber desafiado las órdenes de su madre en este momento. La explicación había sido adornada mucho, Sue lo sabía y no se arrepentía de haberlo hecho. Pues también era cierto que ella no conocía los detalles de lo que hubiera sucedido con el anterior duque de Ashton y pudiera ser verdad su relato.

—Pero entonces yo soy una bastarda, porque si mi mamá no estaba casada con el duque, eso significa que nací fuera del matrimonio. ¿Y

eso es malo? —preguntó más para ella que para la otra—. No lo creo, porque si es verdad no debería ser un insulto. Y yo siento que la institutriz lo dice para hacerme daño.

Sue se maravilló. La niña era rápida comprendiendo las cosas. No debería sorprenderse porque su propio hermano era igual.

—No, Melly. Tú nunca podrías ser una bastarda, cariño. Porque esa palabra es muy fea y tú eres muy buena. La gente que quiere herir a alguien utiliza ese término para hacerlo, es así como se refieren a los niños que nacen del amor fuera del matrimonio. Y algo que nace del amor, no puede ser algo malo, ¿cierto?

—¿Pero si Oliver se entera de que soy una bastarda se enfadará conmigo? —preguntó con preocupación. Una vez más la inocencia de su amiga la cautivó.

—Claro que no, Melly. Tu hermano, como yo, te adora. Él nunca te llamará bastarda, ni dejará que nadie te llame así, porque no quiere que nadie te lastime. Él es un duque y nadie contradice a un duque, no se atreverán. El que ose insultarte conocerá su ira y te aseguro que puede llegar a enfadarse mucho más de lo que lo hace con nosotras.

—Ah. Lo comprendo, pero… entonces está mal que mi institutriz me llame bastarda, ¿no?

—Sí, esa mujer no debe decir eso de ti, porque tú eres una princesa como yo, ¿recuerdas?

—No sé si yo… —Precisamente no se sentía demasiado identificada con las protagonistas de sus historias.

—Oliver siempre nos llama princesas, ¿sí o no? —la cortó Susan.

—Sí.

—Y tu hermano no nos engañaría nunca, ¿o lo crees capaz de semejante disparate?

—Es verdad, él no haría eso nunca.

Susan la divisó mordiéndose los labios y retorciendo de nuevo las manos.

—¿Qué más te preocupa, Melly?

—¿Y él estará enfadado porque mi papá amaba a mi mamá?

—¡Oh, no, cielo! Oliver sabe que tu papá amaba mucho a su mamá y a la tuya. —Por lo que había oído, el viejo duque era un ser duro. Pero tal vez si hubiera conocido el amor por alguna mujer, así que ¿quién era ella para acabar con las ilusiones de su amiga?

—Creo que lo he entendido, Sue.

—Bien, ahora vayamos a jugar antes que mi madre sepa que me escapé de casa. He visto un árbol nuevo viniendo hacia aquí que no hemos intentado escalar aún. —Las dos eran muy aventureras.

—Entonces vamos, Sue. Te echo una carrera, amiga… ¡soy más rápida que el viento!

Las dos salieron corriendo y riendo, pensando en la nueva travesura

que iban a llevar a cabo, sin ser conscientes de que, un complacido y muy agradecido duque de Ashton había escuchado todas y cada una de las palabras dichas por ambas, desde detrás de los arbustos del magnífico árbol que lo había mantenido oculto.

Una sonrisa complacida se asomó en su rostro. Tal vez valiese la pena esperar a ese pequeño incordio que tanto quería a su hermana, tal vez sus sentimientos pudieran llegar a fortalecerse con el tiempo.

Suspiró. Oliver estaba muy agradecido de que la hija de los condes de Somerset fuese una influencia tan positiva para su hermana. Sabía que la niña tenía muy buena intención, pero acababa de descubrir la amplitud de su enorme corazón.

Oliver dio un paso para llamarla e impedirles hacer una locura. Frenó su avance. Era imperativo regresar a casa. Colocó en su rostro una sonrisa de oreja a oreja. Estaba dispuesto a poner de patitas en la calle a esa vieja bruja que se hacía llamar institutriz. La mujer había osado calumniar a su hermana.

Nadie se metía con lady Amelia Worth y salía indemne.

Capítulo 1

Un encuentro en el paraíso

Susan trató de andar sin prisas. Los años habían pasado y la condesa seguía quejándose de que era inútil enseñarle, ni siquiera a andar como una dama. La palabra inútil salía demasiado a relucir últimamente en las conversaciones con su madre. Pero eso, en estos momentos, no importaba. Si por ella fuera, comenzaría a correr como un animal salvaje para llegar lo antes posible a su destino. Hacía demasiados meses que no veía a Melly y se moría por contarle todas las novedades.

Se obligó a ir a un paso decente. Conocía el camino hasta la finca de los Ashton como las líneas de la palma de su mano derecha. Esta vez la tardanza en llegar a la puerta principal se le estaba haciendo angustiosa. Se arrebujó debajo del abrigo que ocultaba su bonito vestido de paseo verde. Si su madre supiera que, en vez de los zapatos a juego, había optado por las cómodas botas… Dejó a un lado ese pensamiento.

Entró en la casa sin llamar. La puerta solía estar abierta a estas horas de la mañana. Probablemente la perezosa de Amelia estaría aún en la cama y ella quería darle una sorpresa. Compuso una sonrisa al pensar en el gran abrazo que se darían.

El afecto quedó borrado al instante. Un hombre. Bueno, no sabía si eso era un hombre o un gran escocés que se había escapado de su lugar de origen. ¿Todavía existen los vikingos?, se preguntó asombrada Susan.

Hubo de levantar la vista para encontrarse con la mirada de ese, de ese… ¡no podía ser un hombre de este mundo! Cuando alcanzó a ver sus ojos, desvió la mirada inmediatamente. Trató de impedir que sus mejillas se sonrojasen. Imposible hacerlo. Susan adoptó la misma pose que ejercía la condesa de Somerset a fin de no demostrar su temor. Giró y siguió andando como si él no estuviera ahí. No confiaba ni en que su voz pudiera salir de forma coherente.

El hombre situado enfrente se aproximó para frenarle el paso. Al verla, necesitó mirarla de arriba abajo. Él era plenamente consciente de que lo había hecho de forma inapropiada. No pudo evitarlo. Su fina vestimenta inducía a pensar que no era una mujer común. Sus botas, muy caras, confirmaron el hecho. Eso no iba a frenarlo.

—Dispense, milady, pero no debe entrar en una casa que no es suya sin llamar, ni presentarse.

Lady Susan Dawson miró de arriba abajo a aquel hombre una vez más. Trató de sacar pecho con orgullo. Lo vio dirigir su mirada hacía ahí. Se retrajo levemente molesta. ¿Quién era para dirigirse a ella? ¿Quién se creía que era él para hablarle a la futura duquesa de Ashton con tal descaro? Inaudito. Y lo más lamentable es que el tono de su voz era tan grueso y sensual como su propia apariencia de guerrero perdido en el tiempo. En esta ocasión se lo imaginó vestido con un tartán a cuadros, montado en un poderoso semental, con las piernas desnudas. ¡Oh, Señor! La condesa tenía razón: tanto leer le había frito el celebro.

Sue cuadró los hombros y volvió a tratar de rodearlo. Su madre decía que una duquesa no perdía el tiempo dando explicaciones al servicio. Cierto que el traje de él era elegante y que no llevaba la corbata debidamente anudada, pero debía de ser alguien a quien Oliver había contratado o un lacayo que estaba haciendo una entrevista o… un señor de la guerra contratado para proteger la finca. ¡Oh, Dios mío! De nuevo, imágenes de él sobre un semental y sosteniendo una gran espada saltaron a su mente. Sacudió la cabeza para alejarlas. Eso fue peor porque Roma pareció meterse ahí. Un gladiador, presumiblemente, ese hombre fue un gladiador romano en otra vida. Desafió a

Julio César en la arena y… Hubo de sacudir la cabeza de nuevo. El joven la miraba con el ceño fruncido. ¿Por qué sacudía ella la cabeza tanto? ¿Tendría piojos?

Su labio se movió ante la ocurrencia. Era imposible que un cabello como el oro pudiera tener una imperfección semejante. Se fijó en que, con el movimiento de la nuca, varios cabellos pulcramente colocados en su moño escaparon de su confinamiento. Tuvo la tentación de meterlos detrás de su cabeza. Cerró los puños con fuerza.

¿Él tenía el descaro de reírse? ¿De ella? Susan apretó sus labios hasta convertirlos en una fina línea blanca. Él volvió a sonreír ante su gesto. Ella se enfureció más.

La joven pasó por delante de aquel fornido hombre tratando de obviar por completo su presencia. Él, al verla iniciar su camino de nuevo de forma más altiva, negándose incluso a llamarlo al orden, se molestó bastante. Verla con la cabeza baja y negándose a mirarlo le produjo un efecto todavía más perturbador. ¿Quién se creía esa esnob

que era para ni siquiera dignarse a hablarle? Y más cuando la casa que ella había allanado estaba precisamente a su cargo. El duque de Ashton había salido por un largo viaje y había dejado todo en manos de él. Esa descarada se iba a enterar, por mucho pedigrí que presentase su sangre.

Un grito ahogado resonó en la entrada de la señorial y lujosa casa de campo del duque de Ashton. Tan solo las imágenes que figuraban en los cuadros, de marcos dorados como el pelo de la joven, oyeron y presenciaron la escena.

—¡Quíteme ahora mismo sus sucias manos de encima! —escupió son sorna Sue al ver que él la tenía cogida por el brazo derecho. Pensó que le había dado la misma entonación que la condesa de Somerset. Una dama no debía expresar sus emociones y menos levantar la voz, pero en este caso debía hacerse una excepción. ¡Él la estaba tocando! Un calor invadió todo su cuerpo.

—No me ha contestado aún. Estoy en la obligación de impedirle el paso. Por lo que sé o, mejor dicho, por lo que no sé, podría estar ante una ladrona disfrazada de dama. O algo mucho peor. Y me temo que la seguridad de este hogar es más importante que todo el decoro que debería exigir la situación. —Le enseñó una sonrisa torcida. La indignación de ella le agradó. Al menos estaba tan molesta como él. Estaba decidido a enseñarle modales a esta bruja con cara de ángel.

—No tengo por qué ofrecer ninguna explicación ante el servicio. —Trató de soltarse de su agarre. Esa mano era enorme, por lo tanto fue una acción imposible—. Haga el favor de soltarme o… —Su reprimenda perdió fuelle porque no era capaz de mirarlo a los ojos. No se atrevía.

—¿O qué? —preguntó él divertido al percibirla tan contrariada.

Sue no se lo pensó dos veces. Levantó su otra mano y le propinó una sonora bofetada. Bien sabía ella cómo se daban los bofetones, lo había visto hacer muchas veces, la condesa era muy asidua a este tipo de conductas. Sue temió la reacción del gladiador/vikingo.

La diversión se le quitó al hombre de un plumazo. La miró furioso y, sin decirle una palabra, la sacó por la puerta de entrada, esa por la que hacía unos instantes había ingresado en la casa. Ella no se resistió porque tenía miedo. De un empujón la terminó de colocar en la calle, dejándola asombrada cuando él le cerró en las mismísimas narices esa preciosa puerta de madera maciza.

Susan se quedó helada y sin saber cómo proceder. ¡Qué servicio más maleducado hay en casa de los Ashton!, pensó ultrajada. La muchacha comenzó a llamar sin descanso a la campanilla, pero él seguía sin abrirle. Ese hombre estaría fuera de esa casa antes de que acabase la mañana, se prometió ella. Y no tenía nada que ver con su apariencia, porque por mucho que él pareciera un gran guerrero de los

buenos…

—Abra ahora mismo la puerta o… —Sí, sí, ella no sabía cómo continuar la frase, pero algo muy gordo iba a hacer para enmendar ese comportamiento tan vulgar e inapropiado. ¿Quién se creía que era él para exhibir esos anchos hombros y emplear toda su fuerza animal sobre ella? ¡Ah, no! Y encima la había tocado y la había dejado con… con… No, no se confesaría jamás sobre los sentimientos que esa discusión y la apariencia de él le habían supuesto.

—¿O qué? ¿La echará abajo con sus lindas y pequeñas manitas? —escuchó decir desde detrás de la puerta. Se enfureció otra vez, y más cuando oyó la sonora carcajada de él.

Tan enfadada como estaba, no se había dado cuenta que había abandonado la campanilla para pelearse con la madera. Susan paró de aporrear la puerta. Ese maldito le había hecho perder la compostura y hacía años que ella no dejaba que sus impulsos tomaran el control. Su instinto de supervivencia había hecho que así fuera. Por las malas lo había tenido que aprender. Su madre estaría muy decepcionada con ella. De nuevo, lady Susan se recordó quién era. Irguió la espalda, acomodó su vestido, suspiró y alzó el mentón. Esta vez llamó a la puerta con un suave toque de nudillos. Esperó y esperó lo que le parecieron dos horas en vez de dos minutos. Al fin la puerta se abrió. La joven intentó acceder a la casa. Él le cerró el paso. Se quedaron demasiado cerca el uno del otro. La respiración de ella se hizo pesada. El hombre se fijó en el pulso que brotaba rápido bajo el precioso contorno de su rostro. Percibió su incomodidad por la cercanía y se sonrió una vez más por haberla vuelto a irritar y sonrojar.

Susan levantó la mirada y frunció el ceño furiosa. Al ver que él continuaba bloqueándole el paso pensó en lo que haría su madre. Su madre lo echaría a patadas de allí en menos que cantaba un gallo. Eso lo haría ella misma en unos años, pero en estos momentos debía idear un plan para poder acceder al lugar. Con toda la discusión, incluso se había olvidado de las ganas que tenía de ver a Melly.

—Buenos días —dijo al fin Susan mirándolo a los ojos. Mal. No tendría que haberle mirado a los ojos y dejar fija la vista ahí, porque lo que vio la hizo sentir más ansiosa todavía. Los ojos de aquel engreído la dejaron sin respiración. Eran color miel, grandes, y estaban satisfechos por haberla hecho hablar. Se encrespó aún más si cabía.

—Buenos días, señorita…

—Lady Susan —lo corrigió ella arrogante.

—Buenos días, milady, ¿qué puedo hacer por usted? —El tono de él era de falsa modestia, correcto como si nada hubiese ocurrido antes. Susan se contuvo para no armar un nuevo escándalo.

—Vengo a ver a lady Amelia. —Mostró una simulada sonrisa a

aquel criado impertinente. Si él podía interpretar un papel, ella tenía muchos más años de experiencia haciendo eso mismo.

—Por supuesto. Por favor, tenga la amabilidad de entrar —dijo él mientras abría por completo la puerta y se apartaba para permitirle el paso. Incluso le hizo una reverencia cuando la tuvo al frente.

Susan soltó un suspiro digno de una yegua encabritada. No obstante, aprovechó el momento para ingresar en tromba y subir en dirección hacia la habitación de su amiga Melly sin mirar atrás. Si se hubiese girado lo habría visto seguir todos y cada uno de sus pasos con una sonrisa de total satisfacción por haberla hecho claudicar. La muchacha seguía subiendo ajena a esta circunstancia. Y lo que Susan nunca sabría es que la boca de él quedó abierta al poco. Cuando él se percató de que, los suaves y sugerentes andares de ella, habían provocado una sacudida inesperada en su ingle. Él hizo una mueca. Eso no era una buena señal…

Susan decidió que más tarde tendría una conversación con Oliver sobre ese maleducado. A ese hombre le quedaban en esta casa los minutos contados. ¿Quién se había creído que era para poner sus dedos sobre ella? Ese, ese… ese ¡maldito! ¡Y encima se estaba riendo de ella! La situación no era para nada divertida, era grave. ¡Era inaudito! Que tuviera una mano grande y fuerte, y que sus ojos fueran lo más bonito que ella había contemplado, no lo salvarían de su destino. Y su destino era: ¡estar fuera de su vista para siempre! Desde luego, esa decisión nada tenía que ver con las extrañas sensaciones que había sentido sobre su cuerpo femenino. Seguramente las tostadas de mantequilla y chocolate le habían sentado mal y por eso le dolía… Bien, era más abajo del estómago —bastante más debajo de ahí—, pero seguramente había sido debido al copioso desayuno, trató de convencerse.

Sue abrió la puerta de la habitación de Melly y pasó a descorrer las cortinas. Volcó en ese gesto la ansiedad vivida hacía unos momentos. A partir de este momento, el color caramelo quedaba descartado de sus gustos, iba a dejar de ser su color preferido porque… porque… ¡porque esos ojos tampoco podían ser de este mundo!

—¡Oh, por Dios, no puede ser verdad! Seis meses he estado sin sufrir estos despertares tan tempranos y molestos, por lo que significa que cierta persona ha regresado de sus vacaciones — profetizó Amelia mientras unos tímidos rayos de sol le llegaban para calentar sus mofletes. Apretó con fuerza los párpados temiendo que fuera un sueño.

—Sí, ya he vuelto, desagradecida. ¿Esas son las ganas que decías en tus cartas que tenías de verme? Vaya recibimiento más desagradable me has dado. —El desdén en la voz de su amiga hizo que la joven abriese los ojos.

—Sue, no ha salido aún ni el sol prácticamente… Por favor… —¿Susan estaba de mal humor? Era muy temprano para que algo la hubiese disgustado.

—Encima te quejas de que no haya podido aguantar más para venir a verte. ¡Eres la peor mejor amiga del mundo, Melly! —Sue hizo un mohín. Ese hombre no salía de su mente y estaba pagando su enfado con la hermana de Oliver.

—Calla ya y ven a darme un abrazo. Claro que te he echado de menos, ¡incordio!

—No me llames así, no me gusta. —Sue bufó enfadada. Su buen humor por estar de nuevo en casa, junto a Melly, se había esfumado a causa de ese vikingo horrendo. Sí, bien, él no era horrendo. Si al menos hubiese sido repulsivo…

—Así es como te llama Oliver.

—Por eso es que no me gusta. Es un mote desagradable, si madre se llegase a enterar… —Un escalofrío le recorrió la nuca.

—Está bien, ¿pero vas a venir a darme un abrazo o no? —Su amiga seguía con los brazos abiertos esperando en medio de su gran cama.

Susan corrió para saltarle encima. Ambas se abrazaron. En todo ese tiempo que no habían estado juntas se habían escrito innumerables cartas, pero se habían extrañado muchísimo.

—¿Cómo fue tu viaje? ¿Tu madre se portó bien?

—La condesa estuvo como siempre.

—Siento oír eso, Susan.

—Padre nos llevó por Escocia y llegamos a París. Melly, el mundo es tan diferente ahí fuera. París es maravilloso, tan fino, pero sin esa rigidez tan nuestra. ¡Madre estaba escandalizada! Fue una suerte que mi padre consintiera en llevarnos a ambas, te prometo que todavía no sé cómo conseguí tal hazaña. —La joven aún no salía de su asombro. Todos estos años de esfuerzo por contentar a su madre habían dado sus frutos—. Ha sido magnífico, Melly. Mi luna de miel será en Francia, si es que tengo algo que decir al respecto. —Recordó que su madre decía que una dama no debe imponer su criterio. El hombre es el que lo decide todo y la esposa asiente.

—Me alegra mucho que hayas disfrutado. Pero, mientras tú estuviste descubriendo el mundo, yo he estado aquí sola añorándote. —Hizo un puchero para dar mayor énfasis.

—Vamos, estabas con Oliver. No te quejes tanto. —Convivir con la condesa sí es un auténtico suplicio, pensó Susan.

—Oliver hace unos meses que no está en casa. Se marchó a Italia por negocios; bueno, eso dice él… —Pero Melly estaba convencida de que su hermano estaría por ahí divirtiéndose.

—No me lo habías mencionado en las cartas —la regañó.

—Tenía otras cosas más importantes que decirte —se defendió. En

cada misiva le faltaba papel para contar todas sus cosas, no había más espacio para hablar sobre su hermano.

—¿Cuándo volverá? —A su madre esta noticia no iba a gustarle.

—Se ha tomado un tiempo para hacer un tour de esos que están tan de moda entre los aristócratas. Dice que ahora que soy mayor, tiene tiempo de hacer todo lo que no pudo mientras me criaba… ¡Ese sí que es un hermano desagradecido, si no fuera por mí figuraría solo en el mundo! —No estaba enfadada porque la hubiese dejado, pero es que lo quería con toda su alma y lo echaba en falta.

—¿Y con quién te ha dejado? —Era extraño que no estando ella cerca, Oliver hubiese dejado a su mayor tesoro a cargo de alguien.

—Trajo varias damas de compañía, ninguna me gustó. Hasta que hace unos meses se presentó una especie de institutriz que hace las veces de dama de compañía. Es la mejor.

—¿Disculpa? —saltó celosa.

—Después de ti, la mejor después de ti. —Sue asintió dando sus bendiciones a la corrección—. Te encantará, es muy buena. Es la señorita Lisa Summer. Es bastante peculiar —susurró.

—Espero que sea mejor que el nuevo mayordomo que habéis contratado —apuntó bufando, porque el incidente no se le había olvidado. Esos ojos acaramelados se colarían en sus sueños. ¡No!, en sus sueños no, quería decir en sus pesadillas.

—No hemos contratado a nadie nuevo —advirtió la joven frunciendo el ceño—. El mayordomo sigue siendo Thomas, pero dudo que se haya levantado aún… —Era tremendamente pronto para que dos damas anduviesen despiertas por el mundo. Lo habitual sería que ellas se levantasen bien entrada la mañana. ¡Cosa que era imposible!

—Si no es el mayordomo, será un lacayo. Ni lo sé, ni me importa. Una cosa es segura, no tiene educación y no merece trabajar en la casa de un duque. —Que sentirlo sobre su piel hubiese sido abrasador era algo que ella no estaba dispuesta a meditar. Como tampoco lo era su bella apariencia de salvaje gladiador.

Se levantó y comenzó a andar por la habitación molesta. ¿Qué derecho tenía él a irritarla con esos músculos y sus ojos tan bonitos?

—No sé a quién te refieres, pero ¿se puede saber cómo te ha ofendido, de semejante forma que pareces una furia? Sea quien fuera, igual solo se ha molestado porque le has hecho levantar a abrirte la puerta demasiado temprano. Como me ha sucedido a mí —ironizó en esta última conjetura.

—La puerta estaba abierta, Melly, como siempre. Oliver es demasiado confiado. He entrado y ese, ese… maldito ¡me ha echado de casa!

—¿Qué? —interpeló pensando quién sería ese hombre que había osado irritarla. Ni Oliver se atrevía a ello en los últimos años. Y oírla

maldecir había sido todo un descubrimiento.

—Como lo oyes. ¡A mí! Ha tenido la osadía de echarme a mí. —Sue estuvo tentada de decirle que la tocó para echarla, pero no quería decirlo. Porque no quería examinar lo placentero que había sido sentir las fuertes manos de ese hombre sobre su cuerpo. No, era mejor omitir todo aquello, pensó.

—Tranquilízate, querida. Averiguaré quién fue y le daré una reprimenda. —Una recompensa se merecía fuese quien fuese por tener la valentía de enfrentarse a ella, pero eso no lo podía decir en alto. Con el paso de los años, había observado un cambio sustancial en su amiga. La condesa de Somerset había hecho bien su trabajo; pero, por fortuna, cuando su madre estaba lo lejos, Susan se permitía dejar libre su verdadera personalidad con ella. Pero solo con ella.

—Querrás decir que lo echarás a patadas. —Estaba cada vez más furiosa al recordar esa sonrisilla de suficiencia que él había mostrado y lo peor era que sus ojos aún se habían hecho más… ¡Más nada! El brillo que vio ahí seguramente sería una mota de polvo. Sí, fue una mota de polvo que atravesó el sol y que…

—Oh, Sue… Tal y como temía, tanto tiempo con tu madre te ha pasado factura incluso estando en mi casa, te estás mostrando igual que ella. —Melly conocía la verdadera naturaleza de lady Somerset.

—Vamos, cariño, no soy como mi madre. ¿Lo soy? —preguntó verdaderamente alarmada. ¿Estos años de aprendizaje la habían hecho a imagen y semejanza de su progenitora?

—Como mínimo, has sonado como ella, querida.

—¿Querida? ¿Ya gastas palabras de niña mayor? —se burló más relajada Sue. Estaba haciendo una montaña de todo eso, lo sabía. El vikingo no se merecía tantos pensamientos.

—Tengo más de quince años, querida, no soy una niña. —¿Nadie puede verlo?, se preguntó la joven.

—Cariño, para mí, siempre serás mi niña. Mi preciosa niña bonita, da igual que te conviertas en una dulce abuelita con el pelo blanco. —La abrazó más fuerte. Susan se había tranquilizado un poco y pudo sentarse en la cama con su amiga.

—No es justo, tú vas camino ya de los dieciocho. Y siempre te aprovechas de eso para hacerme callar o para demostrar que eres más lista, más mayor, con más experiencia.

—Vamos, vamos, no te enojes. Te sale una arruguita aquí —señaló su ceño fruncido— que te pone fea. Venga, levántate que es hora de ir a cabalgar. Imagino que en cuatro meses no habrás salido ni un momento con ella y tu hermano se enfadaría al saber que no estás disfrutando de su regalo. Dijiste que te gustaba.

—Me gusta la yegua, mucho. Pero no me gusta montar —explicó haciendo una mueca de disgusto.

—Eso es porque no practicas lo suficiente. Vamos, apresúrate, tengo ganas de ver a Blanca. Esa yegua que tu hermano me permite montar necesita un buen paseo. Seguramente la pobre lleva también seis meses sin dar un buen trote, y estoy deseando ver tus progresos.

—De acuerdo… Ya me levanto —señaló perezosamente.

—Melly… —Recordó que ella estaba sola en la gran mansión ducal con su institutriz—. Supongo que no podré persuadirte para que te traslades a mi casa mientras tu hermano no está, ¿o sí? —preguntó Sue pensando en que lady Amelia estaría mejor acompañada por ella misma. Su hermano no estaba para vigilarla y alguien tenía que echarle un ojo. Y, aunque no conocía a esa nueva institutriz, estaba segura de que esa pobre no sería rival para su mejor amiga.

—Oh, no. El administrador de mi hermano se encarga de todo en la finca y también de mí… Es mi guardián. Oliver lo nombró una especie de tutor en su ausencia.

—¿Un administrador? ¿Desde cuándo necesita tu hermano alguien que haga las cosas por él? ¿Y te ha dejado a su cargo? —Oliver no dejaba nunca nada en manos de otro, y menos a su hermana. ¿Quién sería ese portento de la naturaleza para que el duque decidiese cederle el mando con esa confianza ciega? Sin lugar a duda, debía ser un dechado de virtudes para que el duque confiase en él.

—Sí, me ha dejado a cargo de la señorita Summer y del administrador, aunque no hiciera falta. Y lo hizo desde que decidió salir al mundo para disfrutar. Tú mejor que nadie sabes que le quedan pocos meses para tomar las riendas de su vida. —Sue se puso nerviosa, sabía a lo que se refería su mejor amiga con la última declaración, pero ese puente lo cruzaría cuando tocase. Era un asunto delicado y complejo.

—¿De verdad Oliver ha encontrado a alguien digno de su confianza? —Ella aún no se lo podía creer—. Me encantará conocer a esa persona. Debe ser un gran hombre si lo ha dejado a cargo de su mayor fortuna.

—La finca no es su mayor tesoro.

—Lo sé, cariño. No me refería a eso, porque tú eres su mayor tesoro.

—¡Oh! —dijo la jovencita ruborizándose. Estaba orgullosa de ser el ojito derecho de su hermano.

—Ponte el vestido de amazona. —Sue se levantó y la conminó a hacer lo mismo.

—No.

—Vamos a ir a cabalgar, aunque no quieras. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, claro. Sé cómo eres cuando te propones algo. Pero iré en pantalones.

—No, no, no y ¡no! Ni pensarlo, ni soñarlo, jovencita. Una dama

nunca debe ponerse en evidencia y menos…

—… ir en pantalones —terminó Melly por ella—. De verdad te has convertido en tu madre. Suenas igual que ella… incluso la misma voz. —Y eso no era nada bueno.

—No está bien que vayas en pantalones. Da igual como suene, no es correcto.

—No hay nadie para vernos. Estamos en mitad del campo. He probado a andar con ellos y son tan cómodos que si los probases lo entenderías. Deberían ser los hombres los que soportaran las pesadas faldas. ¿Además, cómo vas a montar tú a Blanca?

—¡Dios mío, Melly! Eres la hermana de un duque, no puedes hablar así.

—Porque soy la hermana de un duque, de él, puedo hablar así. Además, he aprendido que montar a caballo no es complicado si vas en pantalones y a horcajadas.

—¡No! No puedes estar hablando en serio. —Sue se escandalizó.

—Sí, el señor Leonel Jones me ha estado enseñando estos meses. Y fue él quien descubrió mi problema con los caballos.

—¿Y quién, si puede saberse, es ese tal señor? ¿Y cuál era, si puede saberse, tu problema?

—El señor Jones es el administrador de Oliver. Él manda. Y el problema con los caballos era la falta de pantalones. Verás lo bien que monto ahora. Oh, era una sorpresa, no debí haberlo dicho aún… Quería sorprenderte… —Arrugó la nariz. Quería dejarla con la boca abierta llegado el momento y su gran bocaza lo había estropeado.

—No lo apruebo. No apruebo que vayas en pantalones, ni que ningún hombre te vea en ellos.

—Le dije que no lo harías. Justo le dije que dirías una a una esas mismas palabras que acabas de decir.

—Oliver debe estar loco para dejarte a su cargo. ¡Es inaudito!

—Otra vez suenas a tu madre.

—No digas más eso, pequeña.

—No me llames así.

—¿Estamos en paz entonces? —A Melly no le gustaba que la hicieran sentir como a una niña.

—De acuerdo, pero verás lo bien que monto en pantalones. —Iba a ser en pantalones o no iría.

Las dos se midieron las miradas. Sue suspiró.

—Vístete. Te veré en pantalones, pero deberás retomar las clases en traje y silla de amazona en los próximos días. —Melly era su mayor debilidad—. Cuando vayamos a Londres deberás montar así. Rápido, Melly —la incitó—, cogeremos algo para que comas de la cocina y saldremos a cabalgar. ¡Vamos, vamos!

—Sue…

—¿Sí?

—Querida, sé que te mueres por montar, pero responde: ¿cómo vas a poder hacerlo si no tienes tu traje de amazona?

Melly la vio poner en sus labios una perfecta «O» al tiempo que se daba cuenta del gran inconveniente.

Capítulo 2

Condenado a los infiernos

Lo supo nada más puso sus manos y ojos sobre ella. Estaba condenado a los infiernos. Hijo de un brillante abogado, siguió los pasos de su padre y en toda su vida jamás había dejado que una mujer lo distrajese de su cometido. Veintidós años sin poner sus miras en una fémina; y, precisamente, en estos momentos había cometido un terrible e inesperado error, que estaba seguro le acarrearía consecuencias inciertas.

El señor Leonel Jones, el administrador del duque de Ashton, intuyó quién era la joven nada más la vio entrar por la puerta. La pequeña lady Amelia solo hablaba de ella, pero en términos nada parecidos a lo que él había visto en primera persona hacía unos pocos instantes. Todos y cada uno de los días de los últimos seis meses que había estado viviendo en casa del duque de Ashton, esa niña aprovechaba para sacar a colación a su heroína, lady Susan Dawson. Él sabía, al igual que su hermano Oliver, que la echaba mucho de menos. Cada comentario de Amelia sobre ella rezumaba nostalgia por los cuatro costados.

Debido a las historias que había oído acerca de ella, se había hecho una idea de su carácter dulce, con una buena dosis de alta alcurnia. Pero según lo visto, la dama era demasiado altiva, orgullosa y bien criada para ser una mujer que despreciara a los que no fueran de su clase. Sin embargo, nunca le había puesto ni rostro ni cuerpo y nunca hubiera estado preparado para encontrarse de frente con semejante apariencia física. Esa mujer era un ángel. Un ángel por fuera, pero un demonio por dentro; al menos para con los que no lucieran un título nobiliario, los que estaban por debajo de ella. Leonel se llevó la mano a la mejilla, todavía le escocía. Tenía mucho carácter, de eso no había duda, y él haría bien en olvidarse de ella. Lo mejor sería pedir disculpas y seguir con su vida alejado de la joven. Ella era sinónimo de problemas y él lo sabía tan cierto como que el mar era azul.

Esas grandes damas que se creían el ombligo del mundo no eran dignas ni de tan solo ser miradas por un hombre como él. Un trabajador que quería comenzar su fortuna sin depender de nadie más que de sí mismo. No quería que le regalasen nada que no fuera el fruto de su esfuerzo.

Su padre, de nombre Samuel, era el dueño del despacho de abogados más importante de todo el imperio. Su familia gozaba de buenas relaciones, grandes hombres conocían la valía de Samuel Jones. Cuando había un problema legal que solucionar, la Corona delegaba en él y muchos nobles hacían cola para ser atendidos o socorridos por su padre. Pero Leonel quería demostrar que era digno de labrarse, sin ayuda, un futuro. Y cuando, a través de un amigo de su padre, tuvo la suerte de comenzar a trabajar para un duque, se lanzó. Tuvo la entrevista con el duque de Ashton y pensó que, después de que este hubiese despedido a cuatro administradores que no eran dignos de su confianza, él sería el quinto. Sin embargo, consiguió ganarse la confianza del patrón con honestidad y en dos meses había conseguido sembrar una franca amistad con él y demostrarle que tenía cabeza para las finanzas y los negocios. En seis meses había doblado la inversión del ducado de Ashton y cosechado una sólida amistad.

Le agradaba mucho estar con Oliver y con la pequeña Melly, como la llamaban en la casa. Se sorprendió gratamente cuando, tras dos meses, el duque decidió que él sería un buen guardián para sus propiedades y negocios —sobre todo para su hermanita—, y emprendió un largo viaje. Leonel estaba dispuesto a demostrarle al duque que había hecho bien en confiar en él y eso pasaba por olvidarse de ella. Ese ángel caído del cielo no lo miraría ni una segunda vez. Quedó patente cuando ella entró por la puerta, lo vio e hizo caso omiso de él. Estaba acostumbrado a que su apariencia causase terror entre el sexo contrario, ella no pareció ser una excepción; aun así, demostró una entereza digna de aplauso.

La muchacha no sabía quién era él, pero Leonel jugaba con ventaja, porque él había oído todo acerca de ella: lo bien que pintaba, lo bien que cantaba, lo bien que montaba, lo buena amiga que era, lo bien que sabía reír… Sin conocerla sentía que ya era parte de su vida. Lady Amelia se pasaba los días echándola de menos y la tristeza de la jovencita comenzaba a ser demasiado contagiosa. La mocosa había conseguido que él mismo comenzase a añorar a una mujer que no había conocido hasta el momento. Así que trató de buscarle a la niña un pasatiempo para que se entretuviese. Su niñera, la señorita Summer, no lo aprobó, pero el duque sí permitió que él la enseñase a montar. Todos lo habían intentado y ella no estaba cómoda con ningún caballo, ni tan siquiera con esa mansa yegua que parecía un gran copo de nieve que su hermano le había reglado antes de su

llegada.

Con la silla de amazona no consiguió nada de la pequeña; pero, en cuanto se puso unos pantalones, ella dominó al animal y su seguridad se incrementó. La alegría de la niña fue tal, que él se sintió orgulloso de esa proeza y la consideraba obra suya.

Leonel miró su reloj. Un caro ejemplar que Oliver le había regalado antes de su partida en agradecimiento por sus servicios. Eran las nueve pasadas. El administrador sabía que a Amelia se le solían pegar las sábanas. Aunque, en los últimos meses, a las nueve y cuarto, Melly había estado en los establos preparada para su clase de equitación, pues quería ser perfecta para cuando llegase su mejor amiga. Cierto que hoy ella iba a tener al fin la compañía que tanto había añorado, por ello él las dejaría disfrutar de su reencuentro, pero por seguridad de la joven quería preparar la silla el mismo. Leonel se sentía mejor si comprobaba que todo estaba bien con el animal, porque lady Amelia era —hasta que regresase su hermano— responsabilidad de la señorita Summer y de él mismo. Nada tenía que ver el hecho de que se muriese por volver a ver a la altiva invitada de la casa, porque era consciente de que era su deber mantenerse alejado de ella.

Negó con la cabeza. ¿Qué le estaba pasando? Era una simple mujer que jamás lo tendría en consideración, ¿por qué demonios albergaba esta sensación tan extraña que comenzaba a sentir como algo llamado esperanza?

Llegó hasta los establos y el aire abandonó sus pulmones. Se quedó quieto y lívido. Se erguía ante él una poderosa mujer en unos finos pantalones y una pulcra camisa blanca. Y, por la perfecta y muy bien desarrollada figura que veía, no era precisamente la hermana del duque la que se encontraba de espaldas a su persona. La boca se le secó imaginando poder admirar tan fielmente la perfección de ese cuerpo.

Sintió una gran envidia por la yegua a la que ella estaba mimando y deseó ser el receptor de esa caricia que ella propinaba con dulzura a un animal que parecía estar entendiéndola.

—Hola, pequeña. —La yegua resopló. Pareció que le devolvía el saludo—. Debes seguir portándote bien con tu dueña. Melly necesita tu tranquilidad para demostrarme que sabe montar y no puedes defraudarla, ¿sí?

El ángel cepillaba a Luna con una dedicación que Leonel nunca había visto. El animal incluso asentía ante todo lo que la muchacha le decía. Cuando ella terminó, se situó ante la yegua para acariciarle el hocico. Luna se apoyó casi sobre su frente como para darle un beso. Leonel no había visto nunca nada igual. Tenía mano con los animales. Entonces Susan sacó un azucarillo —que no lo necesitaba para ganársela, puesto que ya la tenía comiendo de su mano antes de eso—

y se lo entregó. La yegua volvió a resoplar en señal de agradecimiento.

—Es un soborno, pequeña, tienes que quererla como ella nos quiere a nosotras y protegerla siempre, ¿de acuerdo?

La yegua relinchó en respuesta y un bufido desde el lugar contiguo salió de otro animal para reclamar celosa la atención de Susan.

—¡Oh! No seas celosa, Blanca. Tengo tu azucarillo aquí mismo. Enseguida voy a verte, muchacha, un poco de paciencia —dijo segura que la yegua estaba entendiéndola.

Y entonces pasó lo peor que le podía haber pasado para endulzar aún más la situación. El señor Jones la escuchó reír y su corazón se estremeció. Ese ángel tenía una voz suave y melosa cuando no estaba furiosa, pero su risa era música para sus oídos. Él estaba completamente eclipsado, perdido ante esa visión de ella. ¿Era un ángel o un demonio? Él no sabía qué pensar. Su reacción de antes le advertía que la joven era una dama de clase alta, orgullosa y altanera, una arpía en mayúsculas, un demonio. Pero ahí, en ese establo, ante los caballos, susurrando palabras tiernas y de protección sobre lady Amelia, él la creyó una criatura dulce, sin maldad, sensible, un ángel, pero sin duda llegado para atormentarlo.

Y no quería parar a examinar su rostro, porque entonces estaría aún más condenado de lo que estuvo en un primer momento. Ojos verdes, esmeraldas llenas de vida, pómulos altos y unos labios gruesos y rosados que deberían ser considerados como un manjar prohibido para los simples mortales. Esa cabellera de oro bruñido invitaba a hundir las manos y certificar su suavidad. Ante él, una perfecta rosa inglesa con diversas espinas. No era demasiado alta. Cuando la tuvo ante sí, la dama era por lo menos una cabeza y media más baja que él. No demasiado delgada pero tampoco voluptuosa. Ciertamente ella era una auténtica tentación para los hombres.

Una sombra se movió por su lateral derecho. Leonel se preparó para la interrupción de sus pensamientos.

—Buenos días, señor Leonel. Veo que no ha olvidado usted nuestra clase de equitación —lo sorprendió lady Amelia mientras ojeaba curiosa qué era lo que tenía la atención del administrador tan centrada.

Leonel se había situado hábilmente para observar a lady Susan a escondidas y se sintió como un niño al que pillan haciendo una travesura.

—¡Oh! —dijo la niña al ver que su instructor de equitación observaba a Sue—. Es una suerte que esté usted aquí, porque quiero presentarle a mi mejor amiga al fin.

—Será mejor que las deje a solas, lady Amelia. —Él consiguió encontrar la voz y parecer tranquilo—. Hace tiempo que ustedes no se ven y no quisiera interferir en su primera reunión al aire libre.

—¿Oh, Lee, ya no soy más Melly? —Amelia puso morritos. Le gustaba que se tratasen con menos formalidad, aunque a veces ambos olvidasen que tenían una sana amistad.

—No es correcto, milady, y menos teniendo en cuenta que hay otra dama ahí adentro. —¡Demonios! Esa dama a la que había aducido lo tenía babeando, a él, un hombre que se jactaba de mantener sus sentimientos bajo control incluso en las situaciones más difíciles.

—No, no, no —negó con mucha vehemencia—. Soy Melly, prometiste que así me llamarías. —La niña hizo su mejor interpretación de tristeza. Él se derritió y pensó que en poco tiempo Oliver iba a tener muchos problemas con esta muchacha. Esa jovencita era un verdadero encanto y sabía muy bien manejar sus cartas.

—Está bien, Melly.

—Vamos. Haré las presentaciones oportunas.

Antes de que Leonel pudiese objetar algo más, un grito muy poco decoroso y acorde con su posición de hermana de un duque salió de esa niña.

—¡Sue!

—Melly, no debes gritar porque… —comenzó a decir al tiempo que se daba la vuelta. La joven no pudo seguir con su frase.

—Ven, Sue, quiero presentarte a alguien. Date prisa.

La dama tragó saliva e irguió la postura. No pudo evitar que sus mejillas se sonrojasen debido al atuendo que llevaba. Su amiga le había facilitado la ropa de Oliver y le prometió que nadie las vería. Bien, no tenía sentido huir del lugar del crimen. La falta había sido cometida y descubierta, pero al menos no era la condesa quien condenaría la indecencia de vestir como un hombre.

Mientras Susan trataba de controlar la estampida de su corazón, Melly se acercó con complicidad hacia el administrador y le dijo:

—Ahora verás cómo me regaña por gritar. Me gusta cuando trata de educarme. No se lo digas pero la irrito con toda la intención del mundo. —Él se sintió identificado, porque esa misma mañana disfrutó habiendo hecho justo eso con el ángel que venía caminando hacia él. Efectivamente. La observó salir de las caballerizas como la gran dama que era. Todo en ella era pura elegancia. Leonel sintió que se le caía la mandíbula ante esa visión. Una princesa, un ángel; o la mezcla de los dos. Esa era la mejor definición para la mujer. Y para más colmo ella le dedicó una sonrisa sincera a la niña que a él le llegó al corazón. ¿Qué demonios estaba mal con él?

—Por favor, Melly, recuerda que una dama no debe alzar la voz bajo ninguna circunstancia. —Se sintió algo hipócrita porque ese poderoso guerrero consiguió que ella gritase y aporrease la puerta como una mujer sin educación ninguna hacía pocos instantes.

—Sí, lo siento, Sue. Lo olvidé. Mira, quiero presentarte a Lee. —Melly vio que Susan abría la boca para hablar. Levantó una mano para frenar la retahíla que sabía que se avecinaba—. No, no me regañes, puedo hacerlo mejor. Espera y verás.

La niña tomó aire, levantó el mentón y comenzó de nuevo.

—Señor Leonel Jones, quisiera presentarle a mi buena amiga lady Susan Dawson, hija de los condes de Somerset. Lady Susan, este es el señor Jones.

—Magnífica presentación —la elogió Sue. Hubiera sido perfecta si ellas dos no anduvieran con pantalones; no obstante, Melly lo hizo realmente bien.

Entonces Susan levantó al fin la vista hacia el hombre tan elegante que había junto a la niña y expulsó de golpe todo el aire que tenía en sus pulmones. Volvió a exhalar. ¿Qué le sucedía que no podía controlar las reacciones de su cuerpo? Seguro que era miedo. Él se veía aterrador, imponente, hermoso, sensual… Se recordó quién era ella, sonrió y le ofreció su mano para que él la besase, como si nunca hubiese pasado nada extraño entre ellos. Si él era capaz de hacerlo, ¿por qué no ella?

Esos ojos que la perforaban no conseguirían salir de su mente ni en un millón de años y solo los había visto unos pocos minutos. Se sintió cohibida porque, mientras ella presentaba un aspecto poco adecuado, él estaba impecablemente vestido con su fino traje de montar. Ese hombre frente a ella era más peligroso que el de esta mañana porque todavía era más apuesto…

Él se quedó callado. Pese a que sabía que debía iniciar la conversación, quiso ponerla en un aprieto y ver su reacción. Estaba azorada por su vestimenta, no le cupo la menor duda. Pero si ella pudiera leer la mente, saldría corriendo abochornada al comprender la lujuria que estaban alcanzando sus pensamientos.

—Encantada de conocerle al fin, señor Jones. Lady Amelia ha estado hablando de usted desde mi llegada. Tengo entendido que lo tiene en gran consideración.

—Milady, el placer es enteramente mío. —Leonel le hizo una breve reverencia, le sujetó la mano, la miró a los ojos y entonces se la besó. Sue notó que el rubor se intensificó y estuvo mortificada. Tuvo que recordarse de nuevo quién era ella para lograr mantener el temple.

—Bien, ahora que están hechas las presentaciones y hemos jugado a interpretar el papel de la corte, ¿qué tal si salimos los tres a montar? —consideró la niña ajena a lo que uno y otro estaban sintiendo—. A eso hemos venido. —Estaba ansiosa por demostrar su valía sobre un caballo.

—Melly, estoy segura de que el señor Jones tendrá que atender sus obligaciones, no debemos entretenerle. —No sería capaz de guardar la

compostura con ese guerrero a su lado.

—No se preocupe, milady —se apresuró a explicar él—, siempre dedico una hora por la mañana a las clases de equitación de lady Amelia. Por lo que estoy al servicio de dos bellas damas. —Él no iba a irse. ¿Ella en pantalones y a horcajadas? Demasiada tentación; no obstante, quería almacenar esa visión por el resto de sus días.

—Hemos quedado que soy Melly —lo corrigió la niña.

—Si usted insiste, milady, la llamaré Melly —replicó cortés el hombre. De repente, quería demostrar su galantería.

—Oh, por favor. Lee, llevas llamándome Melly hace meses, y a ella la puedes llamar Sue, ¿verdad? —Se giró para encarar a su amiga y esperar su aceptación.

Susan se puso nerviosa. Ella siempre era Sue en esa casa de Ashton, pero si su madre se enteraba de que un hombre —un simple administrador— se tomaba esa confianza con ella, la encerraría en su habitación toda una semana. Lo hizo ya una vez cuando se enteró de que uno de sus primos lejanos la llamaba Sue porque ella se lo había pedido. Y aquella semana fue muy larga e insoportable.

—Melly, no creo que el señor Jones se sienta cómodo con ese trato. Es amigo tuyo, pero debes entender que nosotros nos acabamos de conocer y nos pones a ambos en un compromiso.

—Efectivamente, milady, tiene usted razón. —Leonel le tendió una cuerda para ayudarla. Susan le ofreció una sonrisa y agradeció el gesto con una inclinación suave de cabeza.

—Bueno, pero a mí me debes llamar Melly —se conformó la niña.

—Entonces vámonos —pidió Susan.

Los tres subieron a sus respectivos caballos. Ellas dos tenían yeguas que probablemente pasarían por hermanas, si bien era cierto que la de lady Susan era más temperamental. El administrador subió a un magnífico ejemplar color azabache. No podía ser de otro modo. Todo en él desprendía virilidad y de ningún modo iba a montar un caballo menos digno de un hombre tan fornido como él. Sue se lamentó por encontrarlo tan atractivo. Ella admiraba a los caballos y, sobre ese ejemplar que él montaba, se veía aún mucho más imponente. Sus anchos hombros, el pelo negro recogido en una coleta, y sus manos…

¡Qué decir de sus manos! La ponían nerviosa, muy nerviosa. Eran tan grandes. Todo él era un hombre muy grande y, aunque al principio la había intimidado, ahora no sabía bien por qué se sentía como una mocosa asustada por la atracción que era consciente que sentía hacia él. Su maldita sonrisa perfecta y esos ojos color miel debían tener la culpa de todo. Debía recordarse que no era más que un trabajador de la casa, de lo contrario…

—Mírame, Sue, mira. Estoy sobre un caballo, sin miedo a caer y segura de poder montarlo. ¿Estás orgullosa de mí? —Melly la sacó de

su ensoñación.

—Por supuesto, cariño. Mi gran amazona, no dudé jamás de que lo conseguirías. —La miró con amor.

—No lo he hecho sola. Lee me ha ayudado mucho.

—Melly, lo has conseguido por ti misma —intervino el administrador—. Yo simplemente te dije cómo llevarlo a cabo. No me des más crédito del que merezco por ello —se restó importancia.

—Has sido de gran ayuda. Tú solo no, porque… Bueno… Sue, sé que no lo apruebas, pero los pantalones me ayudaron también mucho.

—¿Llevas pantalones, Melly? No me había dado cuenta —bromeó ella inquieta por su propio atuendo.

—Oh, Sue, no te burles de mí. Venga, incrementemos el ritmo. Quiero que veas de lo que soy capaz.

—Está bien. Pero vamos a tomarlo con calma, no quiero que te precipites, ¿de acuerdo?

—Sí.

Al trote rápido montaban los tres para darle un poco de brío a la cabalgada. Melly se envalentonó y comenzó a subir la intensidad demasiado. Susan lo notó, y pidió que se tranquilizase, pero ella no le hizo caso. Con paso rápido, la jovencita llegó a un claro. Frenó en seco su yegua y, cuando quiso bajar sin ayuda para mostrar su autonomía, una mala posición la hizo caer sobre la hierba.

Leonel la vio en el suelo y azuzó al semental para llegar lo antes posible. Lady Susan hizo lo propio. El administrador llegó primero, la observó con una calma que no sentía y creyó que estaba llorando, pero la niña estaba riendo a carcajadas. Respiró aliviado.

—¡Oh, Lee! He hecho el ridículo por hacerme la superior, lo sé, pero no puedo evitar reírme… — estalló una vez más en risas.

Sue no tardó en llegar hasta ellos. Descendió de Blanca, para ir hacia donde estaba el señor Jones con ella en brazos, con tan mala suerte que al emprender la carrera tropezó con una piedra y se dio de bruces contra otra. Un grito de histeria fue contenido; porque, mientas caía al suelo, podía oír a su madre diciendo que una dama jamás alza la voz y ella no debía volver a cometer una falta así en este día.

Varios gritos de horror por parte de los dos espectadores del suceso rompieron el canto de los pájaros.

A los pocos minutos, Susan percibió movimiento. Unos fuertes brazos estaban sosteniéndola mientras notaba algo líquido deslizarse sobre el lado derecho de su mejilla. Despegó los párpados con pereza. Vio esos increíbles ojos caramelo examinándola y sintió el agradable calor de un cuerpo que la sujetaba mientras la colocaba sobre el suelo para sentarla cómodamente. Esos brazos se sentían tan acogedores y ella, de repente, se sentía tan cansada y mareada… Apoyó su cabeza en ese pecho varonil y cálido mientras que unas grandes manos le

pasaban un pañuelo para secar la sangre que iba fluyendo. Sue no era consciente de su entorno, pero estaba en el cielo, de eso estaba segura.

—Esto es culpa mía. Dios mío, Lee. Ella no morirá, ¿verdad? No puede morir, ¡la acabo de recuperar! —La preocupación hizo que Amelia derramase unas lágrimas.

—Tranquila, Melly. Nadie va a morir. Es simplemente un pequeño corte. La sangre asusta mucho, pero ella está bien. —Decidió que él tampoco podía perderla justo cuando la acababa de encontrar.

—No abre los ojos. Está muy quieta.

—Dale un momento. No se ha desmayado, pero debe estar mareada. Aguarda un poco más. — Debería apartarla de su abrazo, pero Leonel se negaba a hacerlo. Eso se sentía demasiado reconfortante para alejarlo.

—Sue, por favor, abre los ojos —suplicó la jovencita.

—Uhmm —fue el único sonido que salió de ella mientras acomodaba mejor su cuerpo para adaptarse completamente al de ese hombretón.

El administrador aguantó el pañuelo para taponar el corte. Cuando vio que no salía más sangre, la despegó de su busto. Un quejido de frustración por dejar de sentirlo cerca salió de los rosados labios femeninos. El corazón de Leonel cantó cuando la joven luchó por regresar al hueco de su pecho.

—Lady Susan, atienda, debe abrir los ojos. Melly está muy nerviosa y necesita saber que usted está bien. —Por él podía quedarse así por toda la eternidad, pero la hermana de Oliver estaba seriamente preocupada.

—Vamos, pequeña, abre los ojos. Por favor, por favor —rezó Melly.

—No te gusta que te lo llame a ti y tampoco me gusta que me lo llames a mí. No soy pequeña, soy una mujer —le advirtió Sue aún con los ojos cerrados mientras se arrebujaba en los brazos de su guerrero para mantenerse caliente y segura. ¡Oh, sí! Su cuerpo varonil la estaba llevando a un estado en el que todo era una agitación incomprendida, pero demasiado excitante como para no tenerla en cuenta.

—¿Ves, Melly? Tu amiga está bien. Necesita un momento para que pueda abrir sus ojos. Aguarda. —Leonel la estrechó más contra su cuerpo. Congelaría el tiempo si pudiese en este mismo instante.

El administrador estaba seriamente preocupado al verla tan dócil. Había sido un fuerte golpe el que se había dado, pese a que le había indicado todo lo contrario a la niña. La cercanía de Susan lo estaba volviendo loco por segundos, llevándolo a una dulce agonía por la que se dejaría asesinar. No podía tenerla cerca por más tiempo sin delatar su excitación. ¡No debió aceptar la invitación de Melly! Pero la oportunidad de pasar la mañana con ese ángel no debía ser desperdiciada, pues sería un verdadero pecado.

De nuevo, él la despegó de su cuerpo.

—Sue, por favor, abre los ojos. Por favor, por favor, por favor... —Melly tenía los ojos vidriosos. Se sentía plenamente responsable del suceso.

Susan entreabrió los párpados y miró directamente esos ojos que la tenían tan obsesionada desde hacía unas pocas horas. Llevó su mano derecha a la mejilla del gladiador romano.

—Nunca imaginé que un vikingo pudiera tener los ojos más bonitos que jamás haya visto.

Y de nuevo, ella cayó en un momento de inconsciencia. Leonel la acurrucó tiernamente sobre su torso.

El hombre no podría aguantar más ese estado de excitación en el que se encontraba. Necesitaba que ella se recompusiese para poder separarla. ¡Era un hombre, por Dios! Un hombre con apetitos sanos que hacía mucho que no saciaba. La prueba era la más dura a la que se hubiera enfrentado nunca.

La cargó en brazos y se acercaron los tres al río. Desechó la idea de zambullirse él mismo en las aguas heladas para calmar su lujuria. ¡Ella estaba inconsciente y no podía parar de pensar en esos pezones que le rozaban el pecho cada vez que se acomodaba sobre él!

—Melly, con cuidado de no caer, moja el pañuelo con agua. —Le pasó la prenda.

La niña hizo lo que le pidió y se lo llevó chorreando. Leonel comenzó a mojarle la cara a Susan con el pañuelo. Repitieron la acción tres veces más y ella fue despertando.

Susan fue plenamente consciente de la situación al poco tiempo. Unos brazos la sujetaban. Trató de separarse de él. Leonel se lo permitió, pero no del todo.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó aún confusa.

—¡Gracias al cielo! Estábamos muy preocupados por ti. Te caíste y había mucha sangre. No conseguíamos hacerte abrir los ojos.

—¿Yo...? Pero la que cayó fuiste tú. —Estaba turbada.

Sue se incorporó para ir a buscar a su amiga con tal de ver si estaba bien o se había herido. Se volvió a marear y se sentó con la ayuda de Leonel.

—Melly, acerca los caballos hasta aquí —ordenó el administrador. Ella obedeció.

—Milady, quédese sentada. No intente levantarse, ¿comprendido? —Sue asintió levemente dejando claro que obedecería. No podía moverse, le dolía la cabeza. Leonel se separó de ella para ayudar a Melly a subir a su yegua y ató las riendas de la de lady Susan a la silla de montar de su semental. La ayudó a levantarse y, cuando estuvo seguro de que ella no caería al suelo, él subió al animal y tiró de ella como si fuese una pluma para subirla y acomodarla sobre sus muslos.

Esperaba que lady Susan estuviera mareada y no prestase atención de su hombría, porque esa parte de su cuerpo se negaba a mantenerse en reposo.

Una vez arriba, ella descansó su cuerpo sobre el de él sin objeción ni reservas. Estaba de nuevo cómoda, protegida. En el cielo.

Cuando llegaron a la finca, el señor Jones comenzó a dar voces y los criados se acercaron. Le ayudaron a bajarla y, cuando él estuvo en el suelo, volvió a cargarla en brazos. Se sentía muy protector y posesivo con ella. La sensación no le agradó ni un pelo.

Los tres se metieron en la casa para buscar una habitación donde acomodarla y permitirle el descanso que necesitaba. Mientras él subía por la escalera como alma que lleva el diablo, le pidió a Melly que avisase a Arthur, su hombre de confianza, para que este fuese a llamar al doctor sin dilación. La niña siguió sus indicaciones y se marchó.

Leonel llegó a la habitación y la depositó sobre la cama de forma delicada, como si sostuviese un fino cristal de valor incalculable. Ella parecía realmente un ángel tentador. Susan permanecía con los ojos cerrados. Leonel se sentó en la cama junto a ella para poder observarla bien. Sostuvo su mano entre la suya y se permitió acariciar el bello rostro de la mujer.

—Ángel mío, te pondrás bien. Descansa —le dijo en un susurro mientras seguía acariciando su suave mejilla—. Ahora que has llegado no puedes dejarme. Debes reponerte. Necesito que te repongas, ángel mío. Te lo suplico —le volvió a rogar.

Sue ladeó la cabeza y emitió un suspiro que dejó sus cremosos labios entreabiertos. Estuvo perdido ante tan inconsciente invitación. No quiso evitar darle un suave beso en esos maravillosos labios carnosos que habían sido creados para martirizar a los hombres, a él. Estaba mal lo que hacía, no debía besarla sin su consentimiento; no obstante, nada conseguiría frenarlo en este momento. Se dio el gusto, un capricho que se prometió no volvería a suceder.

Se separó de ella y tuvo la sensación de que levantaba la cabeza para evitar la pérdida de su contacto. Desechó la idea al momento. Probablemente su mente le había jugado una mala pasada. Su esperanza lo había cegado momentáneamente. Ella estaba sumida en la inconsciencia, era imposible que hubiese pedido más de él.

Como buen caballero, se quedó en la puerta, fuera de la habitación, a la espera de la llegada del médico. Cuando este se presentó ante él, ya se retiró y dejó al hombre hacer su cometido. Leonel necesitaba también unos momentos de paz.

—Me habían dicho que estaba usted inconsciente, lady Susan. Me alegra ver que no es así. —El galeno se acercó a ella con los utensilios preparados para examinarla.

—Buenos días, doctor Harris. No puedo creer que lo hayan

llamado. Solo fue una tonta caída. Ya me siento mucho mejor —dijo Sue mientras intentaba incorporarse de la cama.

—No se mueva, jovencita.

—Señor Harris, ya no soy una jovencita… Por si no lo sabe, en unos meses voy a ser presentada en sociedad en Londres. Soy una mujer en edad casadera. —Para ser tan mayor, había sonado justo como Melly cuando pretendían indicarle que era aún una niña. Sue se enfadó consigo misma.

—Para mí siempre será una niña. La vi nacer y crecer. Es cierto que es toda una mujer; pero, cuando llegue a mis años, lo entenderá. Y ahora túmbese, voy a examinarla.

—Está bien. Pero le digo que simplemente ha sido un mareo sin importancia. Siento que le hayan hecho venir, seguro que tiene asuntos más importantes que tratar. Lamento que algún paciente necesitado se quede sin su atención por mi causa.

—Eso lo decidiré yo.

El médico la examinó y vio el feo corte en la sien. Hizo una mueca al verla. Pobre chiquilla. Si alguien merecía toda la buena suerte del mundo, esa era Lady Susan Dawson. No había mujer más buena y dulce que ella.

—Si su madre la viese, le diría que…

—… una dama debe ir a paso seguro y jamás caer —terminó ella por el médico con una sonrisa en su rostro. Buena muchacha sin suerte con su familia, pensó el señor Harris.

—Como bien ha dicho, está en edad casadera y vamos a hacer todo lo posible para que ese bonito rostro no albergue cicatriz alguna. Estoy seguro de que, aunque dejásemos una imperfección ahí, sus pretendientes no menguarían. —Al menos la había hecho reír. Susan llevaba demasiados años sin ser feliz más que en compañía de Melly y Ashton, el doctor era consciente de ello. Si Dios era justo, pronto la joven saldría de la casa de los Somerset.

—No sea tan zalamero, doctor. Su mujer no estaría contenta si supiera que endulza palabras para otra. —Volvió a reír de nuevo.

—Mi esposa sabe que tengo predilección por usted. Y ahora déjeme ver ese chichón de cerca. —El médico evaluó el bulto—. Efectivamente es feo. En su vida ha tropezado, milady. Me pregunto qué estaba haciendo para caer.

—Vi a Melly en el suelo. —Se asustó muchísimo. Susan podía recordar la congoja que experimentó al imaginar que su amada Melly hubiera podido hacerse daño.

—Suponía que algo grave habría ocurrido para que me llamasen para atenderla. No recuerdo haberla atendido nunca por una caída, ¿cierto?

—No se lo dirá a la condesa, ¿verdad? —Estaba aterrada ante esa

idea. Si su madre supiera…

—No hará falta, porque usted está bien, pero me temo que el corte se verá y deberá darle explicaciones… —El señor Harris chasqueó la lengua—. Lo siento por ello. —El médico bien conocía a la lady Somerset—. He traído una cataplasma que la ayudará a bajar la hinchazón más rápido, pero aun así…

—Tal vez pueda quedarme unos días aquí… —dijo esperanzada—. ¿Cuánto calcula que tardará en curarse la herida?

—No es demasiado grande, pero comenzará a ponerse morado. Y en la zona donde está el golpe… Hará que esté unos días algo mareada e incluso le dolerá la cabeza un poco. Pero creo que en una semana aproximadamente se irá, si no del todo, al menos estará bastante camuflado para que la condesa no se entere.

Susan decidió que sería mejor ocultarse una semana de la vista de su madre. Las consecuencias podrían ser devastadoras si lady Somerset se enterase de que se había caído. Las costillas aún le dolían por la última vez que tomando el té se derramó un poco en el platillo. Trató de no recordar el suceso. Idearía algo para quedarse en la casa del duque.

—Enviaré una nota a casa y explicaré a la condesa que me han invitado unos días aquí. No podrá negarse. Estará loca de contenta pensando que la idea partió de Ashton; pero, por favor, usted no debe decir nada respecto a este…

—Yo no he estado aquí, jovencita. —Le guiñó un ojo y le apretó las manos en señal de apoyo. Susan tenía título, prestigio, caros ropajes, comida abundante; pero las necesidades más básicas, como el amor de una familia, hubo de buscarlas fuera del hogar de los Somerset. El médico maldijo mentalmente por ello a los progenitores de la dama.

Y, con una sonrisa, el doctor salió de allí, porque al menos su paciente descansaría durante una semana del maltrato de su madre. Pocos segundos tardó en entrar Melly en la habitación.

—Sue, Sue, el médico dice que estás bien pero que debes descansar. Ha explicado que es mejor que te quedes en casa unos días… ¡Estoy tan contenta por ello! —Melly se sintió mal por alegrarse de su desgracia y retomó la conversación con la esperanza de enmendarla—: Bueno, siento mucho que cayeses, claro. Pero me alegra que te quedes unos días conmigo.

—Me alegro mucho también de estar cerca de ti.

—Pediré que te traigan tus cosas a casa. Estoy tan contenta de tenerte para mí sola, pero lamento que haya sido a causa de la caída. Lo siento, Sue.

La puerta se abrió y ambas miraron en esa dirección. Una mujer de aspecto muy peculiar saludó cortésmente. Era algo mayor que Susan, pero no tenían nada que ver la una con la otra. Los ojos negros la

miraron y la dejaron congelada. Su pelo oscuro como la noche misma. Pese a la oscuridad que vio en ella, la luz emergió en su rostro cuando sonrió a Melly y la miró a ella del mismo modo que a su joven amiga. Era una mujer ciertamente desconcertante. Advertía en ella un carácter extraordinariamente complejo. En verdad era bonita, pero sobre ella se cernía algo sombrío a la vez que esperanzador. Era la mujer más asombrosa que alguna vez vio por su porte, sus formas y su aspecto físico.

—Buenos días, lady Amelia, lady Susan. —Cuando pronunció el nombre de ella sintió… algo, una cosa que no era capaz de identificar, pero era positiva.

—Sue, qué bien, al fin puedo presentarte a mi institutriz. Quien, además, se ha convertido en una dama de compañía y una amiga. Señorita Summer, esta es mi mejor amiga, lady Susan Dawson.

Susan intentó levantarse para saludar a la recién llegada.

—No, por favor. Milady, no debe hacer esfuerzos. Estoy segura de que el protocolo no será tenido en cuenta en estas circunstancias. —A la señorita Summer, de nombre de pila Lisa, le gustó la amiga de su pupila al primer vistazo. No todo el mundo trataba a un empleado con tanta diligencia. Pese a que estaba herida había intentado levantarse como muestra de cortesía.

Lisa la observó detenidamente y amplió aún más su sonrisa. Al fin entendía el extraño comportamiento que había manifestado el administrador de la finca. No hacía falta recurrir a los poderes místicos, a los que a veces aludía frente a Melly, para aventurarse a señalar que una gran historia se avecinaba ahí.

—Gracias, señorita Summer. Es un placer conocerla. —Aunque se sintió celosa al ver la cercanía que Amelia mostraba por ella, le cayó simpática enseguida. Había algo en su mirada que le daba confianza y algo más. ¿Eso que veía en los ojos de la señorita Summer era un poco de suspicacia?

—Lo mismo digo, lady Susan. Si le parece bien haré que alguien recoja algunas pertenencias de su casa y que venga su doncella. El doctor ha dado indicaciones para que descanse hoy y recomienda que se quede unos días aquí. El señor Harris ha pedido muy insistentemente que la mimemos y la obliguemos a recibir las atenciones. —Le sonrió de un modo desconcertante. De pronto, el guerrero vikingo se coló en su mente de una manera arrolladora. ¿Cómo iba a poder manejar ella lo que él le producía durante una semana si en las primeras horas había sido imposible resistirse a su fuerza?, se preguntaba Sue al tiempo que se mordía el labio inferior.

—No se preocupe por eso —continuó la institutriz mientras le guiñaba rápidamente un ojo. Sue se asustó; ¿habría dicho sus conjeturas en alto? Fijó la mirada en Melly, ella parecía tranquila, por

lo que no se le había escapado el pensamiento de la mente—. Tampoco se apene por ello —prosiguió Lisa—. Descanse. Me temo que va a necesitar todas las fuerzas que pueda reunir para afrontar el futuro. Lo mejor será que se deje llevar y no tema nada. El destino es algo incomprensible que escapa a nuestro control. Lo que haya de ser, será. Relájese y permítase vivir el presente, y preocúpese por los problemas cuando lleguen, que tardarán en llegar. No tiene caso apenarse por lo que aún no ha sucedido y no se puede evitar. Y después de esta clase de filosofía impartida, que veo que la ha dejado petrificada, iré a escribir una misiva para su madre, aunque…

—¡No! —gritaron a la vez Melly y Sue.

—Como iba a decir, será mejor que la escriba usted misma.

—Gracias. Se lo agradezco, sí, en efecto enviaré una nota para explicar a mi madre que he sido invitada unos días aquí.

—Comprendo. —Algo en la forma en la que pronunció esta última palabra le transmitió que ciertamente estaba al corriente de por qué no debía decir a su madre ni una palabra sobre el incidente. ¿Hoy era el día de las conexiones? Primero, con ese gladiador; y, en estos momentos, con una mujer que parecía entenderla y cuyas palabras la habían calmado como un bálsamo.

—Verá, señorita Summer —recuperó rápidamente la compostura Sue—, creo que es mejor no preocupar a los condes con una niñería.

—Por supuesto, no queremos que su madre tome medidas que no son ni prudentes ni correctas. — Sue tenía en la punta de la lengua la pregunta cuando la institutriz prosiguió su discurso—: No se preocupe por eso tampoco. Iré enseguida a dar órdenes a la cocina para que preparen la tisana que ha recomendado el doctor. —Ella la aderezaría con unas hierbas que aún potenciarían más rápido su recuperación—. Y si le agrada esta habitación puede quedarse, o si prefiere otra… Bueno, tengo entendido que conoce mucho mejor la casa que yo, así que disponga lo que desee. —La señorita Summer sabía que estaba hablando con la que, sobre el papel, iba a ser la futura duquesa de Ashton.

—Es usted muy amable, señorita Summer, aquí estaré perfectamente —respondió Sue.

La maestra se retiró con una pequeña reverencia y una enorme sonrisa.

—Por cierto, le subiré una novela para cuando su cabeza le permita disfrutar de la lectura, ¿tiene alguna preferencia en especial?

—Melly insistirá en entretenerme con alguna sobre princesas, príncipes y sapos.

—Sí, traeré una de esas también, pero incluiré otra sobre aventuras de señores sajones o algo de la época de Roma. Tengo entendido que los poderosos guerreros, gladiadores concretamente, están causando

sensación entre las damas. —Algo brilló en la mirada de Lisa y Sue se inquietó. ¿Habría dicho algo en voz alta sobre…? No, no, era imposible que…

Sue se quedó con la boca abierta. ¿¡Quién era la señorita Summer y cómo sabía sobre, sobre… sobre todo!?

—Señorita Summer, debido a las circunstancias de hoy —habló Melly—, ¿le parecería bien liberarme de mis obligaciones durante los días que esté convaleciente mi buena amiga? Creo que podría necesitar mi ayuda y, como bien sabe, llevo muchos meses aguardando este momento. Pero usted ya sabía que iba a tenerla para mí sola, ¿verdad? —Lisa le sonrió cómplice y Sue volvió a sentir celos de esa relación. Se sintió mal por ello, su amiga, a la que consideraba como su propia hermana, merecía tener el cariño de todo el mundo que la rodease.

Desde que llegó a la finca, Amelia quedó impresionada por las habilidades de la señorita Summer. La primera vez que se quedó sorprendida con sus dotes adivinatorias, esta le confesó a la niña que ella era una bruja. La joven no la creyó, pero en los días siguientes quedó confirmado que la mujer tenía un talento especial para ciertas cosas. Y, viendo la reacción de Sue, su amiga había comprendido que la señorita Summer no era una institutriz al uso.

—Lo que usted disponga, milady.

—Se lo agradezco —comenzó a decir Sue—. Le prometo que estos días, aprenderá conmigo también. Ambas sabemos que falta muy poco para su presentación y debe estar lista. No tenemos tiempo que perder, ¿verdad, lady Amelia?

—Por supuesto —respondió la niña obediente.

—Que tengan un buen día. Si me necesitan háganmelo saber —se despidió la institutriz.

—Espere, espere, señorita Summer —pidió la niña—. Me dijo que llegó una carta de su padre explicando que su hermana estaba enferma. Si quiere señorita, podría usted partir a su hogar el tiempo que mi amiga esté aquí para cuidarme e instruirme. ¿Qué le parecería estar con su familia un tiempo? Sé que tiene cosas que arreglar.

—Bueno, yo se lo agradezco, milady, pero creo que no sería…

—Por favor, señorita Summer, es un caso de urgencia —tomó la palabra Susan compadeciéndola—. Y, estando yo aquí para velar por mi amiga, considero mi deber cristiano obligarla a tomar esos días. Una semana creo que será el tiempo necesario para que usted pueda acompañar a su familia en estos días de necesidad.

—Como desee, milady. Quedo agradecida por este gran favor que ambas me hacen y prometo no olvidarlo mientras viva. Tienen ante ustedes a una leal servidora —sentenció como un juramento que hizo estremecer a Sue por la convicción tan ferviente con que fue dicho.

Y ya la institutriz salió contenta de la habitación. Podría ver a su hermana al fin. Llevaba semanas sabiendo que esta pedía por ella. Estaba realmente enferma y la señorita Summer quería ir a verla, pero sus obligaciones no se lo permitían. La recién llegada a la finca era, sin lugar a duda, un regalo caído del cielo, un ángel como habían determinado algunos. Sonrió echando la cabeza hacia atrás. Nunca olvidaría lo que ambas habían hecho al permitirle viajar. Y la mejor manera de devolverle el favor a lady Susan era desapareciendo una temporada de su vida para darle cierto margen de maniobra. Suspiró, una mujer tan buena no debería verse nunca en la tesitura del drama. Bueno, quedaba mucho para que eso llegara, y nada podía hacerse más que aguardar y confiar.

—Estoy muy orgullosa de ti, Melly. Has sido una excelente patrona. —Susan estaba satisfecha al ver el gran corazón que poseía su amiga. No todo el mundo tendría tanta deferencia con el servicio. De hecho, su madre misma la hubiera sacudido, si ella hubiese alentado a una empleada a dejar de lado el trabajo por el que se le pagaba.

—La señorita Summer se ha convertido en alguien muy especial para mí. Ni te imaginas cuánto, ni lo especial que es —esto último lo dijo en un susurro—. Me entristecía sobre manera saber que ella necesitaba ir y por mi causa no podía. Es una suerte que vayas a quedarte, así podrá despedirse de su hermana. Está muy enferma, ¿sabes?

—¡Oh! —Una lágrima escapó porque el pasado se removió en su interior—. ¡Pobre señorita Summer! Es muy duro perder una hermana.

—Lo siento, Sue, no quería ponerte triste y que recordases… —Melly apartó la mirada al verla ensombrecer su rostro.

—Estoy bien, cariño. Anna está en el cielo y sé que cuida de mí, de ti también. —Pero tu madre…

—No hablemos de cosas tristes, ¿sí?

—Está bien.

—Melly, ¿no te disgustarías si te pido que me dejes descansar un poco?

—Por supuesto que no. Lo necesitas.

Melly se acercó a ella y le dio un abrazo y un beso en la mejilla.

—Te quiero, Sue.

—Yo también te quiero, tanto como si fueras mi propia hermana. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, porque yo te quiero igual.

Sue se reclinó en la cama y, de pronto, las lágrimas comenzaron a salir sin control. Su mente retrocedió diez años atrás. Su hermana Anna tenía un año más que ella. Era la primogénita y el orgullo de su madre. Ambas eran muy parecidas físicamente, pero su hermana era más perfecta. Su madre siempre la ponía de ejemplo de cómo debería

actuar ella: «No, Susan, no. Fíjate en tu hermana. Ella lo hace bien, tú no». Y ella se sentía orgullosa de ver que su adorada hermana era la mejor. Una persona llena de luz, siempre capaz de iluminar toda la oscuridad que había a su alrededor.

Un día salieron ambas a cabalgar. Sue era una ferviente enamorada de los caballos. Su padre les acababa de regalar un poni a cada una y ella quería salir a montar y, pese a que el día amenazaba mal tiempo, salieron. Anna no permitió dejarla ir sola e insistió en acompañarla. Las dos llegaron empapadas pero riendo por lo bien que lo habían pasado ese día bajo la lluvia. Pero su hermana cogió al día siguiente unas fiebres que, semanas más tarde, se la llevaron.

Ella lloró y lloró hasta que no le quedaron más lágrimas en el cuerpo. Era pequeña y no comprendió hasta años más tarde lo que su madre, días después de enterrar a su hermana, le inculpó. «Esto es obra tuya, solo tuya. Niña mimada y desagradecida, hasta que no la has quitado de en medio no has parado», le dijo su madre una noche llena de dolor y rabia.

Tal vez si la acusación no hubiera continuado repitiéndose en el tiempo, ella la hubiera podido olvidar. No obstante, con el paso de los años, lady Somerset continuó espetando aquella sentencia. La hacía responsable a ella de la desaparición de Anna y la convenció de que era cierto; por ello aceptaba que el odio de su madre era legítimo.

La condesa no había sido nunca una persona afable o cariñosa, y menos con su segunda hija. Pero a partir de la muerte de Anna, se transformó en un ser lúgubre. Aún peor, pasó a ser alguien que únicamente le daba órdenes y a quien era mejor no contrariar nunca, bajo ningún concepto. Todo lo que Sue hacía, estaba mal hecho, pensado o dicho. Y las equivocaciones se pagaban con hambre, soledad o golpes.

Fueron dos años duros, pero al fin llegó a la finca vecina una pequeña que le devolvió parte de lo que había perdido. Tan linda como Anna, tan pura y maravillosa como su hermana, a quien cada día de su vida echaba de menos si no estaba a su lado. Y Melly fue su faro en la tormenta. Esa pequeña le hacía olvidar todo lo malo que había a su alrededor… Una madre tirana que la criticaba, despreciaba y odiaba; y un padre ausente que ni lo veía, ni lo quería advertir.

Melly, su Melly. Cuando la vio en el suelo hacía pocas horas, pensó que algo malo le había pasado. Su corazón se detuvo. No podía perderla, no a ella. Cuando unos minutos después pudo constatar que estaba bien, todo lo demás dejó de importar. Su Melly estaba a salvo y era lo que importaba.

Un suave golpe en la puerta de la alcoba la devolvió al presente.

—Pasa, Melly. Estaba segura de que me traerías la tisana y casi estaba agradecida de que no lo hicieras, los mejunjes del doctor

siempre saben a rayos —se permitió bromear, sabía que la niña estaba muy preocupada y que no podría separarse de su lado, porque si fuese al revés ella misma no se hubiera podido apartar del lado de Melly.

—Disculpe, milady, mi atrevimiento. —Una potente voz masculina le hizo enfocar la vista hacia la puerta y todo su cuerpo sintió la vibración de las cuerdas vocales de ese guerrero.

—Señor Jones, no es correcto que esté usted aquí. Por favor, salga. Se lo ruego.

Si alguien los veía, alguien del servicio, su reputación estaría arruinada y su madre… Lady Somerset definitivamente la asesinaría o, peor, la echaría al fin de casa. La había amenazado multitud de ocasiones con ello y temía que alguna vez lo llevase a cabo.

El administrador estaba parado en el umbral de la puerta sujetando la tisana. Cuándo la señorita Summer se las ideó para que fuera él quien subiera a llevársela… Debió saber que no era una buena idea, pero esa mujer siempre conseguía hacer que todos bailaran a su son. Al menos había anunciado que se iría una temporada. Desde la lejanía, él observó a Sue ligeramente incorporada en la cama. Definitivamente era un ángel que había llegado para atormentarlo. Era preciosa y la alegría del recuerdo de haberla sostenido entre sus brazos estaba marcada a fuego.

—Lo entiendo, milady, pero necesitaba ver con mis propios ojos que está usted bien. —El doctor le había transmitido su diagnóstico, pero él seguía seriamente preocupado. Su corazón no descansaría hasta que comprobase que no corría ningún tipo de peligro.

—Lo estoy. Pero, por favor, váyase. Deje la taza y salga, se lo ruego. Estoy bien. —Ella no podría soportar su cercanía y menos habiendo un lecho de por medio… ¿De dónde salen estos pensamientos tan inapropiados?, inquirió para sí la muchacha.

—Me alegro, yo estaba… Bueno, todos nosotros estábamos muy preocupados.

—Estoy bien. Por favor, señor Jones, se lo ruego. —Tenía que irse y él se resistía a hacerlo; ella estaba al borde del llanto.

—Sí, solo una última cosa. Discúlpeme, milady, por mi comportamiento de esta mañana. No debí… —detuvo él su explicación. ¿No debió qué? ¿Enfadarla? ¿Tocarla? ¿Echarla de la casa? Sí, no debió hacer nada de aquello.

—Queda disculpado. Además, usted no sabía quién era yo. Por favor, insisto en que se marche.

Leonel se quedó callado. Él sí sabía quién era ella, era como si la conociera, y maldijo su apariencia angelical en el momento en el que la percibió. No pudo evitar la tentación de molestarla al verla tan altanera. Se sintió tan culpable, pero a la vez tan satisfecho de su comportamiento…

—De todas formas, lo lamento.

Leonel entró raudo y dejó la tisana en la mesilla junto a la cabecera de la mesa. Salió a la carrera y cerró la puerta. Apoyó sobre la madera su espalda. Cerró los ojos para tratar de recobrar el aliento. Necesitaba serenarse. ¿En qué estaba pensando al subir a verla? Sí, sí, de acuerdo… En que necesitaba saber que ella de verdad estaba bien. ¿En qué estuvo pensado cuando la besó hacía pocas horas? En que necesitaba saber la textura de esos sonrosados labios que le llamaban a gritos ensordecedores.

¿Y en qué estaba pensando en estos precisos instantes? En que esa mujer no saldría de su mente jamás. Hiciese lo que hiciese, él nunca podría olvidarla. No entendía cómo, pero la llevaba marcada a fuego. Un simple administrador, un pobre abogado enamorado hasta las cejas de una mujer que nunca podría ser suya y a la que había acabado de ver por primera vez. Porque, conocerla, ya la conocía a través de los ojos e historias que había relatado Melly en los últimos meses y permitir que el recuerdo de la hermana del duque se colase en su corazón, eso, fue un error imperdonable.

Solo si sucediese a la inversa… Si fuese él un noble y ella una empleada… Tal vez ahí tendría más posibilidades porque por ella, por su amor, por su mirada, por sus labios, por sus abrazos, estaba seguro de que sería capaz de desafiar al mundo entero sin pestañear.

Comenzó a negar con la cabeza. Esos cuentos de hadas y princesas, que la niña le hacía leerle todas las noches después de cenar, estaban pasándole factura; y él ya estaba muy crecidito para pensar en hadas. Y menos en el ángel etéreo que acababa de conocer y que lo había sumido en la desesperación más absoluta.

¿Acaso un sapo podría competir por las atenciones de semejante mujer?

Capítulo 3

Caer en la tentación

Susan salió del lecho. Le habían subido la cena a la habitación hacía poco y se volvió a acostar, pero tenía más hambre. Necesitaba un dulce. Le habían puesto un pedacito de pastel de manzana y se acostó pensando en que le hubiese gustado comer otro más. Media hora después, ya tuvo que levantarse para ir a buscarlo a la cocina.

Ataviada con su camisón, cogió una bata y se puso las zapatillas. No iba a vestirse para bajar a la cocina. Intentaría que nadie la viese. Sin embargo, sintió remordimientos, pues oía la voz de su madre advirtiéndole que una dama no comía más que una pizca de su plato. Y que una verdadera dama, no como ella, no bajaría a la cocina a por más comida y menos portando una ligera bata y un sencillo camisón. Eso sería indecente.

Su madre no estaba. Se sintió libre para hacer lo que consideraba que debía: bajar, puesto que no iba a despertar a Beth —su doncella— para que le trajese un capricho.

Llegó a la cocina con sigilo y sirvió un pedazo generoso de ese magnífico pastel que había hecho Rosalin, la cocinera. Se lo comería rápido y volvería a su cama sin ser vista ni oída y con la barriga bien llena.

Unas voces captaron su atención. Decidió intervenir. No eran horas para que nadie estuviese danzando por la casa. Sí, olvidó que no iba vestida para poner orden…

En la salita azul se dio de bruces con una estampa de lo más curiosa.

—Vamos, Lee, no puedes dejarme intrigada. Comenzaste a leer el libro y no podemos dejar el capítulo a la mitad. Ahora viene lo mejor, lo intuyo. Si Susan estuviese aquí, te diría que eso no se debe hacer. Si se comienza un capítulo, lo decente y humano es terminarlo; de lo contrario, es una ofensa para el propio libro. No puedo pasarme toda la noche inquieta por no saber qué sucede con la historia. Por favor,

por favor, por favor, síguelo. —Puso morritos.

El señor Jones resopló. Era muy pequeña para tenerlo alrededor de su meñique.

—Es muy tarde, Melly. Mañana otro poco, ¿sí? —trató de hacerla entrar en razón.

Melly se levantó resignada para irse a su habitación y al girarse sonrió.

—No es tan tarde. Mira, Sue se ha sentido mejor y ha decidido levantarse. Ven, amiga, ayúdame a convencerlo para que terminemos el relato de esta parte. No es correcto dejarlo a mitad, ¿verdad? Ya sabes cómo me pongo cuando no finalizo una parte del libro.

Susan tragó saliva. Maldición, la habían visto. Debió haber hecho caso a la voz de su madre cuando le advirtió que no sería buena idea hacer todo aquello. De repente, se dio cuenta de su atuendo y se sintió desnuda. Si lady Somerset se enterase de esto definitivamente la haría ahorcar. Todo un mes sin salir de su habitación y con la mitad de comida iba a estar ella si la condesa se llegase a enterar. De eso estaba segura.

Leonel se sobresaltó al verla en la puerta. ¡Cielo santo! Estaba en una fina bata de dormir de seda rosa que dejaba ver —aún mejor que los pantalones y la liviana camisa— las suaves líneas de su cuerpo, y apostaría su sueldo de todo un año a que estaba sonrojada. Una sonrisa se dibujó en el rostro de él al ver cómo ella se afanaba por ceñir más su linda bata. Con ese gesto, lejos de cubrir más su cuerpo, lo que hacía lady Susan era dibujar perfectamente sus curvas, lo que se traducía en que pudiese admirar mejor dónde comenzaban sus caderas, el exterior de sus muslos, la curva de su pecho… La sangre se le fue, de todos los puntos de su cuerpo, directa hacia una parte muy concreta que estaba pidiendo atención. Mucha más atención que la que pedían esos picos erguidos de los pezones que se adivinaban bajo la fina tela de ella.

—Siento la interrupción —se disculpó Susan que no se atrevía a cruzar la puerta.

—Entra, por favor. ¡Oh, Sue, qué buena idea! —dijo la niña al ver que llevaba un plato con un trozo de pastel—. Sí, sí. Es lo que necesitamos los tres. Esperadme. Voy a por unos vasos de leche y dos pedazos más. ¡No os vayáis! Estaré de regreso en un periquete.

Susan resopló. ¿No se daba cuenta la muchacha de lo inapropiado de toda la situación?

Melly salió como un torbellino y nadie tuvo opción para decir que no era correcto plantear semejante plan. Leonel se quedó quieto. No sabía bien qué hacer y ella hizo exactamente lo mismo, tampoco se movió. La observó y pudo reconocer los miles de pensamientos que pasaban por su mente, pero el mayor era el temor. Odiaba que ella

pudiera sentir eso ante su persona, prefería su altanería mil veces.

—No voy a morderla, milady. Soy inofensivo.

—No creo que sea correcto que yo…

—Insisto en que no muerdo —subrayó apretando los dientes—. Coma tranquila su pastel. Y, por favor, siéntese. No es bueno que esté de pie, el doctor se molestaría. Sue no se atrevió a entrar. El tono de enojo de él la había frenado más que su apariencia indecente. Leonel supo que ella estaba analizando la situación y estaba seguro de que saldría despavorida si no actuaba.

—No me deja más opción, milady.

En dos zancadas, Leonel la cargó en sus poderosos brazos y la depositó en un cómodo sillón cerca del fuego. Sue no tiró el plato al suelo de puro milagro. Sabía que no estaba bien que él la cogiese en volandas, y menos aún que ella se sintiese tan a gusto en sus brazos, pero nada pudo decir al respecto. Ninguna queja salió de sus labios porque en lo único en que podía pensar era en lo increíbles que eran esos ojos color miel que la tenían embrujada. Se quedó fijamente mirándolo.

—¿Le siguen gustando? —preguntó él sin romper el contacto visual.

—¿Disculpe? —Sinceramente no lo había oído.

—Mis ojos, dijo que tenía unos ojos preciosos. —Obviaría lo del guerrero porque tampoco quería que la joven tuviera un ataque al corazón.

—Yo no dije que tenía usted unos ojos preciosos —rebatió rauda.

—Sí, lo dijo. Lo recuerdo perfectamente.

—Me hiciste sentir seguro de mí ante ti.

—Bonitos, dije bonitos —reconoció ella, pues no era ninguna mentirosa. En un principio, cuando se despertó en la cama, se preguntó si todo había sido un sueño… Repasó las escenas y supo que todo había pasado. Solo esperaba que él no recordarse que había alabado sus ojos y lo otro que dijo. Su madre le diría que no era correcto que una dama mostrase interés en un hombre y ella, bastante mareada y sin ser consciente de sus actos, le había hecho unos cumplidos muy personales.

—¿Le siguen pareciendo bonitos o fue producto del golpe? —quiso averiguar él esbozando una sonrisa perfecta, sin apartar la vista.

—Como comprenderá, es algo que nunca desvelaré. —Diplomática y esperando no parecer coqueta, se defendió esbozando una cálida sonrisa que le calentó el corazón a ese grandioso hombre.

—Imagino que no sería apropiado.

—Efectivamente, señor Jones.

—Tampoco sería apropiado que yo le dijera que sus ojos son preciosos. Tan verdes como la esmeralda más perfecta que un hombre pueda hallar. Que con solo mirarlos puedo perderme en la infinidad

de sus matices. Los suyos no son como los míos, son preciosos, bellos y perfectos; por lo que debo suponer que el golpe le hizo perder un poco el norte, pues jamás la acusaría de mentir sobre mi apariencia.

—Se lo ruego, señor Jones, no es correcto que…

—Lo sé —la cortó él—. Tampoco es adecuado que tenga usted los labios más suaves y tersos que jamás he visto —dijo él pasando su pulgar derecho sobre ellos—. Ni una cabellera que haga que quiera hundir mis manos para poder comprobar si es tan suave como parece. —Y, efectivamente, hundió su mano izquierda en los perfectos mechones de su largo cabello que caía libre por su espalda.

Susan se humedeció los labios cuando él apartó el pulgar, tratando de poder absorber algo de él. Ese gesto lo desquició.

—Lo siento, milady. No debería hacer esto, sé que es una locura, pero no soy capaz, ni quiero contenerlo.

Leonel acercó sus labios hacia los de ella en una fracción de segundo. Los tocó suavemente con los suyos. Oyó el gemido que escapó de la garganta de ella y se volvió total y completamente demente. Estaba condenado y perdido. Tomó plena posesión de su boca, de sus labios.

—Ábrelos, ángel mío. Deja que pruebe tu lengua. —La instó a permitir la entrada de su lengua para dejarle paladear su dulzura. Lo necesitaba, la ansiaba como el agua en plena travesía por el desierto.

Cuando Sue notó la invasión de esa juguetona lengua volvió a gemir.

El gemido hizo hervir todavía más la sangre del hombre pero también consiguió hacerlo reaccionar. Leonel sabía que debía parar esto inmediatamente. Se separó de ella. Se miraron a los ojos. Él todavía la tenía agarrada por la nuca y ambos respiraban con mucha dificultad. Estaban en llamas, más ardientes que el fuego que crepitaba en la silenciosa salita.

—Tampoco es correcto que usted ande en bata tentándome. Soy un simple mortal incapaz de contenerse ante la belleza de un ángel —aludió Leonel con voz dulce mientras se levantaba para salir huyendo del lugar.

—Aquí traigo un tentempié. Así podemos seguir con el libro. —Llegó una risueña Melly, ajena a todo lo que allí había acontecido.

—Gracias, Melly. Las dejo a ambas con sus cosas. Me tomaré mi pastel y mi vaso de leche en mi habitación. Buenas noches, bellas damas.

El administrador salió escopeteado de la estancia, satisfecho, con el vaso de leche y el plato en la mano. Y, pese a que los manjares se presentaban dulces, nada igualaría el sabor sensual de ella.

Un único día, una sola mirada, es lo que le había bastado a Leonel Jones para caer de rodillas ante una mujer por la que haría cualquier

cosa, incluso inmoral. La mujer lo había abofeteado. Él la había cargado en brazos y regresado a casa montada en su caballo sintiendo a cada golpe del animal el cuerpo de ella sobre el de él. Había probado sus labios discreta y furtivamente. Y ya que sabía que iba a ir de cabeza al infierno por todo lo que en un único día había hecho con la dama —que además estaba muy por encima de él—, por lo menos se aseguraría de que el diablo lo recibiera con los brazos abiertos. Si había de condenarse, lo haría bien; de ahí que se hubiera permitido rozar, pecaminosa y lujuriosamente, su lengua con la suya. Si había que pecar, pecaría sin reparos, como el Ángel Negro mandaba.

—¡Lo asustaste, Sue!

Susan estalló en carcajadas. ¿Qué ella lo había asustado a él? Dudaba de que ese hombretón le temiese a alguien o algo.

—No te rías, Sue, algo le has hecho. Seguro que le has obligado a irse.

—Vamos, bobita, no hice nada. —No era mentira del todo, ella no se había movido—. Él sabe que no es apropiado que se quede a solas con dos damas.

—Pero él me lee un ratito antes de acostarme todas las noches y no hay nada de malo en ello. Es un buen amigo mío. Le tengo mucho cariño, como a Oliver.

—Melly, sé que no te gusta que lo diga. Pero tienes quince años, aún eres muy joven, y yo ya soy una mujer. No es correcto que esté contigo a solas, pero lo pasaré por alto porque Oliver confió en él; sin embargo, definitivamente no debe quedarse conmigo sin una chaperona. Y eso sin olvidar que eres la hermana de un duque y de ti se exigirá la máxima etiqueta y decoro.

—Pero no hacemos nada malo. No comprendo por qué hay que poner restricciones en la amistad. Es verdad que es un hombre apuesto, pero es demasiado aterrador para mi gusto. Cuando lo conocí sentí cierta soledad en él, creo que fue por eso que entablamos una cierta conexión.

—Lo sé, cariño, pero las normas son así. Aquí, en el campo, las podemos pasar levemente por alto, pero no podremos hacerlo en Londres. Una mala palabra es capaz de destrozar la reputación de una buena mujer y que sea repudiada y apartada de la sociedad. Debemos ser cautas.

—Sí, sí, lo comprendo. Demasiado he oído esa cuestión de los labios de lady Somerset.

—Bien. Y ahora dame mi vaso de leche y el libro, si quieres que terminemos el capítulo.

Allí, en el calor de la salita, permanecieron un ratito hasta que la niña comenzó a adormecerse y entonces Sue la acompañó hasta su habitación. Ambas se acostaron en sus respectivas camas y solo una

consiguió dormir toda la noche de tirón.

La otra, con las primeras luces del sol, ya no pudo seguir durmiendo y se levantó lista para ver qué le depararía el día. Secretamente esperaba que por lo menos fuese algo parecido al anterior. Dios la perdonase, pero ese hombre la había marcado para el fin de sus días.

A las seis de la mañana Leonel Jones ya había tenido bastante de ella, de su cuerpo, de sus besos, de su belleza, de su altanería… Toda una noche para pensar en una mujer a la que acababa de ver y que nunca podría ser suya. Bravo, campeón, se felicitó a sí mismo con ironía.

Pasó por el comedor para tomar un almuerzo rápido y encerrarse en el despacho del duque para trabajar. Sí, lo mejor era aislarse y no seguir con ella en sus pensamientos.

Querer trabajar y poder, eran dos cosas muy diferente. El despacho del duque lo asfixiaba. Se levantó de la silla, pasó por delante del escritorio para regresar a su habitación y cambiarse de ropa. Un paseo a caballo tal vez consiguiera despejarlo y que se olvidase de todo…, de Lady Susan, Susan, Sue. ¿Qué podía perder si lo intentaba?

No podía ser verdad. Salió de la casa huyendo para no encontrarla y allí estaba la razón de su incomodidad e irritación. Sue. Y él, lejos de marcharse, que era lo que debía hacer, se encontró enfilando su paso hasta llegar junto a su tormento.

—Ni se le ocurra, milady.

—¡Cielos! —exclamó sobresaltada—. ¿Acaso quiere matarme de un susto, señor Jones?

—¿Y usted pretende acabar con su vida montando?

—Monto cada día señor. No me pasará nada. No tema.

—Ayer estaba usted tirada en el suelo, milady. No voy a dejar que cabalgue hoy. El doctor no lo aprobaría y yo lo prohíbo.

—Es una suerte que él no esté aquí y que usted no tenga potestad para impedírmelo. —¿Por qué todo el mundo se empeñaba en decir lo que podía o no hacer?

—Es usted una insensata si sale después de un incidente tan grave y reciente. Yo estoy al mando y es mi última palabra.

Sue montó sobre Blanca, levantó el mentón, esbozó una sonrisa de suficiencia y salió al trote.

Leonel maldijo y corrió hacia su montura. En poco menos de unos minutos, llegó hasta su lado y le arrebató las riendas del caballo.

—Lady Susan Dawson, es usted demasiado temeraria.

—Señor Jones, no tiene por qué preocuparse, le he dicho que estaré bien. Seguro que tiene cosas mejores que hacer que tomarse la molestia de ser mi niñera. Devuélvame de inmediato las riendas ¿Cómo se atreve usted a…? —Prefería mil veces que la besase a que la

regañase o la tratase como a una niña.

—Tengo mucho trabajo, sí, pero no puedo dejar que una invitada de la casa, que está a mi cargo, pierda la vida por testarudez. Y deje ya de pelear contra mí o le daré una buena zurra.

Una exclamación de horror salió de la garganta femenina.

—Descarado. Es usted muy extremista. No pasará nada, ya se lo he dicho, no soy una niña. Por favor, regrese, no quiero entretenerle —solicitó ella enfadada. Consiguió librarse de él y a continuación comenzó a trotar a un paso salvaje con la yegua.

—¡Maldición! —masculló Leonel, quien salió tras ella.

Sue necesitaba sentir el aire del campo, la rapidez de Blanca. Anhelaba olvidar el futuro y vivir el presente. Notó que la yegua no respondía como ella quería y se preocupó. Frenó y segundos después oyó unos cascos a su espalda.

Un hombre muy furioso bajó de su caballo con aires de enfado. Era intimidante, pero ella era lady Susan Dawson. Nunca se sentía amenazada, salvo por lady Somerset, claro. Y, aunque en un primer momento el aspecto de guerrero le dio un poco de pavor, estaba segura de que ese hombre no haría daño ni a una mosca. Cualquiera que hubiese presenciado la estampa de anoche de él, con un cuento en las manos y entreteniendo a Melly, se habría dado cuenta de ello.

—¿Es que se ha vuelto completamente loca? ¡Mujer del diablo! —le espetó iracundo mandando al garete la cortesía y la formalidad, incluso la buena educación.

—¡Oiga!, no le toleraré que me vuelva a faltar al respeto, ni me insulte o avasalle. —Sue no levantó la voz, pero algo en la forma en la que habló le hizo recapacitar su punto. ¿Quién le habría hecho daño para mostrar tal vulnerabilidad en su voz?

—Yo no le he faltado al respeto.

—Puedo enumerar cinco veces en las que se ha pasado de la raya conmigo, señor Jones.

—¿Cinco? —Algo cambió en la actitud de él. Del enfado inicial por la escapada de ella, había pasado a la rabia visceral por temer que alguien hubiera podido herirla; y, en estos momentos, la curiosidad se abría paso en su interior.

—Sí, han sido cinco. Primera, me agarró del brazo y me echó de la casa; segunda, me cargó en brazos, dos veces —puntualizó—. Así que ahí tiene una tercera falta. Y cuarta y quinta… —Sue enmudeció de repente. No estaba bien que hablase sobre la quinta y menos aún debería mencionar la cuarta, porque se suponía que ella no sabía lo que él había hecho…

—¿Cuáles son la cuarta y la quinta falta que me achaca? —dijo él con humor, eso la enfureció.

—No lo recuerdo. —Maldito sonrojo.

—Oh, sí. Sabe que la he ofendido una vez más al menos, pero no sé cuál es la otra culpa… ¿Tiene miedo decirlo en alto? ¿Teme que yo lo repita? ¿O le da pavor que no lo vuelva a hacer? Dígame, lady Susan, qué es lo que recela realmente… ¿Acaso se ha pasado la noche entera rememorándolo una y otra vez como lo he hecho yo?

La confesión se le escapó casi sin saberlo y ella quedó totalmente sorprendida. La respiración se tornó más pesada para ambos.

—No sé de lo que habla, señor Jones, yo no tengo ningún temor. Y menos de un hombre como usted. Los vikingos no me asustan.

—Mentirosa.

—No miento.

—Dígalo entonces, sea valiente —la retó.

—¡Me besó!

—Esa es la cuarta, sí. Entonces ¿cuál es mi quinta culpa? Explíquemelo, tengo curiosidad por saber cuál es la ofensa que queda por desvelar.

—Me besó —señaló en un susurro.

—Eso ya lo ha dicho.

—Me besó dos veces —recuperó el timbre de voz. Ella ya estaba ruborizada.

—No, la besé una vez, pero si lo que quiere es que la vuelva a besar, solo debe pedirlo y estaré más que encantado de complacerla, milady, pero no mienta.

—Me besó dos veces, señor Jones. Ayer me besó en mi habitación y luego en la salita. Ambos hechos son la cuarta y quinta ofensa y, en estos momentos, me está reprendiendo por salir a montar. Así que puedo contar seis faltas de respeto en usted en menos de un día.

—Así que estaba usted fingiendo su inconsciencia…, pequeña pícara. —La sujetó por debajo de los brazos para bajarla del caballo. Iba a quitarle la sensación de superioridad que le daba su montura de un plumazo.

Ella no se resistió al invite.

—No está en mi naturaleza fingir nada. Añada una nueva ofensa, ya son siete.

—Si no estaba fingiendo estar desmayada, ¿cómo sabe que la besé en la habitación?

—Estaba muy mareada, señor Jones, pero noté perfectamente sus… —se calló. Una dama no se refería nunca a las partes del cuerpo de un ser humano y menos a las de un hombre.

—¿Mis qué? —la picó al ver que no seguía.

—Noté sus labios sobre los míos cuando me dejó en la cama. Usted lo tomó sin permiso. Mi primer beso estaba destinado a mi marido. No a usted. —Leonel sintió el aguijonazo de los celos. Imaginarla siendo besada por otro despertó la furia de nuevo. Ella no podía ser de nadie

más que no fuera él.

—No la oí quejarse entonces, ni ya puestos en la salita. Lo que sí hice fue oírla suspirar y gemir la segunda vez que la tuve entre mis brazos. No le disgustarán tanto mis besos cuando se entrega tan fácil y plácidamente a ellos, milady.

Sue se zafó de sus brazos y levantó una mano para abofetearlo con todas sus fuerzas. Él, previendo que ella se defendería con uñas y dientes como la dama que era, estuvo preparado para agarrar su mano y frenar el castigo. Ambos se quedaron mirándose fijamente.

Sue estaba adorable, pensó él. Estaba furiosa, sonrojada y respiraba con dificultad por la rabia que sentía. Estaba sencillamente perfecta para él. Sue miró sus labios temiendo que la besase y, al mismo tiempo, temiendo que no lo llegase a hacer.

Leonel sabía que no debía, que no podía volver a hacerlo, que estaba mal… Pero todo lo que necesitaba y quería estaba a su alcance, tan cerca; lo demás daba igual. Bajó su boca para cubrir la de ella sin el menor remordimiento.

La mujer cerró los ojos al notar el beso hambriento de ese imponente guerrero medieval que se había fijado en ella y que había comenzado a hacerle sentir cosas que no había sentido jamás. Sobre todo, cosquilleos en lugares a los que no había prestado antes atención.

Ella suspiró mientras él devoraba sus labios en un beso exigente, duro. Notó que le fallaban las piernas y entonces él sirvió de ancla cuando rodeó con los brazos su cintura para sostenerla. No sabría nunca cómo llegó a estar en el suelo con él entre sus piernas. Sue simplemente sentía su lengua por su cuello, por los lóbulos de sus orejas. Nada más importaba, solo él, únicamente ella. Las sensaciones, la pasión arrolladora, el desenfreno de un amor imposible.

—Mi ángel, eres tan perfecta. Sumamente sensual, exageradamente placentera al tacto y al gusto.

—Uhmm —fue todo lo que ella consiguió articular.

Leonel no pudo resistirse. Tenía que ver sus pechos. Era imperativo que bajase su corpiño. Un poco, una miradita. No tocaría y, sin duda, no lamería nada de ese lugar prohibido, paraíso del deseo más primitivo.

Así lo hizo. Deslizó el vestido y sacó esos dos montes de Venus. Ideales, ni demasiado pequeños, ni demasiado grandes. Leonel los miró, los contempló queriendo cumplir con lo que había prometido sobre no tocarlos, no lamerlos, pero no contaba con que ella estaría retorciéndose bajo él llena de necesidad y anhelante. Cometió el error de contemplar los ojos esmeraldas y vio el crudo deseo ahí. Por él, para él.

—Por favor, por favor… —Fue la clara súplica de ella que lo llevó

al infierno una vez más. ¡Total, él ya estaba condenado!

Se relamió los labios preparado para degustar tan rica ambrosía. Los amasó con cariño, los lamió como si fueran un rico merengue. Los gemidos de ella se intensificaron y él estaba a punto de reventar en sus calzones. Si ella no paraba, la tomaría allí mismo.

—Por favor, Leonel. Por favor, por favor… —Algo la urgía a suplicar sin saber qué era lo que pedía, lo que necesitaba.

Él reconoció de nuevo la cruda necesidad, la lujuria pura en sus ruegos. Susan necesitaba alivio, algo que solo él podía darle. Pero él no debía hacerlo, bastante había metido la pata ya. No obstante, oír que ella le rogaba, que Sue era consciente de que era él quien la había llevado a ese extremo de pura necesidad, le hizo perder la poca cordura que aún le quedaba. Peca bien, le susurró Satán apoyado en su hombro derecho.

—Sí, ángel mío. Lo sé, lo sé. Shhh, te ayudaré… Tranquila. Deja que cuide de ti, tranquila, mi ángel. —Él no iba a desobedecer al rey de los infiernos, y más sabiendo la larga temporada que allí iba a pasar tras su muerte. Lo mejor sería llevarse bien con el jefe del Hades.

Leonel dejó de lamer sus pechos para tratar de llegar allí donde sabía que ella lo necesitaba. Su experiencia con las mujeres como ella —virgen— era prácticamente nula; pero, bueno, él había estado con las suficientes mujeres para que lo hubiesen instruido en el arte amatorio, del placer. Confiaba en haber podido coger la suficiente práctica para guiarla en su primera iniciación carnal. Pues no era ni mucho menos un amante experto, si se comparaba con sus amigos. Estaba a punto de saber si su destreza sería suficiente para llevarla a la Tierra Prometida.

Leonel logró meter la mano bajo su falda, un trabajo costoso, porque ella no paraba de removerse poseída por la necesidad. Por suerte no llevaba pantalones y el acceso era algo más fácil. Cuando alcanzó los suaves pliegues de su sexo, quedó asombrado por lo resbaladizos que los encontró. Hinchó el pecho con orgullo. Esta más que lista para él, por él. Cuando consiguió llegar a su botón del placer, ella paró de removerse ansiosa. La sintió menos inquieta y con sus movimientos comenzaba a exigir a su mano que la liberase de esa presión.

Sue se arqueó y él no pudo desaprovechar el ofrecimiento que fueron sus pechos para su boca. Con los ojos cerrados ella se abandonó a la pasión. Con movimientos rítmicos y fuertes, esa bendita mano consiguió darle eso que ella tanto ansiaba. Un largo gemido impronunciable salió de sus labios y él absorbió el grito. Taponó con su boca la de ella para tragarse su placer. Lo quería todo de ella. La necesitaba como el aire para vivir.

La miró. Susan se relajó bajo su cuerpo tras haber conseguido de forma sublime el éxtasis. La mujer permanecía tumbada, adorable, con la cabeza ladeada y una sonrisa de satisfacción dibujada en su rostro. Aún tenía los ojos cerrados, sus mejillas estaban sonrojadas y estaba gloriosa con el pelo revuelto y algunas ramitas de la hierba decorándolo. Leonel pensó que era la mejor obra de arte que alguna vez había visto.

Él había conseguido saciarla por completo. Ella había suplicado por su liberación mientras decía su nombre. Sí, Leonel Jones, a sus veintidós años, acababa de comprender que había encontrado a la mujer que lo haría un hombre completo y que nunca nada podría separarlo de ella.

Decidido. Estaba decidido a ser alguien para reclamarla como suya. Esa mujer sería para él aunque la vida le fuese en ello. No sabía bien cómo iba a lograrlo pero él prosperaría y ella debería esperarlo.

—Susan, Sue… —Él se permitió tomar su nombre y el diminutivo, y prescindir del título—. Debemos volver.

—Uhmm. —Ella no podía articular palabra, ni pensar, ni razonar. Estaba exhausta, complacida y satisfecha.

—Ángel mío, necesito que reacciones, que no te quedes así. Porque no tengo tanto autocontrol y no quiero ceder a mis impulsos. No así, no ahora.

Ella siguió sin poder ni abrir los ojos, ni mucho menos moverse.

—Por favor, mi ángel… Es tarde… Melly estará preocupada. —Se quitó de encima para ver si ella reaccionaba.

—Melly, Melly… Está sola, me estará buscando. —Sue se incorporó al momento. Leonel le tendió la mano y ella se levantó dedicándole una sonrisa sincera.

—¿Estás bien, ángel mío?

—Yo sí. —Un relincho la hizo girarse hasta su yegua—. Pero algo le sucede a Blanca.

—¿Qué le pasa al animal?

—No lo sé, iba a averiguarlo cuando… —calló ella, avergonzada al recordar todo lo que le había permitido hacerle. Se sonrojó por completo.

—Estás adorable cuando te ruborizas. Sencillamente preciosa. —Le dio un ligero beso en los labios—. Ven, vamos a ver qué le sucede a tu yegua. —La llevó de la mano, no estaba dispuesto a renunciar a su tacto.

Ella lo siguió mientras él examinaba la montura.

—Blanca ha perdido una herradura. No podrá volver al galope.

—¡Oh!

Sue se mordió el labio. Ella no podría montar sobre la yegua y tampoco sería capaz de subir al semental de él otra vez. No sin

suplicarle que la tomase… Él pareció pensar lo mismo.

—¿Te atreves a montar sola a Cup? —dijo mientras señalaba a su caballo.

—Sí, soy capaz de montar a cualquier semental.

—Apuesto a que sí —señaló en un murmullo que ella no oyó. La inocencia de Sue era de lo más atrayente—. Cambiaré la silla, y Blanca y yo volveremos dando un agradable paseo a casa. No estamos demasiado lejos y me sentará bien… —No terminó la frase, porque lo dijo más para sí que para ella.

—Pero…

—No discutas, prométeme que irás a paso lento. Es lo único que necesito para estar tranquilo. Ahora que te he encontrado no estoy dispuesto a perderte. —La vehemencia de la frase la dejó perpleja.

—Lo prometo.

—No hagas ninguna tontería, ángel. No puedo ni pensar en si algo te pasase, ¿sí?

Sue notó su protección y su corazón se estremeció. Solo Melly y Ashton se preocupaban por ella, eran como sus hermanos. Nunca nadie, además de ellos, había mostrado preocupación por su persona. Su corazón se calentó, las mariposas se instalaron en su estómago. Algo comenzó a nacer dentro de ella. Jamás en toda su vida había sentido esto y se sentía magnífico. Era algo maravilloso. Estaba flotando en una nuble de azúcar rodeada de la protección de su guerrero vikingo, su gladiador romano.

—Yo no hago ninguna tontería, Lee. Nunca. —Ella usó el diminutivo que se había agenciado Melly para dirigirse a él. Le pegaba mucho que lo llamase así después de… Era un hombre tan grande, parecía tan oscuro, pero tan puro por dentro… Le gustaba llamarlo Lee, era un apelativo dulce y cariñoso, como lo era él.

Leonel le dedicó una perfecta sonrisa tan franca que las mariposas revolotearon con fuerza en su estómago.

—Te ayudaré a subir, ángel. Ve poco a poco. No puedo perderte —insistió una vez más. Sue asintió.

Y la montó en su semental, pero no sin antes darle un beso. Un beso digno de un príncipe, pues ella era su princesa y él había dejado de ser un sapo.

Capítulo 4

Amor prohibido

Lady Susan Dawson, hija de los condes de Somerset, había dejado de ser Susan, incluso había dejado de ser Sue, para convertirse en una mujer profundamente enamorada. En toda su vida había sido tan feliz como lo estaba siendo en estos momentos. Amar y ser amada era un sueño hecho realidad. ¿Cómo alguien era capaz de vivir sin amor, sin besos, sin caricias, sin ternura?

El señor Leonel Jones, el administrador del duque de Ashton, un ser que parecía a primera vista rudo, bruto e insensible, se había convertido en parte fundamental de su vida. Ese gran hombre inmenso —mediría más de metro noventa—, con su tez morena, su pelo liso negro, su apariencia fiera, resultó la persona más buena, sensible y tierna que ella había conocido alguna vez. Tan protector, tan carismático, tan amoroso. Un vikingo que sobrevino en príncipe azul.

Los días habían sido un sueño hecho realidad. Paseos, encuentros furtivos, caricias, comprensión. Amor. Sí, durante esta última semana Sue había dado sentido a su vida, a su existencia. Él era su destino. Su amor secreto era excitante. Cada día durante estos siete días se había levantado totalmente motivada por él. Melly y él se habían convertido en esperanza. Ella volvía a tener ilusión. La vida le sonreía, por primera vez en toda su triste subsistencia conocía la felicidad, y la dicha estaba junto a él y al lado de Melly. Era él. Ninguno más. Le había entregado su corazón sin reservas, sin pedir nada a cambio.

—Me encanta verte sonreír, ángel. —Se acercó con sigilo como un cazador a su presa. Era suya. —¡Lee, me has asustado! —Le sonrió.

—Lo siento —dijo mientras la abrazaba y le besaba las mejillas, la sien, el cabello…

—Lee, por favor… No debemos… —Pero se dejaba abrazar y besar sin objeciones.

—Aún no ha amanecido. Nadie vendrá a las cuadras. Eres tan deliciosa que dudo que me pueda saciar de ti alguna vez.

—¿Cómo sabías que estaría aquí?
—Un presentimiento.
Sue alzó la ceja y sonrió.
—No sabía que ahora también eras clarividente. Apuesto a que me has visto por la ventana.
—Aquí la única hechicera que hay, aparte de la bruja de la señorita Summer, eres tú. Mi ángel, no sé qué clase de sortilegio has esparcido a mi alrededor pero funciona. Me tienes preso de tus múltiples encantos. Una sonrisa tuya y me derrito.
—No está bien que te refieras de esa manera a la señorita Summer.
—Oh, créeme, ella se jacta de serlo. Lo toma como un cumplido.
De pronto, él comenzó a besarle los labios.
—Me levanto a medianoche… —Beso—. Buscándote a mi lado, Sue. —Beso—. Y me siento morir al recordar que no estás junto a mí. —Beso, beso, beso.
—Lo sé, cariño, me pasa lo mismo. —Beso.
—Te amo tanto, mi ángel, que creo que mi corazón estallará de júbilo.
—Dices unas cosas tan bonitas siempre, Lee. Realmente Melly tiene razón, eres todo un príncipe.
—Y tú eres mi princesa.
—Ya debo volver a mi casa… No puedo creer que haya transcurrido una semana completa. —En la que he descubierto al fin el amor—. He estado en el cielo. No imagino volver a mi jaula de oro sin ti. —No iba a pensar en eso porque no quería ensombrecer el momento.
—¿Me esperarás, Sue?
—Siempre. ¿Vendrás por mí, Lee?
—Siempre, mi ángel. Lo juro por mi honor. —La volvió a besar—. No seré capaz de vivir sin verte, hablarte, tocarte, besarte… ¿Qué haré sin ti? Moriré de amor, ángel mío.
—Madre quiere que vayamos a Londres para la temporada. No sé cuándo volveremos al campo…
Yo también me sentiré morir sin ti, Lee. Como bien sabes, pretendo llevarme a Melly conmigo. Está a punto de cumplir los dieciséis y, como hermana de un duque, puede ser presentada ya en sociedad. No quiero dejarla sola sin su hermano. Algo ha debido retrasar a la señorita Summer.
—No te preocupes por esa mujer, sabe muy bien cuidarse sola.
—No me agrada cómo hablas de ella. A mí me pareció una mujer muy buena.
—No hablemos más de ella. Disfruta de tu temporada, pero no me olvides. Aguarda por mí. —Estaré con Melly. La condesa nos llevará a las dos a la ciudad y confío en que mandes allí a la señorita Summer

en cuanto regrese.
—Descuida, la mandaré sin que ni siquiera llegue a pisar el suelo de la finca.
—Lee —lo regañó.
—No puedo evitarlo, hay algo estremecedor en ella…
—Por amor de Dios, Leonel.
—¿Qué?
—¿No creerás que realmente es una bruja?
—Ya hablaremos en cuanto la conozcas un poco más…
—No puedo creerlo. Esos cuentos que le lees a Melly te están pasando factura.
—De verdad me apena que haya fallecido su hermana. No le deseo ningún mal, pero ciertamente hay algo escalofriante en ella. —Lee no sabía lo que era, pero esa mujer, Lisa… era más de lo que aparentaba.
—Lo siento por ella. Es duro perder a un ser querido. Pero no hablemos de cosas tristes. Promete que vendrás tú también a Londres en cuanto puedas. No quiero estar meses sin verte.
—Lo intentaré, Sue. Hallaré el modo para que esto funcione.
—¿De verdad?
—Te prometo que estarás orgullosa de mí.
—Ya lo estoy, Lee. No puedo estarlo más.
—Tengo varios viajes que quería hacer cuando Melly estuviese pasando la temporada contigo en la ciudad. No puedo demorarlos, más ahora que tengo tanto que hacer para llegar a ser digno de ti. Tengo que trabajar mucho.
—Quien no es digna de ti soy yo, amor mío. —Era él y era perfecto.
—Tú eres la mujer más buena que he conocido jamás. No te merezco, ángel.
—Yo… quiero ser tuya —dijo mirándolo a los ojos. Desde aquel día en el campo, él no había vuelto a tocarla más que para robarle besos y caricias. Y eso que ella había pedido sutilmente, y no tan disimuladamente, que la hiciera suya en cuerpo y alma. Era parte de él, como Lee lo era de ella. La unión de su cuerpo serviría para certificar lo que habían jurado en secreto.
—Ya eres mía, princesa. No te dejaré escapar jamás.
—Lee, quiero decir que….
—No, mi ángel, no te echaré a perder. Te tomaré como mi esposa y de ningún otro modo más. Ten paciencia. Te juró que iré por ti. Solo espérame. Ten paciencia —volvió a rogar—, ¿lo harás?
—Estoy arruinada para todos los demás, mi amor. No habrá nadie como tú nunca. Tendrás mi amor y devoción contigo hasta mi último aliento.
—Los pondré a buen recaudo, mi ángel. Te amo.
—Lee, huyamos… —sugirió a bocajarro y temerosa.

—Te he dicho que no. Haré las cosas bien contigo. No mereces menos. Por más que quiera robarte, no lo haré. Te reclamaré como mereces aunque sé que siempre estarás por encima de mí. Por tu posición y por como eres, mi princesa, eres mucho mejor de lo que yo seré algún día.

—Tengo miedo, Lee, siento que algo va a pasar, algo malo. No quiero alejarme de ti. —Se aferró a su abrazo queriendo atesorar su protección.

—Todo irá bien. Te lo prometo. Le dio un último beso y se separaron. Había oído unos pasos e intuían quien podía estar acercándose.

—¿Lee? ¿Sue? ¿Estáis ahí dentro? —Amaneció una risueña niña algo disgustada por tener que separarse de su amiga.

—Sí, Melly, cariño. Estamos ensillado a Blanca. Ven. —Se separaron todavía más.

—¡Menos mal que no te has ido aún! ¿Ibas a irte sin despedirte de mí? —preguntó acusadora y dándose cuenta de la gravedad de lo que Sue iba a hacer.

—Cariño, sabes que mañana nos iremos a Londres. Estarás sin verme unas pocas horas.

—¡Ibas a irte sin decírmelo! No lo puedo creer, te despides de Lee y de tu mejor amiga no…

—No es así, el señor Jones salía a montar, nos hemos encontrado por casualidad. Y no quería que nos despidiésemos porque acabas llorando siempre y haciendo un drama.

—Eso no es cierto —comenzó a decir la joven mientras ya le resbalaban las primeras lágrimas al ver que su amiga se iba.

—Ven aquí, mi niña. Dame un abrazo y seca tus ojos, que mañana vendré por ti.

—¿Lo prometes?

—Claro que sí y sabes que yo siempre cumplo mis promesas —señaló mientras fijaba su mirada en la de Lee. Él asintió en respuesta al juramento velado.

—Oh, Sue. Me acusas a mí de llorar y ¡mírate! Estás llorando más que yo. Esta vez el drama lo has hecho tú.

El corazón de Sue estaba sangrando por tener que dejar a las dos personas que más quería.

—Sí, cariño, esta vez soy yo la que estoy haciendo una tragedia.

—No llores, Sue, nos veremos mañana. ¡Anímate! —le pidió cantarina y secando sus propias lágrimas.

—Enviaré a un mozo con Blanca de regreso. No lo olvides —volvió a dirigirse primero a Lee y luego a Melly. Él asintió en muda respuesta. Sue subió a la yegua y les dio a ambos una sonrisa. Con mucho pesar por dejar al amor de su vida allí, salió rumbo a su casa, a

la rutina a la vera de lady Somerset. Las vacaciones habían terminado y era momento de regresar al duro presente.

Melly y Lee se quedaron un rato despidiéndola.

—¡Oh, Lee, soy tan feliz! —rompió el silencio Melly, tratando de olvidar la tristeza del momento. —Lo sé, al fin has recuperado del todo a tu mejor amiga y mañana estaréis disfrutando de la temporada.

—Sí eso también, pero es que adelantar mi presentación en sociedad es un sueño. No alcanzo a imaginar cómo serán los bailes de la alta sociedad, esos fabulosos salones… ¡Los bonitos vestidos que estrenaré! ¡Oh, será magnífico! Y Sue estará a mi lado. Es una suerte que al final Ashton pudiese convencer a su madre para hacer su presentación en sociedad.

—¿Por qué tu hermano tuvo que convencer a la condesa? Es una dama, lady Susan merece su presentación.

—Sí, claro, pero es que… Bueno… Sue es un cielo, pero su madre es… —La niña calló para no decir que pensaba que era una bruja retorcida y mala—. En fin, que mi hermano logró que ella tuviese una temporada, gracias a Dios y a su insistencia. Oliver es el único que puede disuadir a lady Somerset. Aunque Sue ya se había resignado a no tener una presentación en sociedad. Creí que estaría más contenta por ello; sin embargo, la noté extremadamente triste. —No la había sentido feliz en toda la semana cuando hablaban de los bailes y las danzas que podrían protagonizar en la ciudad.

—Lo cierto es que me extrañó que no hubiese acudido a Londres años atrás. —En su fuero interno agradeció que no hubiera sido así o se la hubiesen quitado de las manos.

—Bueno… Los condes de Somerset dijeron que, como ella estaba prometida, no necesitaba hacer ninguna presentación, que no merecía la pena el gasto.

—¿Disculpa?

—Y Ashton dijo todo lo contrario —siguió Melly, ajena a la cara de estupefacción del hombre—. Que ella necesitaba ser presentada en sociedad antes de casarse. Así que su madre no tuvo más remedio que hacer lo que exigió mi hermano. Ashton es el único capaz de persuadir a la condesa de Somerset, como ya te he dicho.

—¿Ella está prometida? —Un jarro de agua fría. Eso es lo que él sintió al oír que el amor de su vida pertenecía a otro. Debía de tratarse de un error. Algo no cuadraba.

—Claro, Lee.

—¿Prometida a quién? —volvió a preguntar él pensando que moriría del disgusto. Eso debía ser algún tipo de malentendido. Ella no podía estar…

—Bueno, ella será mi hermana.

—¿Cómo dices? —No, imposible, la idea que le acababa de pasar

por la cabeza era un disparate… Tenía que serlo, un desliz monumental.

—¿De verdad no lo sabes, Lee?

—¿Saber el qué, Melly? ¡Por Dios, habla de una vez, niña! —le espetó más severo de lo que pretendía.

—Sue es la futura duquesa de Ashton.

—Imposible —susurró.

—Ya te lo dije.

—No me dijiste que Sue era la prometida de tu hermano. Nunca lo mencionaste. —Ni ella tampoco.

—Te dije que pronto me visitaría la futura duquesa de Ashton y que estaba impaciente por que viniese mi futura hermana… Recuerdo que te lo dije justo la noche anterior de la llegada de Sue.

—Recuerdo que algo parecido, pero… No pensé que Sue… que lady Susan fuese la duquesa… No la nombraste a ella jamás, como la prometida del duque. —Él lo recordaría perfectamente si así hubiese sido, porque nunca la habría mirado ni una sola vez y menos… menos… habría puesto sus manos sobre ella. Satanás debería estar impaciente por verle aparecer en el averno. ¡Maldito infierno!

—¿No? Yo creí que sí, pero no lo recuerdo —explicó restando importancia al asunto.

—No lo hiciste, Melly, créeme. Nunca relacionaste directamente el nombre de ella como duquesa de Ashton.

—Verás, ellos están prometidos desde la cuna.

—Pero si tu hermano le saca por lo menos más de diez años…

—Sí, bueno, Oliver tenía trece años cuando ella nació. Lady Somerset dice que la edad no es un impedimento para que una joven dama tome un marido aunque sea viejo. Eso es lo que siempre está diciendo Sue. Lo llama viejo para enfurecerlo… y él le dice mocosa. Pero mi padre así lo quería y los padres de ella también. ¿Verdad que es romántico, Lee? Ellos están destinados el uno al otro desde el principio. Mi hermano la adora, ella y yo somos lo más importante para él. Si los vieses juntos lo entenderías. Somos una familia.

—Sí, Melly, sí. Muy romántico todo —concedió él apretando la mandíbula mientras observaba cómo la niña se dirigía hacia la entrada de la casa saltando llena de alegría.

El príncipe del cuento de hadas se había vuelto a convertir en sapo.

Capítulo 5

Nada es lo que parece

La ciudad se presentaba cargada de humo, gris, inerte, sin vida. Calles oscuras, personas que no se conocían las unas a las otras. Todo era tan diferente al campo. Su casa lejos de la ciudad era vida, salud, aire limpio. A Sue le desagradó Londres nada más divisar el paisaje de sus fastuosas mansiones por el cristal del carruaje.

El corazón se sentía jubiloso, pero a la vez dolorido por la pérdida de su compañía. Iba a ser un reto duro. Esa semana a su lado, disfrutando de sus sonrisas, de sus caricias, había llegado a ser algo insospechado. ¿Quién diría que se daría de bruces con el verdadero amor sin buscarlo?

Y verlo en compañía de Melly fue todo un gozoso descubrimiento. Sería un padre magnífico. Había percibido en él también una arrogancia sobrecogedora. Un orgullo como el que poseía un vikingo en la batalla. Hubo una discusión con un mozo de cuadras y, aunque Susan no estuvo al tanto de los pormenores exactos, dedujo que Lee se sintió traicionado y por eso lo echó a la calle sin contemplaciones. Tantas veces había querido hablarle de su situación con respecto a Ashton… Sin embargo, no tuvo el valor necesario para hablar. No quería ensombrecer el presente. Las palabras de la señorita Summer en aquel encuentro tan extraño se colaban en su mente. Algo le decía que no debía hablar con Lee hasta que lo hiciese primero con Oliver. Su seguridad dependía de que Oliver la ayudase. La situación de Susan era demasiado delicada para tratar de hacer algo sin el respaldo del duque de Ashton, porque ¡sabe Dios lo que le haría lady Somerset si llegase a enterarse de lo que ella pretendía!

Además, ¿por qué arriesgarse a despertar la furia de su madre si había tiempo para arreglar la situación? No, Susan fue egoísta, por una vez en su vida decidió pensar en sí misma y gozar de esa maravillosa semana junto a Lee y que nada ensombreciera esos momentos.

Así que, al llegar a Londres, decidió seguir disfrutando de la calma que se cernía sobre su vida. Tenía a Melly con ella y eso debía bastar hasta que Lee llegase para reclamarla. Cabe decir que la presencia de Melly hacía que su madre se comportase de otra manera frente a ella. La niña era muy intuitiva y sabía —pese a que ella nunca contó los horrores a los que la sometía su madre— que la condesa no era buena persona. Lady Somerset únicamente dejaba ver su verdadera esencia frente a Susan y cuando había gente a su lado se mostraba como un dechado de virtudes.

Lo primero que hicieron las damas al llegar a Londres para disfrutar de la temporada fue visitar a la mejor modista del momento. Madame Shuaret, una francesa que importaba unos diseños divinos de París. Melly, como era de suponer, estaba ansiosa por ver y conocer todo lo que la ciudad le ofrecía. Oliver la había protegido mucho y pero eso no había querido que se mezclase con la sociedad. Sin embargo, Sue estaba muy triste, echaba mucho de menos a Lee.

A los pocos días llegó la señorita Summer, quien también estaba cabizbaja, pero no tanto como Susan. El contraste entre Melly y ellas dos era significativo. Sue hizo muy buenas migas con Lisa Summer.

Inexplicablemente y pese a los esfuerzos de la condesa por ganarse a la que oficialmente había sido nombrada dama de compañía de Melly, no lo consiguió. Lisa era desconcertante y mostraba tal simpatía con ella que pronto se convirtió en una amiga.

Por descontado, lady Somerset no podía ver que su hija fuese feliz con una amiga que no fuese Melly. Porque, para la madre de Susan, la niña era un medio para llegar hasta Ashton y por eso permitía que las dos fuesen compañeras. La condesa era una mujer manipuladora e inteligente y

supo desde el primer momento que la mocosa sería el camino más corto para conseguir la aceptación de Ashton para consentir casarse con su hija. El contrato estaba hecho, pero él era un duque y tenía potestad para romper el acuerdo. Y, por algunas explicaciones que él había dado forma sucinta, ella comenzaba a pensar que el matrimonio podía llegar a correr peligro. Lady Somerset se impacientaba con el pasar de los años porque las nupcias no llegaban. Susan lo sabía y a Dios daba gracias de que Ashton fuera reticente a pasar por el altar, porque de otro modo ella no hubiera sido libre para aceptar las atenciones de Lee.

El vínculo que Sue había forjado con Melly era inquebrantable, pero el que había comenzado a asentar con Lisa era también muy fuerte.

Ambas sufrían la ira de su madre y compartían esa carga. Susan admiraba la fortaleza y entereza que demostraba Lisa. Su madre no conseguía doblegarla y esquivaba sus ataques de una forma

verdaderamente magistral.

Lady Somerset salía de las conversaciones sabiendo que esa vulgar dama de compañía de tres al cuarto la había insultado, pero la señorita Summer siempre se escudaba en la ambigüedad de sus palabras y nunca conseguía acusarla de nada. La astucia de la señorita Summer era increíble. Susan se había dado cuenta de que esa mujer era mucho más de lo que aparentaba. Tenía una fortaleza sin igual y, más allá de eso, sus conocimientos sobre… ¡sobre todo! la dejaban boquiabierta. Lisa, que ya formaba parte activa del grupo de las dos jóvenes nobles, las había aconsejado a quién acercarse, a quién no hacerlo y cómo prevenir determinadas situaciones, la gran mayoría con su madre.

No se atrevía a preguntárselo porque era una auténtica grosería y temía que Lisa lo tomase como un insulto, pero tenía la imperiosa necesidad de saber si ella realmente era una bruja. ¿Cómo lo hacía la señorita Summer para saber cosas que ni tan siquiera había dicho en voz alta? Y lo más importante, ¿cómo hacía ella para hablar con esa ambigüedad que la dejaba fascinada?

El descubrimiento de esta nueva amiga se combinó con el conocimiento de la rutina social de Londres. Bailes, fiestas, vestidos, conversaciones educadas e insustanciales siguieron en los sucesivos meses. Todo podía ser considerado como agradable para una jovencita que buscaba en su primera temporada divertirse y encontrar marido, pero no para ella. Sue estaba altamente desesperada. Lee seguía sin aparecer y la sensación de amargura que se cernía sobre ella era cada vez más patente. Algo se avecinaba, Sue lo intuía. Tal vez había pasado demasiado tiempo con la señorita Summer, pero esa extraña sensación de desconcierto, de… de que el mundo se iba a tambalear bajo sus pies era cada vez más consistente.

Una noche, mientras estaba sentada ante el espejo de su tocador mirándose, se consideró muy hermosa. No había sido una mujer vanidosa. En todos sus años bajo el yugo de su madre nunca se había sentido persona, una mujer capaz, atractiva. Lee era el que la había hecho sentir especial, bella, amada, deseada, inteligente.

Se lamentó de que él no la viera así vestida. Con una tela fina de muselina encrespada con un delicado brocado de flores rojas, y unas sencillas joyas que su padre una vez le regaló.

Un toque en la puerta llamó su atención. Era Melly.

—Estás preciosa como siempre, Sue. Pero vámonos o llegaremos tarde al baile. El anfitrión es un marqués soltero, uno de los hombres más apuestos del reino. Muero por conocerlo.

—Melly —apreció por detrás la señorita Summer y entró en la habitación—, el marqués de Ailsa no es una buena compañía para ti. Demasiado mayor, incierto, arrogante y peligroso para una jovencita

como tú.

—Pero dicen que es muy apuesto, con título y fortuna —rebatió Melly.

Lisa rodó los ojos. Podría contarle muchas historias sobre ese hombre que la alejarían del pensamiento que acababa de tener la niña. No lo haría, no era el momento y eso incitaría todavía más el interés de Melly.

—Te estás echando a perder. Él no es para ti. Cuando encuentres a tu compañero, lo sabrás. Te doy mi palabra. Y ahora sé buena y permíteme hablar unos segundos con Susy. —Lisa había sacado su propio apelativo para referirse a Susan. Sue era bonito, pero Susy era más dulce.

—De acuerdo, pero quiero dejar constancia de que me molesta que habléis de cosas como besos cuando yo no estoy delante. —Melly hizo un pechero.

—¡Cariño! Nosotras no hablamos de besos cuando tú no estás delante —se indignó Susan.

—Sí, seguro que sí. —Y la niña se marchó ofendida.

Susan se levantó del tocador para ir a buscar a Melly.

—No vayas, déjala, Susy. No está enfadada. Siente ciertos celos de nuestra relación.

—¡Oh! —Susan había sentido lo mismo en alguna ocasión por la complicidad que veía entre Lisa y Melly y no se le había ocurrido que podría ocurrir a la inversa.

—Es comprensible, las dos habéis sido la una para la otra. Sois hermanas, aunque no compartáis la misma sangre.

—Debo confesar que yo también siento…

—Lo sé —la interrumpió.

—Ciertamente a veces pareces una… —se apresuró a callar, no quería insultarla aludiendo a su presunta condición de bruja.

—Lo sé también. No le des importancia. Escúchame, tenemos poco tiempo y no puedo explicarte todo lo que quisiera. Susy, si pudiera ayudar a que no sucediera, te juro por lo más sagrado que lo haría. Pero, por más que lo he intentado, no hay manera de escapar. De una forma o de otra, ha de suceder… Y no hay nada en mi mano que pueda impedirlo. Me debato entre el egoísmo y el sacrificio, y no veo otra vía, otra solución que afrontar las cosas aquí y ahora. Pero, del mismo modo que lamento no poder serte de más ayuda para lo que se avecina, te doy mi palabra de cailleach de que todo saldrá bien.

—¿Me das tu palabra de qué?

—Atiende. Te prometo que se solucionará. Ten paciencia y fe. ¿Confías en mí? Susan no entendía ni una palabra de lo que ella decía, pero por su expresión, por la seriedad de sus palabras sabía que era algo grave lo que trataba, sin mucho éxito, de explicarle. Y lo supo.

—Sí, confío en ti.

—No te defraudaré, Susy. —Se acercó a ella y le dio un abrazo. Susan se lo devolvió. Salvo las de Melly y Lee, nunca había recibido ninguna muestra tan efusiva de emotividad y cariño—. También te siento como una hermana. Por tu bondad, por tus circunstancias, por ti. Susy, siempre me tendrás a tu lado.

—Yo también te…

—Lo sé. —Se separó de ella y salió de la habitación.

¿Qué acababa de suceder? Susan no tenía ni idea, pero el abrazo que Lisa le dio la reconfortó e hizo que el desasosiego se desvaneciera. Una extraña mezcla de tranquilidad y seguridad se instaló en su persona.

Justo cuando se estaba preparando para salir de su alcoba y bajar, su madre amaneció por detrás de ella acompañada por su padre. De pronto, ese hombre le dio mucha lástima. Era un ser aplastado y eclipsado por su madre. Sin voluntad propia. Había visto en primera persona lo que era un matrimonio desdichado, sin amor. Ella no sería así jamás. Amaría a Lee con toda su alma y sería la mejor esposa para él. Daba igual las condiciones en las que vivieran, después de haber vivido esta vida llena de lujos y sin afecto, prefería aventurarse en otra donde hubiera privación pero mucho amor. Además, Lee era un hombre muy capaz y juntos proveerían.

—Por favor, milord, adelántate. —Como siempre, lady Somerset indicó a su esposo lo que debía hacer—. Quiero hablar un momento con nuestra hija.

El conde soltó mansamente el brazo de su mujer y bajó sin objeción ninguna. Susy suspiró. Hubo un tiempo en que imaginó que su padre podría convertirse en su paladín para combatir al dragón de su madre, pero la condesa sabía cómo llegar al resto, ponerlos de su lado y enemistarlos con su hija. Con el paso de los años, supo que estaba sola y que únicamente Ashton era su puntal masculino. El duque siempre la había tratado con una delicadeza y diligencia tan dignas que era imposible no quererlo. Él y Melly eran lo más importante para ella; sin embargo, no podría amarlo como su madre insistía en que debía hacerlo, como una esposa.

La condesa se colocó delante de ella y la analizó.

—Por más que lo intento, nunca seré capaz de hacer de ti la digna hija de los condes de Somerset.

—Lo siento, madre —se disculpó mansa.

—Hace años que dejaste de ser una decepción. —Lady Somerset movió la mano restando importancia. Susan se estremeció al verla agitarla, porque cuando la condesa alzaba la mano derecha, esta solía quedar impresa sobre su rostro la mayoría de las veces. Tragó saliva aliviada al ver que esta vez había sido diferente.

—Sé que será del todo inútil, pero es mi obligación recordarte que el castigo que cumplirás si no estás a la altura del acontecimiento de esta noche será superior a cualquiera que hayas soportado. Si me haces enfadar, no evitaré que tu espalda quede lacerada por los golpes, ¿me comprendes?

—Haré que esté orgullosa, milady.

—Lo dudo mucho. El baile que ofrece la marquesa viuda de Ailsa es el acontecimiento de la temporada. Harás lo que te diga sin preguntar; porque, de lo contrario, conocerás mi ira como hasta la fecha no la has conocido.

—Por supuesto.

—Bien. Este vestido servirá para tentarlo. Baja un poco más tu escote. —Ella lo hizo con las manos temerosas. Había aprendido por las malas que a su madre no había que contrariarla jamás—. Necesito que estés apetecible. Y llamarás la atención de él.

—Como ordene.

Lady Somerset miró a su hija con repugnancia. Susan había tratado por todos los medios de que la quisiera, pero era imposible. Porque, sencillamente, la condesa la odiaba con todo su ser. Nunca llegaría a saber el verdadero motivo, tal vez fuese por haber perdido a Anna, o quizás hubiera algo más, a saber: envidia, animadversión sin motivo aparente…

—De ti solo espero que seas duquesa y es precisamente lo que vas a ser. En el baile te mostrarás realmente encantadora con su excelencia el duque de Stone. Todo el mundo comenta que está muy complacido contigo y vamos a aprovechar esa oportunidad.

Stone. El nombre la atravesó como un rayo. En los últimos bailes a los que habían acudido Lisa,

Melly y ella, ese hombre había estado rondándolas y, aunque se mostraba muy atento, presentía que no era verdaderamente ella el objeto de sus atenciones. El corazón comenzó a bombear fuerte y frenético. Imposible desafiar a la condesa; su vida dependía de la complacencia de su madre. Si acababa muerta, ¿qué sentido tendría todo? Pocos conocían la crueldad de la mujer que tenía delante de ella, pero Susan la había vivido en primera persona. La privación de comida era uno de los castigos que le encantaba aplicarle.

—Sí, madre.

—Estoy esperando que te haga una propuesta, podría ser esta noche incluso.

Susan vio algo en la mirada de su madre que la estremeció. Un rayo la atravesó. Eso era una pesadilla y no había escapatoria posible. Podría huir, escapar. Sí, eso haría, en cuanto tuviera la menor oportunidad se marcharía.

—Pero… —Sue no se atrevía a decirlo, pero lo que le estaba lady

Somerset pidiendo era una traición… hacia Oliver, con quien tenía una charla pendiente desde que conoció a Leonel, el amor de su vida. No podía confesar su amor por Lee, pero sí podía aludir al compromiso con Ashton ante la condesa.

Todos estos años Susan fue consciente de que el hecho de que su madre la quisiera convertir en duquesa era lo que había hecho que su vida no peligrase. La condesa la mantenía viva por un único motivo. Así lo había dicho lady Somerset cuando descargaba su rabia sobre ella; porque, por encima de todo, quería ser la madre de una duquesa. Además, el contrato matrimonial con Oliver le permitía a Susan poder esperar a Leonel sin llamar la atención de ningún pretendiente. Había confiado en que escudarse en el compromiso con Oliver le diese tiempo a Lee para conseguir recursos y establecerse de forma cómoda. Él quería demostrar su valía ante ella. Susan le había suplicado que no esperasen, pero era un hombre orgulloso y necesitaba demostrar que era digno de ella.

—¿Qué? —escupió su madre mientras la miraba con asco.

—Madre, puedo preguntar sin ofenderla qué sucederá con el compromiso con Ashton —señaló con la máxima delicadeza, no quería ganarse un bofetón.

—No estás casada. El compromiso se puede romper, él incluso lo ha mencionado en alguna ocasión y yo no he aguantado todos estos años tu existencia para perder lo único que eras capaz de darme. Serás duquesa, porque no te he mantenido con vida para nada menos que eso. Stone es muchísimo mejor partido que el duque de Ashton. Esa unión nos beneficiaría mucho más a tu padre y a mí: más posición, más dinero, más contactos. Al fin una aceptación que hubiera conseguido antes si fueras Anna. Así que te ordeno que seas lo más solícita y amable con él, que le alientes y te muestres disponible. Lo quiero enamorado y encandilado; porque, de lo contrario, te juro que te echaré de casa sin el menor remordimiento para que acabes tus días sola, muerta de hambre o complaciendo a la escoria de Londres. Te estaré vigilando toda la noche. ¿Lo entiendes? —Era una amenaza que iba totalmente en serio.

—Sí, madre —contestó ella bajando la mirada. Nada podía hacer. El compromiso con Oliver no iba a mantenerla a salvo. ¿Cómo pudo pensar que el duque de Ashton frenaría las ganas de escalar socialmente de la condesa? Siempre encontraría a alguien mejor y la vendería al mejor postor, y si Oliver había mostrado su pretensión de anular el contrato…

De pronto, las ganas de huir desaparecieron. Ella, que no sabía valerse por sí misma, no tenía contactos, ni nadie a quien pedir ayuda. Melly era demasiado pequeña y no sería rival para la condesa.

La calle. Para una dama como ella estar en la calle significaba ser

violada por algún desalmado a la primera opción. Notó el sabor de la bilis subiendo por su garganta. ¿Qué iba a hacer?

La condesa emprendió la marcha. Ella la siguió dócil, con la cabeza gacha y evitando que las lágrimas se derramaran ante la desesperación.

—Una cosa más, Susan.

—¿Sí, madre? —preguntó su hija aún con la mirada al suelo en posición sumisa, tal y como exigía su madre que ella se mostrase cuando conversaba con ella.

—No quiero que te acerques, ni entables amistad, ni conversación con la hija de la marquesa viuda de Ailsa. He oído que, pese a que la familia la protege, lady Valerie Manchester está abocada al fracaso. Ella es una escandalosa, una salvaje, no es bueno que te relaciones con ella. Creo que esa joven no encontrará jamás un marido. Por el contrario sé muy amable con su primo, con lord Ailsa, porque no es conveniente enemistarse con él y no queremos ofenderlo bajo ningún concepto.

—Por supuesto.

Susan no entendía la postura de su madre. Se suponía que la fiesta del marqués de Ailsa era el acontecimiento más importante de la temporada; pero, al mismo tiempo, desprestigiaba a la hija de la tía del marqués… Seguramente era una familia poderosa que podía saltarse las reglas a su antojo. Susan deseó haber sido como lady Valerie y poder haber gozado de la protección de una familia que velase por ella, incluso si en algunos círculos la criticaban.

Subieron al carruaje y emprendieron la marcha. Estuvo sentada junto a Melly y Lisa. La señorita Summer le apretó las manos en señal de consuelo. Cuando bajaron, en un descuido de los condes, Lisa aprovechó el momento para entablar una breve charla.

—Sé fuerte, Susy. No hay huida posible.

—No lo entiendes.

—Dijiste que confiabas en mí.

No hubo tiempo de aclarar nada más porque la madre se cernió sobre ella.

La casa de la familia Manchester era una mansión fabulosa, todo allí dentro rezumaba elegancia y clase. La decoración del salón era sencillamente espectacular. ¿Los músicos?, los mejores que ella había escuchado; ¿la comida?, la mejor que había probado. Cuando saludaron a la familia se fijó en el marqués de Ailsa. Ciertamente era muy apuesto. Su pelo rubio oscuro se mezclaba con otros mucho más claros, casi blancos, y sus ojos de color avellana eran muy parecidos a los de su prima. Sin embargo, algo de él no le agradó. La trató como si… No sabía cómo catalogar el saludo inicial, pero le hizo sentir como si estuviese siendo juzgada.

Tampoco le pasó desapercibida la tensión que hubo entre la señorita Summer y él. Por otra parte, la anfitriona, la marquesa viuda de Ailsa, de nombre Elvina, le pareció una mujer fascinante. Tan sobria, elegante y distinguida, que, incluso con ese riguroso vestido negro y con una apariencia que irradiaba respeto por los cuatro costados, se entreveía una mujer muy hermosa.

La joven, Valerie, la trató con cordialidad; correcta, decorosa y casi hasta antipática. Así que lady Susan no comprendió de dónde vendrían los rumores sobre que esa muchacha era escandalosa…

Al entrar en el salón de baile divisó al duque de Stone. Lo vio en una esquina y su mirada entrecerrada y ceñuda, se atrevería a decir que furiosa, estaba centrada en… ¿La señorita Summer?

La dama de compañía de Melly estaba en la pista de baile dejándose agasajar por un hombre que no conocía. Ciertamente el aspecto de su estimada amiga era más que deseable. Era peculiar, pero esa oscuridad de sus rasgos la hacían hermosa de una manera exótica. Se fijó bien en la pareja que bailaba. ¿Lisa estaba coqueteando con su compañero de baile?

Oyó un ruido y su atención regresó al duque de Stone. El hombre había salido del lugar dando un sonoro bramido. Vaya, vaya… Interesante.

La noche fue avanzando y cada vez notaba más la ansiedad de su madre. Cuando el duque regresó al salón aparentemente más calmado, lo hizo en compañía de la condesa de Somerset. Una mirada de su madre y ella ya supo lo que tenía que hacer.

Bailó y se comportó casi como una descarada con Stone. Su madre estaba al acecho y Sue debía demostrarle que estaba de acuerdo con ella por más que se sintiera rastrera por hacerle eso a Lee y al propio Oliver, pues estaba segura de que el compromiso con Ashton era conocido por todos los allí presentes. Demasiado bien sabía ella que Oliver no la quería como esposa, porque era algo antinatural, se sentían como hermanos. El duque se merecía encontrar un amor como el que ella misma había descubierto con el administrador. Estaba convencida de que, en cuanto ella le pidiese que la liberase del compromiso, él lo haría —y más después de la conversación previa con lady Somerset—, pero necesitaba que ese compromiso con Oliver durase un poco más para evitar justamente lo que acontecía, que alguien pudiese pretenderla y pedir su mano.

Sue sintió pánico cuando vio a Stone guiarla hacia un despacho para Dios sabe qué y ella pensó que se moriría de impotencia. Su madre no dejaba de espiarla y no podía huir… El duque era un hombre más mayor que Oliver, era bien parecido, y se mostraba atento y agradable, pero ella ya tenía su corazón ocupado y sinceramente no acababa de entender el comportamiento de él con

respecto a ella. Se había mostrado muy atento con ella desde que llegaron a la ciudad, ¿pero por qué? Le faltaba información. Ahí había algo más.

Sue se sentía entre la espada y la pared. No podía hacer nada más que dejar suceder lo que su madre ordenaba; si no, estaba segura de que la echaría sin contemplaciones a la calle sin nada y ella no tenía ningún sitio a donde ir. Si Ashton estuviera aquí, si pudiese pedir socorro a alguien. Cierto que podría cobijarse en casa de Oliver, pero las consecuencias serían complejas e imprevisibles. Si optaba por huir a la casa de su amigo, de su hermano, bajo su techo estaría segura. Pero su madre difundiría una serie de maledicencias que la colocarían en el centro del escándalo y probablemente quedarían atrapados en un matrimonio. Y si esas malas palabras llegasen a Lee… Su salida más plausible hubiera sido Lee, el amor de su vida podría sacarla de este enredo. ¿Dónde estás Lee?, se preguntó en silencio. Él prometió que la acompañaría en la temporada, pero no había dado señales de vida. ¿Le habría sucedido algo malo?

Y justo en este momento de su vida, comprendió la vulnerabilidad de su sexo. Criadas para ser esposas, sin dinero propio, sin poder hacer frente a una situación como la que se presentaba ante ella, tan dependiente de un hombre para salvarla; porque ¿cómo podía salvarse ella sin acabar violada o muerta en alguna maloliente calle?

Y mientras los pensamientos la asaltaban y su congoja se hacía más grande, no había percibido que el duque de Stone estaba ante ella arrodillado y sujetando su mano.

—¡Milord, por amor del cielo! —fue capaz de señalar con la lengua un poco trabada.

Susan sintió que el suelo se abría a sus pies y que las llamas del infierno ya le calentaban sus dedos.

—No es así como había supuesto que irían las cosas, pero no veo otra opción. Lady Susan, es usted admirable. Sin duda, una de las mujeres más admirables que he tenido el placer de conocer. Imagino que en estas semanas habrá notado mi interés. Me haría el honor más grande del mundo si consintiese en ser mi esposa.

Sue abrió los ojos de pura sorpresa. Habría jurado que… ¡Esto no podía estar pasándole a ella! Por Dios, ¡no! ¿Cómo iba a salir de esa situación? Ofender a un duque, otro suicidio social más que añadir…

Stone, lady Somerset, Ashton, Lee… Todo era una verdadera agonía. ¿Cómo se había metido ella en todo este lío? Sintió ganas de echarse a llorar.

Alguien abrió de golpe la puerta de la estancia en la que se encontraban. La gran sala pareció que se le iba a caer encima. Pretendiente y damisela en apuros se giraron a ver: uno, al intruso; y la segunda, a su salvadora. La señorita Summer, Lisa, que en los

últimos meses se había ganado la confianza y estima de ella, entró y cerró la puerta tras sí.

—No puedo creer que hayas llegado tan lejos, Stone. —Le dio una mirada tan furiosa que vio encogerse al hombre, pero solo una milésima de segundo.

—Haga el favor de marcharse, señorita. Esto es una reunión privada y, como ve, interrumpe. Me estoy declarado y la dama no ha ofrecido su respuesta.

Susan oyó bufar a Lisa, quien le daba una mirada para reprenderlo.

—Eres ridículo —escupió Lisa bajo el asombro de Susan—. ¡Vamos, vamos! Rápido, Susy. ¡Rápido! —repitió al ver que ella no se movía—. Tu madre viene hacia aquí para tenderte una trampa.

—¡Cielo santo! —exclamó Susan.

—La dama se casará conmigo. Márchese, señorita. —El duque estaba enfadado.

—Así que esas tenemos… —Lisa también se estaba enfadando—. Es imposible que lady Susan se case con usted.

—Dilo, Lisa. Di, ¿por qué? —La mirada que él ofreció a la señorita Summer dejó a Susan sin palabras. ¿Amor? ¿Posesión? ¿Deseo? ¿Celos? ¿Todo eso era capaz de decir una mirada?

—Ah, parece que ya ha recuperado la memoria, Stone.

—No juegues conmigo. —Sí, sonó muy amenazador.

—No soy yo quien está proponiendo matrimonio. Levántese, excelencia…. ¡Ahora mismo! No haga más el ridículo —ordenó de nuevo Lisa mientras lo cogía del brazo para incorporarlo. Él no se movió. Sue no sabía qué hacer, seguía con la boca abierta.

—Pero yo necesito una esposa urgentemente. La madre de la dama está por entrar y nada la salvará a menos que…

—No le creía tan ruin, milord. ¿No le da vergüenza? ¿Cómo has podido prestarte a esto, Stone?

—Tú no me dejaste más opciones. Voy a tener una esposa sí o sí. —El duque se volvió hacia Susan—. Lo siento, milady. —Y volvió a centrar su vista sobre Lisa—. Pero le agradará mucho ser mi duquesa, cualquier mujer con algo de inteligencia sería capaz de verlo.

A Lisa se le revolvió el estómago. Él era un hombre muy inteligente y estaba segura de que era consciente del complot de lady Somerset para unirlo con su hija. Mientras, Sue no lograba entender del todo la situación, pero no era tan ingenua como para no darse cuenta de que entre ellos había una historia más que interesante. Se moría por conocerla.

Al ver que él no se levantaba y que Susy estaba petrificada, Lisa Summer hizo lo que sabía que debía hacer: tomar el asunto en sus manos.

—¡Oh, cielo santo! Están ahí, ya vienen… —Oía las voces y los

pasos en el pasillo—. Tendrás lo que quieres, Tom, espero que puedas pagar el precio. —Entonces la señorita Summer le dio un fuerte empujón a su amiga para echarla sobre el sillón que estaba más alejado de la sala y le dio la vuelta para que quedara invisible a la vista de todos—. No te muevas de ahí —le ordenó a Susy.

Lisa regresó junto a Stone y tomó el lugar de su amiga ante un arrodillado y orgulloso hombre cuya sonrisa le daban ganas de gritarle.

Finalmente la puerta se abrió y por ella aparecieron: un hombre imponente que daba miedo y al que Lisa detestaba, el marqués de Ailsa; la tía del marqués, Elvina; la condesa de Somerset; el recién llegado a Londres, Oliver, duque de Ashton; y su administrador, el señor Leonel Jones, entre otros grandes nobles.

—¡Sí, excelencia! Por supuesto que seré su esposa, nada en este mundo me haría más dichosa que convertirme en su mujer y madre de sus hijos —gritó eufórica la señorita Lisa Summer ante todos los allí presentes. Incluso se limpió varias lágrimas de alegría inexistentes. Entonces Lisa lo vio sonreír y todavía se enfureció más, pero no podía salir de su papel como prometida enamorada. Ya ajustarían cuentas, ya… Pero esa era otra historia.

—Enhorabuena, señorita Summer —tomó la palabra el marqués de Ailsa—, nunca dudé de sus habilidades… sociales. Una duquesa… Un puesto… ambicioso. Creí que se conformaría con el de condesa, pero por lo visto…

—¡Patrick! —lo llamó al orden su tía Elvina.

—Está bien, tía, prometo no excederme, pero… —se quedó callado y avanzó hasta el sillón que divisó que no encajaba en la decoración de la casa y le dio la vuelta. Lisa cerró los ojos. Lo había intentado, pero el destino era demasiado cruel. Ya debería saber por su experiencia que las cosas escritas rara vez se pueden cambiar. Miró con furia al marqués de Ailsa, él todavía no era consciente de la gravedad de ese simple gesto. Al inicio de la fiesta se reunió con él y le pidió que no interviniese. Ambos eran viejos conocidos y nunca habían simpatizado. Él parecía odiarla y ella lo detestaba. ¡Maldito Patrick Manchester por no quedarse al margen!

—O bien has vuelto a tus viejos jueguecitos —el marqués de Ailsa le hablaba a Lisa—, o con tus malas artes has evitado que tu… amiga… consiga sus propios fines. Debí haberlo supuesto.

—¡Suficiente, Patrick! —Elvina agarró del brazo a su sobrino.

La futura duquesa de Stone observó a su amiga, quien le agradecía en silencio su intervención. Susan sabía que la había salvado de un destino, pero otro aún peor se aproximaba. Lisa tenía la obligación moral de proteger a Susan de su malvada madre, ella había visto la crueldad que había en esa insana mujer. Una persona que tratase a

Susy con esa falta de escrúpulos era un monstruo. Lady Susan Dawson era una de las personas más puras que habitaba en este mundo y, si Dios la había colocado a ella para guardarla y protegerla, que así fuese. Lo menos que podía haber hecho era sacrificarse por ella; porque, por su culpa, Stone las había puesto a ambas en esa tesitura.

El duque de Stone no dijo nada mientras todos los allí presentes pasaban a felicitarle y darle la enhorabuena.

La señorita Summer era una malnacida a la que debería haber echado a patadas nada más la tuvo delante. La arpía maliciosa y codiciosa se había agenciado al duque que la condesa quería para su hija. Eso era lo que estaba pensando lady Somerset. Nada podía hacer la condesa de Somerset por enmendar esa situación. Stone era un duque y a Tom Random no lo contradecía nadie.

Stone se llevó de la sala a su futura duquesa y todos lo siguieron. Antes de salir, Susan, desde el sillón en el que estaba y del cual no había osado levantarse, recibió una fuerte y severa mirada de desaprobación por parte del Oliver y Lee. Ella hizo amago de levantarse para ir tras Lee y darle una explicación. Su madre la frenó y esperó a que no quedase nadie en la estancia para tener unas palabras y algo más con su hija.

—Pequeña estúpida, eres del todo inútil, una fracasada. ¿Cómo has podido arruinarlo? ¿Dejar que esa señoritinga Summer te ganase la mano? ¿Acaso sabes lo que me costó arreglar esto? ¿Sabes cuánto me costó hacer que Stone te lo propusiera, averiguar cuándo iba a regresar Ashton…? Lo arruinaste todo. ¡Meses de trabajo a la basura! No, claro que no lo sabes, niña estúpida y mimada. Si hubieses sido Anna… Ella no lo hubiese arruinado; pero tú, por el contrario, eres un espanto. Cada día me despierto pensando que es ella quien está aquí y no tú. Debiste ser tú la que se fuera de mi vida, no ella. Eres tan inútil… Te lo avisé, sabías lo que sucedería… Dime, ¿por qué esa miserable y patética institutriz será una de las duquesas con mayor poder de todo el reino y no tú? ¡Contesta!

Sue se quedó callada. Bajó la mirada al suelo. En estos casos era mejor mostrarse sumisa. La sonora bofetada cortó el silencio con la misma violencia con la que fue dada, y de la fuerza Susan aterrizó en el suelo. Por suerte había una gruesa alfombra que amortiguó el golpe. Sue evitó llevarse la mano a la cara porque no podría volver a soportar los malos tratos más. Si acababa en la calle muerta y violada que así fuera, no podía seguir viviendo con las atrocidades de su madre.

La puerta de la estancia se abrió de nuevo. Esta vez entró únicamente el duque de Ashton.

—¿Se puede saber qué está ocurriendo aquí? —Vio a Sue en el suelo y a Oliver le hirvió la sangre—. ¿La ha golpeado? ¿Cómo se ha

atrevido a hacerlo? —le preguntó amenazante cuando apreció una mano perfectamente marcada en la mejilla izquierda de la joven.

—¡Oh, querido! Juro que no ha sido mi intención, la he tenido que reprender —comenzó lady Somerset a hacerse la falsa inocente como siempre hacía—. Te lo advertí, mi querido muchacho, te dije que ella tenía sus miras puestas en él… Y nada más me habéis dejado sola con ella, al ver que otra mujer se lo había quitado, comenzó a insultarla. Estaba como loca y temí por mi vida. Lo prometo, demente, presa de la histeria se ha puesto a gritar, aludiendo que Stone la había cambiado a ella, ¡a lady Susan Dawson por una miserable y patética institutriz! Estaba fuera de sus casillas. Siento tanto que te hayas enterado así de todo esto. Traté de convencer a nuestra Susan de que no podía estar enamorada del duque, que tú eras mucho mejor. ¡Oh, cielos! Pero todo se puede arreglar, ¿verdad, Oliver? —Ella tenía la mano en el corazón y se paseaba nerviosa por la estancia haciéndose la víctima—. Tú la protegerás del escándalo, ¿verdad? Piensa en tu hermana, en cuánto la quiere. Después de su falta, ella será una esposa permisiva, me lo ha dicho. Entenderá que busques la felicidad fuera del matrimonio. Milord, pero no permitas que caiga en desgracia. Melly no soportaría estar sin ella y si llegase a saber que la has rechazado por un error de juventud con Stone… ¡Oh, Oliver! Tu hermana, piensa en tu hermana. En cuánto ama a mi pobre hija, que ha sido víctima inocente de las maquinaciones de otro. Ya sabes cuánto te estima Susan, querido. Por favor, dime que la protegerás. Te lo suplico, es mi única hija… Ayúdala, Oliver, te lo imploro.

Llegados a este punto de la interpretación, la condesa hubo de ponerse de rodillas ante él y comenzó a llorar rogando piedad para su única hija viva. No faltó en su discurso la mención de su otra hija muerta, jugó con la culpa que podría sentir Oliver si su familia volvía a pasar otro infierno como ese a causa de la mala cabeza de Susan.

Susan estaba con los ojos como platos. Su madre lo había vuelto a hacer, la había convertido en la villana una vez más. Eso era lo que hacía con su padre cuando descubría alguna de sus torturas impuestas… Pero esta vez ella estaba segura de que no le funcionaría. No con Ashton. Su Oliver, su gran amigo, su casi hermano no iba a permitir que a ella le pasase algo malo. Ah, no. Su madre no lograría poner a Oliver en su contra, apostaría su vida a que él no creería una palabra de toda esa falsa declaración.

—Por favor, milady, levántese y sosiéguese. Nada malo le pasará a nadie. —La mujer se puso en pie—. Ahora permítame hablar con su hija un momento.

Susan levantó sus ojos hacia los de Oliver. Él la miraba ¿frunciendo el ceño?

—No es correcto que os deje a solas, milord. Eso aún haría el

escándalo más mayúsculo. —La condesa no quería que su hija la descubriera.

—He dicho a solas. Retírese, lady Somerset. —Él se mostró intransigente.

La condesa de Somerset no pudo replicar al tono ducal de él. Se retiró a regañadientes dando una mirada de advertencia a su hija.

—Ven, Sue, levántate. Siéntate, por favor. —Le tendió la mano amablemente y ella se sintió más segura de la posición de él con respecto a ella.

Susan se levantó y tomó asiento donde él le dijo. Ni una sola lágrima salió de ella pese a la violencia de su madre. Sue en este momento estaba tranquila. Dos de los hombres más importantes de su vida, habían venido para liberarla al fin de cárcel, del yugo de su madre, de la impasibilidad de su padre. Oliver jamás creería a su madre. Estaba segura de ello. Al fin se presentaba la esperanza para una situación que previó sin salida. Su amigo, su amigo la ayudaría.

—Dime que no es cierto, Sue, dime que no has puesto en entredicho tu reputación por tener más poder. —Lo vio negar con la cabeza mientras decía aquello. Algo se rompió en su interior cuando esa acusación fue dicha en voz alta.

—Oliver, ¿cómo puedes decir eso? Me conoces. —Susan se sorprendió por el reproche que oyó en sus palabras.

—Vamos, Sue. Todo el mundo te ha visto flirteando con Stone esta noche, incluido yo, y la sociedad daba por hecho que el casamiento se produciría en breve. Me han dicho que llevas varias semanas al acecho de él.

—Oliver, son rumores sin fundamentos…

—Dicen que te has vuelto codiciosa. ¿Qué te ha pasado, Sue? No te reconozco…

—Oliver, tú me conoces, sabes que no sería capaz nunca de hacer nada de lo que ha dicho mi madre.

—He oído demasiadas acusaciones para que todas ellas sean mentira; y no solo parten de tu madre. Sue, ¡por Dios!

—Yo no he hecho nada malo.

—Mírate. ¿Ese es el vestido de una mujer que no ha hecho nada indecente para tentar a un hombre?

—¡Oliver! Soy yo, yo. Soy Sue, Oliver. Por favor, por favor.

—Te he visto, Susan, llevas toda la noche con zalamerías, tejiendo tu tela de araña sobre Stone.

Tal y como dijo tu madre que harías porque estabas enamorada de él. Lady Somerset me envió una carta, me advirtió que estabas enamorada de él y me solicitó que te liberase del compromiso. Solo tenías que pedírmelo, Sue, y te habría dejado libre. No era preciso montar este espectáculo. Aunque no te hubieses casado conmigo, te

habría dejado ver a Melly, ella te adora. Tu madre me explicó que tenías el corazón dividido entre tu deber y el amor, y que por eso no me habías pedido que anulara el contrato. Nunca os separaría a ti y a Melly. Me has decepcionado, Sue, me has traicionado con esta actuación. Y más porque mi hermana, cuyas circunstancias sabes, está a tu cargo y tus acciones repercuten directamente sobre ella… ¿Acaso no pensaste en lo que le ocurriría a ella? Ya es bastante que lleve el estigma de bastarda, ¡por Dios santo, Sue!

Sue se levantó del asiento y se plantó ante él. Le dio un bofetón.

—Vuelve a decir eso de ella y te mataré, Ashton —escupió ella con fuerza llena de ira. Maldito Oliver, él también le había fallado y no solo a ella, sino también a Melly. Ni aunque viviese cien años pensó que lo oiría decir eso de su propia hermana. La que estaba defraudada era ella, no él.

Su madre era la reina del engaño. Lady Somerset bien quería una duquesa de la manera que fuera. Había establecido un plan perfecto para que, en caso de que algo fallase con Stone, Ashton se convirtiese en el salvavidas para la reparación de su honor. Sin embargo, lo que Susan necesitaba era que su amigo la creyera y eso distaba mucho de lo que iba a suceder.

—No vuelvas a hacer eso jamás, Sue. —Estaba rojo de la furia—. ¿Me has oído? No te atrevas a volver a intentarlo porque olvidaré mi honor y te reprenderé. Tu madre ha hecho bien en abofetearte… Necesitas mano dura visto lo visto hoy aquí. No estás jugado bien tus cartas si, tras fracasar como aspirante al título de duquesa de Stone, quieres ser mi duquesa.

—¿Crees que soy culpable de todo lo que me achaca la sociedad y mi madre? ¿Crees los rumores vertidos sobre mí? —Una última oportunidad era lo que ella le iba a dar.

—Te he visto, Sue, no puedo negar la evidencia. —¿Ella aún tenía la poca vergüenza de cuestionar sus actos? Oliver no quería creerlo, pero ¿podía estar equivocada toda la gente que le había dicho que su prometida estaba intentando pescar un mejor partido?

—Mírame a los ojos, Oliver, mírame. —Se levantó y se colocó delante de él.

Él subió los ojos e intentó fijarlos en ella. No pudo. Estaba avergonzado por tener que mirarla. Sue se sintió derrotada, él la creía culpable de todos los cargos. ¡Por Dios! Oliver no, Oliver no, se dijo una y mil veces. Podía soportar el odio de su madre, la traición de su padre, pero no podría con la de Oliver. Oliver, su Oliver, no…

—Soy un hombre honorable y cumpliré la promesa hecha a tu familia, Sue. No romperé el contrato.

—Porque seré una esposa permisiva, ¿cierto?

Oliver podía ver impreso el reproche en cada una de sus palabras.

—Amo a mi hermana, Susan, no seré quien te deje sin ayuda. Lo haré por ella, y no creo que estés en posición de exigir fidelidad. ¿Cómo podía estar tan ciego con respecto a ella?, se preguntaba Susan. Habían sido grandes amigos, ambos unidos en torno a Melly. La mujer respiró y negó con la cabeza. No tenía sentido tratar de convencerlo, pues no hay más ciego que quien no quiere ver.

—No, supongo que no puedo exigir nada a una persona que no cree en mí. Pero me confesaré de igual modo ante ti. Sí, soy culpable de un cargo de los que me culpan, pues te he traicionado. Pero no del modo que tú crees, es algo más puro, como lo es el amor. Iba a explicártelo todo, pero ya no tiene caso entrar en detalles, Oliver. Yo no te veo como a un hombre, ni tú a mí como una mujer. Nuestra relación es de amistad, la sentí familiar. Más allá del amor que siente Melly por mí, nunca me has visto. Yo te libero del compromiso, de igual modo que tú me liberas a mí. Y no te reprocho nada. Te quiero como a un hermano y por ti, o por tu hermana, yo daría gustosa mi vida. Todavía no lo sabes, Oliver, pero has cometido un grave error. Confío y deseo que llegue el día en que te des cuenta de lo que aquí ha pasado. Cuando lo descubras, quiero que recuerdes que yo te perdono en este preciso instante. —Él estaba de espaldas a ella—. Mírame, por favor.

Las lágrimas caían por sus mejillas libres y Oliver se sintió mal al observarla en ese estado. Estaba desconcertado. La carta de lady Somerset era muy convincente, por no mencionar la actuación de piedad de hacía unos momentos. Además, estaba el comportamiento de Susan durante la noche y los comentarios que circulaban por el salón de baile… Pero ¡demonios! Era Susan. Su hermana sentía devoción por ella… Oliver necesitaba tiempo para organizar su cabeza. La situación, todo esto, lo sobrepasaba.

—Te quiero, Oliver —siguió ella—, y quiero que veas mi sinceridad cuando te diga estas palabras. Mírame bien, por favor. —Oliver enfocó su mirada y no pudo más que abrazarla.

—Por favor, Sue. Mi dulce Sue, no llores, no puedo verte llorar. Te he dicho que lo voy a solucionar.

—Te quiero, Oliver, siempre te querré porque no hay vínculo más grande que el que he llegado a forjar contigo y con Melly. Perdí a una hermana y no gané únicamente otra, sino que tuve el gran privilegio de ganar a un magnífico hermano que me ha cuidado siempre. Te perdono, Oliver, por todas las veces que me has cuidado y protegido. Cuando sientas que fallaste ante mí, si es que alguna vez lo sientes, quiero que recuerdes que yo te perdono con el corazón en la mano. Solo júrame que la cuidarás por mí. Melly te necesitará.

—Lo haré.

Sue se separó de él dispuesta a ir en busca de su felicidad. Ella lo perdonaba porque sí, ciertamente lo había traicionado con Lee. La

joven sabía que ambos no se amaban, pero estaba prometida a él. Y, en estos precisos instantes, acababa de comprobar que él se sentía traicionado por creer que ella se había lanzado a los brazos de otro. No había sido Stone, pero sí había habido un hombre maravilloso que le haría olvidar todo.

El resto no importaba, ni tan siquiera la gran brecha que Oliver había abierto en su corazón. Lee había vuelto a por ella, lo prometió y allí estaba él. Al fin podría olvidarse de su madre. Se iría con Lee, con lo puesto, si era necesario.

Leonel Jones se paseaba por el jardín de la Casa Manchester furioso. Cinco meses había estado intentando olvidarla y, al verla de nuevo, unos pocos minutos le bastaron para que Sue se volviese a meter bajo su piel. Maldito su aspecto arrebatador, maldito su vestido tentador, maldita ella por quererla.

Susan era de Ashton y ella había cometido una ruin traición de la que lo había hecho partícipe a él. En honor a la verdad, él era plenamente consciente de que era igual de culpable que Sue. Cuando se enteró de que ella era la prometida de su patrón, no sabía cómo iba a poder mirar al duque a la cara cuando regresase. Era su patrón; pero, más allá, Ashton se había convertido en su amigo. ¡Un buen amigo! Un hombre honorable no le robaba la prometida a otro.

Se sintió estúpido. ¡Cómo se habría reído ella de él mientras le decía palabras tiernas de amor! Sue simplemente estaba jugando con un pobre desgraciado. Era de esas mujeres que se divertían con los hombres de su clase mientras esperaban a ocupar su lugar en la sociedad. Bien había visto él multitud de casos en los que las damas de alta alcurnia hacían apuestas y se burlaban de varones como él por puro aburrimiento, porque no tenían cosas mejores que hacer. No había otra explicación posible a todo este embrollo.

Leonel había albergado la esperanza de que no fuese así. Todo tenía que tener una explicación y deseaba creer que había habido algún tipo de malentendido, pero después de ver lo que había visto esta misma noche… Susan Dawson era una pérfida mujer que encendía la sangre de todos los hombres que se cruzaban en su camino como una vulgar…

Su patrón acababa de volver hacía un solo día de Italia. Él iba a cantar como un canario, cuando llegó una carta de la madre de Sue pidiendo al duque que acudiese al baile que ofrecía el marqués de Ailsa. Es decir, al baile alegre que estaba teniendo lugar mientras él se enfurecía con la maldita situación.

Estaba iracundo. Había permitido que una mujer jugase con él. Prometida a Ashton. ¿Por qué no le había ofrecido ninguna explicación? Ella había estado jugando. Era un hombre justo, pero orgulloso. ¿Cómo iba a poder perdonar tal traición? ¿A cuántos otros

habría permitido rozar sus labios, lamer sus pechos y acaricia los suaves pliegues de su sexo? Los celos se lo llevaban, la ira rugía profunda e inclemente en su interior.

Fue un golpe desmesurado saberla prometida y que ella se lo ocultase. Él se silenció a la espera de ver qué era todo aquello. Lo que nunca imaginó era descubrir que la maldad de esa mujer no tenía límites. No era un ángel, era definitivamente un demonio. Lady Susan estaba prometida a su patrón. Y se había pasado toda la noche coqueteando descaradamente con el duque de Stone ante toda la sociedad. Y los rumores que se habían extendido sobre ella eran infinitamente peores… ¿Cómo había sido ella capaz de engañarlo? ¡Menuda actriz se estaba perdiendo el teatro!

Ella los había traicionado a él y a Ashton. Y luego todo aquel escándalo con la señorita Summer de por medio. Eran tal para cual. Aquella maestrilla le había ganado la mano a lady Susan. Al menos debía estar contento porque los planes de la dama no se hubiesen podido cumplir. Su afán de escalar socialmente no tenía freno. Quería ser duquesa a toda costa. No sabía muy bien cómo, pero la señorita Summer iba a ser duquesa y no de un hombre cualquiera. Porque lo que se decía de Stone le hacía poner los pelos de punta. ¿Qué habría pasado entre esas dos? Había escuchado ciertas historias escandalosas sobre la institutriz, ¿Susan se habría prestado a esos juegos? ¿Sería ella parte de algún tipo de arreglo extraño entre matrimonios? Probablemente; porque, si no, ¿qué hacía ella escondida tras un sillón? ¿La llegada de la comitiva a la sala habría interrumpido algún tipo de sórdido juego amatorio entre los tres? La mera idea le revolvía el estómago. Susan era fogosa, mucho. La había tocado una única vez y ella lo había dejado creyendo que estaba salvaguardando su pureza. No quería tomarla sin ser su esposa. En estos momentos, le vinieron a la mente todas las veces, durante aquella semana, en las que ella lo había tentado, casi incluso le había suplicado que la tomase… ¿Sería ella virgen? Bueno, tampoco es como si no conociera a muchas damas que preservaban su virtud pero hacían todo tipo de obscenidades con el resto de su cuerpo…

A medida que las conjeturas se instalaban en su mente su carácter se tornaba más amargo, más sombrío, más furioso. La ira era tan grande que no parecía caber nada más en él.

Al menos le quedaba el consuelo de que Susan estaría furiosa por haber perdido la oportunidad de ser la duquesa de Stone… ¿Sería posible que antes de iniciar la perversión que los tres hubieran tenido en mente, por proximidad y para guardar las apariencias, fuese la señorita Summer la que interpretase el papel de elegida por el duque?

Imaginarla disfrutando con otro hombre era ya un castigo de por sí solo duro, pero creerla siendo parte de una perversidad… Acababa de

descubrir que la señorita Summer era muy amiga del conde de Chesterfield y ese hombre era uno los libertinos más réprobos de toda Europa. Su casa, apelada la Mansión de la Perversión, era muy conocida entre los altos vuelos. Ninguna joven decente sería amiga de un hombre como Chesterfield.

Había visto ingresar por el pasillo a Ashton, seguramente para hablar con Susan. ¿Habría perdido ella también el tren con Ashton? La comidilla de todo Londres era que lady Susan Dawson era una trepa social que deseaba ser duquesa y no tenía la suficiente paciencia para esperar el regreso del hombre con el que estaba prometida.

Se iba a volver loco ante las dudas y la desesperación que estaba sintiendo. Porque el amor que una vez creyó sentir por ella se acaba de convertir en una rosa marchita, cuyas espinas estaban atravesando su corazón y lo hacían sangrar de forma incesante.

Una melosa voz pronunció su nombre y él se giró.

—Mi amor, has vuelto… ¡Gracias al cielo que has venido por mí!

Sue se había vuelto loca buscándolo por toda la casa y finalmente Melly, antes de que Ashton se la llevase a rastras del lugar, le dijo que el señor Jones estaba en el jardín. Ella buscó por todos los rincones hasta que al fin dio con él.

Sue sentía que su corazón estaba en carne viva por las duras palabras que Ashton le había propinado. No hubiese esperado nunca una traición como la vivida, más cuando Oliver era considerado como un hermano para ella. Eso no importaba porque su corazón se calentaba al saber que el amor de su vida había cumplido su promesa de venir por ella.

Jones enfocó sus ojos hacía ella. Tan emponzoñado como estaba no era capaz de ver más allá de su odio y su rabia. Creyó que Ashton también se había deshecho de ella y únicamente le quedaba él para relamerse las heridas. Debía estar desesperada para acudir a él… Leonel imaginaba que, dado que sus esperanzas de ser duquesa se habían ido doblemente por la borda, únicamente le quedaba a la dama el tener que conformarse con él. La arpía se habría enterado de que él había conseguido hacer una fortuna y, a falta de un título, seguro que el dinero sería bueno. ¡Menuda pérfida! Lo tenía bien calculado. Debido al escándalo, el duque de Stone y su futura duquesa no podrían dejarse ver con ella en bastante tiempo, tal vez en la vida. Y si Ashton la había despreciado…

Pues no, él no se iba a conformar con ser las sobras de nadie. Había más mujeres. Sufriría por la traición, se repondría y seguiría con su vida aunque eso implicase morir por el amor perdido de ella.

Antes de que él pudiese decir algo, Sue se abalanzó sobre él. Lo abrazó con todas sus fuerzas y comenzó a sollozar. ¡Menuda actuación estaba realizando!, pensó Jones. Porque era una actuación, ¿no? Sí,

tenía que serlo. Como lo había hecho con Stone durante la noche.

Sue se separó de él y lo miró a los ojos. A los pocos segundos se abalanzó sobre su boca. Vaya con lady Susan… Pasaba directamente a la seducción para encandilarlo. No era una mala jugada, Susan era buena; y si ella estaba dispuesta, pues él también. Tal vez los vicios a los que se había sometido con la señorita Lisa Summer le habían dado cierta experiencia que él no estaba dispuesto a desaprovechar.

Comenzó a besarla. La tumbó en el suelo del jardín en un lugar íntimo y apartado. La noche estaba cerrada pero las estrellas daban algo de luz.

Mientras Jones estaba lleno de rabia y lujuria, ella pensaba que era lo más romántico que podría haberle sucedido jamás. Hacer el amor bajo la luz de las estrellas: un dulce sueño.

Lee comenzó a bajarle el escote. Besarle sus suaves pechos era una necesidad de la que ella no se quejaba. Ni tan siquiera la urgencia con la que lo hacía parecía molestar a Susan. A él le agradó que ella no se quejase de su rudeza, se enfureció más porque venía a demostrar que ella era una mujer mundana… Una idea le asaltó la mente. Ya sabía lo que iba a hacer con la mujer, pero lo diría luego. En estos momentos, necesitaba desahogar esa rabia que estaba sintiendo.

Sue gemía, suspiraba y se dejaba transportar al paraíso de sus besos, al edén de sus caricias. ¡Lo había echado tanto de menos! Al fin él estaba ahí para ella. Lo necesitaba, ansiaba sentir su amor con desesperación, en estos instantes más que nunca.

Una mano masculina pronto llegó a su centro del placer. Leonel se quedó asombrado por lo rápido que ella respondía a sus estímulos. Sue estaba lista y no, él no lo pensó dos veces. Levantó su falda, desabrochó sus pantalones y sacó su miembro erecto, que estaba también más que preparado para hundirse en ella.

De una estocada, la penetró. Ella aulló de dolor, pero no trató de apartarlo. Él se detuvo. Con esa reacción, Leonel no contaba.

Sue estaba muy lastimada, unas lágrimas por el fuerte sufrimiento padecido se le habían escapado. Pero estaba feliz porque ya era realmente suya y él de ella. Al menos podía contar con alguien. Lee estaba con ella, amándola. No estaba sola, suspiró llena de gozo.

Tuvo miedo de que su reacción lo hubiese asustado, tal vez no debió haber gritado, así que buscó tranquilizarlo:

—Sabía que dolía la primera vez, pero jamás pensé que sería así… —intentó decir con humor, para hacer que él estuviese más cómodo, sabía que lo había contrariado con su reacción.

Lee continuaba con su cabeza enterrada en su cuello. Cuando sintió que ella se relajaba, comenzó a mecerse suavemente tratando de percibir su reacción. Primero lo hizo despacio y tierno y luego, cuando estuvo convencido de la recepción de la mujer y escuchó claros los

gemidos de ella, lo hizo más rápido, más exigente, con ansiedad.

Algo en su interior se calentó al saber que ella no había sido de nadie más antes… Pensó que ella estaría usada, por eso fue tan bruto, pero… Su grito lo detuvo y se maldijo a sí mismo por sentir compasión de ella, incluso en estos momentos en los que sabía que se había burlado por completo de él. Su virginidad no era un indicador fiable, muchas damas tenían predilección por ser penetradas por otros orificios.

El ritmo que imprimió Leonel la hizo arquearse y llegar al clímax junto con él. Ambos gritaron de puro gozo. Esa bendita mano de él, que una vez la llevó al edén, la regresó de nuevo a ese lugar donde ella se sentía sensual, femenina, amada y deseada.

Pasaron los minutos y ambos pudieron recuperar la respiración. Leonel siguió con su rostro enterrado en el cuello de ella. Sue comenzó a sentirse nerviosa. Algo le decía que todo no iba bien, porque ella quería verlo y él no le permitía que lo mirase a la cara. Además, al notar su caricia en el pelo, él había hecho un gesto de ¿desprecio?

Leonel salió de ella y se levantó. Sue lo siguió y comenzó a recomponer su vestido. Jones continuaba sin mirarla y sin decir nada. Definitivamente algo malo estaba sucediendo y Susan no se veía capaz de soportar una mala situación.

—Mírame, Lee, mírame. ¿Por qué no me miras? —Él no lo hizo—. ¿Es porque he gritado? Lo siento, todavía no sé cómo se hace… Bueno… —Se sintió cohibida bajo su escrutinio.

Él continuó sin hablar y ella se puso más nerviosa. Estaba de espaldas y no se giraba. Decidió darle un tiempo. Los minutos se sucedían y nada ocurría. Volvió a probar. ¿No habría hecho ella bien el amor y él estaría decepcionado?

—Sé que eres un hombre atractivo y que tendrás experiencias mejores… Yo… lo siento si no lo he hecho bien… —Tal vez su enfado fuese porque ella no era lo que él esperaba o quería.

Él siguió sin hablar. Lo observó dar pasos de un lado a otro delante de ella mientras se mecía el pelo. Lo había cortado, su coleta había desaparecido. Ella lo encontró igualmente perfecto.

El silencio era ensordecedor. La muchacha tomó la iniciativa una vez más.

—Si no soy lo que esperas, haré cuanto esté en mi mano para ser mejor. Te prometo que como tu esposa te haré feliz en nuestra cama también, pero tendrás que enseñarme porque…

—¡Calla, por Dios, mujer! —gritó él. Ella dio un respingo.

—Por favor, no estés disgustado conmigo —suplicó ella al borde del llanto. No podría soportar una pelea. Después de que Oliver le estrujase el corazón, ella no podría soportar una afrenta con él, y menos por no ser lo que él esperaba.

—No puedo casarme contigo —bajó el timbre de su voz porque no quería volver a asustarla.

Hubo un nuevo silencio entre ambos.

—Sé que no tendremos mucho, Lee, no podremos contar con mi dote. Pero yo tengo pocos gastos, mi amor. Puedo pasar con un trozo de pan y un poco de queso al día. —Su madre una vez la consideró gruesa y la tuvo así meses, y eso que ella estaba casi en los huesos en aquel momento—. Entiendo que tú estás empezando a ser alguien y te prometo que no seré una carga pesada. Yo puedo trabajar también, sé hacer de todo y hay muchas jovencitas que podrían necesitarme como institutriz, por ejemplo, o costurera.

—No te hagas la tonta conmigo. —Qué falsa es, pensó Lee.

—¿Disculpa? —Él estaba furioso. Ella lo sabía, pero no entendía nada.

—No hará falta que trabajes, sabes de sobra que te puedo mantener. —Ya estaba cansado de ese maldito teatro de ella.

—Pero, entonces, ¿por qué no podemos casarnos? —Si él tenía dinero y había regresado por ella, ¿cuál era el problema?

—Porque uno no se casa con las amantes, uno se casa con las esposas.

Susan no habló y comenzó a analizar la frase. ¿Qué quería decir él? No lo sabía, se aventuró a preguntar:

—No entiendo, mi amor.

—Deja ya el papel de mujer afligida. ¡Me pones enfermo! —tronó.

Susan enmudeció, no se atrevió a decir nada, bajó los ojos como cuando su madre se disponía a educarla. No podría soportar lo que sabía que se avecinaba. Ella lo sabía, pero aun así se quedó quieta a la espera. Se debería haber dado cuenta de que él la había tomado, pero no había dicho nada. Ni tan siquiera la había mirado a los ojos, ni una palabra de amor o aliento. Para un hombre que siempre le había demostrado su amor en cada gesto, eso la tuvo que haber puesto sobre aviso.

—No habrá boda porque no acepto las sobras de nadie. Dos duques te han rechazado y vienes a mí desesperada para que te salve. Entre nosotros no habrá más que relaciones íntimas y, como bien has dicho, no eres demasiado buena. Tendrás que esmerarte y aprender. Lee libros indecorosos o habla con otras mujeres como tú.

—¿Cómo yo? —se atrevió a preguntar ella sin mirarle, manteniendo la vista baja y tragándose su orgullo. El cuchillo comenzaba a cortar con animosidad, pero quería tener todos los detalles antes de sentirse morir.

—Otras amantes. Te instalaré mañana en la calle Phantom, donde viven las mujeres como tú, que no sirven para ser esposas. Podrás preguntar qué hacen ellas para conservar el interés de sus hombres;

porque, si no aprendes rápido, me cansaré enseguida de ti. Y, después del escándalo que has montado, ambos sabemos que no tienes otro remedio, por muy hija de unos condes que seas. Aunque por otro lado no te será difícil complacerme, tienes un talento natural para regalarte. Lo acabas de hacer aquí y por tu propio pie.

El cuchillo entró certero y atravesó su corazón, partiéndolo por la mitad. Él la creía culpable de algún cargo espantoso.

—Entiendo. Ahora mírame a los ojos, te lo ruego —pidió Sue tratando de mantener la templanza.

Él no la obedeció. Ella tuvo que ir hasta donde estaba él y encararlo. Sería fuerte porque la situación lo requería. No importaba la molestia que aún había entre sus muslos por haber entregado a él, ni los restos de ambos que aún conservaba ahí y que evidenciaban que se habían pertenecido el uno al otro. No había amor. Todo estaba muerto, perdido.

—Te he pedido que me mires, señor Jones —puso distancia al nombrarlo con suma cortesía.

—Tú no das aquí las órdenes. Cuanto antes aprendas tu papel, mejor te irá, mujer —le espetó arrogante, superior y orgulloso.

—Juraste que vendrías por mí. Prometí esperarte porque entendí que me harías tu esposa.

—¿Acaso niegas que estabas prometida a Ashton?

—No lo niego, pero…

—No me interesan tus explicaciones, guárdalas para quien les interese —la cortó intransigente—. No has conseguido ni a Ashton ni a Stone, tendrás que conformarte con ser mi amante. No hay otro trato sobre la mesa.

Susan se tomó unos brevísimos instantes para pensar su respuesta ante la acusación. El cuchillo había salido de su corazón y comenzaba a atravesar su alma, y dolía más que cuando él se había hundido en ella.

—Te diré lo mismo que le he dicho a Oliver hace unos momentos. —Estaba serena.

—¡No lo llames por su nombre! —Los celos eran tan grandes e inmensos…

—Te pido disculpas —continuó ella— porque me crees una traidora. Soy culpable de haberte ocultado el compromiso porque…

—No quiero saberlo —la cortó.

—Como no precisas de mis explicaciones, no te las daré. Pero te digo que algún día, tal vez, te sabrás culpable de haberme fallado, o tal vez no. A Oli… al duque de Ashton —se corrigió— lo he absuelto de su falta. Pero a ti no te perdono, no lo haré jamás porque te amé. Me he entregado a ti. Te di mi corazón y tú lo has pisoteado, y matado mi amor, sin el menor remordimiento. Te he dado mi cuerpo y tú lo

has maltratado. Quiero que lo recuerde bien, señor Jones.

—Ahórrate la pantomima, resultas patética. Y ahora lárgate a tu casa. No quiero ni oírte ni verte en estos momentos. Mañana por la mañana iré a por ti. Y te aviso, no intentes ninguna treta porque te encontraré allá donde vayas. No podrás escapar de mí jamás. —Era una promesa—. Eres mía. Recuérdalo tú.

—Y tú no olvides mis palabras —lo enfrentó dolida y enfadada.

—¡Largo! —la despachó sin remordimientos.

Sue intentó marcharse lo más discretamente que pudo de la fiesta y de la Casa Manchester. Sin embargo, todo el mundo estaba al corriente del escándalo que había protagonizado con el duque de Stone. Los allí presentes, decían de ella que había intentado poner sus miras más arriba de Ashton, que no se había conformado con un duque importante, sino que buscó hacerse con otro de mayor poder. No pudo escapar de los chismes. A su paso, la gente pretendía avergonzarla.

No había hecho nada malo, más que ser una mujer complaciente con su madre para evitar un mal mayor. Había sido una amiga con Ashton y era una mujer enamorada a la que le habían tirado su amor a la cara. Era inocente de todos los cargos. Lady Susan Dawson atravesó el salón de la casa con la cabeza levantada y con orgullo. Salió con la cabeza alta del salón pareciendo una reina.

Desde una parte del salón de baile, que se había quedado en silencio, Elvina —la marquesa viuda de Ailsa— y su sobrino Patrick observaron la escena.

—Hay que admitir que tiene agallas —dijo Elvina concediéndole el mérito que merecía por ello. Se veía que esa muchacha era una mujer fuerte.

—No deberías elogiarla, tía.

—Pudo haberse escabullido, pero prefirió salir con la cabeza bien alta y enfrentarnos a todos. —Una auténtica pérfida, no una heroína como la pintas.

—Una mujer pérfida no se enfrentaría a todos así, Patrick.

—Vi la traición en su rostro, Elvina, ella es culpable con respecto a Ashton. Sé que es así. Observé muy de cerca la vergüenza cuando enfocó la vista en el duque. Además, no sería quien soy, ni haría lo que hago, si no fuese capaz de calar a una muchachita traidora.

—Te apodan el todopoderoso Patrick, pero ni tan solo tú puedes estar libre de equivocación. Te digo que esa mujer es inocente. Lo sé.

Su tía le dio una mirada de reprobación. En estos días, su sobrino no había estado demasiado lúcido. Y bien sabía ella los motivos que él tenía para no poder permanecer concentrado. Su hija Valerie y sus amigas lo estaban volviendo verdaderamente loco.

Capítulo 6

Una vía de escape del abismo

Susan se vio fuera de la casa, en la calle y sin saber qué hacer. No había nadie a quien recurrir. Estaba sola en el mundo, literalmente. Confiaba en encontrar un coche de alquiler y en que el cochero aceptase un pendiente de ella en señal de pago.

Gracias a Dios, el hombre aceptó, pero exigió los dos. Ella le dio ambas joyas. Le pidió al cochero que le llevase a su casa. Se arrodillaría y pediría perdón ante su madre, a sabiendas de que era más fácil que el infierno se congelase. Tampoco tenía pensamiento de irse mañana con Jones. Pero ese problema ya vería cómo lo resolvería. Por de pronto, lo imperativo era no dormir en la calle. Agradeció que su madre, al salir de allí y dejarla sola, al menos le hubiese dejado la capa. La noche estaba fría.

En los minutos que duró el trayecto no se atrevió a examinar sus sentimientos, porque de hacerlo se arrojaría al vacío y terminaría con su sufrimiento. Era una salida fácil que no estaba dispuesta a tomar.

Ella había pecado, puede que sí, su falta de sinceridad con Lee le había constado muy cara. Ellos le habían fallado, pero su vida estaba en sus manos y nunca se había sentido cobarde ante las adversidades. Cierto que jamás se imaginó viviendo semejante tragedia griega. Los libros que ella y Melly solían leer, tenían siempre un final feliz, pero la diosa Fortuna no iba a permitir que ella alcanzase la dicha tan fácilmente.

No podía derrumbarse. No era el momento de abandonarse al llanto y al lloro, tenía que someterse a la tiranía de su madre; porque, ciertamente, no había otro remedio. Imaginaba que la vara en su carne sería más soportable que lo que había soportado esta noche.

Bajó del coche dispuesta a cruzar la puerta que le llevaría de nuevo al averno. Si Oliver y Leonel habían sido duros y crueles, su madre era doblemente peor que ambos.

—Susy, Susy, aquí. Ven, rápido. —Se giró para localizar la

procedencia de esa voz.

Susan se quedó quieta, no conseguía ver quién la estaba llamando. De pronto, una figura salió de un carruaje que estaba detrás de ella.

—¡Vamos, Susy, ven! —la urgió—. O me congelaré. Hace mucho frío.

—¿Lisa? ¿Qué haces aquí? —preguntó Sue mientras era empujada literalmente hacia dentro del carruaje.

—Salvarte. ¡Susy!, ¿no creerías que iba a dejarte a tu suerte, verdad? —inquirió mientras entraba de nuevo en el habitáculo y se sentaba.

—¡Oh! —Susan no esperaba ver a alguien más allí dentro—. Excelencia, buenas noches —saludó cortés al ver al duque de Stone en el interior cómodamente sentado.

—Milady —le devolvió el saludo con una inclinación de cabeza.

—Ahora podemos irnos, Stone —dijo la señorita Summer. Susan no entendía nada, pero ella no estaba en posición de exigir explicación alguna.

—Menos mal, Lisa, porque estaba muerto de frío. —Lo había tenido ahí esperando demasiadas horas.

—Sabía que te las arreglarías para volver a casa. Te hubiese esperado fuera de la casa del odioso de Ailsa, pero…

Hubo un silencio.

—¿Pero qué…? —comenzó a preguntar Susan, aunque tomó la decisión de callar. No era nadie para inquirir ninguna cuestión.

—Como era lógico, tu madre nos ha echado a las dos a la calle. ¡Deberías haber visto a la vieja bruja! —explicó sonriendo—. Estaba histérica porque yo iba a ser la duquesa y no tú. Ha hecho sacar los baúles de dos perdidas de su casa porque no podía dar cobijo a dos mujeres de mala fama. Ha sido divertido verla enfurecerse mientras yo le sonreía. Me hubiese gustado que se hubiera atrevido a alzarme la mano, pero no he tenido esa suerte. —Lisa había disfrutado de todo ese incidente porque, con Stone a su lado, se atrevió a decirle las cosas que ya llevaba meses callando a esa amargada. Lady Somerset si era bruja, de las que debían tener verruga, escoba y, a buen seguro, se comían a los niños inocentes para desayunar.

—¿Dónde están mis cosas? —Tal vez su madre hubiese puesto algo de valor que ella consiguiera vender.

—Tranquila, están ya en la mansión de Tom. Por eso tuve que regresar, por ti y porque no quería dejarte sin nada. Pese a que podría comprarte todo lo que quisieras, creí que querrías conservar tus libros y enseres personales.

—¿Pero a dónde…?

—A casa de Tom, vamos a la casa de mi futuro esposo. Soy la futura duquesa de Stone, ¿recuerdas? Susy, sé que has tenido una

noche dura. Entiendo que tienes muchas preguntas, pero te haré un resumen de la situación entre Stone y yo. ¿De acuerdo? —continuó Lisa. Era lo mínimo que podía hacer porque se sentía culpable. Él había elegido a Sue para castigarla a ella. En el plan del duque, ese ángel de Susan Dawson era un daño colateral.

—Por favor, sí. —Estaba apenada, dolorida y ensangrentada en sus partes, pero se moría por saber lo que estaba pasando entre ellos.

—Bueno, la historia es muy larga. Pero lo que te interesa es que él y yo nos conocíamos y te usó para celarme. No lo creía capaz de ser partícipe del plan de tu madre hasta que lo vi ahí arrodillado delante de ti.

—Lo siento por eso, milady —entonó el mea culpa ante Susan—. Y a ti… —Se colocó delante de su prometida—. Ya te he pedido perdón, mi amor, no me diste más opción. —Esperaba que Lisa no pretendiese hacerlo cargar con toda la culpa del malentendido con su amiga, porque ella era tan responsable como él.

—Tom, lo hecho, hecho está.

—Conseguiré hacerte feliz —dijo él orgulloso—. Tengo toda la vida para lograrlo ahora que serás mi esposa.

Lady Susan Dawson, por primera vez en toda su vida, perdió la compostura del todo y comenzó a llorar, a sollozar y a querer morirse para no sentir todo el dolor que arremetió en su pobre y maltrecho corazón. Lisa saltó al asiento de enfrente para abrazarla y consolarla.

—Lo siento, Susy. Lo siento, mi pequeña. Debí haber sabido que la felicidad de Tom te haría ponerte así.

—Lo… siento, Li… sa. Lo siento, exce… lenc… ia… —Se giró hacia el hombre—. Perdóne… me… — pidió ella como pudo en medio del llanto.

—Solo tú serías capaz de pedir perdón por mostrar tu dolor. ¡Cielo santo, pequeña! Te han destruido y, aun así, te preocupas por los demás. Maldigo a tu madre, y maldigo a Ashton. Ambos dos merecen arder en el infierno por sus calamidades. —Algo se le ocurriría para que pagasen por el daño infligido a una persona sin maldad y pura como un ángel.

—No digas eso, te lo suplico.

—Aun así eres incapaz de desear mal a nadie. No te merecen. No hay hija más buena que tú, ni él encontrará jamás una mejor amiga que tú. Se arrepentirá. Te lo garantizo. Lo he visto. ¿De verdad querías casarte con él? —Lisa la forzó para confesar.

—Oh, no es Ashton, no es él… —comenzó a explicar, obviando la última observación de su buena amiga sobre sus poderes clarividentes.

—¿Quién entonces? —A la futura duquesa de Stone no se le escapaba nada y ya iba siendo hora de que Susan confiase en ella.

Sue miró de reojo a Stone. No quería decir nada delante de él. Lisa

lo comprendió. No volvió a preguntar.

Una vez en casa del duque, Lisa acomodó en una confortable habitación a su amiga. En el tiempo que habían estado juntas, la señorita Summer había visto la naturaleza tan bondadosa de ella y se había jurado que la ayudaría en todo cuanto pudiese. En el momento en el que le permitió ir a despedirse de su hermana, y al regresar la recibió con un reconfortante abrazo de apoyo, se había ganado su corazón para toda la eternidad. Lisa Summer estaba a su servicio. Y más allá de haber hecho eso por ella, la dulzura de la mujer y las penurias que había soportado, todo había hecho que entre ambas se estableciese una conexión que sería inquebrantable.

—Cuéntamelo todo, Susan, desahógate. Lo necesitas. Confía en mí, libera tu corazón de esta pesada carga que llevas.

—Es el señor Jones, Lisa. Es él, él, él me ha… él…

—Te ha hundido… —Lisa lo maldijo.

—Sí. Me enamoré perdidamente de él.

—Susy, lo sé. Yo he estado en tu mismo lugar. Te prometo que la laceración terminará pasando. Lo supe en cuanto te vi, en cuanto lo vi a él.

—¿Lo sabías?

—Susy, cielo…

—Ciertamente eres una bruja. —Se tapó la boca. No debió decir eso.

—No te preocupes, no me ofendes. Me han llamado cosas mucho peores. Y también me han hecho cosas aún más feas… Si supieras que Stone… —se calló porque esa era una historia demasiado larga y tortuosa—. En fin, me gusta parecer una poderosa hechicera, pero simplemente soy una mujer muy, muy observadora. Hay algo en mí… Bueno, esa es una historia que nos tendría aquí hasta el próximo año. Lo que quiero que sepas es que todo va a ir bien.

—No lo sé, Lisa.

—Cuéntamelo todo.

—Sencillamente nos enamoramos. Bueno, yo me enamoré. Al parecer él solo me ve como su amante. —Sue se tapó la boca por lo que acababa de decir y se sonrojó desde los dedos de los pies hasta las puntas del pelo, pero de pura vergüenza—. No te escandalices.

—No lo hago. Yo he hecho cosas que te dejarían sin aliento, Susy.

—¿Como qué? —Ella lo sospechaba, pero nunca se sintió valiente para preguntarle.

—Eso no viene al caso. Estamos hablando de ti.

Sue le contó con pelos y señales todo cuanto había acontecido hasta la fecha. Narró entre agonía y lágrimas cómo Oliver le había roto el corazón y cómo Leonel había acabado de rematarla después de hacerle el amor. Si es que aquello había sido mostrar amor…

—¡Malditos todos! Malditos ambos una y mil veces. Muertos, muertos en el infierno exijo verlos por hacerte esto a ti…

—Por favor, Lisa —trató de calmarla.

—Y a ti, pequeño ángel, también te reprendo por callar y no cargar contra ellos con la verdad en la mano —le dijo dulcemente—. Si no llego a estar esperándote esta noche, ¿qué habrías hecho?

—Suplicar a mi madre.

—Ambas sabemos que ese monstruo no tiene sangre en las venas. Y ambas somos conscientes de que no serás la amante del maldito señor Jones, ¿verdad?

—Desde luego que no. Pero no sé lo que haré. No tengo dinero ni contactos. Desamparada y desahuciada, mi situación es desesperada. —Un nudo en el estómago se instauró en su interior.

—Me tienes a mí Susy, te juré que cuidaría de ti.

—Pero tu reputación, no puedo consentir que…

—Voy a ser en breve una de las mujeres con más poder del reino. Tengo habilidades que te dejarían asombrada. ¿De qué me sirve si no puedo hacer lo que me entre en gana sin atender a la convención social? ¿Qué han hecho ellos por mí sino darme la espalda cuando yo necesitaba…? No hablemos de eso. No traigamos más desesperación.

—No puedo pedirte nada, no tengo derecho.

—Pero yo puedo ofrecértelo y aceptarás mi ayuda. —No era una pregunta.

—Sí —contestó Sue de todos modos.

—Bien, primero debo preguntar qué quieres hacer.

—Debo irme lejos. Soy un escándalo viviente y necesito tranquilidad, encontrar una paz que se me ha sido negada desde que tengo uso de razón.

—Dejarás a Melly, ¿eres consciente de ello? —Si había alguien por quien Lisa estaba segura de que Susy entregaría su vida, era la hermana pequeña del maldito Ashton.

—La he perjudicado. Estará mejor sin mí. —Ya no quedaba corazón para sentir todo el dolor que estaba padeciendo esta noche. Separarse de su amada Melly, esa hermana pequeña que le habían concedido para resarcirla de la muerte de Anna, iba a ser un calvario peor que la muerte misma.

—Tú no has hecho nada malo. Eres inocente, de todo salvo de enamorarte del señor Jones estando prometida a Ashton. Un error mínimo comparado con el que han cometido ambos contigo. Si me dejas, puedo aclararlo todo y desenmascarar a tu madre. Stone confesará y los verás arrastrarse ante ti esta misma noche, si así lo quieres. Hay cosas que no se pueden prever, suceden y no hay manera de evitarlas, incluso para mí. Sé bien de lo que hablo.

—Estoy muerta por dentro. No les deseo ningún mal, ni penitencia

por mi causa, pero… —Se sentía traicionada—. A Oliver lo absolví, como bien te he dicho antes. Pero Lee, él, no solo me ha fallado; me ha visto caer y deliberadamente me ha dado el empujón final.

—Lo sé, sentí lo mismo con Tom. Pero el amor todo lo puede, pequeña. Tú sanarás. Te juro por mi honor que serás feliz de nuevo.

—Necesito irme. Alejarme de mi vida, ser yo misma en un lugar donde al fin consiga ser feliz. ¿Por qué la vida se ensaña conmigo, Lisa? ¿Soy un engendro del diablo, como decía mi madre?

—Por supuesto que no, mi querida Susy. Justo eres todo lo contrario. No entiendo como un monstruo como tu madre pudo ser capaz de tener algo tan puro como tú.

—No sé qué va a ser de mí, Lisa. No lo sé.

—Te ayudaré a desaparecer, si es lo que decides, o a recuperarlos a ambos. Será tuya por entera la

responsabilidad de la decisión que tomes en este momento. Nuestras decisiones afectan todo lo que está por venir. Medita bien tu respuesta.

—¿Qué debería hacer, Lisa? Si realmente tienes poderes, este es el momento para que me ayudes.

—Susy, no puedo ayudarte a tomar una decisión. Debes ser tú. Te prometo que mi intervención de esta noche estaba pensada para paliar consecuencias mayores, no hubieras podido escapar de lo que el destino pretende de ti. Pero sí te diré que no es tu momento con el señor Jones. Es lo que siento. Pero mi audacia, mi astucia a veces falla, no soy fiable. Porque, si verdaderamente pudiera remediar ciertas injusticias, hubiera comenzado por mí misma y hubiese tratado de protegerte. Lo siento, lo he hecho lo mejor que he podido y sabido.

—Quiero marcharme, Lisa. Necesito sanar. Aunque me pidieran perdón y pese a haberle dicho que redimiría a Ashton, está todo muy reciente. Tal vez con el tiempo…

—Lo amas mucho, ¿verdad?

—Soy una estúpida, lo sé. Incluso con todo el dolor que me ha causado, puedo entender que es un hombre orgulloso y que está dolido. Pero su recuerdo, su trato de esta noche quema como el fuego más espantoso.

—No lo eres. Estás enamorada.

—Nunca habrá ninguno como él.

—Lo comprendo. Te daré dinero, una casa donde vivir y todo cuanto puedas precisar. Pero, a cambio, tú harás ahora un juramento que no quebrantarás y del que, solo con la muerte, te liberarás.

Sue sintió una corriente de viento. Miró la ventana, pero esta estaba cerrada. Con Lisa cerca siempre ocurrían cosas extrañas. ¿Sería una verdadera bruja?

—Dilo.

—Llegará un día que habrás de volver y deberás ser fuerte.

—No creo que pueda regresar nunca. Mi nombre ha sido pisoteado. La sociedad me ha repudiado, no solo ellos dos.

—La promesa que debo arrancarte es que, llegado el caso, alguien cercano pedirá tu ayuda y tú deberás regresar porque entonces será tu tiempo.

—Tiempo de qué.

—No hay que adelantar nada. Solo promete o jura que, a cambio de mi ayuda, harás lo que necesito que hagas llegado el caso.

Sue se tomó unos minutos. Ella era fuerte pero no podría volver a enfrentarse a la sociedad.

Tenía aún retenida la imagen de toda la buena gente en la fiesta del marqués de Ailsa mirándola como una apestada. Oliver la había repudiado. Su madre al fin se había deshecho de ella y Lee… Bien, él había conseguido romperla en mil pedazos. Y la única persona que de verdad le importaba, Melly, era la hermana de un hombre que la adoraba y amaba, un duque que la protegería. Luego estaba Lisa, esa mujer era la más autosuficiente que ella una vez conociera.

—De acuerdo, lo haré. Porque no tengo quien me necesite, no me queda nadie.

—¿Lo juras, pues?

—Sí. Lo juro por mi honor.

A la mañana siguiente, casi a punto de alcanzar el mediodía, Lisa y su recién estrenado marido —se acababan de casar hacía unas horas con una dispensa especial, con el mayordomo del duque y con Susan como testigos— ayudaron a la joven a empacar y la despidieron con gran pesar.

El carruaje acababa de partir hacía unos minutos y la buena fortuna sonrió a la duquesa de Stone. Pero ella ya sabía que se los encontraría tarde o temprano. Dos de los hombres que más odiaba en este momento se acercaban directos hacia ella, en compañía de un tercero que ella conocía bien y detestaba profundamente.

—Vaya, vaya, vaya… Mira, querido, qué tenemos aquí… —arrastró sus palabras todo cuanto pudo y más para mostrar su desprecio—. ¡Son los hombres del momento! Y se aparecen impasibles ante nuestros ojos. Diría que es una grata sorpresa… —Chasqueó la lengua—. Pero no me gusta mentir.

El marqués de Ailsa apretó los labios en un fino rictus. El señor Jones tuvo la cautela de permanecer callado también.

—Señorita Summer, está usted… —comenzó a decir el duque de Ashton.

—Duquesa de Stone o excelencia —lo corrigió su esposo, encantado al ver que se avecinaba una descarga de furia. Esos que habían osado ofender a su esposa y su amiga, iban a lamentarlo hasta el fin de sus

días.

—Veo que se le han subido los aires rápidamente, pues hace nada era usted una simple institutriz a mi servicio —retomó la palabra Oliver sin hacer alusión al nuevo título de la dama.

—Y antes al servicio del conde de Chesterfield —recordó el marqués.

—¡Cuidado, Ailsa! —tronó Stone.

—¿No es cierto que ella estuvo al servicio de Chesterfield, Stone? —trató de escudarse Patrick Manchester.

—No, Tom, no entres al juego —intervino Lisa antes de que su esposo hiciera una temeridad—. Nunca nada es lo que parece —sentenció ella interesante mirando fijamente a Ashton—. Aquí su buen amigo, el marqués de Ailsa, podría decírselo a ambos. ¿Cierto, Patrick? —se permitió utilizar el nombre de pila de él.

—Cierto, Lisa, pero otras veces sí lo es —correspondió él al atrevimiento de ella usando también su nombre. El marqués también sabía jugar con la gente.

—He dicho que es la duquesa de Stone. Harán bien en recordarlo. Todos ustedes. —La única contención del duque era la mano de su esposa apoyada en su pecho. Si ella lo soltaba, por Lucifer que los enfrentaría a los tres. Daba igual que lo superasen en número y que ese bobo del señor Jones doblase su tamaño. Lo odiaba con todas sus fuerzas por haber herido a la joven que se había ido hecha un mar de lágrimas camino de Irlanda.

—Tranquilo, Tom. —Se colocó delante de él para frenarlo sin quitar la mano en su pecho—. No es necesario que me protejas, aún no. Espera al menos hasta que diga lo que tengo que decir a estos dos… caballeros —se mofó de nuevo y se giró—. Son la peor escoria de todo Londres —escupió la duquesa en su cara—. Son peor que una alimaña. Algún día verán su error y, por Dios, prometo que estaré en primera fila y ese día disfrutaré viéndoles caer por lo que han hecho. Les maldigo en este momento. Llevo sangre irlandesa, soy descendiente de brujas. Mi voluntad se cumplirá.

Ashton y el señor Jones rieron. Ella se enfureció todavía más. Estaba acostumbrada a ser subestimada, pero eso no iba a frenarla. Si ellos querían una actuación más contundente, ella se la ofrecería plena.

—Rían cuanto quieran, pero no me interrumpan, tengo un maleficio que decir. —Los volvió a ver bufar—. Yo, Lisa Marie Summer, duquesa de Stone, invoco a mis antepasadas, las hechiceras Crusoe, para que hagan cumplir mi voluntad. —Los vio con los ojos como platos y se sonrió—. Usted, Ashton, encontrará el amor allá donde menos lo espera. Insultará a su futura esposa de todas las formas posibles tal y como ha hecho con lady Susan Dawson y sufrirá

por su futura duquesa hasta pagar la totalidad de la deuda que ha contraído con Sue. Le condeno también a que parte del mal le llegue propinado de la mano de Susan Dawson. Es lo justo después de lo que le ha hecho. —Levantó una ceja—. Porque ella lo ha absuelto, pero yo jamás lo haré hasta que lo vea besar sus pies. Eso mismo hará si quiere alcanzar la felicidad con la que será su duquesa.

El duque de Ashton estaba absolutamente ido, al ver todo ese espectáculo… ¿Sería algún tipo de broma? Miró a su lado y vio a un marqués impasible y a un señor Jones que estaba en la misma tesitura que él, asombrado.

Se estremeció. Oliver sintió una corriente de aire que se había girado sin previo aviso. Observó a la mujer que tenía ante él totalmente confiada, seria y arrogante. Él no creía en cuentos de brujas. Desechó sentir el más mínimo temor.

Lisa se giró para situarse delante de Jones.

—Y ahora usted, maldito ingrato. Por no saber ver el regalo del cielo tan precioso que le dieron, pues le trajeron a un ángel para que lo cuidase, le impongo dos condenas. —Leonel sintió un escalofrío por toda su columna vertebral—. La primera es que nunca encontrará la satisfacción del placer carnal con ninguna mujer, ni será capaz de satisfacerlas. La pena y la culpa se asentará en su ser y la magnitud será tal, que no podrá comportarse como un hombre completo.

—¡Ja! —se mofó él.

Lisa no prestó la mínima atención y continuó:

—Esta maldición será el castigo a la proposición deshonesta que le hizo a ella. —Se volvió a sonreír al verlo contrariado—. Y la segunda es que no encontrará jamás el amor, si no es junto a su verdadera compañera de vida. Esto, mi señor Jones, es por haber pisoteado su corazón.

—Disculpe, excelencia —dijo indignado Oliver ante el mutismo de los dos hombres que lo acompañaban—. ¿A mí me ha echado una larga maldición y a él solo lo condena a ser impotente y no encontrar el amor? Yo diría que lo primero es una contrariedad, pero lo segundo es una bendición. —Y entonces Oliver comenzó a reír a carcajada limpia. Tras unos minutos, al ver que ni Jones ni Ailsa reían se sintió incómodo.

—Ashton, él —señaló Lisa a un estupefacto Leonel— no la conoce desde que era una niña. Su traición es grande, sí; pero la suya de usted es aún mayor. Ella se ha desvivido por usted y por su hermana desde que tiene uso de razón. El grado de su perfidia es de tal magnitud que la condena será igual en proporción. Y más le digo, que el encargado de imponerle la pena cuando comience su penitencia será el propio Patrick. El marqués de Ailsa desatará el infierno personal que usted vivirá.

—Por favor, duquesa, deje ya el teatro. Aquí todos sabemos que no es una hechicera, tal vez solo una bruja —dijo con sorna—. No me impresiona, sabe todo lo que cree saber porque lady Susan así se lo ha contado. Además, debería estarle agradecida, es por ella que atrapó a un duque. Aunque solo Dios sabe lo que hacían ustedes dos encerradas en una habitación con un hombre —apuntó Jones. Le traía sin cuidado despertar la ira de su esposo.

Efectivamente, Stone se preparó para intervenir. Ese malnacido había puesto en tela de juicio el honor de su duquesa y su amiga. Le rompería los dientes sin ningún tipo de miramientos.

—No, Tom —se interpuso una vez más en su camino Lisa—. Por favor, no intervengas, aún no. —Este la miró y, al ver su súplica, se detuvo.

—Juro por Dios, señor Jones, que esto no quedará así. Se acaba de ganar un poderoso enemigo. —Stone acabaría vengándose de una manera u otra de él.

—Bueno. Ya está bien de espectáculos de circo. La cosa es muy seria, duquesa de Stone. —Lee arrastró las dos últimas palabras—. Dígame inmediatamente donde está —ordenó haciendo caso omiso de la amenaza del esposo de la mujer—. No podrá ocultarla de mí, y menos del marqués de Ailsa. —Ese marqués era uno de los hombres con más contactos del mundo y contaba con el favor de la Corona—. Sabe que si se lo pido, la encontrará. Estaré en deuda con él, sí; pero pagaré el precio que él estime oportuno con tal de que dé con ella rápidamente. Y, si tanto lo conoce como afirma, sabe que él lo hará.

—Oh, no. No, no… Esta vez el todopoderoso Patrick se mantendrá al margen. Porque yo así lo exijo.

Ambos, Ashton y Jones, se giraron para mirar al marqués, que permanecía inalterable.

—Está usted muy segura de sí misma, excelencia —se apresuró a decir el marqués de Ailsa.

—Así es, milord. Por un buen motivo, pero no querrá que lo diga aquí delante de todos, ¿cierto? —lo retó ella.

Patrick supo que debía callar la boca. Todo le indicaba peligro. Esta absurda situación se había convertido en algo aterrador. Desde que se había cruzado con ella, el marqués supo que se avecinaba tormenta. Maldita fuera ella.

Ante el mutismo de Patrick, Lee suspiró y decidió mostrar humildad.

—Sea como sea, se lo ruego. Dígame dónde puede estar Susan, si tiene idea.

—No lo sé —mintió descaradamente—. Ella no era responsabilidad mía. Era de ustedes dos. Lo que pueda ocurrirle recaerá en sus consciencias. Yo soy una recién casada a la que todavía ni le han

llegado los rumores que se deben estar extendiendo por toda la ciudad. Imaginarán ustedes que en mi noche de bodas he estado muy gratamente ocupada con mis… obligaciones… —dijo con una sonrisa pícara mientras observaba a Stone.

—Su madre la ha echado de casa, en plena noche —apeló Jones desesperado por obtener algo de información—. Se lo suplico, no por mí, sino por el bienestar de Sue. Ella puede estar herida; si sabe su paradero, dígalo. Y si no quiere decirlo, pero sabe que está bien, dígalo también. Se lo imploro. Llevamos desde bien temprano buscándola y todo ha resultado inútil.

—Veo que su preocupación ahora es sincera, señor Jones. Pero dudo que su padre, esté contento con su actuación de ayer. No es digno hijo de Samuel Jones. No, de ninguna manera, lo es.

—¿Cómo sabe que soy…? —En los meses que estuvo en la finca de Ashton, Leonel la había esquivado como pudo. Ella no le gustaba en absoluto y la identidad sobre su familia era un asunto que él se negaba a hacer público. Quería ser alguien sin la influencia de su padre.

—Le dije que soy bruja. No me da crédito, pero lo hará. —La convicción de ella lo dejó boquiabierto.

—Nos cree culpables de algo que no somos, excelencia. No sé qué mentiras le habrá escuchado, pero esa mujer ha jugado con Ashton y conmigo —dijo ya molesto Jones.

—A mí, como a él —dijo señalando a Patrick—, no se me puede engañar tan fácilmente.

—Susan no se defendió de las acusaciones. Es culpable y, aun así, aquí estamos preocupados por su bienestar —replicó Lee.

—Susy no tenía que defenderse de ninguna acusación; porque, además de ser inocente de todas las faltas, ambos debieron hacer el mismo salto de fe que ella hizo con los dos. Le fallaron y solo lamento que tengan que esperar todo el largo tiempo que van a tener que esperar para conocer al fin la verdad. Y créame, señor Jones, usted será el que más se arrepienta. Porque habrá perdido momentos valiosos con Susan, y no solo con ella —apostilló—, que no podrá recuperar jamás. Entonces comprenderá la magnitud de su grave error y aún sufrirá más.

—Basta ya de profecías estúpidas —saltó Ashton—. No vamos a sacarle nada y Patrick se niega a intervenir. Vayamos en su busca, no puede estar lejos. Va sin dinero y no tiene conexiones, será pan comido. —Le tocó el hombro a su amigo Leonel para incitarlo a caminar.

Ashton y Oliver comenzaron a marcharse. También lo hizo Patrick, pero ella lo agarró del brazo para detenerlo. Vio que ambos estaban ya bastante alejados y entonces habló:

—Por ser quien eres y por no haber cumplido con tu obligación de

ver más allá de las cosas que tienes delante, dejando que una inocente sea maltrecha; y porque volverás a insultar a ese ángel, cuando la vuelvas a tener delante, te condeno a sufrir por el amor de ella —hizo especial hincapié en esta última palabra.

—No sé de quién me habla, duquesa —replicó rápido.

Lisa esbozó una sonrisa. Él era un gran hombre, pero no era rival para ella.

—Lamark —dijo en un susurro, mientras se cogía del brazo de su marido—. ¡Ahora, amor! Sácame de inmediato de aquí, ¡rápido! —pidió con premura Lisa a su esposo.

Tom se apresuró a sostenerla por la cintura y a protegerla, pues el marqués ya estaba encarándose hacía ella. Su esposo era más fuerte que el joven Patrick, pero ella sabía que lo había vapuleado y no pretendía quedarse a averiguar cuánto.

Tampoco iba a poner en peligro a su recién estrenado marido. Sabía que debían irse ambos y rápido. Su labor estaba hecha.

Capítulo 7

Dos diablos muy tontos

La fiesta del marqués de Ailsa había resultado ser un fracaso absoluto para Leonel Jones. No podía dormir. La imagen de ella desvalida, asustada después de haberla tomado, le reconcomía el alma. Ya estaba harto de dar vueltas en su cama. ¿Por qué demonios la había enviado a su casa después de hacerle el amor? Ah, sí. Por la rabia y la ira que sentía al verla, y que sabía que lo empujarían a obrar una maldad sobre ella. Una maldad que jamás se perdonaría. Nunca le levantaría la mano, pero hubiera sido capaz de humillarla todavía más. ¿Entonces qué era este dolor en el pecho que estaba sintiendo? ¡Maldita sea! Ella se merecía todo lo que él tuviese pensado hacer con ella, sobre todo lo malo.

No había dormido demasiado bien esa noche. No era por los remordimientos de su conciencia, trató de convencerse. El motivo no era otro que el pensar que podría estar saciándose con ella en estos momentos. Y eso era lo que de verdad le tendría que estar molestando, porque no podía ser tan débil y seguir creyendo que ella lo amaba.

Una sonrisa se dibujó en su rostro. Oh, sí. Esa mujer lo había humillado y hacía unas pocas horas Susan acababa de comenzar a pagar sus errores, pero le quedaba mucho más. La cuenta de ambos estaba que chorreaba sangre y él se cobraría todas las fechorías que ella había cometido.

Leonel Jones no se había permitido en toda su inmaculada vida ninguna distracción. No estaba dispuesto a encadenarse a una mujer. Tenía mucho trabajo por delante y eran una diversión esporádica y momentánea. Quería ser alguien, quería ser magnífico, brillante como su padre, y la única manera de conseguirlo era con trabajo y obviando las distracciones ineficaces.

Pensó que encontrar ese trabajo como administrador del duque de Ashton sería una buena oportunidad para centrarse en sus objetivos, pues allí solo había una jovencita, más bien una niña, que no suponía

un peligro. Al poco de llegar él a la finca, entró a trabajar la señorita Summer. Era una mujer con encantos, pero había algo en ella que no le gustaba… Lo trataba con desaprobación. Estaba claro que no le era simpático y él agradeció que entre ellos no hubiese demasiado trato.

Pero cuando llegó ese ángel, ese regalo del cielo que habían puesto en su vida, ya supo que su misión era cuidarla. Fue duro, muy cruel, descubrir que ella de ángel no tenía nada. Primero Ashton, el patrón que había depositado su total confianza en él y al que, por culpa de ella, había traicionado tocando y deseando algo que ya era de otro hombre.

Luego Stone.

Ahí de pie en la comodidad de la habitación de su nueva mansión de Londres, mientras miraba por la ventana y esperaba que amaneciese para poder ir a reclamarla para él como su amante, se sintió ridículo. Recordar todas esas veces que él le había declarado su amor mientras ella le había ocultado que era de otro…

Se habían prometido esperarse. Juraron volver el uno por el otro. ¿Por qué le había prometido todo eso ella a él si esperaba casarse con Ashton? Por maldad, por pura maldad y aburrimiento, no había otra explicación posible. No era la primera vez que una mujer jugaba con un hombre, ni sería la última.

Cuando su patrón y él llegaron el día antes del baile a Londres, fue una suerte que el acontecimiento al que tenían que acudir fuese el de la Casa Manchester, pues él era amigo de Patrick. Su padre y el marqués de Ailsa eran muy buenos conocidos. Ambos tenían intereses conjuntos en favor de la Corona.

Leonel se volvió a sentir un bufón de nuevo al recordar que, después de saberla prometida al duque de Ashton, él se juró luchar por ella. Lo de conseguir un título lo tenía complicado. Pero iniciar una buena relación con Patrick, esos cinco meses pasados, podría llegar a dar sus frutos, pues él —el marqués— era un hombre muy poderoso. Todo era posible con el todopoderoso Patrick de por medio. Había trabajado duro para invertir todos sus ahorros en proyectos que definitivamente habían arrojado unas ganancias más que satisfactorias.

Dinero ya tenía, era un paso importante. Sin embargo, estaba frente a un duque que también era rico como Creso. Así que, para que ella se decidiese por él, debía tener un título.

Soy un necio, se dijo a sí mismo. Ella jugando conmigo y yo trabajando estos meses para poder arrebatársela a Ashton, que es mi mejor amigo. Maldijo de nuevo su debilidad ante Susan. Hiciese lo que hiciese esa mujer, estaba visto que él era un pobre tonto enamorado que la veneraría hasta el fin de sus días. Porque, por muy arpía, embustera, mentirosa y traicionera que ella fuese, él la necesitaba en

su vida, a su lado, como el aire para respirar. Estaba decidido a hacerla suya y suya sería.

De nuevo, se sintió estúpido y doblemente traicionado al echar la vista al pasado. Su paso por la fiesta de los Manchester fue una ruina. Había llegado a casa de su amigo Patrick con Ashton — según las indicaciones de la condesa de Somerset, la madre de Sue— para poder ver lo enamorada que su hija estaba del duque de Stone.

Oliver llegó a la finca y le había explicado que la condesa había intercedido por su hija para que la liberase de su compromiso, pues su corazón estaba en otra parte. A medida que su amigo comenzó a explicarle la situación, su corazón, bailó, cantó e hizo palmas. Su Susan había decidido ser valiente y dar un paso al frente por él.

Su gozo quedó soterrado bajo el lodo. Esa parte donde al parecer estaba el corazón de su amada, era el duque de Stone. Que ese hombre tuviese más poder que Ashton indicaba que ella era una ambiciosa social. Se resistió a creerla tan mala. Ese ángel no podía ser malvado, era dulce como la miel producida por las abejas más exquisitas. Verla con Melly, sentirla con él… Se desengañó de golpe.

¿Qué había sido lo vivido con ella entonces? Todo mentira, pues la vio flirtear y mostrarse descarada con Stone. Todo sonrisas, lo tocaba discretamente a cada momento que podía, toda la noche pegada a él… La mato, la mato. Su corazón, ese que había llevado a buen recaudo durante veintidós años y que le había entregado a ella por voluntad propia, se desgarró. Susan había abierto su pecho con la precisión exigida para poder sacarlo y aplastarlo.

Ahí estaban, en el baile de la familia más poderosa de Inglaterra, espiando a una mujer. Un duque, un marqués y un abogado, situados en un tercer plano, pendientes de una jovencita que él amaba.

Cuando los tres vieron que ella se dejaba arrastrar hacia un lugar apartado, plantaron las orejas. Y más cuando vieron salir corriendo a la señorita Summer, a los poquísimos segundos, tras la pareja. Y, minutos más tarde, observaron incrédulos una nueva comitiva encabezada por la condesa de Somerset. ¡Increíble! Susan le había tendido una trampa al duque para pescarlo, o los tres iban a perpetrar alguna obscenidad. Aún no lo tenía claro. Pero ellos no lo iban a consentir. Ese demonio de mujer, Susan, no iba a salirse con la suya, de eso nada. Los tres se miraron y salieron a paso ligero para interceptar a la comitiva de la condesa.

Patrick se ocupó de dispersar al numeroso grupo y quedó algo más reducido. A continuación, la anfitriona de la fiesta, la tía de Patrick —una mujer que sabía que algo pasaba ahí—, el propio Patrick, Ashton, y él se situaron tras la puerta dispuestos a averiguar lo que allí sucedía.

La madre del demonio también se unió al complot, pero él

sospechaba que la condesa justo quería que su hija atrapase un pez más gordo. Porque había visto su cara de desagrado cuando disolvieron al grupo que estaba previsto que interrumpiese el encuentro secreto de Stone con su hija.

¡Sorpresa, sorpresa! Él no sabía cómo había pasado, pero la que pescó un duque fue la maestrilla. Probablemente eran tal para cual. Ambas unas pérfidas. ¿Compartirían al mismo amante? Se enfureció al pensar que Stone pudiera haber hecho algo indebido con Sue. Aborreció a ese hombre desde el primer momento en el que lo vio, supo que lo iba a odiar por el resto de su vida.

Le dolía el orgullo admitirlo y lo negaría ante cualquiera. Pero el alivio que sintió, al ver que era la institutriz quien estaba frente a un arrodillado Stone, fue supremo.

No supo cómo sucedió que el resto de la gran concurrencia que Patrick había dispersado se volvió a congregar en la misma puerta tras ellos. La verdad es que no le sorprendía, pues la sociedad estaba siempre a la caza de rumores y escándalos. Y la gente no era tonta, ahí olía a escándalo por todos los lados. De hecho Patrick era el portador mismo del escándalo, se rumoreaba que algo había pasado para que el marqués castigase al marido de la hermana de su otra tía. Había quien decía que lo había asesinado, pero lo cierto es que nadie se metía con el hombre más poderoso del momento. Y de la sobrina del todopoderoso marqués de Ailsa, mejor ni hablar… Se mostraba comedida, pero él había oído ya varias veces quejarse a su amigo sobre la conducta temeraria de su prima y sus amigas.

Bueno, ya está bien de compadecerse, se dijo Lee. Era hora de impartir justicia, pensó mientras se ajustaba la corbata. El destino había hecho que ella se quedase sin sus dos duques y fuese a parar a sus brazos, y ese regalo del cielo no lo iba a desperdiciar.

El sol estaba saliendo, era una buena hora para hacer una visita social. Su próxima parada era la casa de los padres de su nueva amante. Recogería sus cosas del aquel lugar y al fin estaría en sus manos. Él haría con ella lo que quisiese. Por de pronto, lo primero que ella iba a hacer era satisfacerlo hasta que él estuviese empachado. Comenzaría a disfrutar de los placeres de la carne y probaría con ella toda clase de ideas perversas.

¡Oh, sí! Lady Susan Dawson iba a ser su amante hasta el fin de sus días. No abandonaría su lecho mientras él no lo permitiese. Estaba famélico de ella. Lo de anoche no había sido más que un mero tentempié para el festín que estaba por llegar.

Partió de su casa con una sonrisa en la cara. Estaba a punto de comenzar una nueva vida y se sentía impaciente por iniciarla.

—Buenos días —lo recibió un lacayo en casa de los que nunca serían sus suegros.

—Buenos días, soy el señor Leonel Jones y estoy aquí para recoger a lady Susan. —Él entregó la tarjeta de presentación.

—Dispense, señor Jones, pero es muy temprano. La familia no recibe hasta más adelantada la mañana.

—Si no quiere que haga un escándalo, hágale saber a la hija de los condes que he venido como prometí. Ella bajará en un momento, me está esperando. —Lee no tenía tiempo para tonterías.

—Señor le repito que…

—Yo mismo subiré. No se moleste.

Leonel comenzó a recorrer la casa, no tenía ni idea de adónde iba, pero al final daría con ella. Le daba igual montar un espectáculo en una casa ajena. Susan era suya. Sus padres no iban a impedirle llevar a cabo sus planes, y menos cuando comprendiera que estaba mancillada.

—¡Sue! Sal ahora mismo de donde estés. ¡Reduciré la casa a cenizas si es necesario! ¿Me oyes, mujer? Tu destino te espera, no te servirá de nada esconderte. Te lo advertí. ¡Es hora de pagar!

Un conde de Somerset ataviado con una ridícula bata de dormir salió al pasillo seguido de su esposa.

—¿¡Qué escándalo es este!? ¿Quién es usted? —le preguntó el padre de Susan orgulloso cuando lo tuvo delante.

—Soy el señor Jones y he venido a reclamar lo que me pertenece.

—¿Y qué hay en esta, mi casa, que sea de su propiedad? Dígalo antes de que llame a las autoridades.

—Su hija es ahora mía. Se entregó a mí por voluntad propia. —Esbozó una sonrisa. Ver la cara del padre no tenía precio.

—Te lo dije, cielo, ¡te dije que tuve que echarla porque era una perdida! ¡Oh, Dios mío! Menos mal que ya no está en esta casa. ¿Lo ves, esposo? Me regañaste por echarla en mitad de la noche, pero te juré que era por nuestro bien y no me creíste. Te lo aseguré, todos estos años te lo he estado avisando y no quisiste hacerme caso… —La verdadera bruja comenzó a sollozar para dar más énfasis a su actuación.

—No sé lo que tiene usted con esa mujer que ha dejado de ser mi hija —tronó el conde—. Pero como ve, no está bajo mi techo, ni se le permitirá jamás la entrada. Por lo que a nosotros respecta, no tenemos hijas. Y ahora, lárguese antes de que vengan los agentes de Bow Street. Mi mayordomo ha ido en su busca y no queremos más escándalos.

—Si esto es una treta le juro que… —dijo furioso Jones.

—Esto no es ninguna jugarreta, busque a su fulana en otro lugar. Aquí no está. No tengo por qué hacerlo, pero le doy mi palabra de honor de que no está. Ni sabemos, ni queremos saber, dónde pueda haber acabado. Váyase y no vuelva.

Jones salió contrariado y apesadumbrado. La habían echado de casa. Sola en mitad de la noche. Si ella era el demonio, sus padres eran… eran… No encontraba la palabra pero eran mucho peores que Sue. Allí, fuera de la mansión de esos malditos condes de Somerset, Jones estaba que se lo llevaban los demonios, y no eran los que residían en esa maldita casa que tenía delante de él.

¿Dónde has ido Sue? ¿Dónde pasaste la noche? Cálmate, Leonel, piensa. Piensa, se ordenó a sí mismo.

¡Ashton! Si ella estaba sola, no tendría más remedio que acudir a Ashton. Era su único salvavidas. Susan estaría con Melly. Estaría sana y salva en casa del duque. Los celos comenzaron a asaltarle pensando que ella hubiese recurrido a Oliver en vez de a él, pero era lógico: Sue no tenía ni idea de localizarlo en la ciudad. Trató de serenarse y pensar que estaría bien en casa del duque… Porque tenía que estarlo, tenía que estar allí. El corazón comenzó a latirle con fuerza lleno de terror. Respiró hondo y se dirigió sin mayor demora en busca de lo que era suyo.

Entró en tromba en la mansión de Mayfair que tenía Oliver.

—Buenos días, señor Jones. ¿Tenía usted una cita con su excelencia?

—No, James, pero es un asunto de urgencia. Por favor, tenga la bondad de despertarlo.

—Su señoría y lady Amelia se encuentran en el comedor tomando el desayuno. Dispondré un cubierto para usted.

—¿Está lady Susan con ellos? —No tenía tiempo para formalidades.

—Lo lamento, milady no está en la casa.

Su respiración se aceleró. ¿Dónde estaría? ¿Sería un engaño? Ella tenía que estar aquí, maldita sea. ¡Tenía que estar aquí, demonios!

Se adentró en el comedor tratando de contenerse.

—Buenos días, señor Jones. ¡Qué madrugador! —saludó Oliver cuando Leonel accedió a la estancia.

—¡Oh, Lee! Qué alegría verte —señaló una cantarina Melly.

—Buenos días, excelencia —saludó al duque—. Milady —dijo haciendo una reverencia con la cabeza para saludar a Melly.

—Vamos, Lee, déjate de protocolos. Siéntate y ven a celebrar la noticia con nosotros —continuó la niña sin apreciar la severidad en el rostro de él.

—¿Noticia? —se tensó Lee.

—Sí, hay que planear una boda.

—¡Por encima de mi cadáver! —saltaron a la vez el duque de Ashton y Leonel.

—Ya lo veréis, pienso casarme con él y no lo impediréis —aseveró altanera y segura de sí misma.

—¿Con quién piensas casarte, Melly? Eres una chiquilla aún

—quiso averiguar intrigado y más relajado Leonel, pues pensó que Ashton había decidido contraer nupcias con Susan para evitarle el escándalo, algo que no iba a pasar y que él no consentiría ni en un millón de años.

—Me he enamorado, Lee. Le amo.

—¿De quién hablas, Melly? —volvió a preguntar.

—Del señor Leopold Shell. ¡Oh! Es magnífico, tan guapo, tan atractivo, tan varonil, tan fantástico, es mi príncipe azul… Sé que soy joven, pero en unos años él me verá y me amará, lo sé.

Ashton rodó los ojos. Lee recordó su misión urgente.

—Melly, tengo que hablar de una cuestión urgente con tu hermano. Por favor, ¿podrías disculparnos? —Le importaba un bledo quien fuera ese hombre del que hablaba la jovencita. El asunto era problema de Ashton, no de él.

—Sí, tengo planeado ir a ver a Sue para contarle todo lo que sucedió anoche con el señor Shell. Nos veremos luego, hermano.

La niña se levantó para salir.

—Melly, cielo, no sabemos dónde está tu amiga.

—¿Disculpa? —indagó alarmada.

Lee resopló. Había metido la pata, no tenía sentido callar.

—No está en su casa. Es por eso que tengo que hablar con tu hermano. Creía que podría estar aquí. —Ashton, ¿qué demonios pasó anoche con Sue? —pidió saber furiosa Melly, quien cuando se enfadaba con él usaba el título.

—Eres una dama, compórtate como tal —dijo molesto Oliver.

—¿Qué le hicisteis? La vi un momento cuando me arrastraste fuera de la fiesta, Ashton. Te dije que fueras a por ella, que ella te necesitaba y me dijiste que Sue estaría bien.

—No uses el título, por amor de Dios —pidió Oliver tratando de contenerla.

—Ashton —dijo ella arrastrando las palabras—, si algo le pasa a mi hermana Sue, escóndete bajo las piedras porque me perderás…

—Melly, verás… —comenzó a explicar el señor Jones.

—¿Dónde está ella? ¿Qué le hicisteis los dos? —La niña no era tonta y la cara de culpabilidad de ambos dejaba claro que algo le habían hecho.

—Melly, preciosa —trató de aplacarla con un cumplido—. No tiene caso que nos hagas perder el tiempo. Por favor, deja que tu hermano y yo lo arreglemos, ¿sí?

—Ella es asunto mío. —Era parte fundamental de su vida. Ellos estaban locos si creían que se quedaría a un lado si Sue había desaparecido.

—Te prometo que la encontraremos y la traeremos. Pero, si no nos dejas empezar a averiguar lo que sucede, no podremos hacerlo.

—Está bien. Me iré arriba. Pero os prometo… —No era tan osada para hacer un juramento—. Que, si algo le pasa, dejaré de quereros a ambos.

Melly salió de la estancia malhumorada y preocupada por su mejor amiga. Que, más que su mejor amiga, era su otra mitad. La quería tanto o más que a Oliver. ¡Señor, no dejes que nada le pase!, rezó.

Los hombres aguardaron un instante. Leonel no sabía cómo comenzar la explicación.

—¿Qué sucede, Jones? —Oliver intuía la gravedad de lo sucedido por la cara de pocos amigos que traía él.

—La madre la ha echado de casa. Ayer por la noche la desahució.

Oliver se recostó en su silla. Analizó la frase con cautela.

—Y tú lo sabes ¿por qué…?

—Hay algo que debo confesar, Ashton. —Era el momento de poner la verdad sobre el tapete.

—Te escucho. —Le señaló una silla para que tomase asiento.

—Cuando te marchaste a Italia, al poco tiempo llegó ella y me enamoré perdidamente. —No tenía caso andarse con moderación—. Te juro por lo más sagrado que yo no sabía que ella era tu prometida. Sue no lo dijo. —A Ashton no le pasó desapercibido el uso del apelativo—. Y me enteré cuando ya era demasiado tarde. Yo le había entregado mi corazón desde el principio. Te prometo también que, salvo algún beso robado, hubo poco más en la finca —calló sobre la vez que la había hecho llegar al éxtasis por primer vez, era una intimidad de ella y suya.

—Sigue. Has comenzado valiente. No es momento para detenerse —lo animó porque sospechaba que el relato no había concluido.

—La hice mía anoche.

—Sabía que algo había con ella, porque tu interés en todo el asunto de su madre… Bueno, no me sorprende. Es una mujer preciosa.

—Sé que era tuya. Lo siento; pero no pude, ni quise, reprimirme.

—No lo lamentes, Jones. No tenemos esa relación Sue y yo. Habernos criado juntos, creo que ha hecho que la vea como a una hermana más.

—¿No estás enfadado? —No creía en su golpe de suerte.

—¿Supongo que la harás una mujer respetable? —Oliver se enfadó mucho con Sue ayer, pero eso no le impedía preocuparse por su bienestar hoy.

—Bueno… Sobre eso… Es que…

—¿Qué demonios has hecho, Jones? —preguntó inquisidor al ver que él apartaba la cara y bajaba sus ojos con arrepentimiento.

—Vamos Ashton. Tú también estabas furioso con ella. Te recuerdo que despotricaste desde que llegó la carta de la madre…

—Te he dicho que es como mi hermana, yo puedo decir lo que se

me antoje, nadie más puede. —Era una persona importante para él. Los remordimientos no lo habían dejado dormir. En su lista de cosas pendientes estaba la de hacer las paces con ella. No inmediatamente, porque quería escarmentarla por su comportamiento, pero sí pronto.

—Bueno, pues es mi mujer y la trataré como desee. —No estaba para dar explicaciones a nadie sobre sus actos.

—¿Entonces os habéis casado? —El duque se relajó al fin.

—Nooo…

—¡Infierno que no, Leonel! —perdió los estribos—. Habla de una vez. Explica qué es todo esto y, por tu bien, mide las palabras —lo amenazó.

Lee comenzó a explicarle cómo esas semanas en el campo, cuando la conoció, ella se ganó su corazón; cómo sintió la traición de Sue al saber que lo había engañado, no diciéndole que estaba prometida, y la furia que sintió al verla insinuándose a Stone. No obvió que la tomó en el jardín y que su propuesta era instalarla como amante, no como esposa. También relató lo vivido en casa de los malditos condes de Somerset hacía unos pocos minutos.

—¡Dios mío! Melly nos hará ahorcar; si se entera, nos asesinará. —Oliver era consciente del daño que le habían causado a ella.

—Sue no es inocente —tuvo que recordarle al duque.

—Da igual lo que haya hecho, Melly la venera, la ama. No ve fallos en ella. Tú no lo entiendes, mi hermana por ella daría su vida. Igual que lo haría Susan. Aunque Melly la viese con un cuchillo ensangrentado en su mano y un cadáver a su lado, la creería inocente si Sue así se lo dijese. Daría un salto de fe sin dudarlo. Son así ambas. Si no la encontramos, estamos perdidos. Y si algo le pasa… yo… —Comenzaron una vez más los remordimientos. La recordaba en el suelo maltratada por su madre y pidiéndole a él que la creyese. Pero es que era imposible que Sue no hubiese hecho todo aquello. Y ahora sabía que había estado seduciendo a Jones e intentando ser la duquesa de Stone… Demasiadas cosas estaban en su contra. Pero era parte de su familia y era responsable de ella.

—No le puede pasar nada. No le pasará nada, no vuelvas a decir eso si no quieres que yo mismo te mate con mis manos. —¿El duque no veía que él necesitaba calma, no el nerviosismo que estaba sintiendo?

—¡Tranquilo semental!, que no fui yo quien le propuso instalarla como su amante —se defendió.

—¡Oye!

—¿Qué esperabas? ¿Que ella estuviera dispuesta y contenta? ¡Vamos, hombre! Ponte en su lugar. Por más pérfida que pueda parecer… —No había decidido aún del todo la culpabilidad de ella—. Es una mujer y la has herido, se lo mereciera o no.

—Maldita sea, Ashton, ¿vas a ayudarme a encontrarla o vas a seguir recriminándome mi comportamiento?

—¿Te casarás con ella?

—No.

—Entonces búscala por tu cuenta.

—¡Demonios! ¿Después de lo que ha hecho te atreves a exigirme que me case con ella?

—Si no lo haces tú, tendré que hacerlo yo. —No podía dejarla desprotegida. Era su responsabilidad, deshonrada no podría casarse jamás.

—Sobre mi cadáver. Si la tocas, te mataré. Te lo juro por mi vida. —Se levantó de la silla para poner mayor énfasis. El mueble cayó al suelo con una violencia brutal.

—Si no te casas con ella, lo debo hacer yo. Sé lo que ha hecho, pero no puedo desentenderme de Sue. Mi hermana no me lo perdonaría, yo no me lo perdonaría.

Estaban en tierra de nadie. Leonel lo sabía. Lo mejor era calmarse y centrar su atención en lo importante.

—¿Por qué no la encontramos primero y luego decidimos lo que hacemos? —propuso Jones viendo que no iban a conseguir ponerse de acuerdo.

—Está bien. ¿Por dónde empezamos?

—Tengo una idea. Afortunadamente para nosotros, tenemos a nuestro alcance al todopoderoso Patrick. Si hay alguien capaz de encontrarla es él y es una suerte que haya entablado amistad con él.

—Y que yo tenga negocios con su familia. Sabía que esa relación iba a ser fructífera, pero nunca pensé en esta tesitura.

—Es hora de ir a visitarlo, Ashton, él nos dirá por dónde empezar. Imagino que aconsejará ir a ver a sus padres… Tal vez su madre la esté encubriendo frente a su padre… Las madres hacen eso por sus hijas, ¿no?

—No esa mujer, Jones. El instinto maternal en la condesa brilla por su ausencia.

—Seguramente le haya dado dinero o la tenga en un lugar seguro a la espera que su padre entre en razón… —siguió Jones con sus conjeturas sin haber oído lo que su amigo había comentado.

—Querido amigo, se nota que no conoces a la condesa. En el baile, cuando regresé para enfrentar a Sue, tuve que rescatarla de su madre.

—¿Cómo que rescatarla? —No entendía la apreciación, pero Leonel comenzaba a intuir que la aseveración de lady Somerset de hacía unos instantes no había sido ficticia.

—Ahí donde Sue es bondad y dulzura, su madre es hielo.

—¿De qué la rescataste? —No había contestado a su pregunta.

—Su madre la estaba golpeando. La encontré tirada en el piso con

la cara señalada.

—¿Supongo que hiciste algo al respecto? —Lady Somerset no sabía la suerte que había tenido. Porque, en el último minuto, él decidió salir al jardín y no entrar a encarar a Susan, como había sido su primer impulso. Si la hubiese llegado a ver…

—Me avergüenza decir que no enfrenté a su madre. —Estaba lleno de remordimientos. Más valía que Susan fuese culpable de los cargos porque…

—¿¡Me estás diciendo que viste a esa mujer agredirla y no la mandaste al infierno!? —no pudo contener el grito.

—¡Yo estaba furioso con ella como tú! ¡Te recuerdo que te la follaste en el jardín y luego le propusiste ser tu amante! —tronó Oliver, quien se sentía culpable. No le gustaba usar un lenguaje tan callejero, pero él no tenía toda la culpa de que ella hubiese desaparecido. Jones y la propia Sue compartían culpa a su entender.

Ambos midieron sus miradas. Estaban exaltados y nerviosos. Eso no ayudaba a Sue ahora mismo.

—No tiene caso discutir. Lo hecho, hecho está. Concentrémonos en buscarla y pidamos ayuda a Patrick.

Los dos salieron de la casa rápidamente muy preocupados, ajenos a que una Melly que hervía de furia —pese a que no había oído su conversación— estaba esperando a que ellos se fueran para ir en busca de los agentes de la autoridad para que buscasen a su estimada Sue inmediatamente.

Así la jovencita se dio de bruces con su otra amiga en las escaleras de la casa.

—Hola, princesa —saludó Lisa a la pequeña.

—Señorita Summer, ¡qué alegría verla! Tal vez usted me pueda ayudar.

—No está bien que salgas sola de casa, cariño. No puedes hacer eso. Es peligroso.

—No soy pequeña y tengo que encontrar a Sue. No saben dónde está. Voy a buscar al magistrado para que la encuentre. —Lisa sonrió. Sue era única, pero la pequeña Melly era otro tesoro.

—Tengo esta carta para ti de parte de ella. Pero debes jurar que la leerás y la destruirás. Nadie debe encontrarla jamás. ¿Lo prometes? Es un secreto muy importante. —La jovencita se quedó observando la misiva con el ceño fruncido— ¿Lo prometes? ¿Por Sue, cariño? —preguntó Lisa al ver que ella estaba indecisa. Entonces Melly no dudó.

—Sí, lo juro. ¿Pero dónde está? Quiero verla.

Lisa le pasó la carta.

—Ella volverá en la fecha de tu compromiso de bodas, te lo prometo. Pero debes tener paciencia.

—No podía desvelar nada más al respecto.

—Pero Oliver dice que soy muy pequeña, que tiene que pasar mucho más tiempo para que él me permita desposarme. —Si esa era la condición para su amiga apareciese, ella misma iría a ver a un ministro de Dios en el acto para que la entregase al señor Leopold Shell.

—Lo sé, cielo. Pero la esperarás, ¿sí?

—Pero… No entiendo… Yo… —Sue era su vida entera, no podía estar sin ella.

—Te prometo que lo entenderás cuando lo leas y te prometo también que serás feliz. No los culpes, Melly, ellos pagarán por sus errores. —La niña comprendió a quienes se refería la señorita Summer.

—Sabía que Oliver y Lee habían hecho algo para disgustarla. Me las pagarán.

—No, cielo, este no es tu problema. Promete por Sue que no harás nada más que ser feliz y dejar que tu hermano te proteja y te cuide.

—No entiendo que…

—Prométalo, Melly —la cortó.

—Sí, señorita Summer, lo prometo.

La niña entró de vuelta a la casa con la carta en la mano y la señorita Summer regresó a la suya con una sonrisa. Iba a casarse con el duque de Stone y le había dicho a Susy que ella en persona entregaría la misiva a la niña. Lisa entendía que no podía irse sin despedirse de ella y dejarla tranquila. Había estado esperando a que Ashton saliera, para acceder a la casa. Y, cuando vio a los dos hombres irse, supo que era su momento. Estaba segura de que tarde o temprano esos dos llamarían a su puerta desesperados. Tenía que ser rápida, recitar sus votos delante de un vicario y enviar a su amiga lo más lejos posible.

Cuando la señorita Summer se hubo ido, Melly regresó a la mansión y se encerró en su habitación ansiosa por leer la explicación.

Querida Melly:

Quiero que sepas que eres lo más importante que hay en mi vida. Te quiero, cariño.

Eres mi hermana, como lo es Oliver. Has sido, desde que llegaste a mi vida, un faro que ha iluminado mi camino. No estés triste por mí. Estaré bien. Tengo quien me cuide. Sé feliz. Siempre has sido una chica lista y sé que debes saber que estoy dolida con tu hermano y con Lee. Pero son cosas que nada tienen que ver contigo, mi cielo. Es mi guerra, no la tuya. Por eso no debes intervenir. Promete ahora mismo que no lo harás. — La niña lo prometió—. Me voy porque debo recuperarme y ser feliz lejos de aquí, lejos de ti. Me duele en el alma tener que dejarte. Pero cada día, hasta que te vuelva a ver, te llevaré en mi corazón.

Te quiere y jamás te olvidará. Tu Sue.

Capítulo 8

El pasar y el pesar de los años

Llevaba días nevando y hacía días que no habían podido salir al exterior. Sue miraba por la ventana de una de las habitaciones de la granja. La sonrisa de su rostro detonaba orgullo por lo que veía, la carta que llevaba en la mano izquierda había quedado relegada a un segundo lugar. Largos años habían pasado, pero esa misiva parecía haber hecho que el tiempo retrocediera doloroso e implacable.

Seguiría con la vista fija en estos momentos contemplando la escena divertida que tenía lugar fuera de la casa, porque esa dulce visión era la esencia misma de su vida, de su cometido. Esperanza.

La niña que observaba corriendo, tirándole pequeñas bolas de nieve a su perro mientras este la perseguía molesto, se veía tan feliz y contenta que eso la llenaba de orgullo. Lo había hecho bien.

Susan suspiró. Su existencia acababa de ser interrumpida y de forma contundente. Pobre ilusa que una vez pensó que el pasado nunca regresaría para atraparla.

Sintió que alguien se movía detrás de ella. No hizo falta que se girase para saber de quién se trataba. El aroma a jabón y hierbas delató a la anciana.

—Llevas más de media hora observándola.

—Y podría hacerlo durante toda la eternidad sin cansarme —respondió Susan al tiempo que lanzaba un pequeño suspiro.

—¿Qué sucede, Susy? —preguntó la mujer que tenía justo a su lado.

—La vida sucede, Nana —dijo enigmática mientras levantaba la carta para que la anciana la viese.

—Es de mi nieta. —No era una pregunta.

—Sí, Lisa la ha enviado. A estas alturas no debería sorprenderme nada de ella.

—Debo confesar que tu llegada aquí fue una bendición; pero, más que eso, fue agradable porque le dio a Lisa el estímulo necesario para

recordar que tenía una abuela.

—Lo cierto es que sus muchas visitas me han venido bien. —Todos los veranos, la duquesa de Stone y su familia habían venido a Irlanda a pasar la temporada junto a ellas. Susan agradecía que su estimada amiga nunca hubiera hecho mención de nada del pasado. Hasta ahora.

Nana, la hizo girar para enfrentarse a su mirada. Divisó temor, ansiedad y nervios, pero sobre todo esperanza, en la mirada de esa mujer que se había convertido en parte esencial de su familia. Con Susan había ganado otra nieta.

—¿Qué vas a hacer? ¿Dejarás Irlanda?

—Debo ir —expuso con resignación Susy.

—No tienes obligación de ir a ninguna parte, si eso es lo te dicta tu corazón.

—Conoces a tu nieta. No hace falta que te diga por qué debo hacerlo y cómo se aseguró Lisa de que no tuviera más opción.

—Juramento —susurró Nana. Susan asintió—. ¿Volverás? —Los ojos de la joven ya se estaban humedeciendo, al igual que los de su abuela adoptiva.

—Eso espero, Nana. Aquí he sido muy feliz. Nunca pensé que así sería. No sé por qué clase de suerte me llegué a topar con Lisa, pero cada día daré gracias a Dios, al cielo o a los santos por haber corrido esa suerte. Te quiero, Nana. En estos cinco años has sido como una madre para mí, una dulce abuelita que ha suplido las carencias que he tenido con mi propia progenitora.

Susan había sido feliz aquí y no creyó que a estas alturas algo le hiciera renunciar a esta vida.

Las dos mujeres se abrazaron.

—Apaciguaste mi soledad, Susy, me devolviste a Lisa y llenaste la granja de vida con ella. —Cabeceó hacia la niña que seguía jugando con el perro—. ¿Te la llevarás a ella contigo? —También conocía la respuesta a esa pregunta, pero eso no evitó que la hiciera.

—¿Dime, Nana, debería hacerlo?

A la anciana se le comenzaron a deslizar las lágrimas y su visión se empañó. Se colocó detrás de Susan, quien aún miraba por la ventana a la pequeña, y la abrazó. Era consciente de que el día de hoy acabaría llegando, y sabía en estos momentos, como lo supo entonces cuando la recogió en el puerto, que su corazón moriría un poco a causa de su partida, de la de ambas.

—Todo está escrito, pero no el modo en el que ha de suceder. Simplemente el designio llega antes o después. No hay escapatoria posible a lo que la vida depara para uno.

—Lo sé, me lo has explicado a lo largo de este tiempo.

—Únicamente quedan nuestras decisiones y los impulsos que las dictan. Con el corazón sin ponzoña es cuando verdaderamente

lograremos lo que tanto ansiamos. ¿Qué es lo que más quieres, Susan?

Susy cerró los ojos. Una larga exhalación salió de su interior. Con Lisa había descubierto ciertos misterios inexplicables que la hacían única, con Nana llegaron los aprendizajes más útiles, como el uso de ciertas plantas, hierbas, o tónicos, entre otros muchos. Sin embargo, lo que aprendió de esa sabia mujer, esa cailleach —bruja en términos gaélicos—, fue a reconocer la verdad de las cosas y en aquellos que la rodeaban. A reflexionar pausadamente y canalizar sus energías, y atender a sus presentimientos. La espiritualidad y la magia que emanaba esta tierra santa parecía haberla contagiado y poseído.

—El dolor de mi corazón sanó. Tú lo hiciste posible.

—No, dulce Susy. Tan solo tú fuiste responsable de sanar la herida de tu alma. ¿Aún duele?

—Es complicado.

—Habla, pues, de ello.

—Llegué…

—Bien recuerdo el lamentable estado en el que arribaste —la cortó—, no hace falta revivir esa parte. —Susan asintió.

—Cuando me dijiste que la luz llegaría de nuevo para borrar la oscuridad, no te creí.

—Lo sé, pero así fue como sucedió, ¿cierto?

—Sí y me he esforzado tanto para que esa llama de esperanza nunca fuese consumida que temo perder la voluntad y que, de nuevo, la oscuridad brote.

—Eres fuerte, lo he visto a lo largo de estos años. No corre mi sangre en tus venas, pero has sido una alumna aventajada. Ni tan siquiera Lisa puso tanto empeño.

—¿Sucumbiré al dolor, a la pena? ¿Caeré en los errores del pasado? En todos estos años, esas palabras no habían vuelto a mi mente porque me mantuve firme en mis pensamientos. Y, esas preguntas que acabo de hacer, han vuelto arrolladoras —Movió la carta para enfatizar sus palabras.

—¿Qué vas a hacer con ella? —volvió a preguntar.

—No debería, pero soy incapaz de desprenderme de Eleonor. —Su vida era plena y la sentía tambalearse. Oyó a la anciana sollozar—. No llores, por favor, Nana. Volveremos a vernos. Tengo la intención de… —enmudeció porque no sabía cómo seguir la frase.

—¿De qué, Susy?

—No lo sé, pero tú sí. Dímelo, ¿qué has visto?

—No has querido saberlo hasta este momento.

—Hasta hoy, sí.

—El destino es efímero, ya te lo he dicho, pero tú eres la que propiciará que el viento sople en una u otra dirección.

—¿Estaremos bien, Nana? Solo dime eso, te lo suplico.

—Sí, lo estaréis. De lo contrario, te prometo que no te permitiría partir. —Le sonrió para darle tranquilidad.

Sue se abrazó a la anciana más fuerte y lloró. Su vida era perfecta en aquel idílico pueblo de Irlanda donde había sido recibida con los brazos abiertos por todos. El lugar en el que vivían no era un lugar grande, estaba desprovisto de lujos, pero sí lleno de utilidad. Tenían todo lo que necesitaban. Una Nana que hacía de abuela y madre a partes iguales, y las había colmado de amor y enseñanzas. En la granja, los trabajadores eran más amigos que otra cosa. La vida era sencilla, armoniosa y sin más dificultad que realizar las labores del día a día.

Allí todo era tranquilidad, amor y prosperidad. ¿Cómo no iba a agradecer a Dios el haber puesto a la señorita Summer en su camino?

Sin ella, nada de lo que tenía hubiese sido posible. Susan se estremeció. Pudo haber sido todo tan distinto. Sin la protección de la duquesa habría terminado en la calle, sola.

—No dejes que esos pensamientos regresen. Lo has hecho bien en todos estos años, Susy. No flaquees, no atraigas la oscuridad, y no te alcanzará. Recuerda, todo está escrito, pero tú decidirás cómo sean las cosas.

—Lo intentaré, Nana.

Una puerta se abrió y la corriente helada llegó hasta ellas.

—Mamá, mamá, sal a jugar. Vamos, vamos. Tú también, Nana, ¡salgamos todas! ¡Oh! —La niña paró de saltar y de gritar—. ¿Qué sucede, mami? ¿Por qué llora Nana? ¿Por qué lloras tú?

—No, mi pequeña, nada malo ocurre. Lloramos de felicidad —trató de tranquilizar Susan a Eleanor. —¿No estáis tristes, mami?

—No, mi amor, no. Lloramos porque somos felices. Te lo he dicho.

—Pues salgamos a celebrarlo en la nieve. Vamos, mami, rápido que se derretirá. —La explicación satisfizo a la niña.

—Adelántate tú, Eleonor. Ahora, en un momentito, saldremos Nana y yo.

—Sí, mi niña. Sal a divertirte con Polo, pero no le eches bolas de nieve que no le gusta y se enfadará —le advirtió Nana.

—Pero si me lo ha pedido él, le encanta que le eche bolitas de nieve. Me lo ha dicho antes.

—Anda. Sal, tunanta, y no lo enfurezcas más —pidió su abuela Nana mientras le tocaba a la niña su larga melena negra. Se fijó una vez más en esos increíbles ojos grandes de color miel y se acercó para susurrarse algo en su oído que Sue no consiguió oír.

La pequeña obedeció de inmediato. Llevaba tres días queriendo salir para poder disfrutar de la nieve. Quedaba poco para que desapareciese.

—¿Qué harás cuando vea a tu hija?

—¿Me la quitará, Nana? ¿Es mejor que la deje aquí? —preguntó alarmada.

—¿La dejarías si te lo pidiese? —levantó una ceja.

—No.

—Entonces no tiene caso pensar en ello. Lo que deba ser, será. Si es tan parecida a él…

—¿Debo inquietarme? Me aterra lo que pueda hacer él… Nana, tengo miedo. —Esa congoja, de la que se desprendió a los meses de llegar, había regresado más certera que nunca.

—Lo sé.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué después de tanto tiempo? Soy feliz. No quiero volver.

—Sabíamos que llegaría el momento… Mi Susy, mi dulce y tierna Susy. Debes volver. Te necesitan. Tu familia te necesita.

—Mi única familia está aquí, Nana.

—¿Acaso has olvidado a Melly, pequeña?

—Ni un solo día de mi vida. No hay un instante en que no sienta su ausencia, no hay un segundo en que no lamente haberla dejado atrás.

—Ella está bien.

—No dice eso la carta de la duquesa de Stone.

—Las tres estaréis bien. Eso sí lo puedo aseverar, Susy. —Esa afirmación fue un bálsamo para sus nervios.

—Ven con nosotras, por favor, Nana. Me sentiré más segura contigo cerca.

—¿Más segura que con mi nieta a tu lado?

—Menos inquieta entonces —le concedió ella.

—Una vieja bruja como yo no haría más que molestar. No Susy, es tu momento. Aquellos que una vez dudaron de ti, al fin verán caer la venda de sus ojos. Allá donde vayas serás admirada, querida, pretendida y me temo que también criticada. Pues es Londres y ya sabes lo que es, lo que fue y, por consiguiente, lo que será.

—¿No puedo persuadirte para que vengas, Nana?

—Mi sitio está aquí. Muchos dependen de mí. No puedo abandonarlos, mi querida niña. Venga, Susy, ve con tu hija. Disfruta de ella y olvida por un momento el futuro.

Susan hizo caso, dejó la carta que había estado sujetando con fuerza sobre la mesa.

Mi querida Sue:

He sido feliz como te prometí que haría. Como prometí, no culpé a Ashton ni a Lee, aun a sabiendas de que eran responsables de tu partida y mi pena. Pero la situación es insostenible. Lee… Bueno, tal vez no sea el momento de hablar de él, pero temo por su bienestar. Lleva años buscándote. Acaba de regresar de América, creyó que estarías allí. No

queda un ápice dentro de él de lo que una vez fue, se fue consumiendo. Mi hermano es aún peor, un ser frío e insensible que mira por encima del hombro a todos quienes son inferiores a él, incluso a mi prometido. Debes saber que Ashton no rompió nunca vuestro compromiso. Todos esperan que os caséis, algo que lo enemistó con Lee. Te llevaste lo mejor de ambos en tu partida, mi Sue. Sí, estoy prometida con el hombre al que amo. Pero me temo que mi felicidad peligra, pues hay una mujer que ha acaparado la atención de mi prometido, y me siento sola en el mundo. Te necesito, hermana, y te insto a cumplir tu promesa como dice la duquesa de Stone. Regresa.

Tu hermana que te quiere y no ha dejado de añorarte ni un segundo desde tu partida.

Lady Amelia Worth.

Era la hora. En el interior de sus pensamientos, Susan supo que había llegado el momento de reclamar lo que una vez se le negó. Era necesario. Todo lo que sucedió era necesario para que las cosas pudiesen ser como fueron. La casualidad no existe, el futuro sí. Ningún médico, por más cualificado que fuera, hubiera podido prever lo que sucedería en el parto de Eleanor. Las circunstancias, las acciones, incluso la traición de Oliver y Lee, las habían traído hasta las puertas de Nana para que la cailleach salvase la vida de ambas. Lo había comprendido. Más allá del dolor, era necesario despejar la bruma para ver las consecuencias positivas de todos los movimientos que una vez anduvo en su vida. Todas las decisiones estaban pensadas y previstas para que Eleanor sobreviviese y la hiciera feliz. ¿Qué mejor bálsamo para el corazón que la prueba viviente del amor que una vez sintió por Lee?

Susan regresaba, por Melly, para auxiliarla y enfrentarse con la cabeza alta al presente, al pasado. Fuera lo que fuese que estaba por acontecer, ella había vaciado ya su corazón de amargura. El amor era lo que allí vivía y, sinceramente, esperaba ser fuerte para enfrentarse al señor Leonel Jones.

El viaje de regreso fue duro, pero no tanto como lo fue la separación de Nana. Eleanor lloró inconsolable. No obstante, la aventura que estaba por llegar consiguió despertar la curiosidad de la niña y alejar la añoranza de la anciana.

Fue una buena niña y se comportó durante el largo viaje a Londres.

—¿Mamá, aquí vive la tía Lisa?

—¿Te gusta su casa?

—No se parece en nada a la granja de Nana.

—¿Entramos, Eleanor? —La niña se mostraba un poco reticente a ingresar en la mansión de los Stone.

—Sí, tengo muchas ganas de verlos. Bueno, a casi todos. —No te

apenes, tía Lisa hará que él se porte bien contigo. —Nunca lo hace.

—Vamos, entremos, mi tesoro.

Así lo hicieron. Atravesaron el pórtico y ante ella estaba Lisa con una sonrisa radiante y un impecable vestido de tono lavanda que la dejaba a ella como una simple sirvienta de las cocinas. De pronto, Susan recordó que no había venido equipada para el gran Londres.

—Al fin habéis llegado. Oh, mírate, pequeña. ¡Cuánto has crecido!

—Tía Lisa, tía Lisa —iba gritando la pequeña Eleonor mientras corría hacia los brazos de la duquesa de Stone.

—Estás preciosa, tan grande, tan hermosa… —Lisa le acarició el pelo y la estrujó un poco más haciendo que la niña se removiera un poco molesta por tal muestra de cariño.

—Te he echado de menos, tía, pero no hace falta que me estrujes como a un cochinillo. —Lisa se rio ante su apreciación.

—Yo también a ti, pequeña. Y ahora seguro que estás hambrienta después de un viaje tan largo. ¿Por qué no vas a buscar a Marcus y a Andrew? Ambos están en la cocina tomando pasteles recién hechos. Dory, mi doncella te acompañará. —Le dio una indicación a la joven para que hiciera lo solicitado.

—Sí, sí. —La niña tomó la mano que Dory le había tendido—. Pero, tía Lisa, será mejor que esta vez Marcus no me tire del pelo, porque Nana me ha dicho que pondrá sapos en su cama si lo hace o lo maldecirá para que le salgan dos cabezas.

—Avísale, pequeña, de lo que ha dicho Nana si hace algo que te molesta y así no lo hará. Ya sabes que teme que la abuela le eche una maldición.

—De acuerdo, tía.

La niña se marchó contenta pensando en cómo iba a amenazar a Marcus. Con Andrew no tenía problemas, era un poco más pequeño y no la molestaba. Pero Marcus siempre que venía a Irlanda la hacía enojar. Su tía decía que era porque ella le gustaba mucho y los chicos hacen enfadar a las niñas que les gustan, pero ella empezaba a dudar que esa afirmación fuese verdad. Porque, si tanto le gustaba ella, ¿por qué le tiraba del pelo? ¿Por qué le había puesto una araña en el hombro? ¿Por qué le había lanzado una bola de barro en su precioso vestido verde justo cuando ella se lo acababa de poner para salir a jugar con Preston? No, a Marcus ella no le gustaba. Y a ella tampoco él, porque siempre estaba diciéndole lo que podía o no hacer, con quién podía o no hablar. Solo porque era más mayor que ella ya se creía con derecho a ordenarle y mandarle. Definitivamente Marcus a ella no le gustaba, lo acaparaba todo. Pero, si se portaba mal con ella, Nana había dicho que le echaría una maldición. Y Marcus siempre tenía miedo de Nana y sus poderes.

—¿Tus hijos están bien, Lisa?

—Estaban ansiosos porque llegaseis. Siguen muy revoltosos, pero de salud están perfectos. Ven, vayamos a la salita a sentarnos, ¿o prefieres ponerte cómoda en tu habitación?

—Me vendría muy bien un té caliente.

Las dos se encaminaron hacia la salita violeta para acomodarse y conversar un rato. Lisa pidió al servicio un refrigerio.

—Ah, las viejas costumbres te han atrapado. Una dama no puede olvidar que lo es en cuanto llega a Londres.

—No seas ridícula, hace mucho tiempo que dejé de ser una dama.

—Puede, pero lo cierto es que es la primera vez que pides té, querida.

—Está bien, está bien. Reconoceré que la ciudad me ha traído recuerdos que creía olvidados y he tenido una imperiosa necesidad de tomar una taza. La culpa de ello es tu fastuosa casa.

—Soy una duquesa, ¿dónde querías que viviese?

—Desde luego que lo eres, pero no te veo poner reparos cuando llegas a la granja.

—Supongo que soy una mujer práctica que se amolda a las circunstancias.

—¿Algún día me permitirás conocerlo todo sobre ti? No es justo que lo sepas todo acerca de mí y yo tan poco.

—Tal vez, Susy. Eleanor está cada día más bonita —señaló tratando de desviar el tema de la conversación. Susan se dio por vencida una vez más. Lisa era hermética cuando pretendía averiguar algo sobre ella.

—Lo sé.

—No estaba segura de si la traerías. El juramento no la incluía.

—También lo sé, pero me sería imposible mantenerme alejada de ella.

—Es arriesgado. ¿Por qué Nana lo consintió?

—No le gustó la idea, pero creo que fue más por su reticencia a separarse de la niña. Mi instinto me decía que debía venir conmigo. Ya veremos si estuve equivocada.

Un silencio se instauró. En todos estos años, todos habían hecho como que aquella noche infernal nunca sucedió. El nombre del padre de la niña fue vetado y olvidado; pero, con la llegada de la carta, el velo se levantó.

—¿Estás preparada, Susy?

—Tanto como puedo estarlo. No sé lo que me espera, mi regreso será sonado, no me cabe duda. Nana no quiso desvelar nada y no fue porque no insistí.

Un lacayo llamó a la puerta. Lady Amelia Worth fue anunciada. Susan sintió la anticipación de poder abrazar al fin a su hermana.

—Y ahí está mi sorpresa para ti, Susy —expuso una cantarina

duquesa de Stone.

Sue se levantó de un brinco. Cinco años sin verla, cinco años apreciándola a lo lejos. Al fin iba a poder reencontrarse con ella, su dulce Melly.

Un cisne elegante se saltó todos los protocolos para salir a la carrera y echarse a los brazos de Sue. Tal fue la sacudida que las dos cayeron sobre el sofá que había detrás. En un lío de faldas, y con sollozos de dicha, las dos se reconfortaron.

Lisa hubo de secarse una lágrima por tal emotiva escena. Estos años, Lisa había estado vigilando a Melly, pero a lejos, como una sombra, sin llamar la atención ni remover el pasado. Era lo menos que le debía a Susan.

—Te he echado de menos, Sue, mi Sue. Júrame que no te volverás a ir. Prométeme que no te volverás a alejar de mi lado. No te dejaré ir, no te soltaré jamás, hermana.

—Melly, Melly. Mi Melly, mi hermana. Al fin te tengo, al fin. Te quiero tanto, mi pequeña.

Sue consiguió deshacerse de su abrazo solo para poder levantarlas a ambas y poder examinarla mejor. La chiquilla que dejó atrás se había ido para dar paso a una magnífica mujer de más de veinte años. Sus ojos azules como el cielo —los mismos que su hermano—, su tez clara y su cabellera rubia le daban una buena idea de que, en su presentación en sociedad, esa mujer había enamorado a todo el género masculino de la ciudad. Perfecta, como supo que sería cuando alcanzase la plenitud.

—Eres como supe que serías. Una bella princesa de cuento de hadas. Pero dime, bella mujer, ¿habéis encontrado a vuestro príncipe?

—Oh, Sue… Ahora que estás aquí todo irá bien. Lo sé. Has vuelto, has regresado por mí. Te necesito, te necesito. —Melly comenzó a llorar de nuevo y se abrazó.

Susan miró a Lisa para ver si ella entendía algo de lo sucedido. La duquesa negó. Si Lisa restaba importancia, aquello tenía solución.

—No me iré, Melly. He venido para verte casada, mi princesa, y no me iré hasta que te vea feliz. Sea lo sea que te aflige, lo arreglaremos. —Miró de nuevo a Lisa. La vio asentir.

—Sue, mi vida es un desastre. ¡Un desastre, Sue! Tal vez no tenía derecho a volver a irrumpir en tu vida como lo he hecho, pero no sabía a quién recurrir. Me siento tan descorazonada que te necesitaba a mi lado. Tú me dabas fuerzas, Sue, y es tu entereza lo que necesito. ¿Me perdonarás por ser egoísta?

Unas fuertes pisadas que corrían sin cesar por el pasillo llamaron la atención de las tres damas. Fueron capaces de divisar una cabellera negra suelta que pasó como un rayo para hacerse un hueco y saltar al regazo de su madre.

—Mamá, mamá. Marcus lo ha vuelto a hacer. Me ha tirado del pelo, ha despeinado mi recogido y no me deja comer más pastelitos de chocolate. Dice que debo cuidar mi figura porque él no está dispuesto a tener una esposa gruesa y me ha prohibido comer más. Le he dicho que Nana le lanzará un maleficio por malvado. Se ha reído de mí y me ha dicho que Nana no está y que él manda en mí. Es malo, mamá.

—Ya, cariño, ya —trató Sue de tranquilizarla. Eleonor se despegó de su madre para mirarla a los ojos.

—¿Qué es ser una esposa, mami? —preguntó curiosa.

La pequeña Eleonor se volvió a acurrucar en el regazo de su madre mientras esperaba la contestación de esta. Sue se revolvió incómoda en su asiento. No estaba preparada para la última pregunta. Ella sabía que el pequeño Marcus estaba prendado de su hija; pero, por lo visto, a los cinco años ese niño ya tenía todo el futuro de su hija decidido. Sue miró con reprobación a la duquesa de Stone.

—De acuerdo, Susy, no hace falta que me mires así. Ya voy. Pondré a mi hijo en su lugar. No sé de qué te sorprendes tanto, tu hija es una beldad, ¿puedes culpar a mi hijo por quererla para él?

—Por Dios, Lisa. ¡Tienen cinco años! Contenlo. —Marcus era un niño aún más especial que su madre, porque a la mezcla de Lisa se había unido la esencia de Stone. Cuando fuese un hombre, sería terriblemente, terriblemente… ¡terriblemente todo!

—Te recuerdo, hermana, que tú, siendo no mucho más mayor, andabas persiguiendo a Oliver, explicándole qué era lo que debía o no hacer para no lastimar a su futura esposa. Y no contenta con esas aseveraciones, Sue, siempre estabas hablando sobre la mejor manera de pescar o cazar un marido —dijo Melly recuperada ya del shock de ver la réplica exacta de Lee en brazos de su amiga.

—¿Mamá, qué es un marido? —Sue se volvió a remover nerviosa en su sillón. Hacía unos meses que la niña preguntaba por cosas a las que su madre aún no estaba preparada para contestar.

—Vamos, pequeña. Vayamos las dos a decirle a Marcus que no está bien que te haga enfadar y que si lo vuelve a hacer se quedará castigado sin postres una semana.

—No, tía Lisa, una semana no. —La niña se apiadó del niño.

—¿Es poco tiempo? ¿Un mes entonces?

—No, tía Lisa. Un día. Con un día estará bien. No quiero que se ponga triste. —Definitivamente esa pequeña se parecería por fuera a su bendito padre, pero por dentro era igualita a su madre, pensó Lisa. Con razón su primogénito la quería para él.

—Y dile a tu hijo que, si la quiere, deberá comenzar a tratarla como una princesa, o yo misma lo convertiré en un sapo —amenazó Susan.

—Oh, cielos. Susy, ¡no seas tan dura con mi pobre hijo! Estoy haciendo mi mejor esfuerzo con él. Además, conoces a su padre, ¿qué

esperabas? Stone habita en él. ¡Necesito tiempo! —se quejó la duquesa.

Ambas se echaron a reír. Tom era muy similar a su primogénito. Sue entendía bien por qué Lisa lo había hecho sufrir. ¿Estaría al fin todo arreglado entre ellos?, se preguntaba Susan.

—¡Dios mío! Es preciosa. Magnífica —elogió Melly cuando la duquesa y la pequeña hubieron salido.

—Sí, lo es.

—Es igual a su padre.

—Sí, también puedo verlo. —No podía faltar a la verdad y negar lo evidente. Su hija le recordaba cada día lo que había perdido. A él.

—Pero se ve claramente que tiene mucho de ti. Es dulce.

—Cierto.

—Se pondrá como un loco cuando lo sepa.

—Es una suerte que no vaya a saberlo, pues. —Era consciente de que no podía hacer esa afirmación sin equivocarse, pero pensarlo furioso por no haberlo contactado y decirle que era padre la hizo levantar un escudo.

—No puedes hablar en serio. Por cualquier delito que él cometiese, ya ha cumplido el castigo. Te lo garantizo. Créeme, Sue, lo he visto. No hay un solo día en el que no haya pensado en ti, ni un único lugar al que no haya ido para tratar de encontrarte. Ha estado desesperado. ¿Sabes lo que es estar cinco años buscándote sin tregua? Lo he visto suplicar por ti. Quemé la carta, como me dijo Lisa, y debo decirte que hiciste bien al no contarme dónde ibas. Porque la desesperación que he visto en Lee, a lo largo de este tiempo, me hubiera obligado a confesarle tu paradero.

—Te dije que no era tu guerra, Melly.

—Y no me meteré. Pero él está aquí ahora mismo, regresó hace unas semanas de América, y apuesto a que no tardará en dar contigo.

—Bueno, tampoco tendrá que buscar mucho porque no pienso esconderme.

—Si la ve… No sé cómo podrá tomar la noticia. Hiciste mal en no decírselo.

—Melly, las cosas son muy complicadas. No creo que puedas juzgar mis acciones sin tener todos los datos.

—Lo siento, simplemente me ha impactado saber que tienes una hija, su hija. Son como dos gotas de agua.

—No la verá, no al menos por el momento. Quédate tranquila —restó importancia aunque estaba terriblemente preocupada— y dime por qué tu vida es un desastre.

—Leo, mi prometido. Creí que me quería, pero empiezo a pensar que no es cierto. El compromiso está anunciado, pero todo parece tambalearse.

—¿Qué te ha hecho? —¡Hombres!

—Él tiene una amiga de la que está pendiente siempre. Sale con ella a montar por la mañana. En los bailes está siempre a su acecho, a todas horas es ella, y cuando baila con ella… Me siento morir. Él cree que no me doy cuenta, pero lo veo mirarla y me duele. Cuando lo conocí supe que él era para mí, pero en estos momentos no estoy tan segura. ¡Oh, Sue!, si lo hubieses visto cuando lo vi por primera vez. Había unas espantosas damas que me tenían arrinconada diciéndome que yo no era más que una bastarda.

—Te dije que jamás volvieras a decir esa palabra ante mí. —Lo siento, pero ellas lo dijeron.

—¿Qué hizo tu hermano?

—Él no estaba…

—¿Dónde estaba Ashton y por qué te dejó sola? —preguntó furiosa con Oliver.

—Verás… Es que… Eso pasó…. pasó….

—Melly, juramos contárnoslo todo, ¿sí?

—Si yo te lo cuento, ¿tú me dirás todo lo tuyo? Confesión por confesión.

—Sí, adelante.

—Fue el día del baile que dio el marqués de Ailsa. Esa noche Oliver estaba ocupado contigo, creo. Sigo sin saber lo que pasó. Yo me quedé sola en el salón, porque en un momento tú y la señorita Summer, quiero decir la duquesa de Stone, os esfumasteis. Me arrinconaron cuatro tontas que comenzaron a aducir que yo no merecía estar en un baile tan importante y dijeron que yo era una… Bueno, esa palabra que odias. Una joven dama, lady Valerie Manchester, la anfitriona de la fiesta, las reprendió y las echó sin contemplaciones de la casa. Entonces Leo, que en ese momento estaba con lady Valerie, al ver que yo estaba triste me sacó a bailar. Era el hombre más apuesto que había en la fiesta y me sacó a bailar a mí. ¿Te lo puedes creer? Me hizo sentir una princesa y supe que sería mi príncipe. Pero parece que se va a convertir en sapo, como habéis dicho antes. No puedo casarme así, Sue, no con un hombre que no me ame.

—Dime su nombre, Melly. ¿Quién amenaza tu felicidad cariño? ¿Quién es ella?

—Emma Harrelson, la señorita Emma Harrelson. Es más mayor, se ve más mundana, más hermosa, más segura, más, más… ¡más todo! Me hace sentir tan por debajo de toda su madurez y hermosura que me he exasperado, que… que… En fin, lo amo, pero romperé el compromiso y me exiliaré contigo. No puedo seguir así. Tal vez la culpa sea de esos dichosos libros. No pretendía encontrar un príncipe, pero no sería feliz atrapada en un matrimonio de nombre, no con un hombre infiel.

—Querida, la señorita Emma Harrelson tiene los días contados en Londres. Si algo aprendí de la vieja bruja de mi madre es cómo destruir una reputación de una mujer con un pestañeo. Y esa mujer ha cavado su tumba al meterse contigo. No mereces más que la felicidad y me encargaré de que la tengas. —Nadie entristecía o molestaba a Melly y salía indemne. Susan hervía de rabia. ¿Cómo una mujer era capaz de interferir entre dos personas que estaban comprometidas? Eso le daba una buena idea de la clase de mujer que sería la señorita Harrelson.

—Sue, me estás asustando. Nunca fuiste tan contundente.

—Ella es la que tiene que temerme. Soy más mayor, más dura y tengo más experiencia. No será rival para mí. Además, te sorprenderías de todo lo que he visto, oído y aprendido en estos años. Y no creas que le achaco toda la culpa a la señoritinga esa, si descubro que tu prometido no es digno de ti…

—Lo amo, Sue.

Susan suspiró ante la súplica que percibió en las palabras de su hermana.

—Bueno, veremos de qué pasta está hecho tu caballero andante. No te prometo más.

—Sue, quiero que me digas tú qué pasó esa noche. ¿Qué te hicieron Oliver y Lee?

—Te lo contaré, pero no quiero que te inmiscuyas, ¿de acuerdo?

—No lo haré.

Sue le contó absolutamente todo lo que había acontecido: primero con Lee, esa semana de amor; la trampa de su madre para atrapar a Stone, cómo la condesa le dio a todo la vuelta para que ella fuese la mala; y la traición de su amor y la de Ashton.

—Cielo santo, mi pobre Sue. Siento decirlo, pero me alegro de que lady Somerset esté muerta. Porque… ¿sabías que murió?

—Sí. La duquesa de Stone ha estado en contacto conmigo todos estos años y me lo dijo en cuanto sucedió. Sé que unas fiebres afectaron a mis padres y fallecieron.

—¿Y estos años has sabido algo sobre mi hermano o Lee?

—No. No lo permití.

—No reconozco a mi hermano. Es un esnob, autoritario, frío, intransigente. No hay nada cálido en él. Y, bueno, Lee… Él estuvo muy mal cuando te fuiste. Me dio tanta pena. Sin ti se fueron a la deriva.

—Ninguno me creyó, Melly. Fui culpable ante los ojos de las dos personas que más amaba. Estuve convencida de que me conocían, que me querían y que comprendían la clase de persona que yo era, pero me fallaron.

—Es una suerte que yo no lo supiese, porque les hubiese sacado los

ojos, a ambos.

—Lo sé, cariño. Pero no era justo que tú pagases nuestros errores. Yo sabía que, si te lo contaba, te alejaría de Oliver y no podía consentirlo. Él te adora, siempre lo hizo.

—¿Los has perdonado?

—El tiempo todo lo cura, es un buen antídoto para el veneno.

—¿Qué harás con respecto al señor Jones? —preguntó con mucha cautela.

—Nada, él no tiene poder sobre mí.

—Tienes a su hija.

—Es mía. Ella no tiene padre.

—Es una…

—¡No! Jamás, y repito, jamás vuelvas a tener esa palabra en tu mente. Lo prohíbo. Mi hija, como tú, es fruto de un amor que no fue posible. Del amor no puede nacer nada malo, ¿recuerdas?

—Sí, lo sé. Lo siento.

Un bullicio se escuchó en la calle. ¿Una pelea? ¿En el centro de Mayfair? Tanto Melly como Sue se apresuraron para ir hacia la ventana.

—No, Susan, no descorras el visillo. Aguarda —gritó la duquesa de Stone desde el marco de la puerta. Las tres mujeres se colocaron tras la cortina para ver lo que fuera sucedía. Dos hombres estaban discutiendo a pleno pulmón justo en la entrada de la casa de los duques.

—Lee —susurró Susan con el corazón desbocado cuando lo reconoció.

Una nota anónima había llegado a su casa. Un solo nombre escrito en el papel y Leonel supo qué significaba y dónde tenía que ir. Le traía sin cuidado quién la hubiera escrito y los motivos. Se encaminó a su destino. Con lo que no contaba cuando salió, era con encontrarse al odioso Stone en la puerta y, menos que eso, ver a sus gorilas salir de la nada para protegerlo. ¿En qué andaba metido ese hombre para tener tanta protección?

—No quiero problemas, Stone.

—Entonces da media vuelta y no los tendrás, Jones.

—Sabes que no puedo hacerlo.

—Demonios, sí lo harás.

—¿No crees que he pagado ya suficiente penitencia?

—No sé a qué te refieres. Haz el favor de marcharte de mi propiedad.

—Estoy en la calle, no es tu propiedad.

—No vas a entrar en mi casa y te sugiero que sigas tu camino, estamos llamando demasiado la atención.

—Así tenga que pasar sobre tu cadáver putrefacto, voy a

comprobar lo que he venido a comprobar.

—Nunca me gustaste Jones.

—El sentimiento es mutuo.

—Sí, pero yo demostré ser más listo que tú.

—¡Ja!

—Lo hice y la prueba más palpable es que en esa casa —se giró para señalar su hogar— viven felizmente mi esposa y mis dos hijos.

Leonel se enfureció. Recordarle que la había perdido por su propia mano era un golpe muy bajo, pero Stone nunca jugaba limpio. En todos esos años —donde se había peleado con él, suplicado su ayuda y odiado desde lo lejos—, aprendió que el maldito era de lo más retorcido.

—Bueno, sí. Pero, según tengo entendido, hubo años en los que no tuviste todo eso, ¿verdad? No creas que no me apresuré a saber tu historia. Tampoco estás libre de pecado.

—Puede —dijo Stone mientras se miraba las uñas de la mano derecha—, pero cada noche desde hace cinco años me voy a la cama con mi esposa. Es mucho más de lo que puede decirse de ti, ¿cierto?

Leonel no se lo pensó dos veces y arremetió contra él. Antes de que pudiera incluso rozar su camisa dos hombres, tan grandes como él mismo, lo agarraron para detenerlo.

—Vete, Jones.

Stone se encaminó hacia la puerta de su casa para ingresar, dándole la espalda a Leonel.

—Dime si está aquí. Dímelo, Stone. Ni tan siquiera tú eres tan desalmado como para no decirme algo tan simple como eso.

El duque suspiró. Giró la cabeza por encima de su hombro y antes de entrar por la puerta dijo:

—Cuando salí de casa esta mañana no había llegado aún, la estamos esperando. Más vale que hagas bien las cosas esta vez, Jones.

El duque entró y los hombres lo soltaron. Leonel se resignó. Tenía la información que necesitaba, por ahora con eso le valía.

En el momento en el que la discusión entre Stone y el señor Jones terminó, Susan miró con nerviosismo a Lisa. Melly hizo lo propio.

—Queridas, el espectáculo ha comenzado. Creo que es hora de que todo el maldito Londres sepa que lady Susan Dawson ha vuelto —dijo una sonriente duquesa de Stone que estaba ansiosa por sentarse en primera fila a ver cómo terminaba todo el episodio. Las perspectivas eran buenas.

—¿Qué quieres decir, Lisa?

—¿Cómo que qué quiero decir, Susan? Es lógico, vamos a seguir a Melly por todos los salones y fiestas de baile para ver qué se trae entre manos ese prometido suyo.

—¿Cómo demonios lo sabes todo, Lisa?

—¡Melly! —la regañaron Susan y la duquesa.

—¡Oh, lo siento! ¿Cómo demonios lo sabe usted todo, excelencia? —se corrigió Amelia. Las dos mujeres no pudieron evitar reírse.

—¿Estás lista, Susan? —quiso saber Lisa.

—Sí, me enfrentaré a él. Eso sí, no tengo vestuario apropiado. Si he de jugar a ser una dama, debemos ir a una modista. Hace años que no utilizo nada elegante. ¡Oh, Melly, si me hubieses visto en pantalones y montando a caballo a horcajadas! He hecho tantas cosas en Irlanda, que eran inapropiadas, que volver a ser lady Susan será complicado.

—Querida, soy la duquesa de Stone, siempre voy un paso por delante. Tienes ya tus baúles en la habitación y he instalado a la pequeña Eleanor en la habitación contigua. Y en tu armario están los mejores modelos que el buen dinero puede pagar. Te dejaré mis joyas, tengo tantas que puedo ponerme una diferente cada día durante tres meses… Estarás lista.

—Desde luego, será mejor que estés radiante. Porque sí, la cosa se presenta complicada. Y, más aún, con Lee pegado a tus talones. Creí que entraría por la fuerza. —Melly se había asustado al ver que los dos hombres pudieran pelearse.

Hubo un silencio incómodo.

—No os pongáis serias, mi esposo no lo iba a dejar entrar. Ellos están condenados a tener que soportarse.

—¿Qué quieres decir, Lisa?

—Soy muy observadora. Si dejaran a un lado esa rivalidad tan tonta, verían que son almas gemelas. ¡Testarudos! Ahora vamos señoritas, hay una fiesta a la que tenemos que acudir. El baile de los Wass. Así tu hermana podrá conocer a tu prometido. Y veremos qué dice Oliver ante su regreso, porque la reacción del señor Jones ya la hemos podido advertir.

—Está bien, Lisa, pero antes debo presentarle a Eleanor a su tía Melly.

—Sí, por supuesto. Me la he llevado porque sabía que teníais mucho que hablar. Y quédate tranquila, Susy, el incidente con Marcus está solucionado. Mi hijo tiene muy claro que Eleanor no es de su propiedad, pero te advierto que no está muy convencido de que eso no vaya a ser así… Haré lo que pueda.

—¡Oh, Dios mío! Lo peor sería tener que emparentar con su familia de chiflados —comenzó a reír Susy, quien quería hacer enojar a su amiga, la duquesa de Stone, y olvidar la extraña sensación que le había producido ver a Lee después de tantos años.

—¿¡Disculpa!?

Desde detrás del visillo no se había atrevido a sondearlo con detenimiento. Susan lo amaba. Nunca podría dejar de hacerlo. Estaba marcada a fuego por él. Sin embargo, se negaba a sucumbir a esos

pensamientos, por lo que decidió centrarse en otro cometido.

¿Quién se creía que era esa maldita señorita Emma Harrelson para interponerse en la felicidad de su adorada Melly? Susan debía reconocer que se esperaba una mujer insulsa, no lo que se encontró ante ella.

En medio del hermoso recibidor de los Wass, pensando en que sería divertido que alguien soltase un cochinillo para escandalizar a las damas que se agolpaban en el inmenso salón de baile interior, vislumbró a una mujer decidida, ardiente, no la jovencita insustancial que esperaba. Ataviada con un vestido azul de corte recto y unos zafiros a juego, la maldita señorita Emma Harrelson estaba acaparando descaradamente la atención del prometido de su hermana. ¿Esa pérfida mujer no se daba cuenta de que él estaba prometido? ¿A qué demonios estaba ella jugando? ¿Y él? ¿Acaso Melly había centrado su atención en un libertino sin corazón? ¿Y, lo más importante, en qué demonios estaba pensando Oliver al no intervenir?

Era hora de poner orden en toda esa tontería. Mientras esperaban para saludar a los anfitriones, Lisa llamó su atención discretamente.

—Ten calma, deja de espiar a la mujer y al prometido de Melly, o levantarás sospechas. Pronto entraremos.

—¡Buah! Qué digan lo que quieran, ¿cuánto crees que tardarán en recordar todo mi escándalo?

—Te protegeré. ¿Lista ya para la función, Sue? —preguntó la duquesa con una sonrisa. Estaban a pocos pasos de ingresar en el salón de baile.

—Sí. Trataré de serenarme. Estoy furiosa. La dejé a su cargo, Lisa, y esto es lo que me encuentro. Debería matarlo. ¿No se da cuenta de lo que pasa? ¿Tan ciego está Oliver?

—Es una suerte que estés tú aquí para abrirle los ojos.

—Vamos, excelencia, es hora de que todo el maldito Londres sepa que la ambiciosa lady Susan Dawson ha regresado. Démosles algo de que hablar. ¿No crees?

—Ese es el espíritu, querida.

Susan acomodó su precioso vestido lila, cuadró los hombros, se recordó que ella no era una jovencita inocente y desvalida. Así, segura de sí misma, accedió al salón acompañada de la duquesa y su esposo. Un lacayo los anunció a los tres. La música paró, la danza cesó, la estancia quedó en silencio al escuchar los títulos.

—¿Es por ti o por mí? —preguntó con suma discreción Susy sin perder la sonrisa del rostro.

—Imagino que por ambas. Se me olvidó decir que mi vida social no era muy activa. Yo no soy lo que se dice un modelo de decoro tampoco… Todos recuerdan aún cómo pesqué a un duque.

—¡Cielo santo! Vaya par estamos hechas.

Se mezclaron entre los demás invitados y todo quedó en una anécdota más. La aparición de la duquesa de Stone junto a su esposo eclipsó a Susan. Los años habían pasado y pocos recordaban el escándalo; sin embargo, ver a los duques sí causó conmoción, puesto que no eran asiduos a las fiestas y se codeaban con un grupo muy minúsculo.

Sue enfocó su vista y divisó a una radiante Melly que se mostraba orgullosa. A su lado un serio e impasible Ashton había cruzado la mirada con ella y la sondeaba. Susan no fue capaz de saber qué pensamientos pasaban por la mente de él. Pero no le quitaba el ojo de encima.

No hubo tiempo de sostenerle la mirada a Oliver por más tiempo, porque pronto Sue se vio asaltada por toda una horda de caballeros. Bailó y bailó y no dejó de ser requerida por el público masculino. Nunca, ni en sus mejores años, hubiese pensado que eso le pudiese pasar a ella. Susan, a sus cerca de veinticuatro años, se sentía vieja, cansada de luchar; pero segura de tener que seguir haciéndolo por sacar a su pequeña adelante. Y todo esto de los bailes, los coqueteos y flirteos, le parecía una nimiedad tan grande que…

En uno de los intermedios de los músicos fue capaz de sentarse a descansar en una silla. Los zapatos de seda le apretaban los dedos. Ya no recordaba lo que era tener que sufrirlos.

Una sigilosa Lisa se acercó a ella.

—Susy, los chismes vuelan. Por lo visto todo el mundo está diciendo que has vuelto para casarte con Ashton. Todos saben que el compromiso sigue vigente y que ese es el motivo por el que has vuelto.

—Cielo santo, ¿yo con Ashton? Eso es imposible, es como mi hermano, Lisa. ¡Qué horror!

La duquesa evitó decirle que el chisme había partido de ella. Eso disgustaría a su amiga, quien no lo aprobaría jamás.

—Lo sé, pero deja que todos lo piensen, te vendrá bien. Confía en mí.

—Conozco esa cara, algo has visto…

—Atenta, tu prometido se acerca. Suerte, dulzura. —Y Lisa se esfumó.

Se colocó a su lado. El aroma a bergamota lo delató. No hubiese hecho falta que la duquesa de Stone la previniese sobre quién se acercaba. Lo sabía, era él. Oliver. Susan se negaba a hablar. Él tampoco quería iniciar la conversación. Pasados unos minutos que parecieron horas, el soberbio Ashton se colocó ante ella arrogante para enfrenarla.

—¿No vas a decir nada?

—Buenas noches, excelencia. —Susan hizo una reverencia.

—¿Jugamos con los títulos, milady?

—He sido cortés. Es lo que se espera de una dama cuando se dirige a un duque.

—Susan… —¿Cómo continuar la frase?, se preguntó Oliver—. El retiro te ha sentado muy bien. Nunca te viste tan hermosa. Has acaparado la atención de muchos caballeros esta noche.

—No puedo decir lo mismo, Ashton. Estás viejo.

—Entendí que una dama debería ser cortés.

—Tal vez no sea una dama y no quiera jugar a los títulos.

—Vaya, veo que has cambiado.

—Cinco años, querido.

—No hemos dejado de buscarte, Sue. Yo…

—No lo pedí —lo cortó. No necesitaba ni explicaciones ni recriminaciones. No en esos momentos.

—He estado muy preocupado por ti y por Melly. Bueno, te ha echado de menos cada día.

—Es por Melly que regreso, Ashton. —Él entrecerró el cejo a modo de pregunta—. La dejé a tu cargo, lo único que debías hacer era cuidarla y he venido a reprenderte muy seriamente.

—¿Reprenderme? —él bufó. Solo ella sería capaz de hacerlo sentir un niño.

—Sí, no estás haciendo bien el único cometido que juraste llevar a cabo.

—No digas tonterías. Mírala, es una joven hermosa, llena de vida, alegre. Yo diría que lo he bordado. La he cuidado muy bien.

—No es eso lo que veo. —Sue movió la cabeza en dirección a la pista de baile donde un animado señor Leopold Shell bailaba una cuadrilla con una mujer en la que, hasta el momento, Ashton no se había fijado.

—Estás al corriente de todo. Veo que Melly te ha puesto al día sobre su prometido.

—Yo estoy al día, como bien tú dices. Lo que me pregunto es ¿por qué tú no lo estás?

Ambos no habían quitado la vista a la pareja que centraba su atención. Susan estaba algo alterada, pero Ashton parecía más tranquilo.

—Es un simple baile, Sue. No es delito que un hombre comprometido baile con otra mujer —trató de restarle importancia al hecho.

—¿Tú crees? —Sue siguió mirando, al igual que Oliver. El baile había terminado y el prometido de Melly estaba intimando más de lo necesario con esa mujer. No hizo falta palabra alguna más para comprender. Ashton salió a la carrera en busca de la anfitriona de la fiesta, lady Francis.

Oliver sabía que debía impedir que esa mujer saliese al jardín con el prometido de su hermana como fuese, y eso pasaba por una presentación formal con la mujer para poder abordarla y frenarla. No era correcto que un hombre avasallase a una fémina y menos si no habían sido presentados previamente. No iba a ser bueno para su reputación, pues que un duque solicitase a la anfitriona una presentación tan apresurada iba a levantar suspicacias sobre su interés hacia la mujer.

Sue no se movió de su lugar y siguió atenta las hazañas tardías del duque. El bobo de Ashton al menos había frenado el avance de esa señorita Harrelson. Esos dos eran demasiado cercanos. Vio que el señor Shell se dirigió hacia el lugar donde estaba su prometida para solicitar el siguiente baile. Parecía que Melly no se había percatado de lo sucedido.

Le gustaba ver a una Melly fuerte, segura de sí misma, que no temía pedir lo que le pertenecía. Pues con sus gestos, el agarre del brazo de su prometido y las miradas, la hermana de Ashton estaba dejando claro que lo reclamaba con posesividad para sí ante los ojos del resto.

Mientras Melly y el señor Shell tomaban sus lugares en la fila de baile, Ashton regresó junto a Sue.

—No sé quién es, pero es la primera vez que ocurre algo parecido. Lo prometo.

—No es la primera vez, ni será la última. ¿Qué ceguera te acusa que no ves lo que tienes delante de ti?

—Sue, te lo advierto.

—¡Tú a mí no me adviertes nada! —levantó la voz sin darse cuenta y, al instante, compuso una sonrisa—. Pero ya debería saber que siempre has estado ciego, y no únicamente en lo referente a Melly y su prometido, ¿verdad, Ashton?

—No creo que sea el lugar adecuado para hablar de eso, Sue.

—No, no lo es porque no hay nada de lo que debamos departir, Ashton. Esa mujer está interesada en el prometido de tu hermana. Haz algo y que sea rápido. Arréglalo o, de lo contrario, lo haré yo misma. —Oliver calló, estaba sorprendido por esta nueva Susan tan osada. De repente, ambos oyeron dos risas escandalosas y vieron a la señorita Harrelson en compañía de la que debía ser su madre.

—Oliver, no consentiré que esa insulsa solterona salvaje, esa don nadie, le arrebate la felicidad a Melly.

—¡Maldita sea, Sue! Eso no va a pasar —dijo Oliver echando una mirada de reprobación a Emma. Pero Sue ya no estaba a su lado. Lady Susan salió de allí maldiciendo al inepto de Oliver y a la señorita Harrelson. Quien, no contenta con intentar llevarse al prometido de su hermana al jardín, había mirado más de la cuenta a Oliver, y con un

descaro sin igual. ¿Qué clase de juego estaba jugando esa pérfida mujer?

Susan estaba a punto de descubrir la respuesta a esta pregunta. En el siguiente baile, al que acudió junto con su buena amiga, la duquesa de Stone, hubo más de lo mismo. Un Leo que encandilaba a la señorita Harrelson y a su madre, mientras Ashton estaba al acecho tratando de evitar males mayores. De nuevo, interceptó a la pareja cuando estaba a punto de cruzar las puertas francesas en dirección al jardín. Esta vez Oliver lo había conseguido, pero Sue empezaba a querer arrancarle la cabeza a ese maldito personaje que era el señor Shell. Por suerte, Sue sabía que Melly no estaba al tanto de esas tonterías que hacía su prometido. Cuando Melly le presentó a Shell, ella intentó sacar su mejor sonrisa, pero estaba segura de que ese hombre habría notado su animadversión. Creyó que Melly sería capaz de distinguir las flores entre la mala hierba, pero al parecer había entregado su corazón a un hombre que no la merecía. Era contradictorio; porque, cuando el señor Shell miraba a la que consideraba su hermana, él irradiaba sinceridad y verdadero interés. No obstante, también mostraba interés en la llamada Emma Harrelson.

Una vez más, Oliver lo había conseguido. Había saboteado los planes de la pareja y para ello había tenido que convertirse en la pareja de baile de la mujer. Sue observaba atenta al duque. Esa mujer estaba flirteando con él mientras bailaba y él parecía ¿complacido? Emma Harrelson era un estorbo y el señor Shell una complicación. Confiaba en que Ashton le dejase las cosas bien claras a esa mujer ruin. Pero tampoco era como si Oliver tomase siempre las decisiones acertadas, ¿verdad?

Se quedó de piedra cuando vio que Ashton se disponía a sacar a aquella mujer al jardín. El duque había decidido intervenir. Todo indicaba que la estrategia pasaba por ocupar el lugar de Leopold Shell, es decir, convertirse en el centro de atención de la mujer. Al menos el inepto había pensado en un plan. Pero ¡por encima de su cadáver Emma Harrelson iba a tener a un duque! y menos a Ashton, se juró.

Pasó el tiempo y, desde su posición, pudo comprobar que Ashton regresaba del jardín contrariado. Sue lo notó enseguida. ¿Qué habría sucedido entre ambos? No tuvo que ir a su encuentro para averiguarlo porque él se acercó hasta ella.

—Pareces un halcón divisándolo todo, lady Susan.

—Alguien tiene que hacerlo. Como te dije una vez, no tienes buena vista detectando… ciertas complicaciones.

—¿Por qué te niegas a verme cuando voy a casa de la duquesa de Stone?

—¿Has estado en casa de Lisa? —preguntó desconcertada.

—Debí suponer que la muy bruja no te lo diría. Quiero que

hablemos.

—No es el momento.

—¿Cuándo?

—Cuando arreglemos la situación de Melly.

—Le he explicado el problema a la señorita Harrelson. Se lo he dejado claro. Problema resuelto, ¿de acuerdo? Está solucionado.

—¿Seguro? —inquirió Sue mirando hacia un punto del salón donde un cómodo señor Shell tenía una íntima conversación con esa insulsa solterona.

—¡Maldito sea Lucifer! —se quejó Oliver.

—Última oportunidad, Ashton, o entro yo en el juego. Y no será bonito de ver, te lo aseguro.

—Por Dios, Sue, sé cómo ocuparme de Emma. Es mi hermana, lo arreglaré.

—¿Emma?

El duque bufó.

—Voy a solucionarlo de una maldita vez. Y, en cuanto lo haga, tú y yo mantendremos unas palabras. No me gusta que uses el título conmigo. Siempre fui Oliver.

—¡Ocúpate de Melly!

Oliver la dejó y fue de nuevo a por la bendita señorita Harrelson. Se había convertido en la niñera de esa mujer. Por Dios santo, ¿es que su futuro cuñado pretendía que lo asesinase? Oliver no quería hablar con él. Porque, si lo hacía, lo mataría. Y no podía hacerle eso a Melly. Su hermana llevaba muchos años entusiasmada con ese hombre y él le daría la luna a ella si así lo pidiera, pero estaba resultando demasiado difícil no retorcerle el pescuezo al prometido de Amelia.

Oliver se acercó con sigilo a Emma y al señor Shell para espiarlos. Sí, espiarlos. Quería saber a qué atenerse con esa mujer.

—¿Qué pretendes, Emma? ¿Te has vuelto loca?

—Disculpa, Leo, pero no sé de qué hablas.

—Guiñarle un ojo a Ashton… Desde luego… Estás para que te encierren en Bedlam. ¿Se puede saber qué haces guiñándole un ojo? Y más cuando te has marchado con él al jardín hace más de media hora. ¡Por Dios, Emma, te creía más lista que todo esto!

—Te repito que no sé de qué estás hablando.

—En serio, Emma, ¿a estas alturas? Tú que siempre te estás quejando de la falta de sinceridad de todo el mundo y ¡ahora me sales con esto!

—Lo que yo haga con mi vida no es asunto tuyo. Deberías ocuparte más de lady Amelia y menos de mí.

—¡Ah, estás celosa!

—No lo estoy, Leo. Estoy feliz por ti, porque hayas decidido sentar la cabeza con una mujer como ella.

—¿Eso es lo que te ha dicho él? ¿Que me voy a casar con su hermana?

—Sí.

—No lo he decidido.

—Pues debo decir que me defraudas. Sabía que eras un poco calavera, pero estar jugando así con los sentimientos de una joven dama, quien estoy segura de que es buena y honesta, no es digno del Leo que yo conocí cuando era pequeña.

—Ese Leo no está y te recuerdo que has empezado tú.

—¿Empezado yo? ¿El qué, Leo?

—Esta seducción. Oh, vamos, no negarás que llevas días queriendo estar conmigo a solas. Y, como yo no te he hecho caso, has decidido salir con él.

—Basta, Leo. No eres honesto. Yo creía que tú estabas… Bueno, que estabas disponible, pero… veo que no. Además, no eres como yo pensaba.

—Disponible ¿para qué? No estoy casado. Venga, atrévete a decir lo que querías de mí.

—Lo que quisiera de ti ya no lo quiero. Haznos un favor a todas, ¡a todas, Leo!, y sienta la cabeza.

Y, por amor de Dios, si vas a comprometerte con lady Amelia, ten la decencia de ser honesto contigo y con ella. No coquetees con nadie más. No es justo para ella, ni para las demás.

—Te recuerdo de nuevo, Emma, que fuiste tú quien comenzó.

—Puede que lo iniciase yo, pero ¡porque no sabía que estabas a punto de comprometerte! ¡Por amor de Dios, Leo!, un mes y no has sido capaz de decirme una palabra.

—No lo había decidido.

—¿Habías?

—¿Qué quieres de mí, Emma?

—Quiero que seas feliz. Si lady Amelia Worth es la elegida, alcanza la dicha con ella, pero sobre todo hazla feliz. Y, por favor, no le seas desleal. Cuando te cases, no seas infiel… Por muy tentado que estés.

—Aquí todas son remilgadas, no son como tú. Me haces vibrar, me haces sentir vivo, Emma.

—Enseña a Amelia a ser vibrante, desinhibida contigo. Estas chicas están cortadas por el mismo patrón, sabes que yo he tenido una vida diferente. Por eso soy como soy. No tires la toalla con ella, muéstrale cómo eres, tu pasión. Por eso te había elegido, Leo…

—¿Elegido, Emma? ¿Y si quiero que me elijas? ¿Y si estoy dispuesto a arriesgarlo todo por ti?

—No hagas esto, Leo, estás siendo deshonesto con tu prometida y no puedo soportarlo. Si yo estuviese en su situación y tú estuvieses haciendo esto…

—¿Qué te importa a ti otra mujer cuando me estoy declarando? Maldita sea, Emma, ¿qué ha hecho Ashton para que te cierres en banda?, ¿Te ha dado lo que querías? ¡Responde!

El duque no pudo permanecer por más tiempo en las sombras y decidió intervenir. Ashton estaba asombrado. Oliver la había subestimado, al parecer la señorita Harrelson era más de lo que parecía. ¿Por qué no probar suerte?, se dijo él.

—Buenas noches, Shell, señorita Harrelson. Creo que me ha prometido esta pieza.

—Ashton, esto es una conversación privada, haría bien en irse de inmediato. —dijo apretando los dientes el señor Shell.

—Leo —tomó la palabra la señorita Harrelson—, lo siento. Pero comprometí esta danza con el duque de Ashton y no debemos faltar nunca, bajo ningún concepto, a nuestros compromisos, como tampoco debemos ser desleales. Harás bien en recordarlo. Buenas noches, señor Shell.

Mientras Oliver sacaba a bailar a Emma, Sue decidió que era hora de intervenir en otra dirección y fue directa hacia su víctima. Oh, sí. Ella llevaba varias noches conteniéndose, pero era momento de explicar las cosas de forma clara. La felicidad de Melly estaba en juego y no podía aguardar más.

—Buenos noches, señor Shell.

—Lady Susan Dawson, es un placer verla —señaló cortés el interpelado.

—Por favor, ¿podemos hablar en privado usted y yo? Es de suma urgencia. —Sue puso su mejor cara de preocupación.

—Por supuesto. La sigo. —Se apartó para abrir camino a la dama en un gesto de caballerosidad. Ambos llegaron a un despacho alejado del trajín de la fiesta. Sue entró, él entró y la puerta se cerró.

—Milady, sabe que tendremos un problema si alguien nos descubre… No es correcto que yo esté aquí con usted estando mi prometida ahí fuera.

Susan rodó los ojos y se tragó la réplica contundente que pugnaba por gritar. ¡A buenas horas se acordaba él de su prometida y la inconveniencia de estar a solas con una mujer! Se calmó y eligió sabiamente sus palabras.

—Me alegra comprobar que al fin se da usted cuenta de eso, señor Shell.

—¿Disculpe? —Lo había pillado desprevenido.

—No me andaré con rodeos. Usted no me gusta.

—Es muy directa, milady.

—He visto el juego que se trae con la señorita Emma Harrelson. Tiene suerte de que Melly solo esté preocupada por ese coqueteo que usted mantiene y no ha visto las tres veces que usted ha intentado

llevársela al jardín para hacer Dios sabe qué propósito.

—Oiga, no voy a consentir que…

—Escúcheme, y escúcheme bien, señor Shell —lo cortó intransigente—. Quiero a Melly más que a mi propia vida. El juego con la señorita Harrelson acaba aquí y ahora. Porque le juro que, si no, yo misma le mataré. Soy sanadora, conozco toda clase de brebajes. Algunos no dejan huella. Un descuido, unas simples gotas en su copa y estará usted muerto. Y le garantizo que no será una muerte agradable. ¿Lo comprende?

—¿Está usted loca?

—Sí, mucho. Se lo aseguro. Por alguna extraña razón, ella lo ha elegido. No alcanzo a entender el motivo, pero Melly lo ama y no estoy dispuesta a romperle el corazón alejándola de usted. Pero si descubro que la daña, que ella derrama una sola lágrima por usted, la esconderé tan rápidamente que pensará que se la ha tragado la tierra.

—¿Ella me ama?

—Por amor de Dios, ¡otro ciego!

—Yo no soy ciego, milady.

—Desde luego que lo es, si no ha sido capaz de ver los sentimientos que despierta en su prometida —arrastró las palabras.

—Está bien, está bien. Creí que Melly me había elegido porque no encontraría nada más debido a su… —Ella levantó una ceja amenazadora—. Bueno, debido a ciertas circunstancias de su nacimiento que no vienen al caso, pero no creí que… —Él suspiró.

Leo fijó con firmeza la mirada en esa mujer hermosa que lo acababa de amenazar. El caballero sintió un escalofrío por todo el cuerpo. ¿Dónde estaba la dulce lady Susan de la que tanto había hablado Melly? Esa mujer era muy peligrosa, una palpitación en su corazón se lo decía. Tal vez Em tuviera razón y el amor de su vida fuese Melly. Él la quería pero ella no era ardiente, atrevida

como su buena amiga de la infancia. Pero ¿y si él la enseñaba a ser perversa? Una sonrisa se dibujó en su rostro. La sonrisa se borró de un plumazo cuando Susan volvió a alzar una ceja… ¿Le estaría leyendo la mente?

—¿Y bien, señor Shell? ¿Qué decide?

Él se llevó una mano al corazón.

—Le juro por mi vida que, a partir de este mismo instante, dedicaré todo mi empeño en hacer feliz a Melly. No habrá para mí, más mujer que ella. Me dedicaré a mi futura esposa en cuerpo y alma. Susan lo creyó; sin embargo, seguía furiosa con él.

—Más le vale no defraudarla. Puedo hacer de su vida un auténtico infierno, se lo garantizo. Porque antes de acabar con su patética existencia, mi buen amigo Stone le hará picadillo, le dejará en la miseria. Tal vez haya oído la rumorología sobre su duquesa, ella es

una bruja y echa maldiciones. Y yo, señor Shell, además de conocer todas las pócimas habidas y por haber, sé desangrar a un cerdo mientras aún respira. —En efecto, la dama que alguna vez hubo en ella debió morir cuando espetó la última frase, pero aun así se sintió divina por ser tan grosera.

Shell tragó saliva y, por primera vez, sintió pánico de una mujer. Y eso que él era muy amigo de lady Valerie Manchester desde hacía años y creía que nada en esta vida podía ser peor que la hija de la marquesa viuda de Ailsa. Estaba equivocado e iba a descubrirlo en los siguientes bailes. Porque no sabía si sería cierto que la duquesa de Stone era una bruja, pero lady Susan…

Capítulo 9

Satanás ha vuelto

Leonel Jones se sentía un maldito estúpido. Su vida había sido un camino tortuoso lleno de piedras y baches desde que ella se fuera. Culpable. Él mismo se había juzgado y resultó ser culpable de todas sus miserias. ¿De qué le valió vengarse de la mujer que amaba? De absolutamente nada, porque la pérdida fue devastadora. Había recorrido buena parte de Europa y América. Cada pista sobre ella se desvanecía. Nada tenía sentido. Hubo quien aprovechó sus muchos viajes, y sus múltiples cualidades para los cálculos y la política, para convertirle en un hombre al servicio de la Corona.

La desesperación en estos largos años había sido brutal. Si él la había herido, ya había pagado con creces la penitencia. Susan tenía que verlo, porque ninguna mujer sería como ella. Nunca. Jamás. Nadie como ella.

Se había presentado en casa de los duques de Stone dispuesto a robarla. El maldito duque lo frenó. ¿Habría llegado ella? Bueno, si no estaba en la mansión del odioso, seguro que no tardaría en hacer acto de presencia. Porque el duque se apiadó de su dolor y confesó que ella vendría a Londres.

Después de que los gorilas de Stone lo despachasen, se encaminó a visitar al mejor sastre de la ciudad. No sabía el motivo de su regreso de modo fehaciente, pero apostaba su fortuna a que el compromiso de lady Amelia había sido el detonante. De haberlo sabido, él mismo la hubiera entregado en la puerta del señor Shell envuelta en un precioso lazo rojo.

La temporada estaba ligeramente avanzada, pero sabía que tendría que patear los salones de bailes para dar con ella. La bruja y su esposo no iban a permitirle la entrada a la casa; pero, en los bailes, él podría hacer lo que quisiera.

Con los trajes ya encargados, regresó a su casa para hacer una lista de los compromisos a los que Melly debería asistir. Se preparó, pero el

destino tenía una jugada cruel para él.

Algún tipo de enfermedad vergonzosa, de esas que hacían que todo lo que comiera se transformase en papilla, se apoderó de él. No pudo salir de casa durante lo que le parecieron años.

Algo de lo que comió, dijo el buen doctor que era el proceder de su dolencia. Si no fuera porque era imposible, se atrevería a conjeturar que había sido algún tipo de maleficio proveniente de cierta duquesa que se creía bruja. Y sí, bruja era, pero de las que se merecían un par de verrugas en su nariz.

Cuando se recompuso de su misteriosa enfermedad, se prometió que todo esto llegaría pronto a su fin. De una manera u otra él iba a tener lo que más deseaba. Cinco años no le habían hecho más que amarla infinitamente.

Se colocó su mejor vestimenta y fue en su busca. Si esa noche debía recorrer todos y cada uno de los actos sociales que se celebran en la maldita ciudad que así fuera.

No hizo falta. El destino quiso que la encontrara pronto.

—Atrévase a hacer una escena aquí y le echaré una nueva maldición. —Como le fastidiaba esa mujer, tanto o más que Stone.

—Ambos sabemos que no es usted una bruja, excelencia.

—¿Ah, no? Póngame de nuevo a prueba, milord —lo retó la duquesa con una sonrisa de suficiencia. A Lee no le pasó desapercibido el uso del título que ella había empleado con él. No debería sorprenderse, no era bruja, pero sí una mujer muy inteligente.

—Veo que ya sabe que pronto estaré en posesión de un título.

—Ser el futuro marqués de Spencer no es poco. Imagino que ha cumplido bien… su papel ayudando a las personas correctas.

—Nuestro amigo en común me ha ayudado, sí, pero créame que me lo he ganado a pulso. —Él tenía cicatrices en su cuerpo que así lo demostraban.

—El marqués de Ailsa no es amigo mío. No lo soporto, no se ofenda. Ciertamente me alegra que vaya a ser recompensado con el título. Supongo que tendré que acostumbrarme a que sea el nuevo marqués de Spencer.

—Título aparte… ¿Dónde está ella, excelencia?

—Para estar tan ansioso por verla, Jones, la ha pasado por alto muy rápidamente. Vuelva a mirar —lo conminó Lisa haciendo una inclinación de cabeza hacia la pista de baile.

Después de cinco años de terrible agonía, su corazón —y otra parte de su anatomía que llevaba muerta mucho tiempo— comenzó a latir.

El ángel había vuelto convertido en pecado para los sentidos. Toda Sue era un precioso bombón perfectamente envuelto que él se moría de ganas por degustar. Una mujer decidida, orgullosa, arrogante se erguía ante él. Ataviada con un sencillo vestido verde que dejaba,

demasiado a la vista, sus dos segundos mejores encantos —los dos primeros eran esas esmeraldas que tenía por ojos—. Cayó rendido. Obnubilado ante su belleza. No estaba igual que la última vez que la había poseído en el jardín, estaba cien mil veces mejor. Había madurado como el buen vino. Se la veía tan segura de sí misma. Perfecta.

—Por cierto, Jones, celebro ver que se ha recuperado de su… indisposición. —Una nueva sonrisa amaneció en el rostro de la duquesa.

—Si me entero de que ha tenido algo que ver con eso, yo…

—Sí, sí… Como si Stone se lo fuera a permitir. ¡Ah! Le aviso, querido —cambió rápidamente el rumbo de la conversación—, no consentiré que haga una escena. La reputación de la dama está bastante recuperada y no toleraré que la deje en evidencia.

—No voy a hacer una esce… —se detuvo en seco cuando identificó a la pareja de baile de ella. Había estado tan absorto contemplado su belleza que se había olvidado de todo lo demás. Se le heló la sangre al verlo bailar con ella.

—Se lo advierto. No la haga enfadar. Además, no tiene derecho a estar ofendido, él sigue siendo su prometido a todos los efectos. Siempre es mejor ser una duquesa que la amante de un marqués, ¿verdad? —No pudo evitar la ocasión para molestarlo.

—Está jugando con fuego, duquesa. Llevo años muy furioso. No tiente su suerte, porque ni su laureado esposo será capaz de salvarla.

Lisa restó importancia a la latente amenaza. Pese a su aspecto fiero y de guerrero vikingo, como era catalogado por Sue, él no le inspiraba el menor temor.

—Querido, llevo cinco años esperando este momento. Déjeme disfrutarlo. Y créame, eso no es nada para lo que le queda por descubrir. Se lo avisé. Recuerde que se lo advertí. Y ahora sea un buen chico y no haga un drama. Porque le juro por mis antepasadas, esas brujas de las que se burlaron usted y Ashton, que haré algo peor que dejarle mustio. Creo que después de cinco años ha aprendido que conmigo no se juega, ¿sí? —dijo la duquesa de Stone esbozando una sonrisa—. Disfrute de su noche contemplando sin poder tocar.

—Esto no se quedará así.

—Lo sé, pero está en desventaja y lo disfrutaré. —La duquesa salió de escena para dejar a un furibundo señor Jones que estaba listo para sacudir a Ashton y raptar a su mujer. Llevaba años buscándola sin éxito. Pero ella estaba allí y no se le iba a escapar de entre los dedos de las manos como la última vez.

Mientras, en la pista de baile, otra conversación interesante estaba teniendo lugar. El duque de Ashton y lady Susan danzaban con cierta tensión entre ellos. En los últimos días las cosas entre ella y Ashton se

habían puesto muy serias, aunque ella no había querido hablar directamente con él porque estaba furiosa. ¡La situación con la señorita Harrelson se le estaba yendo de las manos! ¿No se daba cuenta de que la solterona insulsa quería pescarlo?

—Estás demasiado pendiente de esa mujer y de su hija. No es apropiado, Oliver. Todo el mundo comenta que…

—No considero que ser cortés y educado no sea apropiado, pero tal vez las normas hayan vuelto a cambiar —la cortó intransigente Olivier.

—No es ser cortés que la lleves en brazos, que te pasees por Hyde Park a caballo con ella, que te la comas con los ojos en la ópera delante de toda la sociedad, y que sea la tercera vez esta noche que te oigo preguntar por ella. Eres tan evidente, querido.

—¿Celosa, Susan? No te pega. Además, a estas alturas, eso está de más, ¿no crees?

Sue vio la determinación de él en sus ojos y decidió usar su última baza. Ella no podía dejar que esa maldita mujer, esa Emma Harrelson, se saliera con la suya. Porque, no contenta con intentar arrebatarle la felicidad a Melly, estaba tratando de conquistar a Oliver. Susan no lo consentiría aunque le fuese la vida en ello y eso implicase sacrificarse ella misma. Ashton no se lo merecía, pero lo salvaría de las garras de esa mujer al precio que fuera necesario.

—Oliver, nos conocemos desde que éramos niños. Por nuestra amistad te diré que, si pones tus miras en ella, harás el ridículo más espantoso de toda tu vida. Conoces tus obligaciones para con el ducado. Sabes que pocas mujeres estarán a la altura del cargo de ser la duquesa de Ashton, y esa señorita Harrelson menos que nadie. Por Dios, ¡una don nadie, salvaje como ella! ¿Después de siglos de tradición quieres poner en tela de juicio la honestidad del legado de tus antepasados? Tu padre no lo aprobaría.

—Basta, Susan. Soy consciente de mis deberes y obligaciones. No hace falta que te recuerde cómo las aprendí. Y te aviso: soy un caballero pero, si sigues metiéndote en mis asuntos, te dejaré plantada en medio de la pista. Y no me arrepentiré un ápice de ello, pues te empeñas en señalar que debo ser digno hijo de mi padre y ambos sabemos que eso sería una equivocación.

—Oliver, debes ser consciente que tu padre hizo lo mejor para ti. Nuestra educación es envidiable, a ti y a mí nos educaron para tomar nuestra posición. —La bilis le subía por la garganta—. Aunque no tiene caso remover el pasado, ya te dije que no fue culpa tuya que…

—Alto, Susan, pisas terreno resbaladizo.

—Bien, lo dejaré ahí, pero no me silenciarás con respecto a nuestra situación. Parece que no acabas de decidirte. Todo el mundo está esperando a que anunciemos nuestro compromiso.

—No creo que sea hora de recordar al viejo. Te lo dejé claro, nuestros sentimientos son de amistad. Además, estás cualificada de sobra para ser toda una dama, no importa que no seas la duquesa de Ashton. Decidimos, ambos, liberarnos de aquella obligación, ¿recuerdas?

—¡Me educaron para serlo! Era el deseo de tu padre. No puedo creer que faltes a tu palabra con tu padre. ¿Tan interesado estás en ella? Ya te dije que pensaba ser una esposa permisiva. No me importa con quién compartas tu cama. Sabes que soy la única opción aceptable para tu legado. —Sue no se creyó nunca capaz de decir tales sandeces.

—No pienso volver a discutir de nuevo este asunto, Sue, déjalo de una vez por todas. Estuviste de acuerdo cuando pensaste que serías la duquesa de Stone.

De nuevo, un regusto amargo de bilis le subió por la garganta. Maldito Ashton que no entendió nada de nada. Él seguía pensando que ella era culpable. Pensó en escupirle toda la verdad, pero decidió callar una vez más y seguir interpretando su papel de villana.

—No puedes culparme, tú solo me dabas largas y él se veía tan…

—¿Dispuesto?

—¡Por una institutriz, Ashton!, me cambió por una miserable y patética institutriz —dijo ella con

todo el dolor de su corazón por tener que decir eso de su estimada Lisa—. Soy de nuevo tu oportunidad. No voy a esperarte eternamente, Oliver. Además, estoy a punto de cumplir años. No toleraré que me conviertas en una solterona.

—No te lo he pedido. No me esperes. Siempre te he dicho que quiero que seas feliz y, conmigo, no lo conseguirás.

—Oliver, ¿cuántos matrimonios conoces que sean felices? Todo fachada y conveniencia. Miente cuanto quieras, pero no a mí. Sabes que te conozco.

—Y, porque nos conocemos y te aprecio, no te he reprendido por hablarle así a la señora Harrelson. Sobre todo, al menospreciar y faltarle al respecto a su hija, cuando ella misma no está delante para defenderse de tus ataques.

Esto era serio, pensó Sue al ver la inquebrantable defensa de Ashton ante Emma y su madre.

—No he dicho más que lo que todo el mundo en esta sala sabe. Y créeme que he sido benévola a la hora de referirme a ella, no te imaginas todo lo que se dice de esa salvaje. No toleraré que ella usurpe mi lugar.

—Te lo advierto, Sue, soy yo el que no va a tolerar esas palabras. No de ti, no ahora. —La hechicera de la señorita Harrelson lo tenía loco de deseo, aunque debía confesar que estaba molesto con ella por no acudir a este baile como él le había pedido.

—Así que es cierto todo lo que dicen de ti.

—¿Se puede saber qué se dice de mí, querida?

—Que te tiene comiendo de su mano. Algo que me he hartado de desmentir desde hace una semana, pero veo mi error. Te conozco y no puedes ocultarme la verdad. Nunca has defendido a alguien, y menos a una mujer, en público. Y mucho menos por mis ataques, que bien sabes que son ciertos. Si tu padre viviese me daría la razón y lo sabes.

—No deberías creer todo lo que oigas.

—No lo estoy oyendo, lo estoy viendo.

—Sea como sea, sabes que no me casaré hasta que sea totalmente indispensable y eso no ocurrirá hasta pasados unos cuantos años más.

Le pescó la mentira en un periquete. La voz de alarma se prendió. Emma había calado hondo en el corazón de él y ella no iba a permitir que esa arpía hiciese daño a su hermano. Por más que él no se mereciera su protección, ella se la daría. Piensa, Sue, piensa, se dijo a ella misma. Y en ese mismo momento, mientras Ashton le daba una vuelta como marcaba el baile, ella lo vio.

Amenazante, soberbio, duro, oscuro. Su gladiador, su guerrero vikingo. Leonel Jones había vuelto a irrumpir en su vida, pero todo era diferente. Ella estaba preparada para afrontarlo, pero que trastabillara al divisarlo no era una buena señal… Se le ocurrió un plan, una gran mentira más bien.

—Voy a aceptar el compromiso con Leonel. Será anunciado esta misma noche. Espero que no te arrepientas. —Esperaba ponerlo ¿celoso? No sabía muy bien qué le impulsó a lanzar tal farol, pero…

—Harás bien. Es uno de mis mejores amigos. Tengo confianza plena en él, de otro modo no le permitiría llevar todos mis asuntos. Además, desde que te conoció, ha estado prendado de ti. Y debo admitir que estoy gratamente sorprendido, no concebiría jamás que te conformases con menos que un título.

—La Corona le ha dado un título, va a ser marqués. No puedo esperarte más. Si no voy a ser duquesa, al menos seré marquesa. —Maldijo por tener que interpretar ese papel de villana. Era necesario para salvarlo. ¿Ashton no se daba cuenta del error que cometía con la señorita Harrelson?

—Mereces ser feliz, de verdad espero que lo consigas, y el señor Jones es el hombre indicado para hacerlo. Si él no puede lograrlo, nadie más podrá.

—No es como ser duquesa, pero creo que es hora de renunciar al sueño que mi madre me inculcó de pequeña, ¿verdad, Ashton? —lo retó ella a desmentirla.

—Es lo mejor para los tres. Con él tendrás la oportunidad de ser feliz.

—Algún día te arrepentirás, excelencia.

—Puede que tengas razón, pero yo trazo mi camino.

La música terminó. Ashton se despidió con una reverencia. Susan estaba furiosa porque su plan no había servido de nada. Ella se disponía a buscar a su buena amiga la duquesa de Stone, cuando percibió una figura amenazadora a su lado. No hubo necesidad de girarse para saber que era él. Lee, susurró en su mente. La falsa sensación de estar a salvo, que se había instaurado en ella en los últimos días por no haber coincidido con él en ningún acto, se esfumó de súbito.

—¿Por las buenas o por las malas, milady? Usted elige. —Él le colocó una mano en la cintura. Si tenía pensamiento de huir, ella no iba a ir a ninguna parte.

—Digamos que lo elijo por las malas, ¿qué sería, pues? —Por alguna extraña razón ella tenía ganas, y muchas, de jugar con él. Ashton la había puesto de muy mal humor.

Él se acercó a su oído. Su aliento le hizo cosquillas. Su cuerpo la traicionó.

—Te cargaré sobre mi hombro, te llevaré a mi casa y no volverás a ver la luz del sol hasta que yo lo permita. ¿Te satisface mi respuesta?

Ella estalló en suaves carcajadas de lo más coquetas.

—Muy gracioso, señor Jones. Pero ambos sabemos que usted no daría un paso sin que Stone indicase a sus hombres que lo derribasen. ¿Acaso me cree tan estúpida para venir aquí sin la debida protección?

—¿Por qué no lo averiguamos, pues? —preguntó él con una ceja sardónica.

Sue respiró. Maldita la hora en que decidió venir al baile de los Shater. Ella solo quería evitar que Oliver cometiese una locura con la señorita Harrelson, y su enemiga ni había acudido al acto.

—En la entrada principal. Justo al lado de la escalera hay una salita. Nos veremos allí en cinco minutos —sugirió ella.

—La última vez te subestimé, querida. He pasado cinco años esperando este momento. Intenta algo y te juro por mi vida que la casa de los Stone arderá con ellos dentro.

Ella jadeó de sorpresa.

—¡Jones! No puedes decir eso —lo regañó como si fuera un niño.

—No subestime usted tampoco a un hombre desesperado, milady. Soy capaz de cualquier cosa. No me ponga a prueba. Estaré justo detrás —le advirtió por si ella tuviera la tentación de escapar.

Sue permaneció impasible. No le daría el gusto de hacerle temer nada. Se fue directa hacia la salita. Sentía la mirada de él clavada a su espalda. La duquesa de Stone la divisó, la mirada de ambas se cruzó y Susy le hizo una seña de asentimiento para indicarle que todo estaba bien. Lisa le… ¿le acababa de guiñar un ojo?

Llegaron a su destino. La puerta fue cerrada con llave. Sue se negó

a mostrarse débil ante él, por más que quisiera echarse a temblar.

—¿Y bien, señor Jones? Usted dirá el motivo de esta improvisada reunión.

—Fija la fecha de la boda, tú ganas.

Ella optó por reírse porque no sabía qué más podría hacer…

—Sigue siendo usted tan gracioso como lo recordaba, mi querido señor Jones.

—Deja de comportarte así, Sue. Estoy hablando completamente en serio.

—Yo también —dijo Sue alzando su mentón orgullosa.

—Tengo dinero y un título. Justo lo que querías.

Su corazón cayó al suelo. ¿Ella quería título y dinero? ¡Maldito!

—Aún no eres marqués —intentó herirlo en su orgullo—, sigues siendo el señor Jones.

—Es cuestión de pocos días, tal vez incluso horas. —No le sorprendió que ella lo supiera. Era amiga de la bruja.

—¿Acaso crees que, teniendo a un duque a mi alcance, me conformaré con menos? —le escupió dolida.

—Dame tiempo, te prometo que seré un duque. —Sue sintió el corazón estremecer ante la vulnerabilidad de él. No había rastro de esa brutalidad mostrada hacía un momento en el salón de baile. El hombre que tenía delante de ella era Lee y definitivamente contra eso no se veía capaz de luchar.

Él la creía culpable. En estos años seguía considerándola codiciosa. Lejos de sentir lástima, decidió hurgar en la herida.

—Le recuerdo que estuve prometida a un duque una vez, Ashton, y que encontré a otro mucho mejor, Stone, por quien intenté luchar. Si bien la jugada… no me salió bien… Entonces ¿qué le hace pensar que me conformaré ahora con un miserable don nadie que aún no tiene un título? —Vio que el dolor lo atravesó. Se sintió culpable.

—Por Dios, mujer, te he dicho que me des tiempo. ¡Te conseguiré un maldito ducado! —¿En serio Lee continuaba pensando que ella solo quería título y dinero? Susan sintió ganas de llorar. Ni Ashton ni él habían aprendido nada en todos estos años.

—Venga a verme cuando lo tenga —volvió a escupir Sue mientras se dirigía a la puerta.

—Sue, te lo suplico. —Él le colocó tímidamente la mano en el hombro—. No me hagas esto. Haré lo que quieras. Tengo dinero, mucho dinero. Lo conseguiré por ti, seré duque si hace falta. Llevo cinco años sin vivir. La comida me sabe a heno, mis sueños están huecos. Nada me contenta. Estoy muerto por dentro, ángel. Te lo suplico. Dime qué hacer y lo haré, te lo juro. Pero no te vayas, no me vuelvas a alejar de tu lado.

Ella se dio la vuelta. La súplica que vio en sus ojos fue la misma

que ella puso aquella noche cuando… El pasado entró en su mente. Dolor. Su corazón estaba abriendo la herida que creyó cerrada.

—Juraste por tu honor que vendrías por mí, que me tomarías como tu esposa o de ninguna otra manera. Perdona si tus promesas y juramentos me provocan risa.

—¿Y tú, ángel? ¿Qué me juraste tú mientras estabas prometida a Ashton? ¿O qué le prometiste a él mientras disfrutabas de mis besos, de mis caricias? Juraste que me esperarías, y me di la vuelta y estabas encandilando a Stone. ¿Fue una competición con tu buena amiga, la bruja de la señorita Summer, y te ganó ella? ¿O un juego indecoroso entre los tres? No te atrevas a darme lecciones de sinceridad. ¿Por qué a Oliver lo has perdonado y no a mí? Te he visto entre sus brazos, la complicidad entre ambos.

—A él lo perdoné esa misma noche —comenzó ella mientras tenía agarrado el pomo de la puerta con la mano, dispuesta a salir de allí a toda prisa. Se había vuelto a girar porque no podía soportar mirarlo—. Pero, a ti, te advertí que no te absolvía. No lo haré jamás porque te amé, te entregué mi corazón, y tú…

—No hace falta que repitas tus palabras —la cortó—, las tengo grabadas a fuego. Mírame, Sue.

Ella continuó sin volverse para enfrentarlo. Le estaba costando la vida mantenerse firme.

—Mírame, ángel, por favor.

Sue tuvo entonces que enfrentarlo. Lee era un hombre derrotado. Hundido. Las lágrimas corrían libres por las mejillas del vikingo. Estaba destrozado.

—Te amo, Sue. Nunca dejé de amarte y nunca lo haré. Desapareciste, huiste de mí y honré mi juramento. He estado cinco años buscándote. No ha habido más mujer que tú.

Sue cerró los ojos, las lágrimas cayeron. Lo amaba. Supo que estaba perdida en el mismo momento en que lo divisó en el salón de baile. Siempre sería él. Sue abrió los ojos y Lee se acercó a ella para abrazarla. Ella se dejó.

—Te amo, mi ángel. No vuelvas a dejarme, mi vida ha sido un infierno. Ten piedad de mí.

Los labios de él reclamaron los suyos. Lee empezó a besarla, besos cortos, rápidos, de auténtica devoción. Él comenzó a desvestirla y ella se dejó hacer. Ante él se mostró desnuda. Notó que él se fijaba en su barriga y se sintió mal. Tenía una horrible cicatriz. Nana tuvo que sacar a su hija de manera urgente, para que ambas no muriesen, y la imperfección la hizo sentir menos hermosa.

—Estuve enferma —mintió. Ella se tapó avergonzada esa parte tan fea de su cuerpo. Lee le quitó las manos de allí, se arrodilló y comenzó a besar toda esa zona.

—Toda tú eres perfecta, mi ángel. Años queriendo ver tu cuerpo. Cinco años ansiando este momento sin estar seguro de si llegaría. Nunca te escondas de mí, vida mía.

Los besos comenzaron de nuevo. Lee quería venerarla por completo. Su lengua recorrió todos y cada uno de sus rincones, deteniéndose a lamer lo que ella más necesitaba. Abrió sus piernas para darle espacio entre sus muslos. Sue se sobresaltó por la impresión. Pero, en la segunda lamida, su mente salió de su cuerpo para ascender al Olimpo. El ritmo frenético que le impuso esa lengua la catapultó rápidamente hacia la cúspide del placer. Un grito incontenible salió de su garganta.

Cinco largos años sin sentir el placer de una caricia, porque Sue le sería fiel hasta el fin de sus días.

Ella quedó satisfecha, gloriosamente complacida. Enfocó su mirada y lo vio arrodillado ante ella relamiéndose los labios, todavía veía su elixir en ellos. Se sintió perversa, poderosa. Le tendió la mano a él para instarlo a levantarse. Él se incorporó. Comenzó a desvestirlo, besando cada parte desnuda de su cuerpo. Él, manso, consintió. Cuando lo tuvo a su merced, lo acarició. Su hombría estaba erguida y reclamando atención. No le extrañó el dolor que le causó la primera vez. Todo en él era grande y perfecto. Se mordió el labio inferior. Se permitió dar una vuelta a su alrededor para admirar su desnudez. Sus glúteos eran perfectos. Su espalda tan ancha como la recordaba. Vio una cicatriz en ella desde el hombro derecho hasta casi su nalga izquierda. Se estremeció, pero no preguntó. No se habían visto nunca desnudos, tal vez era una cicatriz nueva o tal vez no. Pero Sue no quería romper el momento. Haría la averiguación en otro momento.

Lo hizo sentarse sobre el sofá más cercano. Él, sumiso, obedeció.

No era una mujer que únicamente conociese los secretos de las plantas, hierbas y ciertas medicinas. No. Susan había descubierto en la biblioteca de Nana una serie de libros muy curiosos. Y, si eso fuera poco, Lisa no había tenido nunca ningún pudor al hablar sobre los beneficios de aprovechar sus armas femeninas para volver loco a un hombre.

Correspondió a su gesto. Ella se colocó de rodillas. Él tembló de anticipación. Su mano derecha empuñó la principal arma de su vikingo. Él jadeó de placer al sentir su mano sobre su virilidad. Movimientos certeros comenzaron a manejar la estaca. La mirada de él estaba fija en la de ella. Sin perder el contacto, bajó su boca para tomarlo entre sus labios. Él no pudo evitar echar la cabeza hacia atrás, mientras ella lo saboreaba con glotonería.

Unos minutos estuvo ella deleitándolo, hasta que él la sujetó para frenarla.

—No así, Sue.

Ella comprendió. Susan se levantó, alzó la pierna izquierda para colocarse sobre él, apoyó ambas manos sobre los hombros de él y lo montó a horcajadas. Llevó su mano derecha hasta su miembro. Lo agarró y lo hizo profanar aquello por lo que él se moría. Susan estaba más que preparada para recibirlo; aun así, le costó introducirlo, debido a su tamaño. Lo consiguió, lo llevó hasta el fondo sin dudar en su acometida. Un aullido reverberó entre las paredes del lugar. Fue Lee quien aulló, pero de pleno gozo. La amazona comenzó la carrera. Los gemidos y las respiraciones agitadas daban buena cuenta de lo que se avecinaba. Imparable. Arrollador, liberador. Entonces ambos se dejaron envolver por la más sublime lujuria que desencadenó en el éxtasis del amor.

Ella se desplomó sobre su pecho y él la abrazó por completo. Estaba de más decir que él se juró no dejarla ir jamás de su lado. Era suya.

—Yo también te perdono, mi amor —tomó Lee la palabra mientras le acariciaba tiernamente la espalda—. Dejaremos el pasado atrás. No me importa nada de lo que hiciste, mi ángel. Seré lo que necesitas y, si quieres ser duquesa, te lo daré. No importa lo que me cueste. Serás mi duquesa, lo juro.

Sue se separó del confort de su pecho. Lo miró para estar segura de que aquello no era una pesadilla. ¿Que la perdonaba a ella? ¿En qué mundo era ella culpable? Su único error fue enamorarse de él mientras estaba prometida a Oliver. Y se entregó a sus besos y caricias porque sabía que Ashton no la valoraría jamás como mujer, ¡eran como hermanos! Ella no podía romper el compromiso sin arriesgarse a la ira de la condesa.

¿Un ducado? Aún creía que ella era una ambiciosa social que lo único que ansiaba era a un maldito duque. ¡Pero si llevaba años viviendo en una granja! Muy confortable, sí. Con todas las comodidades, también. Pero una granja al fin y al cabo. Y había sido la mujer más feliz del mundo por encontrar allí la paz y el amor que él le negó.

Para Lee siempre sería una arpía, ¿cierto? Pues iba a comprobar cuan ruin podía llegar a ser ella. Se levantó para recoger las cosas del suelo y comenzó a recomponer su atuendo.

Él estaba recostado disfrutando de la vista de su mujer. Verla vestirse era lo más erótico y sensual que jamás había visto. Maldita duquesa de Stone por dejarlo mustio, como ella había dicho. ¿Cómo diablos lo habría conseguido? Él sabía que no era una bruja, pero su miembro no volvió a funcionar jamás… Lo había intentado, sí, pero solo para demostrar que la duquesa no tenía poder sobre él… ¡Cielo santo! Sue era magnífica. No era que la bruja de la duquesa de Stone lo hubiera maldecido, es que él había estado enfermo y solo Sue tenía

la cura y la potestad de devolverlo a la vida. Nunca mejor dicho, porque su amiguito había permanecido muerto hasta este preciso momento. ¡Oh, Dios mío!, Susan era lo que supo que sería, tan decidida… Parecía una mujer tan experimentada tomando el mando… Se tensó.

¿Sue experimentada? ¡No! Sue, ¡no! Dios mío, no dejes que mi ángel haya sido de otro. Te lo suplico…, rezó él. Tenía que averiguar si ella y los Stone… Se levantó del sofá para comenzar a vestirse. Tenía la pregunta en la punta de la lengua cuando…

—Eres un buen amante, tal vez te instale como mi semental. Pero no eres excelente. Tendrás que esmerarte y aprender. Lee libros o habla con otros hombres; porque, si no aprendes rápido, me cansaré enseguida. Aunque por otro lado no te será difícil complacerme, pues has llegado y te has regalado a mí por tu propio pie.

No se entretuvo ni una fracción de segundo en ver su reacción. Salió de allí como alma que lleva el diablo. Tras la puerta estaba la duquesa de Stone, con quien chocó sin poder evitarlo.

—Te has dado un buen capricho, Susy. Pero no me extraña… El pobre, después de cinco años, debía estar… muy necesitado. —Se rio la duquesa perversamente.

—¡Corre, Lisa, corre! Y, por Dios, no preguntes y no te detengas. —Susan la agarró del brazo y la instó a seguir el ritmo.

La duquesa de Stone no preguntó y ambas no pararon de correr hasta que llegaron al carruaje. Su marido seguía en la fiesta. Tom debería arreglárselas para volver solo a casa, o ella le enviaría el coche. Ya vería. Porque los gritos que se oyeron tras ellas, mientras el cochero ponía rumbo a la mansión de los Stone, no presagiaban nada bueno.

Cuando se sintieron a salvo de la persecución, dejaron de oír los sonoros gritos y recuperaron el aliento, fue cuando pudieron conversar.

—¿Se puede saber qué ha sido eso, Susy?

—Eso, Lisa, eran los gritos de un hombre furioso. —La risa se le escapó. Pero era una risa nerviosa que no podía controlar.

—Lo sé, Tom es más fiero aún. Pero, pregunto, ¿por qué después de hacer el amor has salido corriendo y él ha gritado como un demonio en llamas?

—Me cobré una de las que me debía —reconoció satisfecha Susan.

—Eres perversa, muchacha. Me agrada esta nueva Susy. Sí, definitivamente esta nueva Susan es más… apasionada y libertina. Te encantará la sorpresa que te tengo preparada entonces.

—¿Sorpresa?

—Sí, tengo una invitación. Bueno, yo no. Stone la tiene, a una fiesta muy exclusiva y prohibida… Lo pasaremos en grande.

—Creí que al estar casada estarías más comedida.
—¡Ja!
—¿Me traerá problemas negarme a ir?
—Iremos. Los tres iremos.
—¿A dónde, si se puede saber, vamos a ir tu esposo, tú y yo?
—A la fiesta de la Mansión de la Perversión. Sé de buena tinta que el conde de Chesterfield ha vuelto y planea dar una fabulosa fiesta en pocas semanas. No sabía si serías de esa clase de mujer…
—¿A qué clase te refieres?
—Ardorosa e irreverente. No te disgustes, pero siempre pensé que eras un poco… mojigata. Cierto que entendía tu situación perfectamente, pero después de haberte visto esta noche…
—¡Dime que no me has visto! —Susan se coloreó hasta las cejas.
—Claro que no, ¿por quién me tomas? No soy tan depravada. Bueno, solo un poco. Pero no, no puedo imaginar contemplar algo como lo que has sugerido… No, definitivamente nunca podría hacer algo así. ¡Eres como mi hermana! ¿Cómo te atreves a poner semejante pensamiento en mi mente, Sue? ¡Es antinatural!
—Has sido tú la que ha empezado y yo soy una mujer muy decente. No sé si llamarme mojigata me convence, pero soy decorosa.
—¡Ah, no! Te has dado un revolcón con un hombre que no es tu esposo, en un despacho, en una casa ajena… Iremos a la fiesta y no se hable más.
Sue calló, no era bueno contrariarla. Lisa podía ser como un perro con un hueso. Ya vería cómo salía de ese entuerto. Eso de la Mansión de la Perversión no sonaba para nada alentador. Lisa era demasiado apasionada, las cosas que ella y Stone hacían… No es que la hubiese visto o espiado. No, ni mucho menos, pero una vez por accidente… No, esa imagen tenía que salir de su mente en este mismo momento… Era antinatural, como su amiga había acabado de expresar.
El carruaje se detuvo y las dos mujeres entraron en la casa, riéndose cómplices y sintiéndose poderosas.
No tuvieron tiempo de subir hasta el final de las escaleras del primer piso y llegar a sus respectivas alcobas. Un vikingo preparado para la batalla irrumpió en la entrada, más amenazador que el mismísimo Ángel Negro.
—Sue, Sue. ¡Sal ahora mismo!
—Despertarás a toda la casa. No grites, Jones. ¡Ya bajo! —tronó Susan.
Descendió las escaleras y observó a cuatro hombres tratando de contener a Lee, su semental era único. Cuatro de los mejores hombres de Stone no conseguían parar su avance. Él era magnífico. La escena le produjo una excitación que…
—Te lo avisé, mujer. Te perdí… hace cinco añ… os y no volveré

a… permitir… lo. —El pobre no podía hablar y pelear con los hombres del duque al mismo tiempo.

—Soltadle, chicos. No es peligroso.

—Sue, él no se ve como alguien no peligroso —observó Lisa desde atrás de Susan.

—¿Vamos, Lisa, no le tendrás miedo? ¿Tú? ¿Precisamente tú le temes a él? —Sue no se lo podía creer.

—Se ve enfurecido, Susy, y Stone no está. —Sí, ella tenía miedo. Porque comprendía que, después de lo que su amiga le había hecho, ella asesinaría al mismísimo rey—. Además, sospecho que por cabezota no le has contado la verdad aún. ¿Verdad? —Susy negó con la cabeza—. Eres mala.

—¡Vamos, Lisa! Le hice el amor y aún me cree culpable de todos los crímenes que inventó mi madre. ¡Sigue creyendo que solo quiero el título de duquesa! Ah, sí, y dinero.

—¡No! Dime que no es cierto, Jones. —Lisa salió de detrás de Susan dispuesta a reprenderlo. Los hombres de su esposo habían conseguido contenerlo en el suelo.

—Ya era hora de que os dieseis cuenta de que estoy aquí —las regañó él.

—Jooones, ¡niega que hiciste lo que Sue ha dicho!

—Dije que conseguiría ser un puñetero duque por ella, si era lo que ella quería. No creo haberla ofendido por hacer ese ofrecimiento.

Lisa chasqueó la lengua. Agarró del brazo a su amiga como hacía con su hijo Marcus cuando se portaba mal.

—Sue, cuéntale la verdad de una vez. No te creí tan insensata.

—¡No! Él merece sufrir un poco más.

—Es hora, Susy. Años, lleva cinco años de penitencia. Ya ha cumplido con creces la pena asignada, lleva un lustro sin ser capaz de…

—¿Cómo lo hizo, excelencia? —la interrumpió Lee—. Necesito saberlo. Sé que no es una bruja.

Ella se acercó a él y se agachó para mirarlo a los ojos. Los hombres lo tenían dominado y él no se resistía.

—La mente es algo maravilloso, señor Jones. —Lisa se estaba divirtiendo de lo lindo.

—No eres una bruja. Me niego a creerlo. —Lee no lo aceptaría.

—Yo sembré la simiente en su pensamiento y usted hizo todo el trabajo. No estaba segura de que funcionase… Bueno, con Stone lo conseguí en su momento, así que imaginé que sus remordimientos y la culpa harían el resto. ¿No pudo, eh? —preguntó con una sonrisa socarrona.

Unos pasos captaron la atención de Susan.

—Mami, mami. ¡Me asustaron los gritos! Salí al pasillo a ver qué

ocurría y Marcus me volvió a molestar. Me ordenó volver a mi habitación. No lo hice. Dice que debo aprender a obedecerle, que no tolerará una esposa desobediente, y me tiró del pelo.

La niña había descendido por la escalera para buscar a su madre y ya estaba abrazada a Susy, quien miraba con reprobación a Lisa.

—No me mires así, Susy. He hablado con Marcus una y mil veces. Le he explicado que una mujer debe ser tratada como algo precioso. No entiendo de dónde saca mi hijo esas cosas. Te juro que de mí no, porque soy yo la que manda y Stone quien obedece… —enmudeció. No debió haber dicho eso.

—Tendré que hablar yo misma con tu hijo, pues.

—Todo tuyo, espero que tengas suerte allá donde yo fracasé.

Un carraspeo paró la cháchara de ambas. Fue Jones, quien seguía completamente quieto con la mirada fija sobre la pequeña Eleanor.

—¿Enferma, Sue? —preguntó bufando.

—Lógicamente no fue una enfermedad, Lee, pero sí un duro parto.

—Lo puedo ver. Gracias por la aclaración de todas formas —ironizó el hombre—. ¿Y ahora, excelencia, le importaría decirles a sus matones que tengan la bondad de soltarme? Me gustaría presentar una imagen más presentable ante… ante… Bueno, ya me entiende.

—Chicos, por favor… —Los cuatro lo soltaron a la orden de la duquesa y salieron de allí sin mediar palabra alguna.

Jones se incorporó nervioso mientras se adecentaba. Los hombres del duque lo habían dejado más mal desvestido que cuando llegó.

Si apartar la mirada de la niña, él preguntó:

—¿Cómo se llama, Sue?

—Eleanor.

—¿Quién es mami? —preguntó tímida la niña.

Él se arrodilló para mirarla. La niña se aferraba con fuerza al regazo de su madre.

—Pequeña —tomó la palabra la duquesa—, tu mamá tiene que atender a ese caballero ahora mismo. Ven con tía Lisa. Iremos a la cocina a por un pastel antes de regresar al dormitorio, ¿sí? Se lo mostraremos a Marcus y le castigaremos sin darle un pedazo por molestarte, ¿quieres?

—Sí, tía, iremos a la cocina, pero cogeremos dos pasteles más. Uno para Marcus, aunque no lo merezca, y otro para Andrew por si se despierta.

Lisa levantó la mirada hacia la de Sue.

—¿Y te extrañas de que mi hijo la quiera para él y se muestre territorial con ella, Susy? —La madre sonrió ante las palabras. Sí, lo entendía perfectamente.

—Ve con tía Lisa, mi cielo. Mamá irá luego a verte.

—De acuerdo, ¿pero estarás bien, mami? —preguntó Eleanor

regresando la vista hacia el hombre—. Él parecía muy enfadado, no quiero que te haga daño.

—Yo no haría daño a tu mamá jamás, pequeña. Ve tranquila. Te prometo que estará bien —dijo Jones ante la niña aún arrodillado. Ella era igual que él. Su hija era exactamente como él.

Él se levantó y se colocó delante de la duquesa. Ella no retrocedió.

—¿Esto también lo plantó en mi cabeza, excelencia? —le preguntó Jones a la duquesa de Stone mientras acariciaba la suave cabellera negra de su pequeña y veía sus mismos ojos en ella.

—Esto, milord —dijo Lisa con una sonrisa mientras miraba a Eleanor—, era muy de esperar teniendo en cuenta su actividad de aquella noche, ¿no cree? Le avisé de todos modos de que usted sería el que más se arrepentiría, que perdería un tiempo valioso con ella. —Señaló con la cabeza a Susy—. Y no solo con ella. Ahora es cuando comprende la magnitud de su error. Simplemente tenía que darle sentido a mis palabras y lo hubiese visto con la misma claridad meridiana que lo está haciendo en estos momentos. La tomó y la consecuencia lógica para una joven sana, de poco más de dieciocho años, era la que llegó nueve meses después. —Él asintió—. Eleanor, es momento de ir a la cocina a por el pastel. —La duquesa cogió en brazos a la pequeña para abandonar la entrada de la casa.

—¡Ah! Lo olvidaba. —La duquesa se giró para verlos—. Arreglen las cosas pronto porque queda aún uno que no ha obtenido su castigo todavía. Ashton recibirá su merecido por tu mano, Sue, fue mi voluntad y así lo haremos.

—Empiezo a pensar que realmente es usted una bruja, excelencia. —Jones estaba verdaderamente asombrado. Y él no se consideraba ni un hombre espiritual ni, mucho menos, un creyente de la magia.

—Ah, pero tía Lisa sí es una cailleach, señor —hubo de intervenir Eleonor.

—Shhh, tesoro mío. Es un secreto… nuestro.

—Lo siento, tía. Se me olvidó. Pero es que él me gusta.

—Y tú a él, pequeña, y tú a él.

—¿Y a mamá le gusta? Creo que sí porque no deja de mirarlo como me mira a mí.

Y, manteniendo esa conversación, ambas desaparecieron para dar intimidad a la pareja.

Era momento de que el sapo se convirtiese en príncipe, porque lady Susan era una princesa que había sido maltratada y merecía su cuento de hadas. Ese ángel llegado del cielo debía obtener su final feliz… ¿Lo lograría?

Capítulo 10

El perdón del amor

—¿Me miras igual que a nuestra hija, Sue?

—A ella la amo.

—¿Y a mí?, ¿A mí me amas, ángel mío?

Sue tomó asiento en un confortable sofá de la salita y lo instó a sentarse frente a ella en una silla. Quería poner un poco de espacio entre ambos. Aún podía sentir las manos de Lee por todo su cuerpo y, siendo sinceros, después de cinco años ella estaba famélica de él.

—¿Quieres que pida un té? —Supo que la pregunta era una verdadera tontería, pero con una bebida caliente todo parecía más civilizado…

—Creo que hay cosas más importantes que esclarecer que tomar un té.

—Supongo que sí.

—¿Me amas, Sue?

—Me fallaste.

—Dime cómo lo hice. ¿Vas a contarme lo que realmente pasó aquella noche? Sostienes que estuve equivocado pero sé lo que vi, lo que oí. Dios mío, Susan, tenemos una hija…

Lee se levantó y comenzó a pasear incómodo meciéndose el pelo.

—¿Me la quitarás? —hubo de preguntar, puesto que los hombres tenían todos los derechos sobre sus hijos y las mujeres ninguno.

—¿Cómo podría haceros eso? No te confundas, estoy… estoy… Siento muchas cosas, aquí. —Se palpó el corazón—. Felicidad, furia, desconcierto, amor, un poco de odio; no te mentiré. Pero no me considero un hombre que cometa dos veces un mismo error, así que te escucharé. Cuéntame todo, por favor. ¿Me equivoqué contigo aquella noche? Haz que entienda, que me libere del peso de la desinformación.

—No va a hacer que te sientas mejor, sino todo lo contrario.

—Lo imagino. Pero debo saber qué pasó, qué hice para que la

duquesa de Stone me dejase mustio.

—¿Mustio?

—Me maldijo. En cinco años no he podido tocar a otra mujer. Me condenó a vagar, sin poder

disfrutar del placer de la carne, hasta que encontrase a mi verdadera compañera de vida. Tal vez fuera algo más dramático, pero así lo recuerdo.

Esa confesión la hizo reír. Él levantó una ceja y ella dejó de burlarse.

—Solo ella sería capaz de lograr semejante cosa.

—No fue para nada gracioso. No es cosa de risa, te lo aseguro. Y más sabiendo la mujer tan… experimentada en la que te has convertido. ¿Estoy en desventaja frente a ti?

Susan entendió lo que él estaba preguntando.

—Te dije que siempre te esperaría y lo he hecho.

—Entonces ¿cómo…? ¿Cómo…? —Por qué era tan difícil preguntar cómo una muchacha que solo había conocido el placer una noche se había vuelto tan atrevida y audaz. —¿Cómo…? ¿qué? Habla, Lee. Es hora de poner las cartas sobre la mesa. —¿Por qué pareces una mujer experimentada?

—Cuando conozcas más a la duquesa de Stone lo entenderás.

—¿Te has instruido con ellos dos?

—¿Instruido? ¿Con ellos…? —Palideció ante lo que él le estaba preguntado—. ¡No! Por supuesto que no… ¿De dónde has sacado eso? Los duques de Stone son peculiares, no lo discutiré, pero no son… ¡Por favor! ¿Cómo has podido pensar que nosotros tres? ¡Leee!

—Está bien, está bien, me queda claro, pero tu amiga Lisa… es…

—No te atrevas a juzgarla. No consentiré que nadie la calumnie. —Él asintió.

—¿No has sido de nadie más?

—Nunca. Yo cumplo mis promesas.

—Ashton no estaría de acuerdo con tu apreciación —se sintió en la necesidad de defenderse de su ataque.

—Yo no le prometí mi mano a Oliver. Fue un arreglo entre ambas familias.

—Lo sé. Pero no lo rompiste.

—Mi madre fue una mujer… —¿Cómo decirle que era una maldita arpía sin sonar como una desalmada?—. Nunca fue cariñosa conmigo, todo lo contrario. Yo tuve una hermana, Anna, ella murió y madre me achacó toda la culpa. Anna era una criatura adorable, dulce, era como Melly. Ella era la mayor. Madre siempre nos comparaba, pero me daba igual. Yo la amaba igual que amo a Melly y a Ashton.

—No me gusta cómo suena eso, Sue. —El fantasma de los celos comenzaba a asomar. Ella lo percibió.

—No debes estar celoso de Ashton, es como mi hermano.

—¡Era tu maldito prometido! —estalló.

—Sí, lo era, pero ambos sabíamos que no nos íbamos a casar nunca. No somos un hombre y una mujer, no en el sentido que debe ser para un marido y una esposa. No hay entre nosotros nada más que fraternidad.

—Entonces ¿por qué continuabais prometidos?

—Mi madre era una mujer cruel, Lee.

—Repítelo, ángel.

—Mi madre e…

—No, eso no. ¿Cómo me has llamado?

—Lee.

—Es música para mis oídos, ángel mío.

—Me había olvidado de lo tierno que puedes llegar a ser.

—Y no lo volverás a olvidar. —Era una promesa—. Continúa, Sue, te lo ruego.

—Madre era una mujer cruel que ha estado toda la vida castigándome. Su maldad no conocía límites y la vara que usaba para impartir disciplina… Eso sin contar la privación de comida o incluso agua… —Susan cerró los ojos para contener las lágrimas.

—Lo siento, Sue, de verdad.

—Ya pasó. Está muerta, no puede hacer daño. Como te decía, su palabra era la ley. Mi vida no ha sido fácil. Ella, al igual que hizo la noche de todo aquel incidente, siempre conseguía que yo fuese una villana ante los ojos del resto. Con mi padre dejé de intentar demostrar mi inocencia, pero no creí que tú y Oliver me fallaríais.

—Yo te vi esa noche con Stone.

—Lo imagino.

—¿Entonces?

—Soy culpable de no haberte hablado de mi compromiso con Oliver. Pero yo sabía que él me liberaría en cuanto le contase que me había enamorado de ti. Yo necesitaba aguardar a que regresase para hablar con él. Me dijiste que te esperase y yo no podía romper el compromiso. Porque, gracias a estar prometida al duque de Ashton, evitaría la furia de mi madre y llamar la atención de otros pretendientes. Evidentemente algo falló en mi planteamiento.

—Stone.

—No, mi madre. Su ambición no tenía límites. Vio el interés de Stone en mí, que desde luego fue todo el tiempo fingido como bien adivinarás, y la condesa me obligó a aceptar sus atenciones e incluso a incentivarlas. Para ella, este duque era mejor que Ashton.

—Pudiste negarte.

—Créeme, no podía correr el riesgo de hacer eso.

—¿Por qué?

—Ella me golpeaba, Lee, te lo he dicho. Y no había nadie a quien recurrir. La siguiente amenaza fue que me echaría de casa, ¿a quién iba yo a recurrir si me negaba?

Jones maldijo en voz baja.

—Ashton dijo que esa noche ella te pegó.

—Sí y aquello no fue nada para la crueldad que era capaz de desatarse en ella.

—¿Qué papel jugó la señorita Summer?

—Ella me salvó. Madre planeó una encerrona para que Stone y yo nos casásemos. Pero lo que ella no sabía era que el duque y Lisa tenían un… asunto no concluido. De lo contrario, ahora probablemente sería la duquesa de Stone, aunque lo dudo. Stone ladra mucho pero…

—Le estaré eternamente agradecido a la duquesa de Stone —la interrumpió porque él no quería oír hablar de ese hombre, lo detestaba—. ¿Qué más sucedió?

—Oliver y tú creísteis a mi madre, y me condenasteis sin darme opción a explicarme.

—Lo siento.

—Lo sé.

—Sigue, por favor.

—La condesa me dejó sola en la fiesta. Tuve que dar dos pendientes para que un cochero me llevase de regreso a casa. Cuando bajé del carruaje, Lisa me estaba esperado. Madre la había echado a la calle y también a mí. Sacó nuestras cosas de su casa y, gracias al rescate de Lisa, no terminé durmiendo en la calle o algo peor.

Los cinco años que pasó buscándola no lo habían preparado para sentir el dolor, la amargura y la ansiedad que estaban atravesando su corazón. Leonel se sintió miserable, rastrero y ruin.

—¿Dónde has estado, Sue? He removido cielo y tierra por ti, por encontrarte, no descansé ni un solo día. Te amaba tanto que, incluso creyendo que eras culpable, no pude conseguir arrancarte de mi alma. He estado perdido, vagando por el mundo sin poder saber si estabas bien. Sé que lo has pasado muy mal. Te destrocé, al fin me lo has hecho entender, pero no creas que yo he estado mejor. Tú has tenido a nuestra hija junto a ti para consolarte, yo no he tenido nada o a nadie. Únicamente la ambición de hallarte y convertirme en el hombre que creí, equivocadamente, que buscabas.

—Han sido años difíciles. Hui despavorida a Irlanda. La abuela de Lisa, Nana, me acogió y cuidó de nosotras. Vivimos todos estos años en un pequeño pueblo recóndito, en una granja.

—Debí haber sospechado que Stone sabía de tu paradero, pero nunca conseguí hacerlo confesar. Y no fue porque no lo intenté… Los investigué, pero es demasiado listo para haber dejado alguna pista.

¿Has pasado penurias, Sue?
—Ninguna. La duquesa de Stone se ocupaba de todo y yo sé cuidar de mí misma. He trabajado en la granja para devolver todo lo que me dieron, y lo he hecho de buen grado.
—Así que la bruja consiguió su cometido, volverme loco. —Sue no supo qué contestar a esa afirmación—. Entonces no quieres un ducado…
—Nunca quise ni dinero ni título —lo cortó por si acaso él volvía a meter la pata—, te lo dije aquella noche. Sé cuidarme yo misma, solo temía ser una carga para ti. He aprendido a hacer cosas que te dejarían de piedra.
—No lo dudo, siempre has sido excepcional. Cada vez que pienso que Stone pudo acabar con mi sufrimiento… Te he buscado tan desesperadamente…
—Melly lo dijo cuando llegué a Londres.
—¿No podías haber vuelto antes? ¿Haber terminado antes con mi agonía?
—Yo estuve durante un tiempo herida. Me dolía el corazón pensar que mi hija, nuestra hija, no tenía a su padre a su lado. Me humillaste, Lee, me fallaste. Esa noche… yo… De veras lo siento, pero no me atrevía a volver. Era feliz en Irlanda, la herida estaba sana…
Entonces Lee se sentó frente a ella.
—¿Podrás perdonarme algún día? Soy culpable, Susan, te fallé y aparté.
—Fuimos víctimas de las circunstancias, de los malos entendidos. Nana dice que cada persona tiene su tiempo y que por eso debía regresar, que era momento de tomar lo que se me negó. Yo también soy culpable de haber sido cobarde y no regresar antes. Pude haberte hablado de la niña, pero temía… No sé, tenía miedo, Lee.
—Aun así te pregunto, mujer, ¿me perdonas?
—¿Serás un buen esposo? ¿Un buen padre?
—Siempre, ángel mío. Si tú me aceptas, seré tuyo para toda la eternidad y cada día de mi vida trataré de resarcirnos a ambos, a los tres —se apresuró a rectificar.
—Entonces podré hacerlo. Podré perdonarte si tú me perdonas a mí.
—Yo… me siento un estúpido, Sue.
—Si decidimos que podemos olvidar el pasado, no volveremos la vista atrás. Caminaremos juntos hacia el futuro.
—Te amo, ángel. Así será.
—Nunca dejé de amarte, Lee.
Lee la levantó en un movimiento muy audaz y la sentó sobre su regazo en el sofá. No sin antes besarla a conciencia.
Los dos permanecieron unos minutos recostados escuchando el uno

la respiración del otro.
—¿Eleanor sabe…? —preguntó Lee.
—No sabe quién es su padre. Nana siempre le decía que averiguaría todo lo que tuviese que saber respecto a su padre cuando hiciese un viaje. Supongo que ha llegado la hora.
—¿Entiendes que no te dejaré ir nunca, a las dos? No os dejaré jamás.
—Sí, lo sé. Yo tampoco me separaré de tu lado mientras viva.
—¿Serás mi esposa, Sue?
—Sí, Lee. No hay nada en este mundo que desee más que convertirme en tu mujer ante los ojos de todos, porque en mi corazón siempre fui tuya y tú siempre fuiste mío.
—Nos casaremos mañana si no tienes impedimento.
—Pero… ¿cómo?
—Soy un hombre importante ahora, Sue. Tengo buenos contactos. Supe que habías regresado hace unos días y lo tuve todo dispuesto para hacerte mi esposa. Habría dado igual que te negases. Iba a robarte.
Lee sacó un precioso anillo con una gran esmeralda engarzada con dos pequeños diamantes. Deslizó el anillo por su dedo.
—Mañana al fin serás mía. Para siempre.
—¿Qué diremos de Eleanor…? No quiero que ella sea considerada…
—No lo será. Lo arreglaré. Nos casamos en Gretna Green hace seis años y los papeles se perdieron… Será pan comido, no te apures. Mi hija es legítima por lo que a mí respecta, nació de nuestro amor, y lo será para toda la sociedad. Nadie lo pondrá en duda. Tú has estado mucho tiempo fuera y yo también, buscándote. Podremos hacerlo pasar como que siempre estuvimos juntos. Todo será creíble. No puedo volver al pasado y enmendar un grave error; pero sí puedo, a partir de este instante, hacer todo lo que esté en mi mano para que seáis felices. El obispo que vendrá mañana hará lo que yo le diga, me debe mucho… Déjalo todo en mis manos.
—Nuestra hija se pondrá tan contenta…
Un pensamiento asaltó la mente de Lee.
—Con respecto a Eleanor, dime quién es Marcus y por qué tiene la errónea idea de que mi hija debe casarse con él.
Susan se rio muy sinceramente. Él sonaba como un padre posesivo y celoso de su recién encontrada hija.
—Lee, ¡son niños! No hay nada de qué preocuparse.
—Sí, claro… Deja que eso lo decida yo.
—Marcus tiene apenas seis años, Lee. Eleanor y el niño se conocen desde bebés… Son tonterías. —Es el hijo de Stone, ¿cierto? —Lisa lo había comentado hacía unos instantes en el vestíbulo, pero él

conservaba la esperanza de que…

—Su heredero.

—No me gusta Stone.

—A nadie le gusta Stone, pero es uno de los mejores hombres que he conocido. —Su hijo no se casará con mi pequeña jamás y es mi última palabra.

—Lee, ¡por amor de Dios!, son niños…

—Es mi última palabra, mujer, y ya le estás explicando a Marcus que deje de ordenarle cosas a mi pequeña. Porque, si la oigo decir que le ha tirado nuevamente del pelo, lo mataré. Y me importa muy poco que sea un mocoso. Da igual, olvida lo que he dicho.

—¡Gracias al cielo, Lee! Me habías asustado.

—Olvida lo que dije, porque yo mismo le explicaré a ese mequetrefe que mi hija no es de su propiedad.

—¡Lee! Basta, por favor, no puedo creer que le des crédito a esas cosas… Son muy pequeños aún…

—Sí, tal vez, pero más vale que aclaremos las cosas cuanto antes. —Solo pensar que pudiera estar emparentado con ese odioso duque…

—Tienes que estar bromeando.

Él no contestó, porque Lee no estaba hablando en broma. Ningún hombre sería jamás suficientemente bueno para su hija, y menos el heredero de Stone. El maldito duque supo todo este tiempo donde estaba su mujer y que tenía una hija. Él, inútilmente, le había primero exigido y luego suplicado, que le ayudase a dar con el paradero de Sue. Aún lo recordaba como si fuese ayer mismo. En medio del club de caballeros apelando a su conciencia… ¡Cómo debió de disfrutarlo el maldito!

Ese recuerdo nunca lo olvidaría. Stone parado frente a él.

—¿Y si fuese tu esposa la que hubiese huido de ti, Tom? Si fuese al revés, y tú me pidieses ayuda, querrías que te ayudase. Estoy desesperado, Stone, te lo suplico. Si sabes algo, dilo.

—No puedo ayudarte, Jones. Lo siento.

Maldito Stone por no haber puesto fin a su agonía de cinco años. Leonel sabía que, si bien la duquesa de Stone no era una bruja —porque no lo era, ¿no?—, sí sabía más de lo que decía. Y el maldito Stone nunca abrió la boca para socorrerlo. Le hubiese gustado saber si la duquesa alguna vez consiguió dejar mustio a Stone… Cómo le irritaba ese hombre… ¡No! Definitiva e inapelablemente, su hija y ese tal Marcus no se iban a casar jamás. ¡Por encima de su cadáver putrefacto eso sucedería alguna vez!

—Lee, ¿me oyes?

Sue lo trajo de nuevo al presente.

—Dime, ángel.

—Es tarde, será mejor que nos despidamos.

—Estás soñando si crees que me voy a ir de esta casa sin ti y sin mi hija.
—Lee, será solo esta noche… Mañana…
—Donde tú vayas, iré yo; donde tú duermas, dormiré yo. No admito discusiones a ese respecto. —No puedo levantar a mi hija ahora para ir a tu casa.
—Nuestra hija, nuestra casa —puntualizó.
—En cualquier caso, no puedo hacerlo.
—Entonces nos quedamos.
—¡Lee! Esta no es mi casa…
—Stone tiene mucho que compensarme… No le importará. —Le resbalaba lo que el odioso Stone pudiera decir al respecto.
—Está bien —claudicó—, vayamos a mi alcoba. —Sue no quería tampoco alejarse de él. Enfilaron el camino para subir a su habitación y se encontraron de cara con el propietario de la casa.
—¡Liiisa! —fue un grito digno de un gran duque.
—¿Tom? —La duquesa se asomó rauda y comenzó el descenso de las escaleras a toda prisa.
—¿Esperabas a alguien más, esposa mía? —preguntó mientras miraba fijamente a Jones.
—Por supuesto que no. Pero me gustaría que los hombres que entrasen en mi casa, en plena noche, no despertasen con sus gritos a todos los que duermen apaciblemente.
—Lisa, no tengo paciencia, Dios sabe que nunca la he tenido. Así que explícame por qué llevo horas buscándote por toda la maldita casa de los Shater, y tú apareces en camisón y bata ante los ojos de otro hombre.
—Leonel tuvo el buen tino de agachar la mirada, pese a que la duquesa nunca lo atrajo en el plano carnal.
—Tuvimos que salir corriendo de allí, mi amor —indicó Lisa como si eso sirviera de explicación.
—¿Tiene algo que ver con que él esté en mi casa? —dijo señalando a Jones, quien no levantó la cabeza. No por miedo, sino porque esa no era su pelea.
—Creo que está de más que te conteste, ¿no crees? —lo desafió la duquesa de Stone.
—Me he vuelto loco buscándote por toda aquella maldita casa y cuando entendí que no estabas, ninguna de las dos —adujo mirando a Sue—, salí para volver al calor de mi hogar… ¿y sabes qué, esposa mía?
Ella rodó los ojos.
—¿Qué, Stone? ¿Qué sucedió?
—¡No tenía el coche…! ¿Sabes lo que he tardado en poder localizar a un cochero?

—No te quejes tanto. Te lo compensaré. —Esa apreciación pareció relajarlo de golpe.

—En cuanto Jones se vaya de aquí, sabes que los papeles esta noche van a invertirse, ¿verdad? — dijo amenazante. Ella no le temió, pero asintió.

—No pondré un pie fuera de esta casa si no me llevo conmigo a mi mujer y mi hija —advirtió intransigente Lee.

—Por supuesto, Jones, lo entendemos —terció la duquesa de Stone—. ¿Verdad, cariño?

Tom masculló algo por lo bajo.

—No te oigo, esposo —lo forzó la duquesa.

—Pienso jugar contigo hoy. Me da igual si…

—Lo sé, Tom —trató ella de refrenar lo que su esposo pretendía decir en alto.

—Bien, me voy. No quiero verlo aquí cuando me levante. Queda avisada, excelencia. —Cuando se enfadaba con ella usaba su título.

El duque subió malhumorado hacia su habitación. En cuanto ingresó y recordó lo que había acordado con su esposa, la aspereza pareció haberse limado.

—Es hora de que todos nos retiremos. Buenas noches —se despidió Lisa mientras subía las escaleras.

—Buenas noches —contestaron ambos a la vez.

La pareja esperó unos momentos para retirarse ellos también.

—¿De qué iba todo eso, Sue?

—A Stone no le gustas.

—Ni él tampoco a mí. Pero me refería a lo que esos dos se traen entre manos.

—No tengo ni idea —mintió ella, porque jamás diría una palabra de lo que una noche en Irlanda vio por error.

Entonces subieron y se encerraron en la habitación de Susan. Al calor de la pasión que despertaba el amor, todos los pecados cometidos fueron perdonados. Una pasión arrolladora fue vivida. Sue y Lee se amaron como debieron haberlo hecho la primera vez, con ternura y complicidad.

A la mañana siguiente, una somnolienta Sue sintió un fuerte abrazo alrededor de su cuerpo que la hacía prisionera. Varios besos se iban sucediendo por su cabello.

—No quisiera salir nunca de tu cama, pero tengo hambre. Necesito reponer fuerzas. —Lee sintió rugir su estómago.

Él había sido un verdadero guerrero vikingo que la había conquistado. Ella había aguantado todos y cada uno de los asaltos que él había necesitado a lo largo de la noche. Ambos estaban plenamente saciados.

—Yo también muero de hambre, Lee. Será mejor que bajemos a

desayunar.

—Además, quiero conocer a mi hija de una manera más… Bueno, es hora de que sepa que soy su padre.

—Sí. Vayamos. Los niños no tardarán en bajar.

—Preferiría estar fuera de esta casa lo antes posible, ángel —pidió cuando recordó bajo qué techo se encontraban.

—¿No tendrás miedo de Stone? —preguntó divertida.

—No me gusta Stone. Ni yo a él. Cuanto más lejos estemos el uno del otro, mejor será para todos. —Desayunemos. Vístete. Quédate tranquilo, no mataría ni a una mosca. —Los que temían a Stone, era porque no lo conocían verdaderamente. Era un trozo de pan. Está bien, está bien, con un envoltorio muy duro…

—No es eso lo que tengo entendido.

—Vamos, vamos. Estoy muerta de hambre… No discutas conmigo. ¡Apresúrate!

La pareja bajó y tomó asiento en la mesa. El comedor estaba vacío. Los duques aún no se habían levantado. No era de extrañar porque el ejercicio que los duques de Stone habían llevado a cabo había sido mucho más arduo que el de Sue y Lee.

—Al menos no tengo que verle la cara a primera hora de la mañana —dijo Lee más para él que para otra persona.

—Lee, pórtate bien. Son mi familia también. Los quiero.

—Ah, no. No, no y no. Dije que no lo quería en mi casa cuando me levantase. Lisa, haz algo ahora mismo. —La cara de Tom pasó de satisfacción por una excelente noche a un disgusto mayúsculo.

—Buenos días, Susy. Jones, veo que necesitas reponer las fuerzas —dijo la duquesa de Stone viendo el gran plato, lleno hasta los topes de fruta, pan, huevos y bollitos, que tenía él enfrente—. Debe haber sido un despertar —se burló descaradamente de él— realmente interesante por lo que veo…

Lisa se sentó en la mesa haciendo caso omiso de las apreciaciones que había hecho el duque.

—Lisa, ¿encima lo tengo que alimentar también? No basta que le haya dado un lecho para que se desfogue, ¡no!, tiene que comerse mi comida. Jones, ¿acaso no tiene su propia casa? —preguntó Stone mientras se sentaba a la cabecera de la mesa molesto por tener que soportarlo. No le caía en gracia. Ese hombre era un tonto y un necio.

—Excelencia —tomó la palabra Lee—, mi mujer y mi hija están bajo su techo. Cuando ellas decidan que es hora de marcharse, me iré con gusto. Créame que no es mi deseo estar en su casa, ni dormir en una de sus camas, ni comer su comida. Por lo que sé podría estar siendo envenenado en este preciso instante. —Miró a Lisa directamente y ella se sonrió. A la duquesa le gustaba ser temida.

—Haya paz, caballeros —terció Sue.

—Sí, hablemos de cosas más alegres. Como una fiesta, por ejemplo.

—¡Dios mío, Lisa! Tuvimos una ayer mismo. Déjame descansar. Debí suponer que cinco años de abstinencia social desembocarían en una vorágine, mi amor.

—Esposo, esta es para dentro de unas semanas.

—Entonces bien. Acepta, iremos —concedió Stone.

—Perfecto, pero no es necesario enviar confirmación. Se entra con una invitación. Es muy selecta.

—Bien, bien, te he dicho que iremos.

Lisa esbozó una sonrisa que no fue desapercibida para las otras tres personas que había en el comedor, pero solo uno tuvo agallas de hablar.

—Un momento, querida —dijo el duque ya preparándose para conocer qué fechoría iba a cometer su esposa.

—¿Sí, amor? —dijo ella solícita con los ojos muy abiertos, una voz muy melosa y haciéndose la niña buena.

—¿Qué invitación es esa? No será la que llegó hace cuatro días, ¿verdad?

—Ajá —continuó untando de mermelada su tostada como si no hubiera nada de malo con esta fiesta a la que ella se moría de ganas de asistir.

—No vamos a ir, esposa.

—Has dicho que íbamos a ir. Todos lo oímos.

—A esa, no vamos a acudir y es mi última palabra, Lisa.

—Verá, Stone, no es que yo sea muy ducho en eso de ser un buen marido —intervino Lee viendo su oportunidad—. Pienso empezar lo antes posible… Pero me parece que aceptar una invitación a una fiesta no debería ser motivo para comenzar lo que se ve, a todas luces, será una gran discusión que usted no va a ganar. —Por haber molestado al odioso de Stone, Lee decidió que la bruja le agradaba un poco más.

—Me gusta usted, Jones —le concedió la duquesa de Stone. Lee le ofreció una sonrisa de suficiencia al duque—. Y me encanta que diga eso, porque Sue también va a acudir. Justo lo estábamos hablando anoche mismo, antes de llegar a casa, ¿verdad, cariño?

Sue se tensó.

—Lisa —comenzó Susy—, creo que no…

—Oh, sí, querida. Dije que iríamos e iremos. Tuuu… ¿futuro esposo? —dudó sin saber cómo referirse a él— está de acuerdo, ¿verdad, Jones?

—A ver qué dices a eso, amigo —intervino Stone encantado porque Leonel no sabía dónde se había metido.

—Digo… —Lo miró fijamente—. Que, por supuesto, acudiremos. Milady —apreció girándose para sonreír a la duquesa—, será un placer.

—Lee, creo que no deberíamos… —intervino de nuevo Susy.

—Ángel mío, ¿qué mal puede haber en ir a una fiesta? —quiso averiguar Lee mientras miraba fijamente y desafiante a Tom para darle una lección sobre cómo ser un buen marido.

—Lee, de verdad no creo que debamos ir a…

—Insisto, Sue —la cortó— y no se hable más. No querrás defraudar a la duquesa de Stone, se ve que está muy ansiosa por ir a esa fiesta —dio por finalizada la discusión Jones.

—Dile, duquesa, dónde es la cita a la que pretendes llevar a Sue —la obligó Tom a decir mientras saboreaba la victoria del momento.

—En la mansión de Chesterfield —dijo orgullosa Lisa sabiendo que ya iban a ir los cuatro.

—Ah, no. No, no y no. Jamás. Es imposible. No. —La cabeza negaba con tal velocidad que todos temieron que Jones quedase decapitado.

Y su Susy estuvo conforme con él hasta que…

—Vamos, Jones, ha dicho que iría. Ha dicho que era su última palabra, que respetaría que su mujer quisiese ir. —La duquesa sabía que estaba poniendo la trampa con sus palabras, ¿caería él?

—Mi mujer… —A todos los efectos Sue era suya—. Hará lo que yo diga. He dicho mi última palabra al respecto. No iremos y no se hable más. Me niego. No haré concesiones en este punto. Sue deberá aceptarlo.

Y entonces la aludida dejó de estar de acuerdo con Lee.

—¿Disculpa? —preguntó una incrédula Susy que no creía lo que estaba llegando a sus oídos.

—Ya me has oído.

—No sé tú, querido, pero yo voy a ir —se plantó su futura esposa.

Jones había caído en la trampa, lo supo en el momento en el que vio la sonrisa de la bruja de la duquesa de Stone y su sospecha se confirmó cuando vio la amplia y radiante sonrisa del marido de esta.

—Cielo, ángel mío, tesoro… —comenzó Lee sumiso—. Creo que cuando te explique que ese lugar es…

—Voy a ir con o sin ti, Jones —recalcó ella de nuevo.

—Verás, ángel… Cielo, tesoro, amor mío. —No sabía cómo continuar, había pecado de novato, maldito Stone que estaba divirtiéndose a su costa—. Ese lugar no es un… un sitio al que una dama deba acudir.

—Suerte que no soy una dama, pues.

—Verás, ángel… —lo volvió a intentar—. Allí ocurren cosas que no… —Él chasqueó la lengua—. No está bien que vayamos, mi vida.

—Entonces no vayas.

—¡Maldita sea, Susy! —estalló—. Es la Mansión de la Perversión, con ese nombre te harás una idea de lo que ello implica.

—Nunca quise ver una fiesta salvaje —explicó ella dando a entender que sabía lo que era—. Pero voy a ir igual y esta, querido, es mi última palabra al respecto —cerró la discusión—. Se habían acabado de reconciliar. Si Jones esperaba que ella fuese una esposa mansa, lo llevaba claro…

Una sonora carcajada resonó en la sala. El duque de Stone ya no pudo aguantar más las ganas de reír. Principiante…, pensó Tom.

—¡Santo cielo, Jones!, Susy se te va a comer vivo y luego escupirá tus restos. —Volvió a estallar de nuevo en sonoras carcajadas Tom.

Entonces se levantó e invitó a hacer lo mismo a Lisa. Stone salió satisfecho con su mujer del brazo al ver la cara de tonto que se le había quedado a Leonel. Entonces aquel bobo le cayó un poco mejor. Pero únicamente un poco, aunque supo que Susy estaría bien a su lado. Porque hasta el momento había creído a Jones un insensato, un monstruo sin corazón, y no le gustaba nada que una persona así estuviera cerca de su familia. Puesto que al reconciliarse con Susy —a quien Tom consideraba de su propia familia— sabía que iba a tener que comérselo con papas, y eso no le gustaba. Pero en estos instantes, habiendo visto que era igual de manejable que él, estaba más tranquilo. Aun así, debía quitarle a su hijo la idea de casarse con la dulce Eleanor —cosa muy difícil porque Marcus era de ideas fijas e inamovibles como él—. Pues, por más ilusión que le hiciese al duque tener a esa muchacha como nuera, no consentiría jamás en tener al padre como consuegro. ¡Por encima de su cadáver putrefacto ocurría algo como eso!

—Mami, mami, Marcus me… —Llegó una risueña Eleanor al comedor.

—¿Te ha vuelto a tirar del pelo? —preguntó Leonel algo más duro de lo que pretendía.

—No —dijo la niña mirando con extrañeza a Lee. La niña volvió de nuevo a centrar su atención en su mamá—. Ha dicho que ahora que tengo papá, él puede pedirle mi mano. ¿Quién es mi padre? ¿Es él? —preguntó Eleanor señalándolo—. Y, mami, ¿qué es pedir la mano?

Lee masculló una maldición en voz baja que no fue oída por la niña, pero sí por la madre. Sue alzó a su hija para colocarla en su regazo.

—Pequeña, él se llama Leonel, lo llamamos Lee, y es tu papá.

—¡Ya tengo papá por fin!

—Siempre has tenido papá, Eleanor. Yo no he podido estar con vosotras, pero siempre os he querido. Me dejarás conocerte y ¿querrás conocerme?

La pequeña se tomó unos minutos para pensar la proposición del hombre que tenía delante.

—Sí, me parece bien.

—¿Y qué te parece que vivamos los tres en nuestra casa siempre juntos? Tu mamá, tú y yo.

—¿Dónde viviremos?

—En Londres y en mi finca del campo. —Lo habitual era que estuvieran en la ciudad para la temporada y luego se retirasen al campo.

—¿Y Nana estará también?

—Pequeña —comenzó a decir la madre—, Nana tiene su casa. Pero iremos con tía Lisa y con tío Tom a visitarla, ¿sí?

—Bien. Usted me gusta —dijo mirando a Lee.

—Y tú me chiflas, pequeña, y ahora ¿le darías un abrazo y un beso a tu papá?

La niña salió del regazo de su madre para agarrarlo y besarlo. Al fin, al fin tenía el papá que Nana le dijo que tendría. Eleanor supo que Lee era su papá nada más lo vio la noche anterior, porque Nana le dijo que lo reconocería cuando viera sus ojos. Y así había sido.

Un carraspeo sonó en la puerta. Un niño pulcramente vestido con un traje inmaculado, que sujetaba un pequeño ramo de flores, alzó la barbilla y entró en el comedor. Jones comenzó a sudar. A Susy se le enterneció en corazón y la niña se aferró a su padre más fuerte.

—Buenas tardes, señor Jones. O tal vez debería decir su señoría, puesto que va a ser un marqués… Como sea, estoy aquí para pedir la mano de su hija en matrimonio. Es mi deseo que ella sea mi duquesa y creo que es mejor dejarlo por escrito lo antes posible. No quisiera que alguien se me adelantase, señor, y me la robase.

El silencio se instauró en la sala. Sue tuvo que darle un leve codazo a Lee para hacerlo reaccionar.

—Verás… ¿Marcus? Eres Marcus, ¿cierto?

—Sí, señor.

—Es muy pronto para hablar de estos asuntos. Tenéis toda la vida por delante y piensa en que, si te atases a una mujer ahora, ya no podrías mirar a otras… Y ¿qué pasaría si conocieras más adelante a otra mujer que amases y, por estar prometido a mi hija, no pudieses estar con ella?

—Eso no pasará. La quiero a ella y ella es mía.

Jones estaba a un pelo de perder la paciencia, pero no podía consentirlo. Había perdido el primer asalto como marido frente a su mujer, no perdería el primero como padre.

—Creo que será mejor que lo hables primero con tu papá. A ver qué opina él. —Era mejor que le pasase el problema al duque.

—Ya lo hice, hace unos pocos minutos de hecho y él me envió a usted.

—Stoooneee —tronó Jones, mientras se ponía de pie e iba en busca del que jamás sería su consuegro.

Capítulo 11

La Mansión de la Perversión

Susan estaba aterrada. Lisa la había corrompido de muchas maneras, pero la más reciente era sobre los deberes que debía obedecer una devota esposa. Verla a lo largo de todos estos años como una mujer fuerte e independiente, que incluso se atrevía a darle órdenes al duque de Stone, había sido un ejemplo nefasto. De eso no había la menor duda, porque ¿de qué otra manera se explicaba que hubiera accedido a tal disparate?

Se debió haber quedado callada cuando Lee tomó la palabra y señaló impasible que ellos no acudirían a la fiesta del conde de Chesterfield. La Mansión de la Perversión. Con ese nombre nada bueno podía salir de ahí. ¿Qué clase de lugar sería? Uno horrible donde las buenas personas no deberían adentrarse. Había oído muchas especulaciones sobre la duquesa de Stone, a cada cuál más… más… No había palabra humana para poder referirse a lo que había escuchado. Susan la adoraba. Lisa era fantástica, fabulosa y mejor persona, pero… ¡No podía arrastrarlos a todos a una fiesta de esas características! Por más que fueran con máscaras, y su identidad permaneciera bajo secreto, era demasiado arriesgado.

A Sue le había salido el tiro por la culta, como solían decir los hombres, porque trató de desdecirse ante Lee a fin de no ir a la fiesta de Chesterfield. Pero su esposo asevero que los cuatro iban a acudir, y la regañó por haberlo desafiado y no haber tenido en consideración su opinión sobre el asunto. Incluso había amenazado con llevarla cargada al hombro si se negaba a asistir. Dado que el guerrero vikingo era un hombre orgulloso e intransigente, Susan había decidido hacer un último esfuerzo y pedir a Lisa que la ayudase para convencer a los hombres de que se echasen atrás. Porque sí, Stone había cambiado de idea y se mostraba muy dispuesto en acudir. Cosa que no era de extrañar porque Lisa le habría dado algún tipo de concesión que ella no se atrevía ni a conjeturar ni pretendía conocer.

Susan no quería ir a la fiesta. Ese era el motivo por el que ella, en estos momentos, estaba sentada en la salita de recibir visitas de los duques de Stone aguardando a la duquesa. La cosa no pintaba halagüeña puesto que cuando a Lisa se le metía algo en la cabeza…

—Susan, querida —entró la duquesa de Stone para saludarla y abrazarla—, me alegra verte, pero creí que después de estos duros años de… —se tomó un minuto para elegir con cuidado la palabra— inactividad, tu esposo no te permitiría salir a la luz del sol hasta pasado un mes, como poco… O lo has dejado sin fuerzas ya…

—¡Por amor de Dios, Lisa! —Susan se escandalizó.

—Vamos, vamos, Susy, esa no es la actitud de una mujer mundana que se supone que lleva más de seis años casada. —La duquesa de Stone se refirió con descaro al consenso que habían alcanzado los implicados para coincidir en la historia que iban a contar a la sociedad. Acordaron precisamente que Lee y Susan se casaron en el más absoluto secreto en una boda romántica que no fue aceptada por los fallecidos condes de Somerset. Por ese motivo la pareja tuvo que mantenerse en la clandestinidad para poder disfrutar de su amor. De esta manera, el nacimiento de Eleanor se consideraría legítimo y la niña no cargaría jamás con la marca de la bastardía. Un chisme romántico siempre era una buena historia que contar para los aristócratas aburridos. Habría quien no estaría dispuesto a recibir en su casa a los marqueses de Spencer, pero habría otros que se morirían por codearse con ellos por considerarlos escandalosos.

—Yo no soy una mujer mundana.

—Claro que lo eres, en ti habita una ardiente fémina que se muere por explorar todo el poder del deseo carnal. Lo he visto, Sue.

—No digas sandeces.

—Sé que tienes las nociones básicas, esos libros que vi en tu baúl me lo confirmaron, pero hay muchísimo más por descubrir, ya lo verás. Esta noche en casa de Ches descubrirás muchas cosas.

—¡Oh! Qué bien que saques el asunto a colación porque…

—No, de ninguna manera —la cortó Lisa.

—¿Disculpa?

—No voy a ayudarte.

—¡Pero si no sabes lo que voy a pedirte!

—Sí, lo sé. Quieres que te ayude a escapar de la invitación y, de ninguna manera, lo voy a hacer. Estoy decidida a ir a la Mansión de la Perversión y no voy a hacerlo sola.

—No voy a ir.

—¿Jones quiere ir?

—Ya no es el señor Jones, es el marqués de Spencer…

—Tienes razón —la volvió a interrumpir—, es por culpa de Stone que lo olvido. Mi esposo está empecinado a seguir dirigiéndose a él

por su apellido y no por su título.

—¿Por qué? —preguntó sin comprender el motivo Sue.

—No se soportan y Tom ha encontrado ahí otra manera para degradarlo…

—Sí, tiene cierto sentido. No sé cómo van a soportarse, sobre todo cuando estemos en Irlanda con Nana. Aún no le he contado a Lee lo que estamos preparando…

—Tampoco se lo he dicho todavía a Stone.

Las dos parejas iban a ir a visitar a Nana en poco tiempo para que Lee la conociera, y en cuanto los hombres supieran lo que ellas pretendían… ¡Esos dos tercos tenían que aprender a llevarse bien porque Susan y Lisa eran las mejores amigas! Cruzarían ese puente cuando llegase el momento.

—Bien, en cuanto a lo de la fiesta…

—Os recogeremos Stone y yo a las… ocho. Sí, a esa hora estará bien. Habrá menos gente y podremos disfrutar de los juegos de azar antes de que llegue lo verdaderamente interesante.

—Lisa, no voy a ir.

—Tu esposo me advirtió que vendrías.

—¿Cómo dices?

—Me envió una nota. Dice que estás castigada —refirió Lisa, a quien le hizo mucha gracia que él se refiriese en esos términos a su esposa—, por haber dudado de su criterio y que vas a ir. Me amenazó acerca de idear alguna treta para librarte y, como comprenderás, estoy en proceso de hacer las paces con él por el bien de todos.

Susan suspiró. Salir de ahí iba a ser complicado.

—Si quisieras, encontrarías la manera de liberarme.

—Pero no quiero. Me apetece demasiado ser malvada en una fiesta salvaje, hace muchos años que no veo a Ches.

—Id Stone y tú, pues. No hace falta que me arrastres a mí, ni a mi esposo.

—No, hacer este tipo de actividad con otra pareja es menos sórdido. Y, aunque no lo creas, lo hago por ti también.

—¿Por mí? No mientas, esto lo haces por egoísmo. Tú quieres ir.

—Parece mentira que aún no te fíes de mi criterio… Eres una desagradecida. Te prometo que la experiencia va a abrirte los ojos.

—No entiendo cómo.

—Cuando salgamos de la fiesta, lo sabrás. Ahora es momento de que me retire, voy a dormir durante buena parte del día, quiero estar fresca para la noche. Te aconsejo que hagas lo mismo. Adiós, querida.

La duquesa de Stone se levantó, le dio un beso en la mejilla e inició el camino de salida antes de que su amiga lograra convencerla para salir de la invitación a la fiesta.

No lo confesaría jamás; sin embargo, Susan tenía miedo de que

algunas de las cosas que le había comentado Lee —y otras que había oído por otro lado— sobre el matrimonio de los duques fueran verdad y que ellos dos les propusieran algún tipo de arreglo que…

Susan sacudió la cabeza para sacar esos tontos pensamiento de su mente. Lo que vio aquella noche, y que no tendría que haber visto entre los duques, era curioso. Pero nada imaginado con lo que se rumoreaba…

—Susy, las cosas que se dicen sobre mí, no son ciertas; no al menos las más perversas. Me conoces. —La duquesa pareció leerle la mente. Algo a lo que Susan ya estaba acostumbrada.

—Lo sé, lo siento, Lisa —se disculpó porque sabía, tan cierto como que el cielo era azul, que la duquesa suponía lo que ella acababa de desechar de sus pensamientos.

Más allá de que tuviera poderes mágicos o no, su amiga era muy observadora, sumamente inteligente y tenía habilidades que poca gente poseía.

La hora de la verdad llegó y no hubo nada que hacer más que dejarse llevar. No tenía escapatoria, así que Susan se colocó un vestido ciertamente escandaloso que su esposo no aprobó, pero que tuvo que soportar porque ella le aseguró que iría así vestida o no iría.

La indumentaria que había elegido Lisa era ciertamente igual de indecorosa. La diferencia entre ambas radicaba en las máscaras. La de Susan era negra, de plumas doradas, y le tapaba la mayor parte del área de la cara. La duquesa optó por una más recatada, negra de terciopelo, que preservaba su identidad pero de modo sutil. Los hombres, quienes simplemente se habían saludado con un gruñido, también llevaban sus máscaras incorporadas.

La entrada de la Mansión de la Perversión era discreta en comparación al exceso que presentaba el interior.

La duquesa divisó al dueño de ese prestigioso club de caballeros, el conde de Chesterfield, conversaron mínimamente porque Stone lo espantó y ya comenzaron a indagar en la casa.

En un inmenso salón se representaba un picante espectáculo digno de los mejores locales de moda de París. Exultantes mujeres bailaban al son de una música muy sugerente mientras los hombres las observaban con miradas lascivas que pondrían incómoda a cualquier mujer.

—¡Dios del cielo! —Pasó por el lado de Susan una mujer con los pechos fuera del vestido… Los ojos de Lee se fueron tras ella.

—¡Lee! —lo reprendió por mirar tan descarado.

—Recuerda que esta fue tu idea —se defendió él.

—Susy, mira ahí —la conminó Lisa haciendo un movimiento de cabeza en la dirección correcta.

—¡Oh! —Un hombre musculoso, de un torso perfectamente

esculpido, muy brillante a la vista, quien tan solo llevaba puestos unos calzones que dejaban muy poco a la imaginación, estaba pasando por su lado derecho. Y sí, Lee era grande, pero el instrumento de ese hombre se veía monstruoso… Su vista quedó clava por inercia en esa parte masculina, porque ese tamaño… Susan se mordió el labio inferior pensando que algo así tendría un acceso complejo en gran parte de las mujeres…

—¡Susan! —gruñó el marqués de Spencer al ver a su esposa tan interesada en…

—No estoy haciendo nada malo —se excusó ella.

—Creo que deberíamos marcharnos de inmediato, no ha sido una buena idea… Además, te veo incómoda, eres una mujer frágil y tu sensibilidad podría…

—Oh, no, no. Estoy bien, más que bien, de hecho —lo cortó ella. Susan no iba a marcharse de allí hasta que viese todo lo que se ofrecía en ese lugar, porque ciertamente lo estaba disfrutando muuucho.

La duquesa estaba muy divertida viendo la reacción del matrimonio, cuando alguien captó su atención.

—Venid, vamos a ver otra cosa que os dejará estupefactos. —La comitiva no le hizo caso a la duquesa.

—Bien, su señoría —se dirigió al recién estrenado marqués—, iremos Susy y yo.

—Tú no vas a ir a ninguna parte sin mí, esposa, y menos con Chesterfield a tu acecho —se enfureció el duque.

—Me gusta verte celoso, mi amor, pero no tienes motivos. Ches es un buen amigo, nada más.

—Como sea, excelencia —tomó la palabra Lee—, estoy de acuerdo con su marido. —Ni en millón de años imaginó que diría algo así—. Sue no se va a mover de mi lado bajo ningún concepto.

—Seguidme entonces, vamos a ver más obscenidades.

Anduvieron unos pocos metros hasta detenerse en una esquina. Ellas abrían el camino, los hombres les seguían el paso controladores. Habían gruñido a un par de degenerados que se habían acercado a ellas para entablar conversación y los habían espantado. Desde la parte donde estaban, tanto Stone como Lee veían el escenario del salón principal. Dos mujeres salieron a escenas y estaban haciendo cosas muy provocativas ambas entre ellas. El pulso les subió hasta la sien y sus respectivos pantalones amenazaban con reventar.

—Susy, observa atentamente. —Lisa alzó su brazo para apuntar a la derecha. Allí, parados frente a una enorme puerta, estaban dos mujeres y un hombre.

—¿Qué hay con ellos, Lisa?

—Centra la mirada en los ojos de esa mujer. ¿Te resultan familiares?

—¡No! ¿Esa es la señorita Emma Harrelson?

—En efecto, pero el hombre que la acompaña no es ni el duque de Ashton.

—Por supuesto que no. Oliver no vendría a un antro como este ni aunque le fuera la vida en ello. Además, no sé por qué debería ir ella acompañada de él…

—No, ciertamente el duque no ha venido, pero…

—¿Pero?

Lisa negó con la cabeza.

—Nada. —Ella no iba a desvelar que había divisado a la hermana del duque acompañada por un caballero que esperaba que fuese su prometido… Los problemas de uno en uno. Fue por eso que se había acercado a Ches hacía un rato, para pedirle que la vigilase muy de cerca. Él odiaba hacer de niñera, pero estaba segura de que no permitiría que a Melly le sucediese nada malo.

—¿Qué no me estás contando, Lisa?

La duquesa no contestó, movió una mano restando importancia. Notaron que los hombres estaban muy callados, ¿se habrían matado el uno al otro? Se giraron para ver lo que hacían.

—Típico. Ninguno de los dos quería venir, pero son los que más lo están disfrutando —se quejó la duquesa.

Al no recibir respuesta de su apreciación, Lisa encaró la mirada hacia Susan. La vio con la boca abierta. Lisa siguió la mirada de su amiga y comprendió su reacción.

Sobre el escenario, a las dos mujeres, que se habían acariciado y lamido en todas sus partes del cuerpo, se había unido un hombre, que debería ser declarado como el más atractivo, formado y dotado de la especie masculina.

El hombre tomó asiento en una silla y las dos mujeres se arrodillaron para venerar su hombría. Y su miembro era lo suficientemente largo y grueso para que ninguna de las dos tocase la lengua de la otra mientras rendían culto a esa víbora.

Tan arduo trabajaron las mujeres que efectivamente la víbora vomitó veneno, largos chorros de esencia que cayeron sobre ambas. La rubia y la morena debieron decidir que era necesario el aseo, y con sus lenguas limpiaron los restos de aquella barbarie.

—Lisa, yo… —La escena era sumamente inapropiada, tal vez para algunos asquerosa, pero la excitación que Sue comenzó a sentir era insoportable. Su respiración se había acelerado y las mejillas estaban muy coloreadas. Y no era porque hiciera calor en la estancia, sino porque su propio cuerpo había alcanzado los cuarenta grados de temperatura.

—No te avergüences, siento lo mismo que tú… —Stone avanzaba peligrosamente hacia ella—. Y no somos las únicas —susurró.

Sus esposos las estaban mirando fijamente con un hambre visceral. A cada cual más peligroso que el anterior.

—Lisa, a la sala ahora mismo o te juro que… —El duque necesitaba a su mujer inmediatamente.

—No habíamos acordado eso, Tom —trató de calmarlo y recordarle que ella quería explorar.

—Te deseo, Lisa, ¡ya! Si he de hacerlo aquí, que así sea. —Sus identidades estaban salvaguardadas.

Stone calculó que sería muy fácil empujarla unos pocos metros para apoyarla contra una superficie y deslizarse dentro de su ardiente cueva.

La situación era tan apremiante que ninguno de los cuatro tuvo vergüenza con lo que allí se estaba diciendo a viva voz. Lo cierto es que, no muy lejos de ellos, tres parejas estaban haciendo eso mismo que el duque había imaginado que podría hacer con su esposa. Los gemidos que les llegaban los estaban poniendo todavía más al límite.

—Sue, tengo una urgencia inmensa también… —Leonel no estaba abochornado, su sangre estaba en punto de ebullición y, como la del duque, se agolpaba en una parte muy concreta de su cuerpo. Y, puesto que Stone había sido tan claro en sus afirmaciones, él se sumó al carro de las exigencias. Iba a tomar a su esposa donde fuera y como buenamente pudiera.

Si los dos hombres no recibían alivio inmediato la cosa se iba a poner fea. Si bien era recomendable cierta intimidad para las relaciones, la escena vista y lo que estaba sucediendo a su alrededor no les permitía ver más allá de la lujuria.

Stone agarró del brazo a su esposa para llevarla a la sala en la que él estaba interesado. Lisa cogió a Susan y esta a su vez a Lee.

Salieron a la carrera. Llegaron a otra zona que estaba más oscura y cuya decoración era muy excéntrica.

Stone metió a Lisa en la primera sala. Al ver que Spencer se le acercaba para ingresar, le frenó el paso.

—Entra ahí —le señaló la puerta contigua a la suya—. Yo nunca comparto a mi esposa. —La afirmación fue tan rotunda que a Leonel se le disiparon todos los rumores de un plumazo.

Sin decir nada más al respecto, el marqués de Spencer hizo lo que el duque le indicó. Las parejas se metieron cada en un lugar privado y las puertas fueron atrancadas.

La estancia no era demasiado grande, una vela era la única luz. Tropezaron con unas cadenas que salían desde el techo y otras del suelo.

—Maldita sea —masculló Lee. En su mente se agolparon más imágenes eróticas y prohibidas.

—¿Qué es esto, Lee? —ella sujetaba un grillete entre sus manos.

—Luego, Sue, luego —dijo mientras sus pantalones volaron al suelo. Levantó las faldas de su esposa.

—¿No llevas ropa interior?

—Lisa dijo que sería mejor así.

—¡Santo Dios, tendré que darle las gracias!

Aplastó a Sue contra la pared con cuidado de no lastimarla, la sostuvo por las nalgas, y la obligó a abrir las piernas. De un envite estuvo dentro, sin ningún tipo de ceremonia.

—Dime que tú también me necesitabas —susurró junto a su oído.

—Estoy… ardiendo, Lee. —No podía respirar con normalidad.

—Muévete, hazme disfrutar, Sue, muévete. —Sue se meció encantadoramente. Él gruñó—: Con violencia, no seas delicada. —Ella hincó sus pies en los glúteos de él, se agarró a sus anchos hombros y comenzó a balancearse de forma salvaje.

Susan había sido poseída por una sensación que le hizo pensar que estaba fuera de su cuerpo y sus instintos primitivos eran los que la dirigían.

—Oh, Sue. Sue… Sue, no puedo… No puedo… esperarte, no puedo… Sue, Sue… —gritó él impasible, con tal viveza que probablemente lo habían oído en el resto de la casa. No le importaba.

Ella gemía y se retorcía sobre él, lo sentía, la necesidad estaba a punto de ser cubierta. Un segundo después de que Lee sintiera su liberación, Susan no pudo contener tampoco el aullido de placer que resonó crudamente.

—Síiiiiiiii, sí, sí.

Sue se soltó de los brazos de su esposo porque sentía sus músculos agarrotados del esfuerzo tan grande que había tenido que hacer para satisfacerlo. Estaba exhausta.

Él se alejó de ella y comenzó a caminar por la habitación al tiempo que se mecía el pelo. Susan tuvo una sensación de desasosiego inmediata. Fue como revivir el pasado. ¿Qué sucedía?

—Lo siento, ángel mío. Lo siento, perdóname. —Susan se sintió inquieta. Él se veía seriamente apenado.

—Dime, Lee, ¿qué sucede? —Susan había sido poseía por una sensación que le hizo pensar que estaba fuera de su cuerpo y sus instintos primitivos eran los que la dirigían.

Se acercó a él para tocar su hombro y pararlo. Quería que la mirase a los ojos.

—Eres mi esposa, no debí permitir que la escena de antes me sumiera en la lujuria. No es así como uno toma a una esposa, eso se hace con las… —No se atrevió a concluir la frase.

—¿Las amantes? —terminó ella por él. Lee asintió.

—Lo siento, no debí hacerte esto. No es forma adecuada para una dama.

—¿Te arrepientes también de lo que sucedió sobre cierto sofá en cierto baile, Lee? Cuando yo te tomé a ti a mi antojo.

—Por supuesto que no.

—Entonces, si las amantes son las que deben saciar la verdadera necesidad de los esposos… ¿Vas a tomar una? ¿Vas a serme infiel?

—Nunca te haría algo así, no podría. —Era sincero. Seguramente la bruja volvería a dejarlo mustio… Y, más allá que eso, él estaba plenamente enamorado de su mujer.

—¿¡Entonces por qué las has nombrado!? ¿No soy bastante para ti? —se enfadó ella.

—Desde luego que sí, eres maravillosa, todo lo que pude soñar, pero Sue… Estás tergiversando mis palabras.

—Explícate, pues.

—He sentido que te he tratado como a una vulgar ramera, y eso no está bien. Eres mi esposa y mi deber es respetarte.

—¿Soy una vulgar ramera, Lee? —preguntó ella con suavidad.

—¡Claro que no! —se molestó por la pregunta—. Eres un ángel.

—¿Me he quejado yo del trato recibido?

—Ciertamente te he sentido muy dispuesta y complaciente.

—Porque lo he disfrutado plenamente, Lee. Ha sido excitante, prohibido, intenso. ¡Fantástico!

—No quiero que nos convirtamos en unos depravados, Sue.

—Y no lo haremos.

—Los Stone son…

—Son como nosotros, Lee. De verdad, son chismes, no les des crédito. Adoro a Lisa. Por favor, intenta llevarte bien con él. Son mi familia como lo eres tú y mi hija. —Ella puso una cara tan tierna que le fue imposible negarse a la petición.

—Está bien, lo haré por ti, trataré de no matarlo, por más ganas que tenga de perpetrar ese asesinato —claudicó.

Llegados a este punto el nombre de Lisa fue gritado con furia ciega, absolutamente cargado de placer, y escuchado con claridad rezumbando por todos los rincones del lugar. Lee lo maldijo. El odioso Stone había conseguido retrasar su éxtasis más que él. ¿Hasta en eso lo había superado? ¿Cómo había sido capaz de contenerse tanto rato?, se preguntó.

—¡Santo cielo! Ha gritado mucho más que tú… —Sue se arrepintió de sus palabras nada más ver la cara de su esposo. Al parecer, su apreciación lo había molestado.

—Bien, me has ofendido, esposa.

—¿Yo? ¿Cómo es eso posible?

—Sí, has dejado maltrecha mi masculinidad frente al maldito Stone. Así que a ti te compete, pues, hacerme gritar mucho más que él.

Sue se mordió el labio inferior. El asunto sonaba prometedor…

—Y en esas ideas tuyas, esposo mío, puede haber lugar para que me expliques o muestres para qué sirven estas cadenas y todo ese material de allí —señaló la pared situaba frente a ellos, donde había infinidad de fustas, látigos y otros enseres singulares como… como… ¿Eso eran imitaciones de miembros viriles?

—Comenzaremos con las cadenas y luego seguiremos con alguna otra cosa… —La idea de jugar con su esposa y ciertos objetos lo volvió a encender—. Pero ya puedes esforzarte, Sue…

—Bueno, podría empezar por hacer algo como lo que tanto te ha gustado ver en el escenario… — sugirió ella lasciva.

—¿Implica el uso de tu boca o tus pechos?

—Creo que podemos hacer lo que queramos, ¿no te parece, esposo?

—Sí, Sue, sí. Pero quiero gritar más, muchísimo más, que él… Muuucho más que él… —repitió con ahínco.

Sue rodó los ojos, al parecer todo entre esos dos hombres iba a ser una competición. Bueno, ella se sentía muy perversa y con ganas de investigar. Puesto que estaban en el templo del pecado, ¿por qué no aprovechar para explorar las tentaciones de la carne?

Epílogo

Su peor pesadilla

Años más tarde.

Sue estaba tranquila y muy serena. Todos estos años transcurridos, durante los cuales había conseguido ser plenamente feliz junto al hombre que le había dado una familia, le habían servido para ser paciente, compresiva y buscar siempre una solución a los problemas. No ocurría lo mismo con su esposo. Lee seguía siendo un guerrero vikingo que se obcecaba con los imprevistos.

Lee se paseaba por la alcoba frenético mesándose el pelo nervioso y despotricando palabras y maldiciones indescifrables. No era para menos; pero, con este berrinche que él estaba sufriendo, no iba a conseguir enmendar la grave equivocación sucedida. Además, el culpable del malhumor de su esposo era un conde…

—Por favor, cálmate, Lee —sugirió a sabiendas de que la petición sería del todo inútil.

—¿Que me calme? ¿Yo? ¿Que me calme? Si estoy de lo más calmado y sereno, ¿¡no me ves!? — Susan chasqueó la lengua al tiempo que rodaba los ojos. Si él estaba tranquilo, ella era la reina de Inglaterra.

—Por favor, Lee —volvió a intentarlo—. No hay nada que puedas hacer ahora. Está todo hecho y sentenciado… —trató de ser un bálsamo para él.

—Me metiste la idea en la cabeza, no lo quería pero conseguiste que claudicase, Sue. Lo hiciste, te dije que no, que era mala idea, pero tú me convenciste… Tú bien sabes lo que me costó aceptarlo… Y no solo por la bruja de Stone, sino porque ese… ese… Ese odioso que… —Había limado asperezas con Lisa a lo largo de los años, pero lo del duque era otro cantar.

—¡Basta, Lee! —Su esposo era capaz de acabar con la paciencia del más santo—. Tienes otra hija que habrá de casarse bien, con un buen

partido. No podemos dejar que el conde haga lo que amenazó… Eleanor no se lo merece.

—¡Lo mataré con mis propias manos si osa decir una sola palabra en contra de mi princesa! Además, faltan años para que Lucy sea presentada, es pequeña, hay tiempo de sobra para limpiar el escándalo. —Tenía que haber una solución para todo este entuerto… ¡Tenía que haberla y él la encontraría!

—Un escándalo así, de saberse, no se podría borrar y lo sabes. Él ha sido muy tajante. Ni por un momento me ha parecido un farol. Lee, no quiero que Eleanor sufra.

—Lo mato. ¡Juro que lo estrangularé como se atreva a calumniarla! Aunque ello implique matar al bruto de su padre también. —Comenzó a sopesar esa idea y sintió emoción ante la perspectiva—. Cosa que, bien pensada, sería un placer. —Una sonrisa asomó—. Me dejaría colgar con gusto si… — Como le encantaría poder llevar a cabo ese pensamiento… Pero no era el momento de pensar en el padre, el problema era el maldito hijo de Stone.

El marqués de Spencer tendría que haberlo previsto también, las señales estaban ahí claras y no debería extrañarse… De tal palo, tal astilla, ¿cierto? Su esposa tenía razón, la pobre Lucy no podía exponerse ante un escándalo tan grande. Su hijo Jake, que en estos momentos era un adolescente, estaba a salvo. Su heredero sería el próximo marqués y, mientras eso llegaba a hacerse realidad, el joven Jake había expresado su deseo de ser abogado como su padre y su abuelo. Pero su Lucy… Si todo se supiese… Maldijo por lo bajo una vez más. ¿¡Dónde estaba la puñetera solución al problema que él no era capaz de verla!?

—No vuelvas a maldecir, mi amor, no hay nada que puedas hacer. Tal vez esto sea lo mejor… Ya sabes lo caprichoso que puede llegar a ser el destino. Nosotros somos la prueba viviente. —No es lo mismo, yo te amaba.

—¿Y qué te hace pensar que ellos no se amen? ¿Tal vez Eleonor…?

—No voy a emparentar con la familia del odioso Stone —la cortó intransigente.

—Sea como sea, hay una nueva boda que organizar —hizo caso omiso porque no había nada que pudieran hacer—. Y estoy encantada porque ¡hace años que no planeamos ninguna!

—Solo un alma cándida como la tuya es capaz de ver algo bueno en todo esto… —Su esposa era un verdadero ángel que confiaba en que todo saliese bien, como les había sucedido a ellos, pero él no estaba tan seguro. Era un riesgo muy alto y la que lo corría era su hija mayor, su ojito derecho, su princesa.

—Siempre dijo que la quería… No sé qué pasó para que…

—¡No! —la interrumpió autoritario—. No la quiso nunca. Lo supe

nada más lo vi por primera vez, supe que sería mi peor pesadilla.

—¿Hablas del padre o del hijo? —se burló ella.

—¿Acaso hay diferencia, mujer bufona? Si tan solo se hubiese quedado con el otro…

—¿Con quién? ¿Con Bristol? —se asustó, él no podía estar hablando en serio.

—¡No! No estoy tan demente, mi ángel. Con el otro, el otro…

—¿Qué otro, Lee? ¿Hubo otro?

—¡Caramba! No recuerdo el nombre… Te hablo del otro engendro de su padre… ¿Cómo se llamaba?

—Dre… —comenzó ella.

—No importa, no quiero ni saberlo —la interrumpió, porque él no tenía ningún interés en nada que tuviera que ver con los Stone.

—Por favor, Lee, no tiene caso enfurruñarse más.

—Yo no me enfurruño, mujer.

—Está bien, pero no queda más que organizar la bo…

—¡Nunca! Mi niña no, mi pequeña, no, no y no. ¡No lo permitiré!

—Ella ha dicho que sí —tuvo que recordarle.

—La situación era la que era, Eleanor no podría haber dicho otra cosa. Nuestra hija entiende la gravedad de toda esta pesadilla y no permitiré que se sacrifique.

—Lee… —trató de llamarlo al orden.

—Lo arreglaré. No sé cómo, pero la salvaré. No la dejaré con ese malnacido que no la merece, no cuando ya había asimilado que no sería pariente de ese pedazo de…

—¡Lee! —¿Qué tenían esos dos hombres que siempre estaban belicosos? Ni ella ni Lisa lo entendían.

—No puedo conformarme, ángel —suavizó el tono—. Dejársela es como darle una onza de miel a un cerdo.

—¡Lee, estás siendo muy grosero!

—¿No te preocupa el futuro de tu hija? —le espetó con retintín. A él deberían darle un premio al mejor padre del año.

—Por supuesto que sí, amor, mucho. Pero no hay nada que podamos hacer. Ella era consciente de donde se estaba metiendo… Te recuerdo que se metió ella sola en su ca…

—¡No me lo recuerdes! —la volvió a cortar—. No sé cómo, Sue, pero la voy a salvar. Cueste lo que me cueste.

—Oh, Lee, eres imposible. No hay nada que puedas hacer… Lisa lo ha visto.

—No es una bruja, por mucho que se empeñe en decir lo contrario. —Un escalofrío le recorrió la espina dorsal mientras lo decía.

—Cuanto antes te acostumbres, mejor. Vamos a ser familia. Ahora, por favor, no le des más vueltas y ocúpate de tu hija pequeña un ratito. No he podido pegar ojo en toda la noche y necesito descansar.

Entre ella que se siente mal y tú que no paras de despotricar, tengo los nervios destrozados.

Así, la marquesa de Spencer despachó a su marido y a su pequeña Lucy para poder conciliar el sueño unas pocas horas. La preocupación de su esposo no era la suya. Demasiado sabía ella que su hija Eleanor no era boba y que estaría bien… ¿Lo estaría, verdad?

Fin.

Sobre la autora

Verónica Mengual, nacida en 1981, es española, vecina de Dénia. Se licenció en Periodismo por la Universidad Cardenal Herrera-CEU de Elche. Compaginó su trabajo como periodista y fotógrafa en un semanario comarcal durante un tiempo, pero luego decidió dedicarse en cuerpo y alma a su faceta como escritora.

Descubrió su pasión por la lectura del género romántico de autoras de ficción histórica como Lisa Kleypas o Julia Quinn, sin olvidar a la más importante: Jane Austen.

Tras ser una lectora acérrima, decidió escribir aquello que le gustaría encontrar en este tipo de obras.

El romanticismo en general la enamora y el drama con final feliz la enloquece.

Síguela en Facebook: Verónica Mengual

Instagram: @veronica_mengual

Twitter: @VernicaMengual1